

Comunismo,  
socialismo  
y nacionalismo  
en Cuba  
(1920-1958)



# Comunismo, socialismo y nacionalismo en Cuba (1920-1958)

Compilación de Caridad Massón Sena



Edición y revisión: Norma Padilla Ceballos  
Cubierta, diseño interior y composición: Gipsy Duque-Estrada  
Corrección: Midalys Blanco González

© Sobre la presente edición: Instituto Cubano  
de Investigación Cultural (ICIC) Juan Marinello, 2013

ISBN: 978-959-242-165-3

Instituto Cubano de Investigación Cultural (ICIC)  
Juan Marinello  
Avenida de Rancho Boyeros, no. 63,  
Plaza de la Revolución, La Habana 10600, Cuba  
direccion@icic.cult.cu

Estimado lector, le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar por escrito su opinión acerca de este libro y de nuestras publicaciones.

# Contenido

PRÓLOGO / 7

PRESENTACIÓN / 27

Principales direcciones ideopolíticas de la izquierda  
en Cuba entre las dos guerras mundiales

PALABRAS INAUGURALES

*Fernando Martínez Heredia / 31*

CUBA ENTRE DOS GUERRAS MUNDIALES

*Berta Álvarez Martens / 39*

SITUACIÓN INTERNACIONAL E INFLUENCIA GLOBAL DE LA COMINTERN

*Jorge Luis Acanda González / 50*

ALGUNAS TENDENCIAS SOCIALISTAS EN CUBA

*Ana Cairo Ballester / 66*

PRIMER DEBATE / 75

RUBÉN MARTÍNEZ VILLENA: UNA INTERPRETACIÓN CREADORA  
DE LAS IDEAS MARXISTAS

*Juana Rosales García / 96*

LA CONCEPCIÓN DE LA REVOLUCIÓN VERDADERA EN JUAN MARINELLO

*Alina Bárbara López Hernández / 114*

COMUNISMO Y NACIONALISMO: UNA RELACIÓN CONFLICTIVA DURANTE  
LA REVOLUCIÓN DEL 30

*Caridad Massón Sena / 123*

SEGUNDO DEBATE / 136

Convergencias y controversias de comunistas,  
socialistas y nacionalistas cubanos en la etapa  
comprendida entre 1941 y 1958

NACIONALISMO Y REVOLUCIÓN EN AMÉRICA LATINA (1945-1958)  
*Daniel Felipe Fernández Díaz / 151*

EL PRIMER PARTIDO COMUNISTA DE CUBA Y SU POSICIÓN ANTE  
LOS GOBIERNOS AUTÉNTICOS  
*Paula Ortiz Guillán / 161*

ZAPATERO, A TU ZAPATO  
*Angelina Rojas Blaquier / 178*

EL COMPAÑERO SEÑOR CHIBÁS. UN ANÁLISIS DEL NACIONALISMO  
POPULISTA CUBANO  
*Julio César Guancho / 194*

TERCER DEBATE / 230

EL PARTIDO SOCIALISTA POPULAR Y LA REVOLUCIÓN CUBANA  
*Caridad Massón Sena / 258*

EL PROCESO REVOLUCIONARIO CUBANO DE 1953 A 1958  
Y SU SIGNIFICADO  
*Fernando Martínez Heredia / 276*

CUARTO DEBATE / 286

Anexos

1. «Un réquiem marxista para la Revolución del 30» / 293
2. «Carta a Justina Álvarez» / 355

# PRÓLOGO\*

El nacionalismo, si no se hace explícito, si no se enriquece y se profundiza, si no se transforma muy rápidamente en conciencia política y social, en humanismo, conduce a un callejón sin salida [...] La expresión viva de la nación es la conciencia dinámica de todo el pueblo. Es la práctica coherente e inteligente de todo el pueblo.

FRANTZ FANON  
*Los condenados de la tierra*

[...] los verdaderos nacionalistas son los socialistas [...] la función de la idea socialista cambia en los pueblos política o económicamente coloniales. En esos pueblos, el socialismo adquiere por la fuerza de la circunstancias, sin renegar absolutamente de ninguno de sus principios, una actitud internacionalista.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI  
*Nacionalismo y vanguardia*

El prólogo a un libro que aborda incisivas problemáticas sobre la historia de Cuba es siempre una tarea muy seria y compleja para quien debe cumplir esa encomienda. Especialmente cuando este precede a un conjunto de enjundiosas ponencias y debates formulados por diferentes autores que refieren, como puntos de partida, algunas coincidencias y a la vez distintos enfoques, contenidos e interpretaciones disímiles y hasta reales contradicciones en el tratamiento y cuestionamiento de las temáticas abordadas, tal como sucedió en el evento efectuado por

\*El autor del presente prólogo, Orlando Cruz Capote, es Dr. en Ciencias Históricas e Investigador Auxiliar del Instituto de Filosofía del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente (CITMA) de Cuba.

el Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, denominado «Comunismo, socialismo y nacionalismo (1920-1958)», celebrado en La Habana, entre el 1ro. y el 2 de octubre de 2009.

Las razones de esta convocatoria y su ejecución están avaladas por una finalidad teórica y práctica imperiosas. En la Cuba de hoy, urge el restablecimiento crítico y constructivo de la historia del pensamiento y la práctica socialista, comunista y marxista, conjuntamente con el quehacer de los nacionalismos de variada índole, así como el de las heterogéneas izquierdas radicales y moderadas, todas actuantes con relativos aislamientos, no obstante surgir y manifestarse casi siempre mezcladas y hasta yuxtapuestas, interrelacionándose e incidiendo las unas sobre las otras, en la república neocolonial (1902-1958). Y aunque se han realizado numerosas conferencias, talleres y eventos científicos para cumplir con los propósitos enunciados, así como han sido publicados diversos artículos, ensayos y libros, aún son insuficientes los esfuerzos y resultados por recrear de forma amplia y profunda la memoria histórica de la nación, llenando las lagunas históricas pendientes.

La perspectiva crítica debe ser recuperada hoy más que nunca, dada la aguda lucha ideológica, política y cultural que se despliega en la actualidad tanto en el ámbito de la filosofía, las ciencias sociales como en las humanísticas, porque este enfoque crítico-dialéctico, interdisciplinario por necesidad científica, constituye un instrumento teórico y metodológico válido para todo estudioso que se apreste a revisar –sin el sentido peyorativo del término– la historia acaecida, la que transcurre en el presente y al mismo tiempo lance su mirada pronosticadora hacia el futuro, siempre con la concepción de que los aportes realizados serán solo meras aproximaciones a la verdad histórica. Nadie tiene la verdad absoluta porque esta no existe.



Esta labor investigativa y docente debe desarrollarse sin pretensiones presuntuosas de re-escribir en forma total la historia de Cuba sin destruirla, consciente e inconscientemente, porque el fin supremo siempre será el de fortalecer sus esencias con rigurosidad, introducirle otros elementos no investigados profundamente, problematizar los hechos, procesos y personalidades para añadir interpretaciones más novedosas de acuerdo a las lecturas y relecturas que se realicen de los nuevos y hasta viejos materiales fácticos, primarios y secundarios, brindando entonces los matices adecuados y justos que merece esta rica y profunda historia nacional.

Como quien escribe este prólogo fue parte de ese debate enriquecedor y no considera en esta oportunidad avalar lo que allí se expresó –siempre a través de un diálogo franco, respetuoso y retroalimentador–, solo se atreverá a exponer algunas ideas en torno a varias aristas de ese amplio abanico de problemáticas que fueron abordadas en un período histórico suficientemente abarcador.

Por tales motivos hemos dividido nuestra exposición en cuatro partes, las cuales intentarán agregar nuevos elementos de contenido a lo expresado polémicamente por los participantes en esta discusión, con la intencionalidad de que se inserten en el debate histórico nacional de la actualidad y sirvan de incentivo crítico a los posibles lectores de este libro.

## I

Los temas expuestos en la amplia polémica desarrollada nos convocan a advertir, en *primer lugar*, que fueron muy variados los contextos históricos en la república neocolonial en que se confrontaron las ideas liberales burguesas, en sus múltiples matices, con las enarboladas por las herencias –siempre en plural– de lo mejor de

las tradiciones históricas-culturales de la nación más el pensamiento martiano y marxista, en infinito proceso articulador, además de las originalidades que pueden haberse tributado en específicas circunstancias. Escenarios histórico-políticos que deben ser repensados para la elaboración de una periodización, con etapas, subetapas y fases histórico-lógicas adecuadas, lo que permitiría su mejor entendimiento y comprensión.

En *segundo lugar*, y sin remilgos científicos, añadir otras escuelas de pensamiento, así como corrientes ideológicas y políticas que se incorporaron frontal y tangencialmente al combate por la segunda y definitiva independencia de Cuba y la conquista de una justicia social más plena, algunas de ellas aportando y desafiando a estas causas redentoras según sus posicionamientos y evoluciones socioclasistas e ideopolíticas.

En ese orden de ideas se puede citar, entre otras escuelas, al positivismo y al estructuralismo; al reformismo político con sus variantes nacional-reformistas de centro y de derecha, la nacional-reformista antioligárquica, la nacional-populista y la nacional-revolucionaria que se manifestaron en el seno de la sociedad civil y política cubana en distintas etapas de su decursar histórico neocolonial.

De igual forma, resulta oportuno señalar aquellas que se revelaron en el seno de la clase obrera, el movimiento obrero y sindical (todos con un contenido y significación diferentes), entre los que se encontraban primeramente el anarquismo, el anarcosindicalismo, el reformismo, el utopismo socialista, el socialismo y el marxismo, y más tarde, el marxismo-leninismo –denominado de esta forma por el estalinismo–, así como también el trotskismo, además de una corriente reformista muy patronal-burguesa, reaccionaria y progubernamental que estuvo presente desde el inicio de la historia de la clase obrera cubana en el siglo decimonónico, principios de la centuria siguiente,

y que retomó un lugar preponderante en las dos últimas décadas de la primera mitad de ese siglo xx.

A propósito de ese panorama ideológico y político nacional debe señalarse, por la importancia que merece en la evolución de las ideas progresistas y democráticas de la nación, al antinorteamericanismo, al antiplattismo y al antimperialismo retórico, ninguna de las cuales se proponía un cambio del *status quo* del capitalismo, y sí engarzaban directa e indirectamente con el reformismo de la gran mayoría de las agrupaciones políticas existentes.

Solo un marxismo revolucionario, no dogmático ni sesgado, sin prescindir del nacionalismo-patriótico, latinoamericanista, internacionalista y antimperialista militante, así como de un socialismo nacionalista radical, antimperialista por más señas, podían evaluar y proponerse una transformación social profunda, entendiéndose una revolución social y política, contra el régimen capitalista estructuralmente deformado, distorsionado-atrofiado y sumamente dependiente del imperialismo yanqui que predominaba en el país. Que destruyeran, además, al mito del fatalismo geográfico con su efecto paralizante, monopolizador de las mentalidades de casi todo el cuerpo societal, incluyendo parte importante de las vanguardias políticas e intelectuales-culturales que habían logrado una considerable similitud en la apreciación crítica de los males que aquejaban a aquella seudorrepública frustrante, aunque difirieran en sus soluciones.

Es así que en los espacios y tiempos reales de la república neocolonial dependiente, subdesarrollada-subdesarrollante, las organizaciones de izquierda y sus líderes, en su acepción generalizadora, siempre se encontraron en la disyuntiva de combatir enemigos principales y fundamentales diversos como fueron las élites de poder del imperialismo estadounidense y la gran

oligarquía doméstica, muy conservadora, sumisa y atada a este. De enfrentar adversarios variados, de mayor o menor cuantía, en un escenario geopolítico regional y mundial mutante. De luchar con consignas ideológicas y políticas muy «similares» aunque diferentes contra los gobiernos burgueses de turno. De combatir con estrategias, tácticas y métodos de lucha disímiles, algunos errados, contra ese entramado numeroso de organizaciones burguesas, plataformas programáticas que parecían coincidir y que al mismo tiempo se desencontraban, perdiéndose la oportunidad histórica de alcanzar la urgente unidad de las izquierdas, entre otras causas, que conllevaron a los fracasos y errores reconocidos por todos.

Solo la Revolución Cubana, victoriosa un primero de enero de 1959, bajo el liderazgo del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, hizo el milagro político de unificar bajo un solo haz a las heterogéneas fuerzas sociales e ideopolíticas, evitando que las escisiones y divisiones de antaño y las que se manifestaron en el proceso revolucionario ahogaran el esfuerzo insurreccional armado, político-popular y antidictatorial, el cual transitó por necesidad histórica hacia un proceso nacional liberador, antimperialista y socialista sumamente radical, que continúa su desarrollo con espíritu innovador hasta nuestros días.

## II

Este prologuista se arriesga a proponer una breve y esquemática periodización –por razones obvias de espacio– de la crisis del marxismo y del movimiento comunista internacional desde 1924 hasta la contemporaneidad.

Los hitos histórico-políticos y cronológicos-lógicos que expondremos, incompletos y cuestionables, podrían ilustrar y ofrecer algunas pistas con respecto a la azarosa y

compleja introducción, evolución, recepción e interpretación de las ideas y las prácticas marxistas, socialistas y comunistas en la Cuba neocolonial, dado el impacto internacional que tuvo en la Isla ese decursar complicado y difícil del movimiento comunista mundial, prácticamente rectorado desde Moscú.

La real problematización por la que atravesó el nacionalismo, el marxismo, el socialismo y el comunismo en Cuba y Nuestra América fue descrita magistralmente por Carlos Rafael Rodríguez, quien militó por más de cincuenta años en las organizaciones comunistas del país. Refiriéndose a dicha cuestión, él apuntó: «[...] solo en mayo de 1969, cincuenta años después del II Congreso de la Internacional Comunista, vino a reconocerse en un texto donde se abordan colectivamente problemas del movimiento comunista, la diferencia en el desarrollo económico y social que distingue a América Latina de la mayoría de los países coloniales y semicoloniales de Asia y África».<sup>1</sup>

En tal sentido, la periodización a la que nos hemos referido tendría que contener los siguientes hechos y procesos históricos:

**A)** Muerte temprana de V. I. Lenin, en enero de 1924, lo que significó la pérdida de un genio político y teórico marxista y comunista de envergadura nacional, regional y mundial, fiel continuador de las ideas de Carlos Marx y Federico Engels en las nuevas condiciones históricas. **B)** Enraizamiento del estalinismo, bajo la figura de Iosif Stalin, y del denominado marxismo-leninismo –el esquemático, dogmático y escolástico DIAMAT e HISMAT– en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS-1922) y su partido comunista (PCUS), así como también

<sup>1</sup>Carlos Rafael Rodríguez, *Lenin y la cuestión nacional*, en *Letra con filo* (en tres tomos), tomo 1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983, pp. 305-360.

en el resto del movimiento comunista mundial, una parte del movimiento obrero internacional y en algunos movimientos de liberación nacional, en las zonas periféricas del luego denominado Tercer Mundo o Sur geopolítico subdesarrollado. La celebración del VI Congreso de la Internacional Comunista (III Internacional, IC y Comintern), efectuado en junio de 1928, cuando fue proclamado su Programa, los Estatutos y, además, su nominación como Partido Comunista Mundial, que convirtió a los partidos comunistas nacionales en secciones de la misma, debiendo cumplir con rigurosidad extrema el centralismo «democrático» de sus decisiones, normativas y directrices a través de la también denominada «Casa Matriz» y sus órganos regionales, que para América Latina y el Caribe fueron el Secretariado Latinoamericano, el Secretariado Sudamericano y el Buró del Caribe, entre los más conocidos. En este cónclave de la IC se puso en vigor el reduccionismo obrerista, la tesis de «clase contra clase», las duras limitaciones para realizar políticas de alianza y compromisos con otras fuerzas de izquierda, entre otras teorizaciones y prácticas erróneas.

**C)** Las purgas en el seno del PCUS y en la Internacional Comunista contra dirigentes, miembros de los partidos comunistas y marxistas de varios países, desde finales de la década del veinte, toda la década del treinta y fatal procedimiento que prosiguió en los años posteriores. Los crímenes arbitrarios e injustos cometidos por el estalinismo, como los fusilamientos de Lev B. Kámenev, Grigori E. Zinóviev, Karl B. Rádek y Nicolás Bujarin, así como el asesinato de León Trotsky en México, en 1940. La excomulgación de figuras teóricas y políticas importantes a nivel internacional, que intentaron y algunos lo realizaron desarrollar un marxismo que no fuera una copia mecánica de la letra sino continuador del espíritu de los clásicos, y contra la política estalinista establecida.

**D)** El conocimiento, relativamente público, de la

colectivización e industrialización forzadas en la URSS, para desarrollar al Estado multinacional de forma voluntarista, y ante la inminencia de una guerra liderada por el imperialismo y, especialmente, por el nazifascismo alemán-italiano y el militarismo japonés. **E)** Creación de la Cuarta Internacional Trotskista (1938) y el enfrentamiento del PCUS contra esa corriente y tendencia que alcanzó repercusión global. **F)** El involucramiento, considerado por algunos autores de bajo perfil, de la Unión Soviética en la Guerra Civil Española (1936-1939). Si bien es cierto que esta envió armamento pesado y ligero, asesores militares y otro tipo de logística para apoyar a los Republicanos hispanos, la división interna de estos últimos, unida a la falta de visión y voluntad política de los dirigentes de la URSS de practicar hasta sus últimas consecuencias el internacionalismo proletario, consumó la retirada gradual y luego repentina de esa ayuda vital. A pesar de que la petición de la salida de las Brigadas Internacionales fue realizada por los propios combatientes españoles ante la debacle de su heroica resistencia, se careció por parte de la dirección soviética de una perspectiva política diáfana de lo que se decidía en tierras españolas, agredida por los fascistas alemanes e italianos. Esta batalla del pueblo español fue la antesala real de la Segunda Guerra Mundial, donde se decidió la lucha entre la democracia y el totalitarismo fascista, entre el socialismo y el capitalismo, amén de los resultados alcanzados cuando el Ejército Rojo ganó la contienda bélica en 1945. **G)** El sorpresivo cambio de estrategia y táctica del Estado soviético y su partido comunista hacia el fascismo cuando se firmó el oneroso Tratado Ribbentrop-Molotov, en 1939, entre la URSS y la Alemania nazi, orientándose de forma inmediata por los órganos de la Comintern al abandono del enfrentamiento central y frontal contra esa ideología política reaccionaria, retornando a la prioridad de la lucha ant imperialista,

pero de forma muy abstracta. Este giro de ciento ochenta grados fue aceptado acríticamente por los destacamentos comunistas del orbe, y tuvo un efecto catastrófico en sus estrategias y tácticas nacionales. En 1941, ante la agresión de Adolfo Hitler a la URSS, la Internacional Comunista retoma las directrices que dictan la lucha directa contra el fascismo, porque los intereses soviéticos habían sido amenazados mortalmente, y el movimiento comunista internacional, el democrático-progresista, apoyó con todas sus fuerzas posibles la guerra antifascista de liberación de la Unión Soviética y su partido comunista (1941-1945). **H)** La intervención militar soviética a Polonia y Finlandia (1939-1940) con el supuesto objetivo de fortalecer el espacio geopolítico soviético, ampliando sus fronteras limítrofes con esos países, arrebatándoles violentamente parte de sus territorios y, por ende, violando las leyes y acuerdos internacionales vigentes en el mismo comienzo de la Segunda Guerra Mundial (1939), con la agresión y ocupación alemana de Polonia. **I)** Aparición en el continente americano y en otras partes del mundo de la corriente de pensamiento browderista (Earl Browder fue secretario general del PC de los EE.UU. y vicepresidente de la Internacional Comunista), que constituyó una vertiente ideopolítica que pretendió, por primera vez, una convergencia entre el capitalismo y el socialismo (1942-1945-1946), a raíz del inminente y seguro triunfo de los aliados, en especial el Ejército Rojo, contra las hordas fascistas alemanas, italianas y japonesas. Carta del comunista Jacques Duclós denunciando esa posición y comienzo de una lucha contra esa corriente browderista. **J)** Creación del Buró de Información o Cominform, en 1947 (1947-1956-1957), en Varsovia, Polonia, por parte de las organizaciones comunistas de la Unión Soviética, Hungría, Polonia, Francia, Italia, Yugoslavia, Rumania, Checoslovaquia y Bulgaria. Las graves y falsas acusaciones contra la Liga de los Comunistas de Yugoslavia y su expulsión del



movimiento comunista internacional, luego de una aguda discusión en esta organización, de carácter consultivo, entre 1948-1949. **K)** La creación de la Internacional Socialista, en 1951, que conllevó a una recomposición y reorganización actualizada de los partidos socialdemócratas. **L)** La celebración del XX Congreso del PCUS y la filtración del Informe Secreto de Nikita Jrushov sobre «La crítica al culto de la personalidad» de Stalin. Esta fue la *punta del iceberg* de una problemática mayor acerca de las violaciones de los principios marxistas y leninistas, de las crueldades y crímenes de ese sistema anómalo socialista que trajo como consecuencia el desencanto ante el contenido y la forma del tránsito hacia el comunismo en la URSS. En esos años la dirección estatal y política soviética dio una prioridad extraordinaria a la concepción de la coexistencia pacífica entre los dos sistemas como única forma de dirimir la confrontación Este-Oeste, a pesar del desarrollo de la Guerra Fría desplegada por los EE.UU. y otras potencias imperialistas. **M)** La intervención militar soviética en Hungría (1956), bajo la idea divulgada por Moscú de que en ese país se desarrollaba una contrarrevolución interna, en contubernio con las agencias de inteligencia capitalistas, que podían revertir la marcha del socialismo. Es de destacar que en esa nación existía una escuela marxista –la de Budapest– que difería del marxismo-leninismo prosoviético. Entre sus miembros más destacados se encontraban Georg Lukács, István Mészáros, entre otros. La represalia desde la URSS contra el movimiento comunista y socialista, independiente y original, y el enfrentamiento a algunos de los que se oponían realmente al socialismo (habría que recordar que en los países del campo socialista Este-europeo recién surgido, existía una fuerte ideología socialdemócrata antes del comienzo de la guerra mundial y que estos socialistas lucharon contra la ocupación fascista en sus naciones) tuvo un impacto exterior muy negativo, especialmente en el movimiento comunista, las ideas

marxistas y las organizaciones de corte socialistas en Europa y otras latitudes geográficas. **N)** El cisma sino-soviético a partir de 1957, y fundamentalmente agudizado entre 1960-1969, año este último en que hubo una confrontación militar en la frontera siberiana de Manchuria, enemistad que prosiguió hasta la disolución del PCUS y la desaparición de la URSS (1991). Surgimiento de la corriente maoísta y su enfrentamiento al marxismo-leninismo y otras corrientes en boga. **Ñ)** El triunfo de la Revolución Cubana, en 1959, la cual signó con inusitada nueva fuerza el curso de la historia del movimiento revolucionario regional y mundial. La victoria de Cuba fue una sorpresa y una herejía teórica y práctica para el marxismo y el movimiento comunista internacional, imprimiendo desde entonces un sello particular a más de uno de los complejos acontecimientos regionales e internacionales, y que puso en crisis las concepciones teórico-prácticas de las tradicionales fuerzas comunistas, marxistas, socialistas y de izquierda, en general, en el hemisferio occidental. **O)** La intervención y ocupación militar soviética-Pacto de Varsovia, en Checoslovaquia (1968), denominada «La Primavera de Praga». Profundización pública de los cuestionamientos sobre la manualística prosoviética, el intervencionismo soviético en sus denominadas *zonas de influencia europeas* y el inicio oficial de la denominada «crisis del marxismo», anunciada por el marxista inglés Perry Anderson, en 1968. Incomprensiones de la dirección soviética y otros partidos comunistas afines a sus posiciones, acerca de la repercusión del «Mayo francés», el «Tlatelolco mexicano», entre otras manifestaciones populares en ciudades importantes del globo terráqueo, en ese 1968; así como ante el atizamiento de la lucha antibélica contra la guerra de Vietnam, en pleno auge del enfrentamiento de la insurrección del Vietcong contra la agresión norteamericana; el surgimiento de las nuevas

izquierdas; el continuado impacto de la Revolución Cubana; la proliferación de la guerra de guerrillas en América Latina-Caribe, en África y Asia; el proceso independentista africano; la lucha por los derechos civiles, contra el racismo y la discriminación del negro, la mujer, las minorías étnicas, entre otros, en la principales capitales del Norte industrializado y zonas de la periferia subdesarrollada. **P)** En esos años 60 y los subsiguientes, el PCUS anunció desacertadamente la seudoteoría de que en ese país se transitaba por la fase del «socialismo desarrollado», última etapa y antesala del comunismo, añadiendo que su país y el campo socialista Este-europeo, con algunas excepciones, constituían el «socialismo real», autodenominación exclusiva y excluyente. **Q)** Surgimiento del Eurocomunismo, en diciembre de 1977, determinación asumida por los partidos comunistas de España, Francia e Italia, y los pasos para su conversión en partidos de masas. Exacerbación y distorsión de las tesis gramscianas (Antonio Gramsci) que condujeron a la derrota de estos partidos de izquierda, en poco tiempo, en los espacios ganados en los parlamentos a través de las elecciones, lo que provocó graves escisiones internas y deslizamientos hacia un rumbo antisoviético y socialdemócrata. **R)** Inicio del proceso de reformas en Europa del Este y de la Perestroika, la Transparencia Informativa (Glásnost) y la Nueva Mentalidad en las Relaciones Internacionales en la Unión Soviética (1985-1989). **S)** Destrucción del socialismo en Europa del Este y la URSS (1989-1991). **T)** Finalmente, el impacto pernicioso y perverso de esa demolición en el ejemplo socialista, la teoría marxista y las izquierdas mundiales hasta nuestros días.

### III

El derrumbe del autodenominado «socialismo real», en la Europa del Este y la Unión Soviética, más la desintegración

de este último Estado multinacional, entre 1989 y 1991, respectivamente, coincidió con una crisis epocal civilizatoria, de ideologías y culturas, y aún más, desencadenó una crisis de la hegemónica modernidad capitalista, eurocéntrica y norteamericanizadora, del liberalismo burgués, y se resintieron referentes histórico-políticos y paradigmas teórico-prácticos en las ciencias, saberes y conocimientos, cuando se había entrado en una nueva fase de la III Revolución Industrial.

El sistema de dominación múltiple del capital, como lo denomina el filósofo cubano Gilberto Valdés Gutiérrez, o el sistema-mundo capitalista, según el intelectual estadounidense Immanuel Wallerstein, monopólicamente transnacionalizado y neoliberal, logró una hegemonía mundial impresionante. Fueron los tiempos eufóricos del pensamiento y el canal único, del fin declarado de la historia, las ideologías, las utopías, el trabajo y la confrontación de civilizaciones, entre otras teorizaciones; y esa avasallante cascada informativa de supuestos conocimientos, de un triunfalismo distorsionante y manipulador, sigue siendo sometida a la circulación reiterada por los medios de comunicación masiva (los mediáticos), partes indisolubles del primer poder, con una fuerza intimidatoria, pieza de toda una ingeniería de la persuasión invisible, mediante la publicidad, los sondeos y el *marketing*.

La pujanza imperialista intentó aniquilar, junto al Muro de Berlín, los sueños de independencia y soberanía nacionales, las esperanzas acerca de la igualdad, equidad, libertad y justicia social, las solidaridades e internacionalismos revolucionarios; y los gurús de derecha, junto a una izquierda desdibujada y arrepentida, declararon instantáneamente la «muerte» del marxismo y el leninismo, resaltando y atribuyendo los fracasos socialistas a las elaboraciones y lecturas de esta cosmovisión del mundo, concepción materialista de la

historia, metodología científica, filosofía de la praxis y guía para la acción, sin distinguir al marxismo original y creador de aquel dogmático, manualístico y vulgar que se difundió internacionalmente bajo la sombra de una práctica estalinista deformadora por un amplio período histórico. Esa misma sombría intencionalidad hipercrítica recayó también sobre el pensamiento social crítico y revolucionario, más la negación inevitable de los socialismos que sobrevivieron a la catástrofe.

Las ideas fundamentales de los centros de poder capitalistas se enrumbaron y continúan haciéndolo hacia conceptualizaciones muy especulativas y empíricas, con falencias críticas teóricas indicadas, revelando coyunturas paradójicas y controversiales, relativismos e incertidumbres que, si bien son *signos de la etapa histórica transicional y de reconfiguración estratégica geopolítica en que se debate hasta hoy la humanidad*, en parte por la mundialización capitalista alcanzada, están siendo aprovechadas y recrudescidas, oportunistamente, por las guerras culturales contemporáneas de ese sistema de explotación y opresión, enajenación y alienación del ser humano, individual y colectivo.

La retórica discursiva atacó al metarrelato histórico; se propuso el relajamiento y reduccionismo del Estado; las soberanías limitadas sustituyeron a las reales; se produjo el envilecimiento de todo nacionalismo, en especial el patriótico-solidario y antimperialista, antirracista y antidiscriminatorio; se priorizaron las privatizaciones y la imposición de la ley salvaje del mercado, la mercantilización de todo lo material y espiritual; se anunció el dislocamiento y difuminación del sujeto histórico colectivo y con ello la exaltación de la individualización; las disoluciones de las identidades en las múltiples diversidades; los multiculturalismos viciados; la atomización y fragmentación de las sociedades; además del aupamiento de los separatismos

nacionales y étnicos extremos. A ello se unía el esfuerzo uniformador y homogeneizante del discurso imperante acerca de cómo debía ser la «sociedad civil universal»; se habló de la neutralidad académica, del nihilismo y el apoliticismo rampón; del fin de la lucha de clases; el imperialismo fue sustituido hábilmente por un imperio «ultraimperialista» –a lo kautskiano–, y se llamó al descomprometimiento de los intelectuales con lo popular y las ideas revolucionarias de izquierda.

Ese pensamiento desmovilizador se tradujo a través del neolenguaje de lo «políticamente correcto» y de lo que no lo es –que incluyó al académico–, y se juzga con un doble rasero y arbitrariamente la legitimación no solo de los sistemas sociales, sino a los gobiernos, las clases, las creencias ambicionándose el control y la determinación del asunto de la autoridad moral y, por tanto, del derecho y la razón en todas las latitudes geográficas. Los tanques pensantes del capitalismo imperialista fueron partícipes activos de los estudios poscoloniales, los raciales, los multiculturalismos, la poshistoria, la neohistoria y los numerosos temas enunciados, entre otros, por intelectuales del denominado Sur geopolítico, entre ellos los latinoamericanos-caribeños progresistas, pero tamizaron los sentidos y símbolos, retorcieron las formas-contenidos y adocenaron las esencias hasta donde les fue posible.

El antagonismo del Norte capitalista rico e industrial contra el Sur subdesarrollado-subdesarrollante geopolítico asumió la contradicción principal en la arena internacional. Junto al eterno batallar entre el capital y los trabajadores asalariados, reaparecieron como *ave fénix* los subestimados conflictos entre los nacionalismos encumbrados, ahora exaltados al interior y desde el exterior, los monstruos ocultos de los «fundamentalismos» religiosos (no solo el islam), las exacerbadas diferencias étnicas, especialmente de las minorías excluidas, que en algunos lugares constituían mayorías; así como las problemáticas

pugnantes y postergadas de los derechos humanos y civiles, de toda índole, de los pueblos originarios, los indígenas irredentos, los de géneros, las temáticas sexuales, raciales, etáreas, ecológicas, entre otras contradicciones, tensiones y dinámicas sociales. Realidades insoslayables que habían sido relegadas por la confrontación Este-Oeste.

Parecía ser la hora de poner en la palestra pública los «desastres y los naufragios» del marxismo, el comunismo y el socialismo. Algunos historiadores, filósofos, sociólogos, sicólogos sociales, antropólogos y etnólogos en el orbe, la región latinoamericana-caribeña y del propio escenario patrio, destacaron a otras figuras políticas y procesos socioeconómicos e ideopolíticos de la historia, objetivos legítimos e ineludibles para una aproximación a la verdad histórica, pero también se ocultaron, subestimaron y se criticaron fuertemente por otros estudiosos e investigadores aquellas figuras y proyectos políticos que pertenecían a las fuerzas de la izquierda más radical, incluso la moderada. Se contrapusieron personalidades y procesos, en los que algunos de ellos parecieron perder su verdadero lugar en la larga historia de las luchas emancipatorias nacional-antimperialistas, socioclasistas y por la justicia social.

#### IV

A manera de un epílogo inconcluso, hoy resulta una verdad de Perogrullo que no puede existir un socialismo del siglo **xxi**, en el siglo **xxi** o para el siglo **xxi**, sin una investigación seria de la historia de las ideas y las prácticas del marxismo, el socialismo y el comunismo del pasado que, inexorablemente, se entrecruzan con los nacionalismos y la imperiosa necesidad integracionista latinoamericana-caribeña, los cuales se reflejan en el presente y se proyectan hacia el futuro. Cualquier abandono, por desidia e ignorancia, de lo que ocurrió y de lo

que ocurre en el plano de las ideas y las prácticas socialistas (infiriendo las marxistas y comunistas) podría ser un terrible *boomerang* que nos golpee una y otra vez.

Los procesos revolucionarios en América Latina, con sus diferentes matices ideopolíticos, como la Venezuela Bolivariana de Hugo Rafael Chávez Frías, la Bolivia multinacional del líder social Evo Morales, el Ecuador de la Revolución Ciudadana de Rafael Correa y la Nicaragua sandinista de Daniel Ortega son herederos, por muchas rupturas definitivas que se pronuncien, quiéranlo o no, de las elaboraciones y la praxis socialistas de las dos centurias anteriores, desde la elaboración del *Manifiesto Comunista* en 1848 y el primer ensayo obrero-revolucionario en el poder, la Comuna de París, en 1871; transcurriendo posteriormente por la victoria de la Revolución Socialista de Octubre Rusa, en 1917, la Revolución China, en 1949, y la Revolución Cubana, en 1959, por señalar algunos de los eventos revolucionarios más destacados del siglo xx.

Vale la pena reiterar que las lecciones, enseñanzas y experiencias históricas no están para ser obviadas sino para ser aprendidas, comprendidas y aprehendidas, además de proceder a su revisión cuidadosa y rigurosa, con la pretensión de criticarlas constructivamente, así como para re-crear y re-inventar algunas de sus partes teórico-metodológicas, hasta reactualizar y eliminar aquello que ya no nos sirve porque el tiempo y las nuevas circunstancias rebasaron los conceptos y los accionares establecidos. Lo que sería contraproducente es que nos demos el lujo de que se repitan los decepcionantes acontecimientos socialistas euro-orientales del siglo xx, por no conocer lo que sucedió realmente en aquellas experiencias históricas.

Paralelamente, en la actualidad es necesario apoderarse realmente del tan polémico debate sobre cómo asumir, respetar y desplegar, con toda la intensidad posible, la inevitable presencia de la emergencia de la



diversidad sociocultural, nacional, clasista, étnica, racial, de género, etárea, de opciones sexuales, diferencias regionales y locales, etc., de los diferentes movimientos sociales y políticos. Porque todos ellos son signos de la complejidad del sujeto social-popular múltiple contemporáneo que deviene en el posible sepulturero del capitalismo, en oposición al reduccionista obrerismo clasista que predominó durante un tiempo considerable en los programas de muchos partidos denominados marxistas y otros.

El reconocimiento de las diferencias deviene punto de partida para aceptar la diversidad, convirtiéndose la identidad en el punto inicial de aceptación de esa heterogeneidad. Y estas diferencias emergentes ya no pueden ser dicotómicas ni antagónicas, porque la mayoría coexisten y urgen de la promoción de interacciones, relaciones sociales basadas en el respeto mutuo, el razonamiento, el fortalecimiento del tejido asociativo, la aportación constructiva y la coherencia ética.

Esa ética de la articulación se construye sobre la base del aprendizaje y desarrollo de la capacidad dialógica, disposición a construir juntos desde saberes, cosmologías y experiencias de acumulación y confrontación distintas, de potenciar identidades y subjetividades hasta el infinito. Es un enfoque ético-político que reconoce la multiplicidad y diversidad del sujeto social alternativo, de sus diferentes conceptualizaciones teóricas y aquellas que se producen desde el sentido común, por la legitimidad de epistemes y de reconocer que nadie en absoluto tiene la verdad absoluta. Donde estén representados el conjunto de demandas emancipatorias y libertarias, independientemente de las tendencias cosmovisivas ensayadas, hasta confrontadas.

Las alternativas prácticas-transformativas de los tradicionales y nuevos movimientos sociales y políticos fracasarán si no existe un pensamiento teórico alternativo

para ir construyendo, en paralelo, ese socialismo necesario e imprescindible. «Sin teoría revolucionaria tampoco puede haber movimiento revolucionario», continuaría expresando Vladimir Ilich Lenin si estuviera hoy con nosotros.

Estas pudieran ser las enseñanzas y lecciones, positivas y negativas, de los procesos, hechos y personalidades históricas analizados, sometidos a una constante y diferente perspectiva crítica, para lograr los acercamientos paulatinos más acertados y poder repensar la Historia con mayúsculas, y no permitir que esta sea representada con tergiversaciones y manipulaciones que tuerzan su decursar y hagan desvalorizar las mentes de los patriotas y revolucionarios cubanos. No se puede olvidar que un pueblo sin historia se convierte en un pueblo sin memoria.

En resumen, un *final feliz* tuvo este evento científico «Comunismo, socialismo y nacionalismo en Cuba (1920-1958)», porque escudriñó sin temores y con una alta dosis de honestidad académica y comprometimiento político un período histórico de la república neocolonial cubana, hecho que debe continuarse como ejercicio intelectual permanente si queremos extraer de las polémicas, los debates, las discusiones y los diálogos todos aquellos saberes y conocimientos que nos brinden las oportunidades de exponer, hablar, escribir y saber escuchar las opiniones y argumentos de muchos investigadores y profesores en la búsqueda infinita de la verdad histórica.

Ahora corresponde a usted, estimado lector, expresar la última palabra.

ORLANDO CRUZ CAPOTE

# PRESENTACIÓN

La historia de las rebeldías del pueblo cubano es la historia de sus luchas por la independencia nacional y de los combates por la justicia social. En la misma ocuparon un lugar importante durante la primera mitad del siglo xx distintas tendencias políticas como las nacionalistas, socialistas y comunistas. Todas convivieron en medio de continuos acercamientos y frecuentes discor-dias. Esa lógica de atracción y desencuentros está fun-damentada en la dialéctica de sus proyecciones de corto y de largo alcance. La mayoría de esas tendencias pla-neaba contribuir a reformar la sociedad cubana de una u otra manera, pero discrepaban en el alcance y profun-didad de las transformaciones a lograr. Tampoco con-cordaban en los métodos de lucha para alcanzar sus objetivos. Esas conflictivas relaciones tuvieron un im-pacto significativo tanto en las etapas de relativa calma ciudadana como en las de fermentación revolucionaria.

Con el propósito de contribuir al estudio y reflexión sobre esta trascendente temática, el Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, con el apoyo económico del Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam, convocó a un taller científico los días 1ro. y 2 de octubre de 2009. En el mismo participaron investigadores de prestigiosos centros de nuestro país entre los que se destacan las Universidades de La Habana y Matanzas, la Escuela Latinoamericana de Ciencias Médicas, los Institutos de Filosofía, de Historia de Cuba y el de Arte e Industria Cinematográficos.

El evento se estructuró en dos sesiones. La primera dedicada al período comprendido entre 1920 y 1940, en la cual se analizaron aspectos como la situación de Cuba

entre las dos guerras mundiales, el panorama internacional y la influencia de la Internacional Comunista en el mismo, así como el accionar de las tendencias a que nos hemos referido y de dos de sus principales representantes: Rubén Martínez Villena y Juan Marinello. La segunda sesión presentó indagaciones sobre las luchas de América Latina entre 1940 y 1958, la ejecutoria de figuras políticas como Eduardo Chibás y Blas Roca Calderío, y de las distintas fuerzas de izquierda durante los gobiernos constitucionales y en el proceso revolucionario que estalló en 1953.

Los debates derivados de la presentación de las ponencias resultaron también una valiosa aportación para el conocimiento. Los temas pudieron ser abordados desde distintas perspectivas y los participantes ganamos en claridad sobre numerosos aspectos de esta historia reciente de nuestro país. Este libro pretende contribuir a la socialización de los resultados del taller e incentivar el estudio, profundización y problematización de una materia de tanta pertinencia para los tiempos actuales.

CARIDAD MASSÓN SENA

**Principales direcciones  
ideopolíticas  
de la izquierda en Cuba  
entre las dos guerras  
mundiales**



# PALABRAS INAUGURALES\*

***Fernando Martínez Heredia***  
**(director general del ICIC Juan Marinello)**

El taller «Comunismo, socialismo y nacionalismo en Cuba» deviene una contribución más del Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello al 50 aniversario del triunfo de la Revolución, al mismo tiempo que significa la continuación de una línea investigativa y de eventos y publicaciones de este centro, que se realiza, sobre todo, en el campo de las actividades de la cátedra de estudios «Antonio Gramsci».

La divisa principal de nuestro trabajo intelectual, su perspectiva más general debería ser analizar y comprender los asuntos, las realidades actuales y la historia desde Cuba y desde el mundo que fue colonizado y neocolonizado.

Esto se puede enunciar muy fácilmente, sin embargo resulta difícil de cumplir en la práctica, porque lo más usual es la permanencia más o menos grande dentro de la posición mental del colonizador, por lo general de manera inconsciente, por eso se requiere asumir actitudes críticas muy consecuentes aunque puedan parecer demasiado aventuradas, debatir criterios diferentes sin prejuicios y no temer siquiera equivocarse.

En los temas que abordaremos se necesita cuestionar el material mismo que aparece como lo que es relevante para la historia. Puede haber datos que se han

\*Este trabajo fue publicado en la revista digital *Caliban*, n. VII, abril-junio de 2010.

desechado y olvidado, que no se conocen ni se aprecian, y estos datos contienen un enorme valor para la comprensión de eventos y procesos que examinaremos. Al mismo tiempo, se hace imprescindible polemizar sobre el aparato conceptual, las definiciones, las palabras más fuertes, los hitos intelectuales, porque más de una vez ellos han cerrado el paso al conocimiento y, algo mucho peor, han contribuido a desorientar en sus prácticas a quienes deseaban ser vehículos y protagonistas de los cambios favorables; y también, tercera cuestión, urge buscar las preguntas y los problemas verdaderos y no cambiar la vista ni detenerse ante ciertos hechos y encrucijadas. La historia y las experiencias cubanas deben ser, en estos tiempos, tópicos constantes de reflexión para nuestros científicos sociales.

El taller ha escogido el período histórico 1920-1958 y las relaciones y contradicciones concernientes a las luchas nacionales y sociales. El tema contiene una inmensa variedad de asuntos y problemas a discutir en muy poco tiempo, por lo que resulta forzoso que lo tratemos a un grado parcial y que no podamos abarcar toda su riqueza. Ese es un destino de eventos y trabajos como este, pero no constituye un defecto si estamos conscientes de esa limitación. A su vez, el encuentro puede dar frutos muy valiosos al llamar la atención sobre estos aspectos que, siendo básicos para Cuba, no se enfatizan lo necesario en nuestra educación o son víctimas de las divulgaciones desatinadas o distorsionadas. También, como es obvio, el evento será fecundo por los valores intrínsecos que aportarán las ponencias y los debates que tendremos. Haré algunos comentarios que, a mi juicio, puedan contribuir algo al inicio de esta actividad.

El nacionalismo fue la ideología de mayor peso y más compartida por los cubanos y cubanas desde fines del siglo XIX. El verdadero despertar de la conciencia nacional no sucedió en los años 20 del siglo pasado, como se



suele repetir. Se plasmó en la Revolución del 95, la experiencia histórica más abarcadora, profunda, traumática y formadora del pueblo de la Isla. Tuvo un alcance y unas consecuencias tan trascendentales que hizo a Cuba una nación republicana y afectó su vida práctica y toda la comprensión de las políticas, la ciudadanía, las ideologías y las situaciones concretas durante las tres décadas siguientes a 1902.

El nacionalismo de la primera república burguesa neocolonial tuvo un carácter contradictorio por tres razones: por su origen, su contenido y su impronta profundamente populares; por la necesidad de que fuera al mismo tiempo una función de la dominación; y por la dimensión de proyecto a realizar más que de pasado a celebrar que legara a la república la Revolución del 95 y su pensamiento más radical.

Ni el anarquismo, ni su forma organizativa sindicalista tan importante en la historia de las luchas por la justicia social del primer cuarto del siglo xx, ni el comunismo, fundado al calor de la Internacional Comunista, que fue tan influyente en la década siguiente, lograron comprender bien ese legado y mucho menos declararse con éxito los herederos de él y los destinados a conducir la ejecución del proyecto nacional.

Es de sentir que no tengamos en el taller una exposición dedicada totalmente a los temas y problemas del nacionalismo cubano, pero estoy seguro de que todas las ponencias y los debates los tendrán muy en cuenta.

En la historia de la formación de una nación en Cuba y de la de su liberación nacional y social, han tenido que ser las revoluciones las portadoras de las soluciones de los problemas fundamentales y, a la vez, las que han planteado nuevos objetivos a la sociedad. Esto tiene una importancia decisiva para nosotros, porque los problemas de la Revolución fueron centrales para los políticos y pensadores involucrados. La Revolución del 30

constituyó el evento más trascendental de la época que analizamos, y su alcance y sus consecuencias solo pudieron ser superados por la Revolución que triunfó en 1959.

Como estamos acostumbrados a exaltar nuestras revoluciones, resulta difícil darle la significación que merece al estudio de las épocas en que no las hubo, y al hacerlo, cumplir con las reglas básicas del análisis histórico. La vida de las sociedades no puede comprenderse sin conocer las largas etapas de conservación y de evolución, los «pisos» –que diría Braudel– de sus específicas realidades y el contenido de la hegemonía de las clases dominantes y el consenso consiguiente de las mayorías; es decir, el orden vigente, al parecer intangible, contra el cual irrumpen trepadoras las revoluciones. Estos últimos eventos, tan impactantes y valederos, tampoco pueden entenderse bien sin dominar aquellos períodos que los precedieron.

Si consideramos el conjunto de la sociedad cubana entre 1920 y 1958, pueden advertirse, a mi juicio, cuatro etapas:

La primera, el final de una larga época que abarcó siglo y medio de su estructura social básica, a la vez que culmina con el modelo burgués neocolonial de la primera república que duró treinta años.

La segunda, la Revolución de 1930.

La tercera, la segunda república burguesa neocolonial.

La cuarta, la insurrección de los años 50 que se fue formando a partir de 1955.

En la primera etapa sucedió la deslegitimación del sistema político y comenzó la crisis de la hegemonía.

En la tercera, entre 1936 y 1955, funcionó la hegemonía reformulada de la segunda república con un altísimo grado de elaboración y eficacia; ella tiene que estar presente en un aparte de los análisis y debates de este taller. El investigador busca los sentidos profundos, y

en política, como decía José Martí, «lo esencial es lo que no se ve».

Una clave principal de la hegemonía de la segunda república fue mantener el consenso en cuanto a excluir la insurrección y la revolución como vía para solucionar los problemas cubanos. La base de aquel consenso era una institucionalidad avanzada: hacerla cumplir y prosperar debía ser el camino; las movilizaciones cívicas, los partidos de masas muy bien estructurados, la vía electoral, las libertades ciudadanas, una sociedad civil fuerte y capaz de presionar y negociar, serían los instrumentos. Los ideales podían completar la obra de la independencia, pero lo más usual era ya sumarle los ideales de la Revolución del 30, como eran entendidos por los que los invocaban. Durante la segunda república se llegó a tener por artículos de fe todo lo anterior, tanto por los activistas políticos y sociales como por las mayorías. Está claro que para la burguesía y el imperalismo eso significaba *que nunca vuelva a haber en Cuba otra revolución*. Es decir, que todas las actividades, las ideas y las motivaciones que tuvieran un peso real en la vida política fueran funcionales a la dominación.

La palabra *revolución* era utilizada sin descanso en el lenguaje político, en los medios, las conmemoraciones, juramentos, pero era general la idea de que en la práctica no había que apelar a ella.

Sin embargo, entiendo que sería un grave error despreciar ese mundo a partir de que la revolución de los años 50 lo negó, logró triunfar y mantenerse, al igual que sería una equivocación creer que esta revolución no le debe nada. A mi juicio, en el carácter sumamente elaborado y profundamente contradictorio de aquella hegemonía estaba su victoria, pero también contenía un peligro que podía serle mortal. Si se rompía el equilibrio, si volvía por cuarta vez la revolución en Cuba, ello exigiría sin remedio transformaciones sociales colosales

que derrocarían juntos al capitalismo y al dominio imperialista.

Esto último nos pone frente a uno de los problemas cruciales del comunismo marxista y de los revolucionarios radicales del siglo xx, el problema llamado *carácter de la revolución*. Durante casi todo el período histórico a que nos referiremos en este taller, el mismo fue objeto de discusiones y prenda de fidelidades, un dilema para las estrategias y punto de ebullición y condenas dentro del campo popular. No era una originalidad cubana, ni siquiera había nacido aquí. Esta cuestión constituía una de las expresiones más importantes de las dificultades, errores y caídas de la universalización del comunismo y del socialismo durante todo el siglo pasado en cuanto a las relaciones y contradicciones entre la nación y las clases, entre las luchas de liberación nacional y las luchas de clases, entre la justicia social y la libertad, entre el colonialismo, el neocolonialismo y las revoluciones contra ellos y contra el capitalismo imperial.

Los problemas teóricos implicados en este conflicto eran grandes y profundos, se remitían al marxismo originario y a su desarrollo en Europa, se fundamentaban en el pensamiento creado a partir de la revolución bolchevique y en la URSS y adquirían su carne y sus realidades inmediatas en los movimientos, las ideas y los proyectos revolucionarios de Asia, África y América Latina.

El capitalismo imperialista se universalizó en un mundo extremadamente diverso, y se vio obligado a combinar bien sus medios homogeneizadores, a pesar de ser tan fuertes y efectivos, con políticas particularizadas. La universalización del anticapitalismo estaba forzada a partir de la misma complejidad, a combinar adecuadamente sus propios medios y estos debían ser totalmente diferentes a los del capitalismo. Pero los conflictos políticos y los eventos que acabaron con la revolución en la Unión Soviética, en el curso de los años 30

tuvieron consecuencias funestas para ese intento. Ese país impuso un control y una disciplina muy autoritarios a los comunistas del mundo, que se tradujeron en sectarismo, dogmatismo, colaboración con sectores de la dominación cuando convenía al interés estatal soviético, rechazo y hostigamiento a otros revolucionarios, y obediencia a una doctrina eurocentrista. Las prácticas y las ideas anticapitalistas a escala mundial durante el período fueron muy condicionadas por esa situación, incluidas la de movimientos y pensamientos ajenos a las corrientes de orientación soviética.

Dentro del período que estudiamos sucedieron dos desencuentros graves entre la posición erigida a partir de la primera revolución socialista y las culturas de rebeldía y liberación que iban surgiendo a escala mundial, trágicos por la pérdida de oportunidades que conllevaron para la revolución del mundo. El primero está vinculado a la política sectaria de «clase contra clase», impuesta al movimiento comunista a partir del Sexto Congreso de la Comintern de 1928. El segundo, a la geopolítica como guía de la actuación soviética desde 1945, cuando estaba en el cenit de su prestigio y el del socialismo, por la victoria contra el nazismo, y se producían los procesos de descolonización de Asia y África y revoluciones triunfantes en China, Vietnam y Cuba. También sucedió otra vez –después de 1935– la progresiva adecuación de la mayor parte del movimiento socialista marxista al predominio del capitalismo en sus países. El reformismo fue la corriente más fuerte. Los eventos que he mencionado fueron muy influyentes en Cuba. El socialismo y el comunismo dejaron de ser sinónimos de revolución. Pero también constituiría un serio error, a mi juicio, olvidar que la difusión de las ideas socialistas y comunistas fue un factor importante en el desarrollo del pensamiento revolucionario cubano a lo largo de la etapa que analizamos.

La voluntad revolucionaria puesta en práctica el 26 de Julio de 1953 fue un aldabonazo en la conciencia nacional y lanzó una nueva propuesta. Dos años después, comenzó a convertirse en la realización política insurreccional, a aliarse a la protesta popular y a brindarle elementos de conciencia y conducción. Entonces comenzó una nueva época para la revolución, que fue capaz de pelear y triunfar, y de unir al socialismo con la liberación; para lograrlo, como toda revolución, tuvo que romper una y otra vez los límites de lo posible, desatar las capacidades del pueblo para cambiar al país y cambiarse a sí mismos, levantar un poder muy grande y organizado, destrozando a la geopolítica y protagonizando una gigantesca herejía respecto a lo que se consideraban los axiomas del pensamiento revolucionario.

Por eso quiero terminar estas palabras de introducción a nuestros dos días de trabajo, recordando aquello que escribió el Che en su *Diario de Bolivia*: «El significado del 26 de Julio: rebelión contra las oligarquías y contra los dogmas revolucionarios».

# CUBA ENTRE DOS GUERRAS MUNDIALES

***Berta Álvarez Martens***  
**(profesora de la Universidad de La Habana)**

Tratando de calificar la etapa republicana entreguerras, aún esbozamos determinados calificativos que no satisfacen la totalidad de las especializaciones y hoy es usual referirnos cómodamente a una segunda república sin más, con la aspiración de alcanzar una síntesis valorativa más certera. Recuerdo intensos debates entre colegas, cuyas diferencias eran obviadas con el socorrido título de «Cuba en la Segunda Guerra Mundial». A fin de llegar a ciertas generalizaciones, sobre todo para poder caracterizar el período, Fernando Martínez nos ha dado un pie, un pie excelente. Efectivamente, nosotros no vamos a trabajar exactamente como en otras ocasiones el balance de la Revolución del 30 y los hechos de mayor relieve que afloran y se desarrollan en este ciclo, como el del debate y aprobación de la Constitución del 40. Para mí resulta muy importante referir que si tuviera que definir el período, diría que es un período determinado mayormente por un reformismo estabilizador, término utilizado por alguna bibliografía de tradición y que por demás es incorporado más recientemente en los análisis de la historia de la ciencia y la tecnología de la etapa en cuestión, como referente sociopolítico para explicar el marco en el que se desenvuelve el devenir científico de este período.<sup>1</sup>

<sup>1</sup>Las referencias a conceptualizaciones en torno al período estudiado han sido muy variadas e insuficientes. La razón de ello puede resultar de la selección de objetivos que el investigador se proponga explicar y la ausencia de suficientes estudios sintéticos acerca de las más

¿Por qué decimos que es un período de reformismo estabilizador?

Porque en él concurren aún con carácter dominante las fuerzas tradicionales de una burguesía cubana, en un marco de despliegue más inclusivo, ahora más democrático, en los límites de una fórmula, consensual,<sup>2</sup> para Cuba en extremo debilitada al depender su estabilidad más de las coyunturas históricas (las guerras mundiales, como ejemplo) que del desarrollo propio de sus estructuras e instituciones, reflejando con ello una complejidad y conflictividad propias de cualquier sociedad,<sup>3</sup> y muy en particular de la nuestra, en la que el despliegue hegemónico posrevolucionario no alcanza cambios de esencia, solo pretende una rearticulación de poder, cuyo eje estará configurado por renovados sectores de la oligarquía en torno al militarismo y a Fulgencio Batista. El neocolonialismo se presentará con diferentes rostros, pero definitivamente como sujeto histórico de presente.

## Los nacionalismos y los partidos

La pluralidad de las formulaciones nacionalistas es el otro rasgo de intensidad política del período, las diferentes

---

recientes etapas históricas cubanas. Como objetivo hemos procurado privilegiar una perspectiva de reformas modernizadoras cuyos referentes se ubican en los procesos de los años 20-30, y cuyo despliegue trasciende la intensidad y dinámica del tiempo de «Revolución» en el 33, y se extienden hasta la Segunda Guerra Mundial; así como de resaltar la viabilidad de la intención estabilizadora de la nación por la vía de la institucionalidad. Oscar Zanetti, «Las relaciones entre Estados Unidos y Cuba tras la Revolución de 1933; reajustes en el modelo de dominación», en ponencia a LASA, 1991, y más recientemente P. M. Pruna en su *Historia de la Ciencia y la Tecnología en Cuba*, material mimeografiado [s. f.], utilizan con efectividad este término.

<sup>2</sup>Me refiero a la fórmula consensual en la Constituyente del 40.

<sup>3</sup>Jorge Luis Acanda, «El malestar de los intelectuales», en *Temas*, n. 29, abril-junio de 2002.



tendencias nacionalistas. Evidentemente hoy día nadie habla de un nacionalismo sino de los nacionalismos, y esta pluralidad renovadora se muestra justamente en estas tendencias que van desde las llamadas «izquierdas liberales y democráticas» hasta las marxistas ortodoxas o no, y socialistas, con una diversidad de proyectos mayormente basada no en sus concepciones de independencia económica, justicia social y soberanía política, sino en lo fundamental en sus métodos unitarios y la toma del poder. El problema de la unidad adquirirá relieves nunca antes experimentados no solo en la necesaria unión nacional para la consecución de la soberanía e independencia sino, y quizás sobre todo, en la demanda de unidad popular de carácter internacional, aunque para Cuba debía traducirse en Frente Único Antimperialista, constituyéndose en un grave desencuentro para las izquierdas cubanas.

Comenzaremos por destacar la corriente del liberalismo democrático desde o más allá de los límites de lo burgués que convivía con diferentes formulaciones socializantes del período, lo que evidentemente resulta de interés. Nosotros no podemos descartar el accionar progresivo del liberalismo democrático en esta etapa histórica, una evidencia ejemplar es el que se expone en la obra de don Fernando Ortiz y que justamente expresaba en sus textos el refinamiento humano más elevado de esta corriente, con lo que Ortiz resulta uno de los batalladores principales por lograr democratizar la sociedad cubana y a su pueblo a través de su participación real y efectiva en la toma de decisiones. Como ejemplo tenemos el hecho de que Ortiz procede, en medio de una alharaca nacional de aprobación, a impugnar la firma del Tratado de Relaciones con EE.UU. del año 1934, al no someterse a diferendo público su aceptación.

Por otra parte, no habíamos incluido los proyectos propios del marxismo ortodoxo por una lógica crítica

esbozada por mí en otro trabajo acerca de las formulaciones nacionalistas, donde tuve en cuenta las desviaciones que al respecto produjo el Partido Comunista entre 1934-1940, pero creo prudente explicarme, por lo que permítanme hacerlo a través de una cita que corresponde a otro de mis trabajos:

El análisis marxista ortodoxo presente en la primera mitad del siglo xx se inserta en una tensión que oscila entre el aporte en la aplicación de nuevos instrumentos y conceptos explicativos de la realidad nacional, cuya objetividad se reconoce en aquellos que abordan el análisis de la estructuralidad de la sociedad cubana y sus actores –burgueses, proletarios, campesinos, intelectuales, etc.– y en el avance de su interpretación del imperialismo, la dependencia, y otros; al otro extremo se colocan los análisis referidos a la revolución social: sus tácticas y estrategias políticas que (no precisamente en lo que a la cultura se refiere) estuvieron marcadas por un distanciamiento de la objetividad histórica con la consecuente falta de legitimación de la influencia que pudo haber ejercido en el contexto al que nos referimos.<sup>4</sup>

Esta tensión ofrece aún cuestiones pendientes para un esclarecimiento, o más bien diría, para un acercamiento crítico de nuestra historia, que todavía se encuentran presentes en nuestra realidad.

Existen tendencias más conservadoras que marcan el nacionalismo, por ejemplo aquellas referidas a un tradicionalismo político que oscila entre conservar «lo mejor de la tradición política», hasta los que quieren que continúe el «marrullerismo a la vieja usanza», como los programas del Partido Liberal de los años 1935 y 1939

<sup>4</sup>Berta Álvarez Martens, «Historiografía Cubana, Siglo XX. Presencias y ausencias», ponencia presentada en el Centro Iberoamericano (material inédito).

cuyos textos niegan la tradición del liberalismo decimonónico –inclusive en su expresión patriótica, independentista–, y de las primeras décadas ilustradas republicanas del viejo partido, llegando a proclamar, muy a la ligera, por supuesto, que su plataforma política era de un liberalismo socialista en los tonos de una retórica demagógica. La reafirmación de la república anterior a los 30 y de la Constitución de 1901 es resaltada por Orestes Ferrara, liberal a ultranza, como paradigma de República.<sup>5</sup>

No es ocioso recordar que con la Revolución del 30,<sup>6</sup> Cuba logra un saldo histórico trascendente con capacidad de formular los principales problemas que afectaban su desenvolvimiento histórico en síntesis de pasado-presente-futuro. Directrices de su desarrollo social recogidas en sus programas aún hoy constituyen, a mi entender, perspectivas a tener en cuenta. La Revolución de los 30 fue una revolución de aspiración democrática, demoburguesa y popular que en su trazado nacional definió, en diversidad, una aspiración renovada de sus relaciones con EE.UU. No solo expresó un antiplattismo sino, además, adelantó propuestas de nacionalización que modificaban el status de estas relaciones. La radicalidad se manifestaba en el antimperialismo, pero se formularon otras que, aún no definiéndose como antimperiales, enunciaban posiciones no imperiales en textos y contextos de programas que precisaban derroteros para hacer de Cuba, una Cuba cubana, como era, al decir de Fernando Ortiz, «la intención de este proceso». Otros consideraban a este proceso culminación del programa martiano, a lo que yo añadiría, «en contexto renovado».

<sup>5</sup>Nos referimos a la primera etapa de la república signada por la Constitución de 1901.

<sup>6</sup>Julio César Guanche, *La imaginación contra la norma*, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 2001.

## Otras corrientes, las llamadas socialistas

Según el criterio de mis profesores de la carrera de Filosofía y Letras en los inicios de los 60,<sup>7</sup> el más completo de los programas –en lo que a texto se refiere, por supuesto–, era el del ABC.<sup>8</sup> Otra historia sería al incluir en un análisis marxista diversos factores como el alcance de la práctica política demostrada, y de cuál sujeto social o de cuáles sujetos actuantes se trataba, que como sabemos todos, apuntaría a cuáles serían las vanguardias, caracterizando así, en verdad, al programa o al partido.

Estas tendencias marcarían rumbos hasta la segunda posguerra (1945-1952), en que, como reza un refrán popular, «otro gallo cantaría». Pero este canto queda fuera de los límites de esta presentación.

Justamente en este período a que hacemos referencia se enmarca la publicación de *Problemas de la Nueva Cuba*, de la Foreign Policy Association, entidad no oficial, cuyo propósito se dirigió a ofrecer recomendaciones reformistas de carácter sociológico encaminadas a orientaciones más bien generales de alcance efectivo limitado, para el año 1934. Dos de sus asesores serían cubanos: Herminio Portell Vilá y Fernando Ortiz, y su texto denota coincidencias con los programas de nueva orientación reformista cubanos como el de Ramón Grau San Martín, del propio año. Hacia el final de la etapa también vio la luz el informe «Truslow», del Banco Interamericano de Reconstrucción y Fomento, entidad oficial de finalidad y carácter bien diferenciados, marcado principalmente por las circunstancias de reacomodo geoestratégico en el despliegue de la política de Guerra

<sup>7</sup>Olga López, profesora del Departamento de Historia de Cuba, conocedora profunda de la bibliografía cubana.

<sup>8</sup>*Programa del ABC, Doctrina del ABC*, Ed. Cenit, La Habana, 1942.

Fría (1945-1959). La publicación inicial, *Problemas de la Nueva Cuba*, no va a ser un hecho aislado, sino que va a mover opinión pública, sectores sociales, fuerzas políticas, y en torno al diseño de este informe de la Foreign Policy Association, se ven reflejados los ingredientes que se repetirán, de cierta manera, en los programas nacionalistas.

El programa nacionalista más masivo y aglutinador fue el del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), de Grau San Martín. Sus conferencias impartidas en Panamá en el año 34, anuncian su presentación con las palabras nacionalismo, antimperialismo y socialismo, además de un fuerte anticomunismo y la pretensión de erigirse en partido único de la revolución.

Conjuntamente con el PRC(A), la Joven Cuba, promovida por Antonio Guiteras, expresarían y aglutinarían lo más relevante de este proceso.

Pero no me referiré a ellos, ya que han disfrutado de una mayor divulgación, y sí a dos de los más pequeños y menos conocidos partidos: el Aprista Cubano y el Agrario Nacional.

El aprismo existía desde la década del 20; este Partido Aprista después del 30 va a resurgir renovado, apuntando su mirada hacia la realidad histórica cubana y rompiendo con las posiciones que había sostenido antes como difusor de las doctrinas de Haya de la Torre. De carácter antimperialista, accionará por la unidad americana, por la nacionalización de la industria y de la tierra, por la internacionalización del Canal de Panamá y a favor de los pueblos oprimidos del mundo. Sus bases sociales las constituyeron las capas medias: «los poseedores del elemento técnico capaz de la reconstrucción»; colocan el énfasis en la producción nacional y en el aumento y desarrollo del pequeño colonato. Este antimperialismo que ellos promueven es nacionalizante: sostienen que las relaciones y el desarrollo no deben

desembocar «en procesos catastrofistas», o sea, que deben seguir «el ritmo de la historia, no producir descalabro alguno»; encaminan su programa hacia la justicia social y una democracia funcional; y se dicen a sí mismo marxistas, pero anticomunistas al no perdonarle a Julio Antonio Mella «las decisiones polémicas» que había asumido con respecto a la figura de Haya de la Torre y del partido en la década del 20, por cuyos motivos se consideraban no comunistas. Una vez más, razones de política y no de esencia se imponían.

El Partido Agrario Nacional ofrece curiosidades interesantes. Su presidente fue Alejandro Vergara. Dicho partido esbozó un nacionalismo de carácter agrario y antimperialista y proponía la nacionalización de la tierra y de su riqueza, estaba llamado a poner fin «al terrible efecto del latifundio». El control del status agrario debía mantenerse de parte del Estado, sobre todo en lo referente «a los propietarios explotadores». En sus tesis publicadas en 1937 se expone que constituye una organización antimperialista, agraria y socialista. Se centran en el papel de la democracia y del Estado. En general, estos partidos se mueven en esa dirección, como hemos apuntado: la justicia social, la independencia económica y la soberanía nacional, y muchos se pronuncian por el socialismo, aunque el contenido de ese socialismo va a presentar características diferentes como se ha explicado.

## **El despliegue y dominio de las ideologías**

Los sistemas ideológicos signarán las expresiones políticas, las condiciones sociales y hasta los modos de vida. O sea, la ideologización en este período –décadas del 20, del 30 y del 40– marcará derroteros prejuiciosos, pero aún en un despliegue diverso; dichas expresiones reflejan una variedad que irá diluyéndose en los años 50 en un proceso de polarización ideológica.

Quisiera decir que este campo mostrará en la particularidad nacional, la universalidad de estos procesos históricos que tienen su escenario en otras latitudes. Así aparecerán en el nacionalismo cubano rasgos propios del nacional-socialismo, del falangismo, del fascismo italiano; y por otra parte, del republicanismo español, del hispanismo, del llamado norteamericanismo y otros, en tanto componentes y variables ideológicas que en nada suponen la existencia de las estructuras e instituciones que les dieran vida a esos sistemas en otros confines. Solo mencionamos a Europa por no citar las influencias conocidas de América Latina, tan importantes como las referidas a México, a la Revolución-Reforma mexicana; estas formas y contenidos expresivos no suponen ser eurocéntricas, son manifestaciones nacionales que intentan una alternativa al hegemonismo central e imperial del capitalismo, básicamente capas emergentes de la sociedad; de corte clasista y reflejo de los procesos globales, del accionar social del orbe que se estaba reproduciendo en Cuba, a escala nacional. Es lo que de primer mundo le compete a Cuba.

Otra cuestión sería si hablamos de procesos no creativos, sin tomar en cuenta lo propio: la tradición cultural como memoria histórica, o si derivamos en mimetismos esquemáticos que resultan ajenos a nuestras realidades. Y por supuesto, tengo presente a José Martí y a «Nuestra América».

En Cuba se desarrolla también un proceso muy dinámico.

A nivel de mundo ocurren cambios fuertes en esas décadas de ese llamado siglo corto –el xx– por el marxista Eric Hobsbawm.<sup>9</sup> Probablemente más intensos en Europa que en América. Debemos recordar el vigor de las relaciones de Cuba con el viejo continente, principalmente

<sup>9</sup>Eric Hobsbawm, *Historia del Siglo XX* t. I y II, B. A., 1998.

con España: las cifras migratorias altas hasta los años 30, y el impacto de la Guerra Civil en la sociedad cubana; así como el repliegue crítico de nuestra economía primaria de exportación, que generaría hacia los finales del período abordado una crisis orgánica.<sup>10</sup>

El cubano, en sentido genérico, se encontrará formando parte de nuevas formas asociativas, inmerso en una institución, en una sociedad, en un agrupamiento sectorial, en una iglesia, en una fraternidad, etc.; que habla desde él, para él y al cual él le ha relegado su poder individual, mientras su accionar en los espacios públicos y en colectivo irá en ascenso. Cada vez menos se expresará una individualización o personalización de los contenidos ideológicos y programáticos como la de los llamados «francotiradores»<sup>11</sup> de la primera república (1902-1930). La sociedad a la que me refiero puede estar aún disgregada, pero, en mi opinión, no desarticulada. En ella se horneó la Revolución del 59.

## **Nacionalismo y Estado**

El Estado cubano se diseña en sus relaciones sociales de producción sobre la base normativa de la conciliación del capital y el trabajo; este puede haber tenido excepciones y puede ser de más o menos alcance, pero si tuviera que definir una modalidad novedosa para este período histórico, diría que estas políticas reformistas a las que hemos llamado «estabilizadoras» adelantan jurídicamente en los

<sup>10</sup>Concepto propuesto por María Antonia Marqués Dolz para la crisis cubana de 1925 a 1958, con lo que se ampliaría el de crisis estructural y se le «concedería más atención a los procesos de recomposición de la dominación y a las estrategias desplegadas desde el estado por los bloques históricos».

<sup>11</sup>Así eran llamados los intelectuales de las primeras promociones republicanas, cuyo ejercicio de opinión quedaba inscrito públicamente desde su individualidad ilustrada.



términos de las relaciones laborales y salariales: los contratos colectivos, una fuerte asistencia social y organizaciones sindicales con espacios en el Estado. Esta conciliación del trabajo y el capital ofrece posibilidades múltiples de interpretación: ¿corresponde a un estado de bienestar?, ¿socialdemócrata? Recordemos que una regularidad del proceso histórico cubano es que discurso y realidad no guardan correspondencia; hemos afirmado en otras oportunidades que el discurso resulta, a lo largo de nuestra historia, de primer mundo, y la realidad, lamentablemente, del tercero. En cualquier caso, el ordenamiento jurídico concuerda con el de los estados desarrollados de su contemporaneidad; rasgos como el asistencialismo social, el intervencionismo estatal y ciertos componentes corporativos –expresados mayormente en el discurso político–, fueron propios de la entreguerras. Y es en este entorno que se formularon las bases dogmáticas en la esfera capital-trabajo de la Constitución del 40.

# SITUACIÓN INTERNACIONAL E INFLUENCIA GLOBAL DE LA COMINTERN\*

***Jorge Luis Acanda González***  
**(profesor de la Universidad de La Habana)**

La III Internacional, conocida también como Internacional Comunista (IC) o Comintern, fue fundada en marzo de 1919, en Moscú. Se correspondía con una vieja tradición y un principio fundante del movimiento obrero: el internacionalismo. Si la burguesía y el capital tienen un carácter internacional, la clase obrera igualmente lo tiene, y necesariamente ha de organizarse por encima de las fronteras nacionales en su lucha. Frente al nacionalismo –un sentimiento y una ideología agitados en Europa por la burguesía para sus propósitos de poder–, el movimiento obrero cohesionado proclamó el internacionalismo. En la segunda mitad del siglo XIX habían existido la I y la II Internacional. La I tuvo una breve existencia, debido a la fuerte represión que sufrió. La II alcanzó una duración mayor; pero la prevalencia de las tendencias oportunistas y reformistas en su interior, que llevaron a que los partidos socialdemócratas europeos, en su mayoría, se aliaran a las burguesías de sus países y apoyaran las políticas belicistas que condujeron a la Primera Guerra Mundial, provocaron lo que Lenin, con razón, calificó como «bancarrotas». La convicción, fuertemente arraigada en esa época, de la necesidad de contar con una organización internacional del

\*Este trabajo fue publicado en la revista digital *Caliban*, n. VIII, julio-septiembre de 2010.

movimiento obrero revolucionario que coordinara la lucha, así como de suscitar la aparición de partidos realmente revolucionarios que superaran las posiciones reformistas de la socialdemocracia, llevaron a que Lenin fundara la Comintern.

El contexto internacional en aquel momento estaba marcado por la división del movimiento obrero europeo entre la corriente reformista y la revolucionaria, y por el auge de la situación revolucionaria en Europa tras el triunfo del poder soviético en noviembre de 1917 y el fin de la Guerra Mundial en noviembre de 1918. La terrible crisis general, que se manifestó en todos los ámbitos sociales, que sacudió ese continente a renglón seguido del fin de la contienda bélica, generó un auge del movimiento de rebeldía europeo que después se expandió a otras regiones del mundo.

El incremento de las huelgas, las movilizaciones obreras, el descontento generalizado motivaron justificadamente a que en muchos luchadores surgiera la confianza en el triunfo inmanente de la revolución mundial. Ese estado de ánimo optimista, fundamentado en razones objetivas, dominó al movimiento comunista internacional hasta 1922-1923, cuando la derrota de la Revolución húngara de los Consejos en 1919, la toma del poder por los fascistas en Italia en 1922 y los sangrientos descalabros sufridos por los comunistas alemanes, condujeron a la comprensión de que la época de situación revolucionaria había concluido, y tanto la joven Unión Soviética como los partidos comunistas de los distintos países debían prepararse para enfrentar un largo invierno.

Un primer desafío lo constituyó la urgencia de pensar la relación entre lo nacional y lo internacional, entre el Estado y la revolución, entre el poder y el proyecto, sobre todo porque, por primera vez, el movimiento comunista no era solo oposición, sino que en un país, la antigua Rusia zarista, era también poder y Estado. ¿Cómo vincular

estos elementos, no necesariamente concordantes? La respuesta a este desafío marcó toda la historia de la Internacional Comunista.

Lamentablemente, el necesario apremio de la defensa de la URSS terminó significando la prevalencia de los intereses no de la URSS, sino de la camarilla burocrática monopolizadora del poder en ese país, la cual lanzó la consigna de la «construcción del socialismo en un país», haciéndola pasar como expresión del pensamiento de Lenin. Se pasó a la subordinación incondicional de todos los partidos comunistas a los intereses del Estado soviético.

La labor de la Comintern estuvo dirigida inicialmente hacia Europa central y en especial hacia Alemania, pues fue allí donde el movimiento revolucionario alcanzó un mayor auge en el período inmediatamente posterior a noviembre de 1918. Desarrolló una fuerte estructura organizativa y de dirección: ante todo, la celebración casi anual de congresos, considerados su máxima instancia de dirección; la creación del Comité Ejecutivo (CE); la realización de reuniones ampliadas de dicho CE; una comisión internacional de control; el departamento de relaciones internacionales. Junto con esto se formó una red de delegados: por un lado, «representantes permanentes» en Moscú de los partidos nacionales; por el otro, «representantes plenipotenciarios» del Comité Ejecutivo ante los partidos. Además, una red de organizaciones de masas: la Internacional Sindical Roja, la Internacional de las Juventudes Comunistas, el Auxilio Rojo, el Secretariado Internacional Femenino, etc. La intención era clara: se trataba de crear una estructura organizativa perfecta que facilitara la integración de los partidos comunistas que recién se constituían. De hecho, como expresión del predominio del ideal internacionalista, cada partido comunista nacional se consideraba, y era denominado así, una sección específica de la Internacional

Comunista, y no una unidad independiente en sí misma, como pasó a ser posteriormente.

Para que funcionara mejor la dirección global del movimiento comunista se crearon estructuras regionales. Pienso que todos comprenderemos que la concepción de que el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) tenía una mayor experiencia y un mayor prestigio, y por lo tanto debía desempeñar el papel de guía, fue algo que adquirió carácter casi «natural» en el seno del movimiento comunista. Lo que sí no resultó de ninguna manera tan «natural» fue que el modelo del «partido hermano mayor» se aplicara también a nivel regional. Así, en el caso de América Latina, los partidos comunistas de México, Argentina y EE.UU. desempeñaron esa función con respecto a los demás del área.

Esa centralidad que inicialmente tuvo la situación política en Europa, constituyó una de las razones por las que América Latina no estuvo al comienzo en el punto de mira del interés de los órganos de dirección de la Comintern. En esta parte de la exposición quiero destacar algo: se ha escrito mucho sobre la historia de la Comintern. Reconstruir esa historia nunca ha resultado una tarea fácil. Abundan las memorias de participantes, los documentos oficiales, las investigaciones realizadas y publicadas por historiadores. Y la mayoría de ese material escrito está marcado por el subjetivismo y la tendenciosidad, tanto de un lado como del otro. Por otra parte, siempre ha sido difícil conocer y escribir esa historia, porque muchos de los documentos de los partidos y de los órganos de dirección de la III Internacional se mantuvieron en el más absoluto secreto durante varios años, y porque un gran número de los protagonistas o actores de los hechos prefirieron guardar silencio o, peor aún, mentir, movidos por un sentido de fidelidad a lo que consideraron «la causa». Estamos ante una historia sobre la que todavía nos queda bastante por investigar.

Una circunstancia importante lo constituyó la apertura, a comienzos de la década de los 90 del siglo pasado, de los archivos de la Comintern en Moscú y, también por aquella época, la de los archivos policiales, históricos y de organizaciones políticas en los países de Europa del Este.

Pasemos a un estudio más específico de la historia de la Comintern, la cual suele dividirse en tres períodos:

El primero de ellos abarcó de 1919 a 1924-1925, del I al IV Congresos. Durante esa etapa –sobre todo hasta la derrota de la Revolución alemana de 1923– todavía había esperanzas en el triunfo de la revolución mundial. Así, en su II Congreso celebrado en julio de 1920 se le dedicó un espacio importante a los debates sobre los problemas de la revolución en los países coloniales y semicoloniales. En este Congreso se adoptaron los famosos «21 puntos» como condiciones para la admisión a la Comintern. En ellos se les exigía a los partidos miembros la observancia estricta del centralismo, la disciplina y la pureza ideológica. En el III Congreso, efectuado en el verano de 1921, se creó la Internacional Sindical Roja (ISR) como organismo de dirección mundial de la política sindical comunista. Otras organizaciones internacionales, asociadas a la Comintern, fueron el Socorro Rojo Internacional y la Internacional Campesina. Desde el I Congreso, Zinóviev fue nombrado presidente del Comité Ejecutivo. En el III y IV Congresos (1921 y 1922, respectivamente), debido al cambio de la situación mundial, se combatieron las posiciones «ultraizquierdistas» y se elaboró la táctica del «frente único».

La segunda etapa estuvo caracterizada por la primera gran reorganización de la Comintern, que comenzó tras la celebración del V Congreso en el verano de 1925. Duró varios años, y tuvo como objetivo la organización fuertemente centralista de las secciones nacionales, siguiendo el modelo del Partido Comunista de la Unión

Soviética, alcanzando así la «bolchevización» de las mismas y subordinando directamente sus órganos de dirección a la estructura de mando de la Comintern, el Comité Ejecutivo. Los principios de la «bolchevización» fueron: disciplina partidaria como máxima virtud, centralismo democrático, estructuración obligatoria en células y sincronización con las decisiones políticas más importantes del CE de la Internacional. La «stalinización» de la organización comenzó, por lo tanto, con la «bolchevización»; un síntoma de ello fue el rechazo a cualquier postura de oposición dentro del partido. Mientras que inicialmente el esfuerzo se dirigió a expulsar del partido ruso a la «derecha», a partir de 1926 se combatió ante todo a la «oposición de izquierda» dirigida por Trotski. En el verano de 1926, Zinóviev perdió la dirección de la Comintern y fue elegido Nicolai Bujarin para sucederle como secretario general del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (CEIC).

El VI Congreso Mundial de la IC tuvo lugar entre julio y septiembre de 1928 en Moscú. En el nuevo contexto del comienzo de la grave crisis económica se aprobó la consigna de «clase contra clase», que oficializó el inicio del llamado «tercer período», que reafirmó las transformaciones políticas y organizativas de la «bolchevización», la lucha contra el «peligro de derecha» y la definitiva entronización de la fracción stalinista en los más altos niveles de dirección.

Las secciones ejecutaban estos cambios de dirección política ordenados por la Comintern. Esta etapa terminó para América Latina con la primera conferencia regional, celebrada en Buenos Aires en junio de 1929, que Jürgen Mothes caracterizó como «el punto final convencional de las ofertas teóricas y políticas, vinculadas con la realidad, de los comunistas en y sobre América Latina».

Se impusieron estructuras y modelos de pensamiento stalinistas, divorciados de la realidad. Fue el momento

de ruptura radical en la historia del desarrollo del comunismo latinoamericano, el final de su colaboración con movimientos sociales de modernización, como el movimiento estudiantil y el antimperialista, ambos expresión del despertar de una conciencia nacional-democrática en el continente. Los partidos se debilitaron mediante la realización de furiosas purgas internas –siguiendo el modelo ruso– que los condujeron posteriormente a una existencia gris al margen de la movilización política.

Nicolai Bujarin, entonces presidente de la Comintern, presentó en este congreso su teoría sobre la crisis final del sistema capitalista, el «tercer período»: según la misma, el sistema capitalista y la Unión Soviética habían rebasado el nivel económico de preguerra; el esperado desarrollo acelerado produciría nuevas contradicciones en el capitalismo. Stalin subrayó que la anunciada crisis capitalista agudizaría las contradicciones interimperialistas y desencadenaría nuevas luchas revolucionarias en los países capitalistas, las que debían llevarse a cabo bajo la consigna de «clase contra clase», contra las organizaciones socialdemócratas y reformistas.

En abril de 1929, Bujarin se vio obligado a dimitir de su cargo. Para sustituirle al frente del CEIC, se eligió en 1934 al comunista búlgaro Georgui Dimitrov, quien dirigió la Internacional Comunista hasta su disolución.<sup>1</sup> El VII Congreso Mundial de la Internacional Comunista se reunió en agosto de 1935 en Moscú. Tras el auge de los fascismos y el fracaso de la política ultraizquierdista aprobada en el anterior congreso, se dio paso a la política de Frentes Populares.

<sup>1</sup>Entre 1929 y 1934, la figura más importante de la dirección del IC fue el dirigente soviético Dimitri Manuilsky.



## La Comintern y el fascismo

Inicialmente muchos consideraron al fascismo solo como un fenómeno pasajero que desaparecería para dar lugar a la reconstitución del viejo Estado liberal o sería barrido por la supuesta inminencia de la revolución proletaria. Los partidos y políticos burgueses tradicionales, y también la socialdemocracia, creyeron que después de que los fascistas realizaran el «trabajo sucio» de ahogar en sangre a la revolución tendrían que ceder el poder y permitir el retorno del viejo régimen constitucional y parlamentario. Incluso, al propio movimiento comunista le costó tiempo entender la esencia y complejidad del fascismo. La Internacional Comunista comenzó a ocuparse «oficialmente» del fascismo después de la llegada al poder de Mussolini en 1922. Su primera apreciación reflejó su subestimación, así como la incomprensión del carácter preciso y del papel histórico del fascismo. Umberto Terracini, líder comunista italiano, escribió en una revista de la Comintern que el fascismo no era más que una «crisis ministerial» pasajera.<sup>2</sup> Amadeo Bordiga, también figura importante del Partido Comunista italiano, en su ponencia presentada al V Congreso de 1924, afirmaba que en Italia no había ocurrido otra cosa sino «un cambio del personal gubernamental de la burguesía».<sup>3</sup> Todavía en 1933, tras once años de gobierno fascista en Italia, e inmediatamente después de la llegada de Hitler al poder en Alemania, el Presidium del Comité Ejecutivo de la Comintern decía: «La Alemania de Hitler corre a una catástrofe económica que cada vez se dibuja de manera más inevitable... La calma momentánea después de la victoria del fascismo no es más que un fenómeno

<sup>2</sup>Citado en Nicos Poulantzas, *Fascismo y dictadura*, Siglo XXI Editores, México, 1974, p. 45.

<sup>3</sup>Ibídem.

pasajero. La marea revolucionaria subirá ineluctablemente en Alemania a pesar del terror fascista».<sup>4</sup>

Hubo voces aisladas, dentro del movimiento comunista, que advirtieron sobre lo errado de esta visión simplista y sus consecuencias catastróficas. Merece destacarse la figura de Clara Zetkin. El 23 de junio de 1923 ella hizo la siguiente advertencia: «El error [...] ha consistido principalmente en el hecho de considerar al fascismo solamente como un movimiento militar-terrorista, no como un movimiento de masa presentando bases sociales profundas. Debe ponerse explícitamente el acento sobre el hecho de que, antes de que el fascismo gane militarmente, ha alcanzado ya la victoria ideológica y política sobre la clase obrera».<sup>5</sup> Y también la del propio Gramsci, quien en 1926, poco antes de su encarcelamiento, en las tesis que redactó para ser sometidas a discusión en el congreso del PCI que se celebraría en Lyon, Francia, señaló la necesidad de lograr una amplia alianza con los sectores menos reaccionarios de la burguesía para poder enfrentar la dictadura fascista. Pero en líneas generales esas advertencias sobre la necesidad de estudiar la novedad cualitativa del fascismo fueron rechazadas por la dirección de la Internacional Comunista. Uno de sus principales ideólogos, Manuilsky, afirmó tajantemente que «entre el fascismo y la democracia burguesa no existe más que una diferencia de grado [...] el fascismo no es un nuevo método de gobierno», para más adelante establecer lapidariamente que «la misión de los comunistas no es, pues, en modo alguno, buscar con unos lentes extraños una pseudoteoría que les haga encontrar cualesquiera diferencias entre la democracia y el fascismo».

<sup>4</sup>Ibídem.

<sup>5</sup>Ibídem, p. 88.

La definición clásica que asumió el movimiento comunista internacional con respecto al fascismo la proporcionó Georgui Dimitrov en el VII Congreso de la Comintern en 1935, y fue después repetida durante decenios: «El fascismo es la dictadura abierta y terrorista de los elementos más reaccionarios, más chovinistas, más imperialistas del capital financiero». Debe reconocerse que esta definición capta adecuadamente la relación objetiva del fascismo con los procesos económicos en desarrollo del modo de producción capitalista. Como ha señalado acertadamente Nicos Poulantzas, no se puede entender al fascismo si no se establece su relación orgánica con la fase imperialista del capitalismo. Pero precisamente por limitarse a una caracterización económica, soslaya muchos aspectos sociológicos y psicológicos. Solo teniendo en cuenta estos aspectos es que puede explicarse por qué la mayoría de los sectores medios favorecieron al fascismo y un importante sector de la propia clase obrera apoyó al Estado fascista.

Atrapada en su táctica de «clase contra clase», la Comintern y los partidos comunistas europeos no pudieron elaborar visiones políticas adecuadas para enfrentar el auge del fascismo. La estrategia de la formación de alianzas políticas con fuerzas y partidos no comunistas para detener al fascismo, proclamada en 1935, llegó demasiado tarde para Alemania. La toma del poder por Hitler creó las condiciones que prefiguraron el futuro desencadenamiento de lo que sería la Segunda Guerra Mundial.

La firma del pacto germano-soviético, en 1939, constituyó uno de los momentos más infamantes de la historia del stalinismo, y de la supeditación de los más elementales principios revolucionarios a los intereses de una camarilla en el poder. No se trató solo de un pacto de no agresión, sino también de un conjunto de pactos secretos que estipulaban el consentimiento de la URSS

a la invasión nazi a Polonia a cambio de su repartición entre ambos países, además de la entrega al gobierno de la Alemania hitleriana de militantes comunistas, lo cual significó una condena a muerte para ellos. La defensa a ultranza que los partidos comunistas nacionales hicieron del mismo, contribuyó a la pérdida de prestigio de esas organizaciones.

### **La disolución de la Comintern**

El 15 de mayo de 1943 el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, «teniendo en cuenta la madurez de los partidos comunistas» nacionales, y para evitar los recelos de los países capitalistas aliados, decidió disolverla.

En 1947 se fundó la Oficina de Información Comunista (Cominform) como sustituta de la Comintern, que reunía a los partidos comunistas de Bulgaria, Checoslovaquia, Francia, Hungría, Italia, Polonia, la Unión Soviética y Yugoslavia. Fue disuelta en 1956.

### **La Comintern y América Latina**

Desde comienzos de los años veinte existían en Moscú departamentos especiales para el subcontinente latinoamericano. En 1926 se crearon secretariados regionales, y América Latina fue colocada bajo el control del secretariado regional «latino» (a partir de 1928, «latinoamericano»), y el número de funcionarios (tanto latinoamericanos como europeos) residentes en Moscú que se ocupaban de América Latina creció. El secretariado regional estaba subordinado al CE y se ocupaba de todas las cuestiones relevantes vinculadas con América Latina. Desde principios de los años veinte, el máximo responsable para América Latina fue Edgar Woog (seudónimo «Alfred Stirner»), un suizo emigrado a México, y desde mediados de esa década hasta fines de la misma dirigió

el secretariado su compatriota Jules Humbert-Droz (seudónimo «Luis»). Ni siquiera los funcionarios de más alto rango estaban a salvo de perder sus posiciones de poder si caían en desgracia política. Esto le ocurrió a Woog y también a Humbert-Droz, ambos partidarios de Nicolai Bujarin cuando este fue despojado en 1928 por Stalin de todas sus funciones.

Ya en 1919 se abrió la primera dependencia latinoamericana de la Comintern en México, aunque solo funcionó algunos pocos meses. En el proceso de la «bolchevización», por resolución del Presidium del CE, se creó en 1925, en Buenos Aires, el Secretariado Sudamericano. Debía contribuir a la «intensificación y unificación del trabajo de formación comunista con el objetivo de una más estrecha relación entre los partidos sudamericanos y la Internacional Comunista». El Secretariado Sudamericano, con sus campañas políticas y la labor de su órgano de prensa, la *Correspondencia Sudamericana*, realizó una decisiva contribución a la difusión de la política de la Comintern en América Latina. Fue reorganizado en el verano de 1928, y con la ocupación de su dirección por el ítalo-argentino Victorio Codovilla se garantizó el cumplimiento de las directivas stalinistas.<sup>6</sup>

<sup>6</sup>Como los responsables del Secretariado eran muy inclinados a enviar informes, la correspondencia y las actas proporcionan una visión de primera mano de su modo de funcionar.

Desde 1925, Codovilla secundaba la labor del Secretariado, bien desde Moscú o desde Buenos Aires. Las Tesis publicadas por el Secretariado con motivo del tercer aniversario de la muerte de Lenin (enero 1927) son un claro ejemplo de que la difusión de la política stalinista se dio en América Latina desde muy temprano. En ellas se le asignaba a Lenin la paternidad de la teoría de la construcción del socialismo en un solo país: «[...] Una de las más geniales previsiones y tesis de Lenin es la de la posibilidad de edificar el socialismo en un solo país [...]», ver: RGASPI, Fondos 503-1-18, folio 7-19, aquí folio 7. Citado en Christine Hatzky, *Julio Antonio Mella. Una biografía*, Santiago de Cuba, Oriente, 2008.

La Liga Antimperialista de las Américas (LADLA) fue fundada a fines de 1924 en México a propuesta de la IC. La misma se basaba en la concepción desarrollada por Lenin sobre el frente unido antimperialista: obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales del continente americano eran convocados, en consecuencia, a unirse contra el enemigo principal, el imperialismo norteamericano. También se crearon diversas subsecretarías que habían sido instituidas en 1928 para la preparación de la primera conferencia sindical latinoamericana (celebrada en Montevideo en junio de 1929), varias instituciones regionales de dirección controladas por los comunistas. En New York se había instaurado en 1930 o 1931 el Buró del Caribe, encargado con las mismas tareas que su similar sudamericano, y que existió hasta mediados de los años treinta.

La política de «bolchevización» de los partidos comunistas, desencadenada en la tercera etapa de la Comintern, condujo a la implantación en los mismos de las peores características de lo que se conoce como «stalinismo». Aunque muchas veces agruparon militantes abnegados, sinceramente socialistas, esos partidos rápidamente degeneraron al tener que seguir las evoluciones políticas de la línea de Stalin, que los utilizó como peones en el tablero internacional según las necesidades nacionales de la Unión Soviética, o mejor dicho, de la afirmación en esta del poder de una casta burocrática. «Del mismo modo que la capitulación de la II Internacional ante la guerra de 1914-1918 convirtió a los partidos socialistas en socialistas nacionalistas, ligados a la burguesía respectiva, la teoría del socialismo en un solo país, stalinista, redujo a los partidos comunistas a la defensa de la Unión Soviética y, convirtiendo al Partido Comunista de esta en un partido nacionalista, sembró el nacionalismo en los demás partidos y preparó el camino para su integración en los respectivos Estados

capitalistas». <sup>7</sup> Los derroteros tomados por los partidos comunistas latinoamericanos en el período entre 1919 y 1943 fueron poco felices, por no decir menos.

## **El caso de Cuba**

Un ejemplo demostrativo de las dificultades que enfrentó el movimiento comunista en esa época para comprender las especificidades de la situación y la elaboración de cursos de acción revolucionarios efectivos, lo tenemos en la relación, plagada de conflicto, entre Julio Antonio Mella y los dos partidos comunistas en los que militó (el cubano y el mexicano).

Mella fue expulsado por un período de dos años del PCC, por decisión tomada en enero de 1926. Había sido liberado de su encarcelamiento el 23 de diciembre. Las acusaciones del partido fueron: resquebrajamiento de la disciplina, rechazo a la obediencia, oportunismo táctico, relaciones con la burguesía y falta de solidaridad con los demás detenidos.

En enero de 1927 el Secretariado de la Comintern evaluó esa medida como sectarista y exigió una revisión. En mayo del propio año el PCC examinó su fallo contra Mella, pero se reservó el derecho a tomar las correspondientes medidas en caso de una nueva ruptura de la disciplina.

En sucesivas cartas al PC de México, el PCC desacreditó a Mella (23.03.1926 y 31.05.1926). Fue catalogado de traidor, desertor y oportunista, y de realizar intrigas políticas para debilitar al PCC. El Partido Comunista de México (PCM), en el cual había ingresado Mella al arribar a ese país, no se dejó impresionar: llegó a ser miembro

<sup>7</sup>Guillermo Almeyra, «Comunistas revolucionarios y socialistas silvestres en América Latina», ponencia para el Seminario sobre el comunismo en la Universidad Autónoma de Ciudad México, 7-11 de noviembre de 2005.

de su Comité Central. Mella fue elegido como secretario general del Comité Continental Preparatorio del Primer Congreso Mundial contra el Imperialismo y la Opresión Colonial, que tuvo lugar en Bruselas en febrero de 1927. Incluso resultó designado, el 30 de junio de 1928, como secretario general interino del Partido Comunista de México, cargo que desempeñó hasta septiembre de ese año.<sup>8</sup> Durante ese período se ocupó de cuestiones de táctica sindical y luchó por la organización de una nueva central sindical. Esto provocó serias desavenencias entre Mella y sus compañeros del partido, con el resultado de que se le separó a fines de 1928 del Comité Central y abandonó el partido por un corto período.

En 1927, Mella se opuso a la política sindical del PCM de participar en la oficialista Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM). Stirner, representante de la CEIC, en uno de sus reportes (18 de diciembre de 1927), destacó que Mella se contraponía a la posición del partido, y afirmaba que las posiciones de Mella eran idénticas a las de Andreu Nin y Lozovski (importantes dirigentes de la Internacional Sindical Roja, que ya en esa época tenían fuertes discrepancias con la dirección de la Comintern).<sup>9</sup> Mella propuso crear una nueva central sindical.

En el VI Congreso de la Comintern se efectuó un giro político hacia la ultraizquierda y se catalogó a los reformistas y socialdemócratas como los principales enemigos. Bujarin (entonces aliado de Stalin) fue colocado al frente de la IC.

Mella fundó, en la primavera de 1928, la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC). Esta existió independientemente de las estructuras comunistas y no fue controlada por ellas. El rumbo de

<sup>8</sup>El entonces secretario general del PCM, Carrillo, había partido hacia Moscú para participar en una reunión de la Comintern.

<sup>9</sup>Citado en Christine Hatzky, ob. cit., p. 259.



ultraizquierda establecido por la Comintern convertía en algo mal visto a las alianzas políticas con organizaciones reformistas o liberal-burguesas. Por otro lado, los comunistas optaron, sobre todo, por «acciones proletarias de masa», como las huelgas (generales) o las sublevaciones. Una acción guerrillera de carácter putchista con aliados dudosos, como la que se proponía la ANERC, olía desde esta perspectiva, inevitablemente, a «acciones terroristas pequeñoburguesas». Las concepciones estratégicas de Mella sobre la lucha contra Machado y la revolución en Cuba diferían de las que se habían implantado en el movimiento comunista latinoamericano y mundial.

Todo esto explica los errores estratégicos que el Partido Comunista de Cuba, al igual que la mayoría de sus similares latinoamericanos, cometió en ese período y que se concentraron sobre todo en su alianza con la dictadura de Batista a partir de 1938.

En general, y a manera de conclusión, puede afirmarse que los comunistas no estaban preparados para transformar el campo de tensiones existentes entre la revolución social y una amplia alianza nacional, entre la lucha de clases y la unidad nacional, en una estrategia política.

# ALGUNAS TENDENCIAS SOCIALISTAS EN CUBA

**Ana Cairo Ballester**  
(profesora de la Universidad de La Habana)

En diciembre de 2001 se celebró el centenario del natalicio de Pablo de la Torriente Brau. Desde 1999 un grupo de especialistas ya trabajábamos en el proyecto de las *Obras* de Pablo. Me correspondió ocuparme de dos tomos de estas: *Presidio Modelo* y *Álgebra y política* (escritos en 1935 y 1936, respectivamente).

*Presidio Modelo* había tenido varias ediciones. Para las *Obras* se corrigieron las erratas. Se le añadió al volumen un anexo con los fragmentos de cartas cruzadas entre Pablo y sus amigos, en las que se reconstruía el proceso de escritura. También se incluyó la relación de los presos políticos con sus edades.

En cuanto a *Álgebra y política*, el proyecto era más complejo. Había que fundamentar la tesis de que merecía ser un volumen autónomo. Había que anotarlo y explicarlo bien con un sistema de anexos; argumentar por qué era un ensayo político canónico del marxismo cubano en el siglo xx y en lo que ha transcurrido del xxi.

Para cumplir con ese objetivo hice una revisión de las ideas alrededor del socialismo en Cuba y elaboré un ensayo-prólogo de ochenta páginas, titulado «Un réquiem marxista para la Revolución del 30». Hay que tener en cuenta que fue escrito y publicado en el 2001, pero creo que para el propósito del taller todavía mantiene vigencia. Autorizo su reproducción para este evento. (Véase Anexo 1.)

En Cuba, la derecha, la izquierda y el centro sabían muy bien lo que era el pensamiento socialista entre 1880

y 1958. A Enrique José Varona y Manuel Sanguily les hicieron entrevistas (a inicios de la década de 1920), en las cuales afirmaban que las ideas del socialismo circulaban en el mundo; que no se podían obviar; que la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa de Octubre de 1917 las amplificaron.

Hubo un industrial cubano que fue a Rusia por curiosidad, porque quería ver qué era el socialismo.

El periodista Sergio Carbó estaba en París (1927) y aprovechó la oportunidad de integrarse a una delegación de colegas que fue a reportar los festejos por el décimo aniversario de esa Revolución.

También viajaron, años después, otros reporteros, como José Antonio Fernández de Castro y José Manuel Valdés Rodríguez.

Existen tendencias que nosotros tenemos que estudiar particularizadas al máximo, como el anarquismo y el anarcosindicalismo. No debería olvidarse que en Cuba hubo conexiones directas con España, Italia, Francia y los Estados Unidos.

Y ahora quiero polemizar un poco con lo que dijo la profesora Berta Álvarez, a propósito de la Institución Hispano-Cubana de Cultura (IHC, noviembre de 1926- 1931, 1936-1946). La asociación empezó con los españoles, porque ellos eran los empresarios y estaban en las directivas de las sociedades regionales, quienes estaban dispuestas a aportar el financiamiento básico con rapidez. Había que pagar los boletos de ida y vuelta en barco, la estancia en un hotel y cien pesos (equivalente a dólares) por cada conferencia. Sin lugar a dudas, Ortiz fue un gran empresario cultural.

En su archivo puede estudiarse el proyecto completo. Paulatinamente debían crearse IHC análogas con otros países (como Francia, Estados Unidos, Italia, etc.). Entre los conferencistas de la IHC estuvieron chilenos, mexicanos, estadounidenses.

Desde 1906, cuando comenzó a opinar sobre temas políticos, Ortiz era un pensador liberal regeneracionista, un modernizador. Creía que había que profundizar en una educación republicana actualizada; que debían explicarse las nuevas tendencias del sistema-mundo en la cultura occidental.

Ortiz admiraba la política del presidente estadounidense Wilson. Le dedicó su libro *La crisis cubana, sus causas y sus remedios* (1919). En algunas ediciones posteriores se le suprimió la dedicatoria. Además, él también estudió algunas formulaciones del socialista italiano Ferri (quien terminó siendo uno de los redactores de la constitución fascista de Mussolini). Otros juristas italianos fueron tenidos en cuenta para elaborar el *Código criminal cubano* (1924-1926).

Por su parte, Emilio Roig de Leuchsenring saludó en un artículo la publicación de la traducción al español de *El Capital* de Carlos Marx.

En las cárceles –sobre todo en las de Machado– existían academias de estudio. Se tradujeron textos comunistas mayoritariamente del inglés. Ocupar el tiempo era una necesidad obsesiva; por lo mismo, se organizaban equipos solidarios, donde convergían los partidarios de las múltiples tendencias de la izquierda y la derecha.

Creo que debería publicarse *De oficial a revolucionario* (1941), escrito por Emilio Laurent. Una parte del texto fue redactada en la cárcel (1931-1933). El autor narró como él discutía con los comunistas; afirmaba que ellos eran muy disciplinados; opinaba que a veces eran fanáticos.

Laurent se identificaba con el nacionalismo revolucionario. En este concepto operaba con un sistema electivista de ideas, tomadas de Sorel, de los laboristas ingleses, de la socialdemocracia europea.

En los debates se involucraron todos los revolucionarios. ¿Quién era el más anticomunista?, ¿Chibás?

Chibás fue uno de los gestores de Izquierda Revolucionaria (1935) junto con Ramiro Valdés Daussá. Escribió un artículo tan importante como el «Partido único» (1938) para fundamentar un frente único clasista en Cuba. ¿Por qué? Porque después del disparate de pactar con Batista, estaba muy claro que la izquierda tenía que construirse una nueva estrategia.

Enrique Cotunabana Henríquez (*Cotú*), cuñado de Carlos Prío, era uno de los ideólogos del nacionalismo revolucionario dentro del Partido Auténtico. Publicó un libro en el que se declaraba socialista.

En el Partido Auténtico estaba el grupo de Laurent denominado Organización Auténtica (OA) y era el ala militar. Al mismo pertenecían algunos socialistas.

La historia del Partido Auténtico podría resultar bastante complicada, porque fue una organización constituida a partir de diferentes tendencias: los que provenían del Directorio Estudiantil Universitario (DEU), los amigos, los periodistas y otros colaboradores de Grau San Martín, los profesionales que estaban fuera de los partidos políticos.

Su historia habría que contarla en algún momento, se establecieron pactos entre fracciones, que nunca dejaron de existir.

La Revolución Mexicana también aportó ideas socialistas a Cuba. Uno de los problemas en los que más influyó fue en el agrario. El médico Alejandro Vergara participó en el debate sobre el agrarismo a través de las experiencias de dicha Revolución. Fue el máximo dirigente del Partido Agrario Nacional (PAN). Ramiro Valdés Daussá estuvo entre los afiliados.

Cotú Henríquez fue uno de los promotores de la Confederación Campesina en los cuarenta.

A partir de 1910, La Habana se fue llenando de exilados mexicanos de todos los grupos: porfiristas, maderistas, zapatistas, villistas, carrancistas, obregonistas, etc.

Julio Antonio Mella viajó a México en el año 1920 porque conoció a refugiados, quienes lo embullaron para que intentara estudiar en el colegio militar de San Jacinto. No lo aceptaron por ser extranjero y entonces decidió irse a ver la guerra entre carrancistas y obregonistas en un tren. Llevaba un diario. (La primera vez que lo leí fue en el Archivo Nacional, fondo de Jorge Quintana.) No se incluyó en el tomo de sus obras (1975), acaso porque algún dogmático lo consideraba políticamente inadecuado. No vio la luz hasta que Addys Cupull y Froilán González lo publicaron.

Hay que replantearse el problema de los imaginarios en torno al presidente estadounidense Franklin Delano Roosevelt (entre 1933 y 1945), a sus políticas sociales para construir un estado de bienestar. El rooseveltismo podía ser visto como una modalidad socialista.

Roosevelt era tildado de socialista, o comunista, desde que tomó posesión. Se comentaba lo mismo de su vicepresidente Wallace (1940-1944). Se decía que con su mujer Eleanor trabajaban comunistas en la asistencia social. Los cubanos de izquierda y derecha estudiaron también sus políticas domésticas. ¿El famoso plan trienal batistiano podría ser un ejemplo?

En *Álgebra y política*, Pablo profundizó en las particularidades del *New Deal* rooseveltiano para Cuba, dentro de la estrategia latinoamericana.

Tampoco debería olvidarse el debate sobre el browderismo. Tuvo que ver con las complejas relaciones que mantuvo el primer PCC con el partido homólogo estadounidense. Los nexos entre las dos organizaciones deberían estudiarse más, porque hubo cubanos que trabajaron en ambos, como Leonardo Fernández Sánchez.

En 1938, al construirse la alianza del primer PC con Batista, se generó un problema que por sus implicaciones traspasó el cambio de etapa generado a partir de 1959. ¿Qué era lo más importante para los revolucionarios, su

país o atender a las demandas de una sociedad extranjera? Ese debate no había quedado resuelto, porque todavía se encontraban vivos algunos de los actores sociales. Es decir, para un número de personas, el primer PC era inaceptable ya que había pactado en 1938 con los asesinos de la huelga de marzo de 1935. Y eso no tenía vuelta atrás de ningún tipo.

En verdad, más que el pacto germano-soviético de 1939, lo que traumatizó a la izquierda cubana fueron los crímenes y la feroz represión de la huelga de marzo de 1935 y que, tres años después, hubiera comunistas que eligieran como fórmula de terminar los discursos políticos con: «Salud, Salud, Salud», frase empleada por Fulgencio Batista.

Se ha dicho que Juan Marinello, personalmente, se opuso al pacto, pero no se atrevió a romper con su partido. Él no hizo lo que Leonardo Fernández Sánchez. Hay que entender a Fernández Sánchez: él no podía pasar por encima de la sangre de su hermano menor Ivo, en un país donde la ética y los valores familiares predominan.

El nacionalismo revolucionario buscó opciones en otros partidos. Fue una derivación del trágico error del pacto con Batista. A partir de entonces, se impuso la búsqueda de nuevas alternativas.

En el Partido Ortodoxo ingresaron numerosos socialistas y comunistas, o simpatizantes de esas ideologías. No solo fue Leonardo Fernández Sánchez, miembro fundador del primer PC, el mellista número uno. Él redactó las Bases del Partido Ortodoxo. Era el ideólogo, el teórico de cómo se podía construir con un instrumental marxista un partido de transición, que era el concepto que tenía de la Ortodoxia.

Eso lo explicaba el propio Leonardo con una metodología marxista. Se necesitaba un partido nuevo, sin complicidad con el pasado, para que ingresaran miles de

personas insatisfechas con otros partidos y miles de jóvenes que se aproximaban por primera vez a la política.

Dos personas más firmaron las bases constitutivas de la Ortodoxia: Luis Orlando Rodríguez (uno de los fundadores de la Juventud Auténtica) y Eduardo Chibás, el anticomunista.

Chibás fue miembro del DEU de 1927 junto con Gabriel Barceló y Antonio Guiteras. Barceló murió de tuberculosis en febrero de 1934. Chibás lo cuidó en el hospital, mientras agonizaba. Escribió un artículo comunicando su muerte. Tenía en su habitación un retrato del amigo. Mientras Chibás se hermanaba con este comunista, algunos miembros del Ala Izquierda Estudiantil atacaban a uno de sus fundadores.

Insisto en que se debe profundizar y conocer cada día más sobre algunas historias reales.

Caridad Massón ha analizado sumamente bien las polémicas entre Chibás y los comunistas, las relaciones personales con Blas Roca. Ambos políticos se trataban con respeto y sin esconder sus diferencias.

Hay que entender que dentro de los grupos de izquierda había grandes divergencias, que se juzgaban insalvables para la época.

Carlos Rafael Rodríguez, alrededor de diez años después de la muerte de Raúl Roa, expresaba en el Aula Magna de la Universidad de La Habana: «Si no hubiera sido por Fidel Castro, que nos dio un puente para adelante, la izquierda cubana nunca hubiera podido reconciliarse».

Fidel Castro construyó un puente unitario para la izquierda cubana. La mayoría aceptó su liderazgo. A partir de la colaboración hacia el futuro, se construyó un tejido nuevo de relaciones públicas, que permitiría algún día, sin nuevos traumas, examinar el pasado, la historia de los años de enfrentamiento.

Considero que la trayectoria de Rolando Masferrer debería estudiarse también. Fue desde un combatiente



internacionalista, un héroe en la Guerra Civil Española, hasta un gánster, que involucionaría de la izquierda a la derecha batistianiana. Dentro del primer PC polemizó con Aníbal Escalante en cuanto a métodos de dirección en el periódico *Hoy*. Cuando se publicó el programa socialista de la Juventud Ortodoxa, les mandó sus opiniones.

Carlos Rafael Rodríguez y Rolando Masferrer fueron los únicos que comentaron dicho programa. Y ¿quién publicó el programa?: Chibás, que dio los 5.000 pesos necesarios. O sea, siendo «anticomunista», financió el folleto para que los jóvenes discutieran. Eso me lo contó quien llevó a la imprenta el documento.

Es necesario abrir el debate en torno a las contradicciones. Lo primero es publicar la documentación y organizar talleres como este.

Hay que favorecer el conocimiento en torno a los socialistas y sus numerosas tendencias. Aureliano Sánchez Arango escribió un libro sobre legislación laboral muy interesante. José Antonio Guerra, uno de los hijos del historiador don Ramiro, escribió un ensayo como capítulo final para actualizar el libro de su padre, *Azúcar y población en las Antillas*.

Juan Antiga, médico homeópata, es uno de los viejos socialistas que acompañó a Antonio Guiteras en la redacción del *Programa de la Joven Cuba* (1934); al igual que el abogado Ángel Alberto Giraudy, quien después ingresó en el Partido Ortodoxo.

Para finalizar mis palabras, quiero recordar una anécdota asociada a la biografía de José Lezama Lima, en cuyo próximo centenario del natalicio se trabaja.

En 1937, Lezama, estudiante en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana, publicaba la revista *Verbum*. Lezama había invitado a Emilio Fernández Camus, profesor de Derecho Romano, a que colaborara. Don Emilio aportó «Hacia una conciencia histórica», en el que recomendaba a los alumnos la lectura de textos de Marx para que entendieran la nueva historicidad.

Fernández Camus era un pensador liberal que asumía a Marx y que votaba a favor de que el profesor marxista Raúl Roa publicara su *Historia de las doctrinas sociales*.

La acción de Fernández Camus podría recordar la de Leopoldo Cancio Luna, un político autonomista en la colonia, un político pragmático en los inicios republicanos, a quien debemos eterno agradecimiento por ser uno de los gestores de la moneda cubana.

En 1906, cuando se organizaba el Partido Conservador, Cancio Luna se apoyaba en Marx para defender la prioridad en última instancia del factor económico. En consecuencia, creía que la primera base, o tesis del programa, debía ser la renegociación de todos los tipos de relaciones con los Estados Unidos.

## PRIMER DEBATE

### **Paula Ortiz (profesora titular de la Universidad de La Habana)**

Quería reforzar algunas de las ideas presentadas por la doctora Berta Álvarez, exponiendo varios ejemplos.

A mi modo de ver, ella expresa toda una serie de criterios o de conclusiones sobre Cuba en el período comprendido entre las dos guerras mundiales (es verdad que fue una etapa sumamente compleja), y hay que felicitarla por haber hecho un resumen y llegar a ideas muy concluyentes de lo que significó la misma. Una de esas ideas es que en esta época se produce una interrelación entre lo nacional y lo internacional. Apoyo totalmente eso a partir de ampliar esa imbricación.

¿En qué sentido? En que el Partido se guía por las orientaciones de la Internacional Comunista, del Movimiento Comunista Internacional, pero también por las actuaciones del Partido Comunista de los Estados Unidos; de ahí que el browderismo, como corriente político-ideológica que se va a desarrollar en los primeros años de la década del 40, va a tener una influencia tan fuerte en ese Partido Comunista de Cuba. La doctora Ana Cairo decía que había que trabajar el browderismo. Mi tesis de doctorado se titula, precisamente, «La influencia del browderismo en el Partido Comunista». Trabajé, justamente, cómo el PCC asumió las ideas de Browder y lo que significó eso para el mismo, que es uno de los grandes problemas del Partido en esa etapa, como también fue lo que Berta Álvarez señalaba de las alianzas que se establecen en este período y, sobre todo, el asunto de la unidad que se busca. Solo que la unidad se va a tratar con mucha fuerza desde arriba, es decir, a partir del Estado; sin dejarlo de hacer en la base. Ella se refería al

bloque que se forma en el año 1937, pero además al que se crea en el 42, y esa política de alianzas se va a desarrollar en ese tiempo como una aplicación dogmática del Partido de determinadas orientaciones que se dan desde la Internacional o desde los propios Estados Unidos, las cuales lo conducen a cometer varios desaciertos, como fue el apoyo incondicional a Batista. Es muy discutible si se aliaba o no, si se quedaba aislado o no; amén de esa discusión que ha existido, una cosa era aliarse por determinadas necesidades o por no aislarse, y otra era la forma en que lo hizo el Partido, la forma en que lo manifestó y los grandes problemas que le trajo.

Las divisiones de que se hablaba dentro de la izquierda, no solamente de la izquierda en general, se dan también dentro del propio Partido por esa propia actuación, porque la alianza con Batista llevó a una gran separación de militantes de sus filas, lo mismo que la influencia del browderismo.

De ahí entonces que esté muy de acuerdo con un término utilizado por el profesor Jorge Luis Acanda cuando dice: «El centralismo un tanto democrático» que utilizaba el Partido, porque se aprobaban los elementos o aspectos que su dirección defendía con mucha fuerza, y luego la práctica demostró que la razón la tenía la masa de militantes.

### **Felipe Pérez Cruz (investigador de la Unión de Historiadores de Cuba)**

Jorge Luis Acanda decía que «lo importante no es ver los errores, sino por qué nos equivocamos». En las intervenciones de las doctoras Ana Cairo y Berta Álvarez está muy presente la visión de hoy, la necesidad que tenemos de enfocar la historia para poder resolver los problemas y una visión prospectiva.

Hay un tema que se abordó en la Mesa, el tópico de las relaciones de la Academia con la política cubana, y

otro que tiene que ver con desarrollar el debate que se está dando entre nosotros. Pienso que repitiendo esquemas de división y de no comunicación. Debemos analizar cómo estas intervenciones pueden rebasar este espacio. A mí, por ejemplo, cuando organizo actividades por la Unión de Historiadores, me sucede lo mismo que le pasa ahora a Fernando Martínez, o que le puede estar ocurriendo a Isabel Monal en la Academia: cómo se llenan los asientos vacíos si los estudiantes tienen docencia. Entonces, no se cambian turnos de clases para venir aquí, ningún decano de ninguna facultad lo autoriza; pero, además, no se puede realizar un evento para cada Universidad. Por eso creo que hay un grupo de cuestiones que nosotros desde nuestras posibilidades, instituciones y organizaciones sociales tenemos que comenzar a luchar por ellas, porque si no, nos vamos a seguir escuchando en círculos muy reducidos. Suscribo todo lo que han dicho los compañeros. Quizás haya un enfoque o una pasión, pero comparto sus opiniones. Yo necesito, como intelectual y revolucionario cubano, que se discuta allá afuera cómo pensamos, desde nuestros propios instrumentos. También la gente se ha mecanizado un poco, se ha dogmatizado en el sentido de su práctica como trabajo. Se podría invitar a varios historiadores a la Mesa Redonda para que hablen sobre estos asuntos. Vamos a hacer aquí una declaración o un documento en ese sentido. En lo que se refiere a una actividad en la Unión de Historiadores, no poseo ningún temor de realizar una declaración sobre los problemas que consideramos tiene la Historia, para llevarla al Partido o al gobierno, porque estamos en un país socialista, si no, compañeros, nos «cocinamos» en espacios pequeños, y lo más triste, en espacios paralelos.

### **Angelina Rojas (investigadora del Instituto de Historia de Cuba)**

Trataré de ser muy breve, porque no quiero adelantar algo que obligatoriamente debo plantear en mi ponencia.

Deseo primero manifestar mi acuerdo con algunos de los aspectos que acaba de plantear Felipe Pérez Cruz, pues en realidad –en sentido general– veo que algunos grupos se reúnen para tratar ciertos temas; y otros, para debatir otros asuntos, y muchas veces, pienso, nos enfrascamos en cuestiones ajenas y no afrontamos las nuestras.

Considero que todos estos debates son importantes, creo que aquí se han tocado aspectos que bien valdría la pena profundizar, porque cada quien los tiene desde su punto de vista, desde su órbita, desde lo que ha leído, lo que conoce. Y todos, lógicamente, no podemos asistir, concurrir, leer o participar, asimilarlo todo, ya que humanamente no es posible.

Hay criterios divergentes con respecto a algunos tópicos. Se ha hablado de figuras sobre las cuales yo podría tener otros elementos de juicio, que aquí no se han tratado; sin embargo, también tuvieron un peso en esas personalidades, no solo por la documentación partidista, sino también por testimonios de personas que las conocieron. De cualquier forma, me parece que lo más importante es leer lo más posible, y estoy muy de acuerdo con lo relacionado a la apertura de los archivos. Lamentablemente, dicha apertura no es responsabilidad de ninguno de nosotros en particular. Hace diez años hice una propuesta, porque además me encomendaron revisar todos esos archivos, donde explicaba que no veía ninguna razón para que fueran secretos. Sin embargo, la propuesta se durmió, inclusive muchos de los documentos ni siquiera se hallan ya en el Instituto de Historia. No están porque se creó otra comisión que iba a valorar nuestro trabajo, se distribuyeron los documentos y todavía estos no han retornado todos a los archivos del centro. Es decir, que hay cosas que en la realidad se complican demasiado, y a veces uno piensa que depende de tal institución, y ni siquiera la institución es responsable de lo que está ocurriendo. Sabemos, como

se ha señalado anteriormente, que este propio centro ha hecho gestiones para que se les permita acceder a esos archivos; afortunadamente salió el libro de Christine Hatzky sobre Julio Antonio Mella, muy criticado por unos y aplaudido por otros, que dio luz a una serie de cosas que desconocíamos; claro está, desde su óptica. Además, no podemos creernos tampoco que poseemos toda la verdad en las manos.

Con respecto al punto del browderismo y la alianza con Batista, tengo mis propios argumentos. No concuerdo con muchos de los enfoques que aquí se han expresado; no porque me parcialice con el Partido, sino sencillamente porque considero que independientemente de la influencia –que sí la tuvo–, del movimiento comunista internacional en el Partido cubano, también esa organización actuó muy en consecuencia con la situación nacional y con lo que ellos entendieron que podían hacer en aquel momento, sin que viniera esta orientación de ninguna parte. Que pensaron bien o mal, que pensaron hasta un punto, que pensaron no todo lo bien que podían, perfecto.

Es verdad que mucha gente abandonó el Partido, mas no fueron tantos, porque ese partido no dejó de crecer. Ese constituye otro mito. Pero, además, muchos de los que se retiraron, lamentablemente, no jugaron ningún papel en la continuidad de las luchas revolucionarias en Cuba y eso también es una verdad que hay que tener en cuenta. Varios se desvincularon, inclusive, de las luchas revolucionarias en nuestro país, porque igualmente para hacer revolución y luchar, no hacía falta estar en el Partido Comunista; desde otras fuerzas también se podía hacer. Es decir, hay muchos elementos todavía por profundizar; se habla de la famosa consigna política de «no huelga» (durante la Segunda Guerra Mundial), y de la forma en que se la trata, a mi juicio, no es correcta. En esos años, precisamente los trabajadores ganaron

una mayor cantidad de demandas, porque esa política estaba circunscrita, primero que todo, a aquellos centros, a aquellas ramas de la economía que no tuvieran vinculación con el esfuerzo de guerra, y aquí casi todos la tenían; o sea, no se pueden tampoco dogmatizar cosas.

Creo que hay que pensar, analizar, ir a los documentos. Es verdad que hubo muchas controversias con el browderismo, pero no es menos cierto que esta corriente de pensamiento en Cuba no tuvo la misma implicación que en otros países de América Latina. Sí se produjeron discusiones, ya que uno de los máximos exponentes –porque es necesario ver la historia hasta el final– de estas contradicciones que se dieron en la 5ta. y la 6ta. Asambleas del Partido, con respecto al browderismo, fue César Vilar Aguilar. Ya sabemos lo que ocurrió después con él. Esto constituye un asunto que yo, incluso, analizo en el tercer tomo de la historia del Partido, donde enfoco el problema de la sanción de César Vilar, algo sobre lo cual nadie ha dicho nada. Tuve la suerte de que su hija me diera toda la documentación que tenía en su casa acerca de ese proceso. Doy una versión que es interesante, porque, además, tiene muchos puntos de contacto con lo que hace mucho tiempo atrás estaba sucediendo con él, que era un líder indiscutible del Partido Comunista, representante a la Cámara.

Sostengo que lo mejor que tienen estos eventos es que posibilitan seguir profundizando en los datos, porque cada elemento que se dice es un aspecto más de aprendizaje, de sacar a la luz todo lo que todavía tenemos por hacer.

### **Orlando Cruz (investigador del Instituto de Filosofía)**

Soy uno de los compañeros que fue a la URSS, y antes de esta persona que les habla, había ido Aleida Plasencia. Ella había traído de allá un conjunto de materiales



de la Internacional, y cuando yo viajé a la Unión Soviética (1995-1996) traje los microfilmes de todos los documentos relacionados con el Partido y de aquellos otros partidos que incluían a Cuba en los análisis de América Latina y del Caribe. Todo ese material lo entregué al Instituto de Historia, donde trabajaba por aquel entonces.

Por suerte para nosotros, Lenin dijo que había desarrollos independientes del marxismo, que cada país llegaría al socialismo por su propia vía. Por fortuna para Cuba, hay también diferentes formas de recepcionar, interpretar, inclusive, de accionar desde el marxismo; eso lo vemos en la diversidad de escuelas y tendencias que se dieron en nuestro país en aquel momento. A veces nos unimos a otros, no por problemas político-ideológicos, sino por motivos personales que se arrastran, y eso quizás debamos limarlo al final de esta batalla. Soy partidario de que se den a conocer los documentos. Son documentos complicados, pues cuando sancionan a alguien hay una discusión, el grupo mayoritario lleva la hegemonía de eso y las palabras de los oponentes se minimizan. Recuerdo que en el acta de Villena lo que lo condenaba es lo que hoy precisamente lo engrandece como figura; porque Rubén dijo: «No todo se puede dirigir desde Moscú», y eso fue fatal para él en aquel momento. Prácticamente existía una guerra de criterios entre los militantes simples y los representantes de la Internacional, del Buró del Caribe y del Buró Sudamericano.

Pero, además, Villena no se sometió a una autocrítica, por eso en *Bandera Roja* salió, en una tercera página, una pequeña esquela mortuoria del que fuera un destacado líder del Partido Comunista de Cuba. La votación para sancionar a Rubén no fue unánime, sino bastante dividida dentro de los compañeros que estaban, que lograron reunirse en aquel momento, eso es importante decirlo.

Pienso que aquí en Cuba tenemos que llegar no a un consenso, sino dialogar. Lo que sucede es que estos son militantes con una vocación-pasión increíble. Mella también fue sancionado, y sus cartas personales eran prácticamente libros que hay que conocer para poder analizar el motivo de su sanción. Juanita Rosales tiene algunas referencias de la forma en que él se dirigió a los compañeros del Partido, a los que les dijo hasta cobardes, que habían aprovechado su ausencia para sancionarlo. En realidad, Mella nunca se sintió castigado; llegó a México y en 1927 la Internacional le repuso la militancia.

Quería decirles que existe un trabajo de Fernando Martínez muy interesante a este respecto: «El marxismo y la izquierda». Hemos confundido a veces el anticomunismo de algunas personalidades, de algunas agrupaciones cubanas, con la línea antipartido comunista, y no es lo mismo ser antipartido que ser anticomunista, porque hay mucha gente de izquierda que eran marxistas, que estuvieron dentro del Partido, salieron o los expulsaron, los excomulgaron, o nunca entraron e hicieron la labor del marxismo desde afuera. Opino que cuando se publiquen los documentos hay que interpretarlos a la luz del momento histórico. Un hombre puede escribir un documento, pronunciar un discurso con una determinada proyección, y luego, con el decursar del tiempo, su accionar puede variar. Eso no se puede perder de vista. Conozco la procedencia de Masferrer, de Mujal, de Sandalio Junco, y en el análisis de sus actuaciones hay que tener en cuenta su evolución política.

Con respecto a la Internacional, estimo que deben realizarse distinciones de periodizaciones; no es lo mismo la Internacional de Lenin que la que después dirigió Stalin, quien utilizó unos contra otros y al final todos. Lenin tiene una idea de la Internacional mucho más flexible, mucho más centralista-democrática, de frente único. A veces me pregunto cuál es la diferencia entre Frente

Único y Frente Amplio. Puede haberla, pero en el Frente Único ya Lenin había llegado a aceptar la consigna de «Proletarios de todos los pueblos oprimidos, uníos». Es decir, existía una flexibilidad a la hora de los debates y las discusiones, que ya en la época de Stalin se perdió. La táctica de «clase contra clase» se aprueba en el VI Congreso del año 1928, pero lo peor de las tesis del revolucionarismo obrerista está ahí, la imposibilidad de hacer la alianza con otras fuerzas de izquierda; y esto permite, inclusive, la entrada del fascismo que ya se encontraba desde 1923 con Mussolini en toda Europa. Y en Cuba esto repercute con las alianzas que se podían haber hecho, con las distintas organizaciones que creó Guiteras. Además, considero que la dirigencia del Partido nuestro, del primer partido marxista, no fue monolítica en este sentido, por eso ocurren desgajamientos, sanciones, y eso es importante. Lo mismo sucedió con la entrada de Dimitrov a la Internacional, que permite una cierta flexibilización en las alianzas. Pero pienso que lo más duradero y pernicioso es esta tesis del año 1928, la cual arrastramos hasta nuestros días, porque funcionó y funciona aún en ciertas estructuras. Ello resulta muy peligroso, porque opera como en el Ejército o en la Iglesia.

En el año 1947, me decía Fernando Martínez que la carta de Jacques Duclós se la hicieron firmar los soviéticos. No lo dudo, pues en 1948 se creó el Buró de Información, se dio un gran debate y expulsaron a la Liga de los Comunistas de Yugoslavia y a Tito por «ser fascista»: ese es el más grande de los disparates. Podían acusarlo de otra cosa menos de fascista, llegaron a sacarlo del movimiento comunista. En el año 1943 hay una disolución ficticia de la IC, se queda como algo clandestino. No por gusto en 1948 resurge el Buró de Información, y cuando se disuelve en el 1956-1957, a raíz del discurso del deshielo del XX Congreso, aparecen las conferencias

de los Partidos Comunistas. O sea, que es una forma de accionar diferente de la propia Internacional, que viene a desaparecer cuando se derrumba el campo socialista. Habría que analizar varias etapas. En América Latina la dificultad reside en que estando más lejos, sin embargo hubo personalidades que fueron muy copistas, seguidistas y mimetistas a la hora de aplicar las tesis de la Internacional, y los que fueron creadores tuvieron problemas con Stalin, que podía matar y, de hecho, lo hizo con gente de los Partidos de Letonia, Polonia, Estonia, etc., inclusive asesinó españoles. A los latinoamericanos le resultaba más fácil sacarlos del Partido, y expulsó a muchos. Vittorio Codovilla, quien fue el primer dirigente del Secretariado Sudamericano, que después se quedó como figura clave y es un hombre que se pliega completamente a esos dictámenes, cayó en el dogmatismo más absoluto. Así encontramos a Valentín Campa en México y otros que tienen una actitud diferente, como Hernán Laborde, que fueron separados del Partido. Ya había sido anteriormente segregado del Partido mexicano Rafael Carrillo, quien estuvo en Cuba y participó en la lucha contra Machado. Hay momentos en que la secretaria general del PCC no la ocupa un cubano, sino un latinoamericano, y eso también ocurrió en México. Mella en un momento determinado asume la secretaria de modo interino, pero la aceptó quizás por ese sentimiento del internacionalismo del que se hablaba, a pesar de los pesares, de los dogmas y todas las cuestiones a que hemos hecho referencia.

### **Alina López (profesora de la Universidad de Matanzas)**

Primero, quisiera agradecerles a los ponentes por las intervenciones interesantes y esclarecedoras que han ofrecido y destacar también la utilidad de este evento.

Considero muy importante la posibilidad de abrir los archivos, pero en mi experiencia personal también creo

que con lo que hay ya al alcance nuestro, se puede trabajar. Existe documentación para reevaluar muchos criterios historiográficos que se han convertido en cliché a través de los años. A mí me ocurrió. O sea, yo me gradué en el año 1988 y la asignatura que comencé a impartir fue Historia Contemporánea de Europa; un año y tanto después podía quemar todos los libros de texto que existían para poder enseñarla y me convertí en una cazadora de *Tiempos Nuevos*, *Sputniks*, para al menos tener una idea de qué había pasado, porque me habían formado con la visión de que aquello era perfecto.

Me sucede casi veinte años después, cuando comienzo a investigar para mi tesis de doctorado «La evolución del pensamiento político de Juan Marinello», y empiezo a asombrarme al leer las revistas *Social*, *Revista de Avance*, *Revista Política*, donde encontré las cuestiones que no sabía mi generación, entre ellas las polémicas alrededor de toda la crítica que se le venía haciendo al modelo soviético en una etapa en que estaba dando un cambio brusco de la concepción leninista a la stalinista. Eso me ayudó muchísimo, pero, además, me permitió desmontar ciertas ideas en torno a que la intelectualidad cubana de esa época prácticamente no conocía del tema porque no existía información, o deliberadamente por prejuicios clasistas se había apartado de la posibilidad de conocerlos. O sea, que las controversias que tenían lugar en Europa, el mercado editorial cubano las daba a conocer en un tiempo brevísimo, y ahí recalco la idea de la doctora Ana Cairo sobre Cuba y su inserción en el sistema-mundo. Son increíbles los análisis replicados del periódico *La Antorcha*, de París, que era una publicación de tendencia socialista, alrededor de los errores del Plan Quinquenal. Algo hecho hoy no puede superar lo que se decía en aquellos momentos, y se produjeron muchos debates alrededor de ese tema en los finales de los años veinte, donde se encuentra en crisis totalmente

la primera república burguesa en Cuba y la izquierda está preguntándose qué camino vamos a tomar. Y la interrogante le surge por la proximidad de la Revolución, que se hallaba casi a las puertas. No podía seguirse con la visión dogmática de aceptar todo desde el Partido, a partir de la concepción de no hacer una crítica abierta a lo que acontecía en la Unión Soviética, y la visión de la intelectualidad que reconoce que este no puede ser el camino para Cuba. Ahí tenemos las ideas de Marinello, de Roa, de Pablo de la Torriente, de José Miguel Irisarri y de una gran cantidad de intelectuales que dieron una luz increíble sobre ese asunto. Por eso reitero que con lo que hay se puede ir trabajando; lo único que falta es que nos empecemos a preguntar, a tener dudas, a tener inquietudes, a tratar de resolverlas con las fuentes que existen. En mi opinión, los epistolarios son esenciales. En ese sentido, a mí me ha ayudado mucho el libro *Cada tiempo trae una faena...* de la profesora Ana Suárez, con su énfasis en que resulta posible reconstruir una época histórica también a partir de las cartas, porque en ellas aparece lo que no se reconoce abiertamente en un documento público y se encuentran datos muy interesantes.

Si hablamos de la influencia del browderismo en Marinello, tenemos varios ejemplos. Mirta Aguirre, que era bastante apegada a la línea del Partido, en cartas a José Antonio Portuondo le dice en el momento en que se produce la crítica que hace Duclós, lo que está pasando en el Partido. Le plantea a Portuondo que Juan debía estarse haciendo exámenes de conciencia muy profundos porque él fue partidario de esas ideas. Marinello era uno de los pilares fundamentales en la defensa del browderismo. Pero eso no surgió gratuitamente, ni siquiera procede de la etapa en que Marinello comienza a militar en el Partido, sino que viene de una concepción (y no voy adelantar, porque es algo que voy a exponer después) muy marcada por el positivismo que tuvieron

estos intelectuales y que no concebían la ruptura en el desarrollo. Para ellos el desarrollo era lineal. Entonces, sencillamente lo que hay es que hacerse preguntas y tratar de resolverlas con lo que tenemos, para ver si algún día, también, podemos tener los archivos abiertos; eso sería perfecto.

### **Josefina Mesa (profesora del Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona)**

Quería referirme muy brevemente al título del taller: «Comunismo, socialismo y nacionalismo en Cuba: 1920-1958». Ese nombre a mí me da una idea distinta. En la primera convocatoria se habla de las diferentes tendencias izquierdistas que existen, se habla del Partido Comunista y de las otras tendencias comunistas asumidas por determinados individuos. Me acuerdo de la construcción paralela socialismo-comunismo, aquella de los años sesenta, que no prosperó en aquellos contextos. Todo lo que se ha dicho hasta ahora ha sido muy interesante, me parece muy bien planteado, pero de todas formas yo me pregunto: ¿es lo mismo comunismo que socialismo? ¿Por qué se titula así el taller? No sé si es el momento adecuado para decirlo o no, pero como a mí me inquieta, se lo paso a ustedes.

### **Caridad Massón (investigadora del ICIC Juan Marinello)**

Este evento es como una oposición a los estudios que he hecho. Lo que quería con ese título precisamente era que me ayudaran a llegar a conclusiones, porque cuando yo llegué a este centro me hice el siguiente cuestionamiento: ¿el socialismo es aquella corriente general que aspira a llegar a una sociedad socialista por distintas formas?, o sea, como teoría; y ahí enmarco el socialismo reformista, incluso incluyo el anarquismo. La pregunta se la hago a ustedes ahora, porque las conclusiones mías

al respecto son bastante imprecisas. ¿El socialismo es un concepto amplio que abarca al socialismo reformista; al «socialismo libertario», como le llamaran ellos al anarquismo, al anarcosindicalismo; que comprende, además, la corriente marxista revolucionaria que nombraríamos comunismo o materialismo dialéctico, como después se le llamó? Para mí son tres corrientes, pero todavía me cuestiono si son reales; incluso, esa concepción de socialismo utópico también me la discuto, porque pienso que los reformistas son de cierta forma socialistas utópicos, y los anarquistas de cierta manera también lo son. Tengo una gran confusión y quisiera que ustedes me ayudaran a dilucidarla.

### **Paula Ortiz (profesora de la Universidad de La Habana)**

Esa confusión de verdad me parece que para aclararla se necesita otro evento científico. Aquí se habló de nacionalismo, pero además en estos años de la república aparecía el socialismo con diferentes concepciones, no el socialismo que nosotros preconizamos, que nosotros desarrollamos en momentos determinados en nuestro país, ni el socialismo de establecer la dictadura del proletariado. El Partido Revolucionario Cubano se nombraba socialista, el Partido Ortodoxo también tenía de socialista, y hay autores que consideran que la Constitución del 40 posee un carácter socialista a partir de la justicia, del tratar de resolver problemas sociales determinados dentro de la sociedad cubana de aquella época. Entonces nos quedan aristas que examinar aún.

Creo que de los momentos más complejos del PCC –que son tres–, el más fuerte es el de la alianza con Batista, y después le sigue el del browderismo.

Yo tuve que dar forma a la corriente browderista y a toda la concepción que tenía Browder a partir de sus discursos, de sus trabajos, de su accionar y de la disolución que hizo del Partido Comunista de los Estados



Unidos, a partir de su interpretación sobre la Conferencia de Teherán; y tuve que leerme las críticas que le hizo Foster desde la Internacional Comunista a él y después las hechas por Duclós cuando ya estaba instaurado el browderismo en Cuba.

Asimismo, pude leerme las actas del Partido en el Archivo del Instituto de Historia, todas las actas de esos años, y las disfruté como ustedes no imaginan. Ciertamente no tuvo la misma repercusión el browderismo en Cuba que en los EE.UU., porque Browder disolvió su partido. Pero en nuestro país se destruyó el Partido, no se disolvió. Pienso que dentro de los países de América, dentro de los partidos comunistas, donde se adoptaron las ideas de Browder con mucha más fuerza fue en Cuba; fue el PCC el que lo trasladó a la República Dominicana, y que ayudó a los mexicanos a implementar el browderismo, y ustedes saben que la alianza del PCC con Trujillo en gran medida tiene que ver con la influencia de esta corriente. Hay un artículo en *Bohemia* sobre las críticas que le hacen al Partido por la unión con Trujillo, donde se expresa que los propios militantes del PC de República Dominicana reconocen que la alianza con Trujillo le fue muy importante al PCC, pero resultó muy trágica para ellos, porque casi todos fueron pasados por las armas. Siguiendo la política de unidad nacional acordada con Batista, se podía extender la misma a Trujillo y esto le costó caro al PCC y mucho más a los comunistas dominicanos. Existen figuras del Partido como el propio Fabio Grobart que dice: Si me preguntan qué somos, yo diría que en estos momentos somos un partido reformista electoral. Nos hemos convertido en un partido reformista electoral, y hay que reconstruir al partido, sobre la base del carácter selectivo, del centralismo democrático. (IV Asamblea del PCC y después en la Asamblea de Santa Clara.) Si nos leemos los discursos de Carlos Rafael Rodríguez veremos lo que plantea: «El imperialismo ha perdido su carácter agresivo, se

puede llegar a la liberación nacional a partir de la alianza con la burguesía, porque la burguesía se ha convertido en una burguesía progresista que va a ayudar a la liberación nacional de los pueblos y al desarrollo social de los pueblos latinoamericanos, y ya el imperialismo no tiene el mismo carácter». Estas decisiones se tomaron a partir de la consigna que propugnaba una alianza internacional de la Unión Soviética con Inglaterra y EE.UU. para derrotar al fascismo en la guerra, y se pensó que podía llevarse a nivel de países después de la contienda bélica. Partiendo de ahí, Browder elabora toda su concepción.

En la defensa de mi doctorado, un compañero del tribunal me preguntó si conocía de una entrevista que se le había hecho a Carlos Rafael donde este afirmaba que él era el causante de la introducción del browderismo en Cuba. Él quería saber por qué eso no estaba en mi tesis, y yo le comentaba al doctor que me hizo la pregunta, que la entrevista no aparecía por dos razones: una, porque no la había hallado en ningún lugar, no se encontraba publicada; y otra, porque no estaba de acuerdo con eso. Carlos Rafael Rodríguez, que había ido a los EE.UU., había conversado con Browder y mandado a publicar en Cuba «Teherán y post-guerra», se sentía responsable, pero yo no lo consideraba así. Un solo hombre no puede implementar una política revisionista como era el browderismo en un partido que era fuerte, aun con todos sus desaciertos y flaquezas. Era un partido –y en este punto comparto el criterio de Angelina Rojas– que trató de resolver los problemas desde las posiciones cubanas, aunque siguiendo los preceptos de la III Internacional, que luchó mucho por la justicia, por el bienestar y el desarrollo de la clase obrera, sin lugar a dudas. Pienso que esta corriente de pensamiento se estaba desarrollando en Cuba antes de que Browder aplicara su concepción. Desde el VII Congreso de la Internacional, e incluso desde la huelga de marzo de 1935, el Partido

empieza a poner en vigor determinadas políticas, y después con el VI Pleno aquí en Cuba, para mi criterio, comienza ya a llevarse a la práctica el browderismo sin existir Browder como figura con su accionar político.

### **Fernando Martínez Heredia (director del ICIC Juan Marinello)**

Estimo que es muy bueno lo que está pasando porque estamos haciendo lo que queríamos, presentando problemas, presentando diferentes opiniones, abriendo aquí un espacio. Yo no iba a hablar, porque al que le toca presidir y hablar al principio, no debe abusar, pero me parece imprescindible.

Felipe Pérez Cruz nos planteaba algo que a mí me resulta necesario comentar, o sea, nosotros nos vemos obligados en Cuba a tener actividades muy diferenciadas acerca de lo mismo. Nos vemos obligados por muy unitarios que seamos; mas la unidad es muy buena para ciertas cuestiones y para otras no lo es tanto, entre ellas para el análisis profundo de las problemáticas que hay que estudiar; muchas veces lo que importa es la profundización misma y los debates y no una unidad, que nunca es real. Por otra parte, lo que a mí sí me gusta es que seamos siempre fraternales, muy fraternales, nada de colegas, ni académicos: fraternales.

Se necesita discutir, a ver si logramos avanzar. A veces en nuestra educación estos asuntos no aparecen, se dan mal, tergiversados. Por eso me refería a los desatinos de la divulgación, porque en ocasiones incluyen muchas mentiras. Es lamentable porque eso significa que tenemos también un aspecto del mundo cultural del capitalismo, que no es el único, donde hay una pugna sorda tremenda entre el capitalismo y el socialismo en casi todo, existe una separación entre élites y masas; o sea, una élite como nosotros, que se lee todas estas cosas y periódicamente escribimos sobre ellas y que discutimos para la masa, que comprende a los que tienen

que hacer a Cuba, el futuro de Cuba: los niños, los adolescentes, los decisores, a todos en general. Y esto no es una piltrafita o una compota para niños. Esta es una separación inadmisibile.

Me gusta mucho la cantidad de actividades que se están realizando, pero las considero completamente insuficientes. Decía Angelina Rojas, con toda su razón, que lo publicaran todo, y lo que han hecho es que ya no están algunos de los documentos.

Hace cuarenta y un años que el compañero Armando Hart, que era jefe del Partido, me orientó conseguir estos documentos, y yo envié a dos compañeros a la URSS, uno que sabía ruso y otro que dominaba el inglés; y los soviéticos, «nuestros hermanos», no nos quisieron dar absolutamente nada. Esto es una historia muy larga, pero a la vez tenemos mucha responsabilidad en ello, nacional.

Leí hace treinta y cinco años la carta desde París que el secretario general del Partido Comunista Francés, sin firma, dio a conocer en mayo de 1935, en la publicación mensual oficial de la Internacional con una crítica durísima al Partido Comunista de Cuba. No tenía vergüenza el que la escribió, porque le censura lo mismo que le habían obligado a hacer, le reprochan su sectarismo, le dicen que no ha sabido distinguir entre el nacional revolucionario Antonio Guiteras y el nacional reformista Grau San Martín. Es ahí donde se expresa eso, porque aquí en Cuba, treinta y cinco años después, se puso en una notica, en un artículo, pero no se reveló la fuente de donde se extrajo esa información y todavía no se dice de dónde es. El primero en referir su procedencia fui yo, en un artículo editado hace cinco o seis años. Y eso está publicado en español, para que los militantes lo leyeran, como también está publicado en igual idioma, la felicitación del Partido Comunista del Perú en 1934 por la Internacional Comunista por poner en el centro de su trabajo ideológico la lucha contra la desviación mariateguista,

poco antes del Séptimo Congreso. Sin embargo, hubo que esperar al triunfo de la Revolución Cubana para que se pudiera conocer por la gente los *Siete ensayos* de Mariátegui. Bien, es la historia, pero por Dios, como decía el joven Lenin: «Las revoluciones enseñan mucho», pero ¿nosotros no seremos capaces de enseñarle nada a la Revolución?

### **Ana Cairo (profesora de la Universidad de La Habana)**

Recuerdo que Caridad Massón me consultó el título del evento y le manifesté mi acuerdo con él, porque aquí hay que discutirlo todo: los nacionalismos, los comunismos, los socialismos, todo tiene que ser sometido a debate. Seríamos muy malas personas si nosotros nos conformáramos con las versiones que poseemos, y es lo que le quería transmitir a mi amiga Alina López. Lo publicado no resulta suficiente, porque no siempre, como decía Fernando Martínez Heredia, está al alcance de la gente, y eso es una verdad como un templo. Existen documentos que requieren notas al pie de página, explicaciones, que demandan la problematización que puede tener un punto de vista frente a otro, uno al lado del otro. Pienso que es la tarea de estos momentos, por eso considero que el título del evento es correcto, y en eso me solidarizo con Fernando Martínez Heredia. Es mejor que haya tres eventos a que no se efectúe ninguno, que es lo que verdaderamente me preocupa, porque tenemos que sentarnos a discutir, a buscar alternativas, a problematizar, no a que nos den conclusiones, a que nos digan que algo no hay que debatirlo porque ya está terminado, como nos ocurrió durante muchos años.

### **Berta Álvarez (profesora de la Universidad de La Habana)**

Estoy de acuerdo con lo que se ha planteado. Para empezar debo aclarar que sobre el socialismo y el comunismo

hay mucho que decir, pero creo que no es este el momento porque es muy complicado y tiene que ver con posiciones ideológicas, con momentos históricos. Recuerdo que cuando existían los países socialistas de Europa del Este se teorizaba sobre el modo de producción, y había diversidad de enfoques en cuanto a lo que denominaban «socialismo» y «socialismo comunista», que en este caso era el socialismo soviético. El Partido cubano empieza a llamarse socialista cuando entra en relaciones con las demás capas, todos lo sabemos; antes era comunista a la vieja usanza leninista, pero no era a eso a lo que pretendía referirme.

Quería hablarles –que con mi apresuramiento lo omití– sobre los problemas de la alianza de clase, que siempre distingo mucho «concepción», «política» y «alianza». En las posiciones del Partido, trato de diferenciar este asunto y la concepción de la revolución nacional liberadora. No debemos confundir en el problema de revolución el significado de «violencia» o «vía revolucionaria», porque él es la movilización de masas, no la lucha insurreccional. Aquí el Partido se refiere al esquema de movilización de masas. Entonces no significa lo mismo cuando ellos usan el término «violencia» y «revolución» que cuando lo utilizan otros grupos políticos.

El otro elemento que deseaba expresar, en honor a la verdad, es que Blas Roca desde que asume la secretaría del Partido intenta establecer relaciones con el PRC(A), porque hay una definición anticomunista en el nacionalismo del Partido Auténtico tan determinante que no le da la entrada de ninguna manera a los comunistas.

### **Orlando Cruz (investigador del Instituto de Filosofía)**

El título del evento está bien. Y además está argumentado. El comunismo es el término menos tocado y hay gente que lo ha tratado. El socialismo es el tránsito. El

comunismo sería la nueva formación económico-social donde desaparece el Estado. El socialismo fue tan manoseado que hasta los fascistas se apoderaron de él, y el nacionalismo también. No es lo mismo un nacionalismo revolucionario antimperialista que un nacionalismo reformista. A mí me pareció adecuado el tema para ubicarnos un poco en la discusión.

# RUBÉN MARTÍNEZ VILLENA: UNA INTERPRETACIÓN CREADORA DE LAS IDEAS MARXISTAS\*

*Juana Rosales García*  
(investigadora del Instituto de Filosofía)

Rubén Martínez Villena (1899-1934) fue uno de los más brillantes intelectuales revolucionarios cubanos de su época. El mundo de su actividad político-social ha sido explorado con serias investigaciones, tanto desde el ejercicio biográfico como en la situación de época, pero no ha tenido la misma suerte la intelección sobre su pensamiento político. Muy poco se conoce de sus últimos años de líder comunista, y en ocasiones se le ha generalizado como un seguidor acrítico de los dictados de la Internacional Comunista.

En esta ponencia partimos del criterio de que el pensamiento político de Villena se manifiesta a través de una praxis de incorporación creativa para su momento de las tesis básicas del marxismo y el leninismo.

La aprehensión del marxismo por Rubén en el plano teórico y en la práctica revolucionaria estuvo determinada por el limitado y fragmentado conocimiento de las obras de los clásicos que existía entonces. Debido a ello y a las propias condiciones en que el joven desarrolló sus luchas, su visión del marxismo está influida en alguna medida por las características comunes al movimiento

\*Este trabajo fue publicado en la revista digital *Caliban*, n. VII, abril-junio de 2010.



comunista internacional de aquellos años<sup>1</sup> en que se debatía, junto al presente y futuro de la Revolución y de la propia teoría revolucionaria: concepciones erróneas, indefiniciones, confusiones ideológicas y prejuicios. Algunas ideas fueron reflejo de prisas izquierdistas; otras, de los defensores a ultranza de la Ortodoxia de la teoría revolucionaria elevada al rango de axioma y los que la subvaloraban o negaban.

No obstante, hay que decir que en el caso de este líder revolucionario la profundización en el conocimiento de la historia, de la tradición de lucha nacional y del pensamiento martiano<sup>2</sup> influyó en el esfuerzo por asumir

<sup>1</sup>Podemos citar algunas de las principales características: condiciones de partida de los movimientos comunistas, desde grupos de proletarios socialistas y anarcosindicalistas llegados a América, que vivían en muy difíciles condiciones. Constante asedio y represión por parte de las autoridades, clandestinaje y limitada vida legal, lo que reducía las posibilidades para desarrollar una activa vida interna, incrementar su superación e intercambio cultural con la sociedad. Débil conocimiento de las obras de los clásicos del marxismo y el leninismo. Predominio de enfoque europeísta, que desconocía las peculiaridades de América Latina, su relativo desarrollo capitalista, y el hecho de existir en la mayoría de los países una contradicción principal con el imperialismo externo. Absolutización del ángulo socioclasista, desconociendo o asumiendo visiones mecanicistas con otras realidades como la de los negros y la discriminación racial, así como el problema de los pueblos originarios. Abandono a partir de la muerte de Lenin de los métodos colectivos de debate y fertilización de la teoría, lo que produjo un creciente dogmatismo y sectarismo en los partidos, y en consecuencia pugnas, fraccionamientos y divisiones. Sujeción de los fines del movimiento comunista a los intereses de la política de la Internacional Comunista. Mantenimiento de criterios obreristas y de prejuicios hacia los intelectuales, que llevaba a considerar de manera mecanicista que el solo origen de clase era garantía de fidelidad y posibilidad de desarrollo de la personalidad y la ideología comunista.

<sup>2</sup>En Villena se verifica de forma singular la asunción del marxismo a partir de una inicial formación que se nutre de la tradición histórica y de lucha de la nación cubana, fundamentalmente del pensamiento democrático, antimperialista y nacional liberador radical de José Martí. Hemos podido constatar que no existen muchas alusiones

el marxismo como guía para la comprensión y transformación de la sociedad, y le permitió, además, enfrentarse hasta donde le fue posible a errores con que era concebida la teoría revolucionaria para la época.

## La teoría marxista

El análisis de los textos de Marx, Engels y Lenin conducen a Villena a reafirmarse en la necesidad del estudio de la teoría: «Si queremos avanzar, de veras, hay que salir del practicismo rutinario y enjuiciar la realidad y elegir los modos de acción en el nivel teórico. Lenin martilló mucho sobre eso. Acuérdate de su iluminante proverbio en *¿Qué hacer?: "Sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario"*».<sup>3</sup> Hay que destacar la relevancia de estas ideas teniendo en cuenta que no constituían un pensamiento común en ese tiempo.

Sobre las diferentes y contradictorias interpretaciones del marxismo que existían entonces, resultan sumamente interesantes las notas al margen que él escribe al libro de N. Tasín en 1933: *La dictadura del proletariado según Marx, Engels, Kautsky, Berstein, Lenin, Trotsky, Axelrod y Bauer*.<sup>4</sup>

---

directas y explícitas a Martí en los papeles conocidos de Villena; es fundamentalmente en su práctica política y en las ideas que expone con el objetivo de dar término al proyecto revolucionario martiano donde la continuidad del pensamiento del Apóstol se distingue claramente.

<sup>3</sup>Raúl Roa, *El fuego de la semilla en el surco*, Ed. Letras Cubanas, Ciudad de La Habana, 1982, p. 233.

<sup>4</sup>Consúltese: Juana Rosales, «Presentación de Notas al margen al libro *La dictadura del proletariado según Marx, Engels, Kautsky, Berstein, Lenin, Trotsky, Axelrod y Bauer, de N. Tasín*», en *Marx Ahora*, n. 8, 1999, pp. 188-191. En el libro escrito por el ruso N. Tasín aparecen estas interesantes notas al margen escritas por Villena a su regreso de la antigua Unión Soviética, mientras se encontraba escondido en la casa de su amigo y hermano de infancia Enrique Serpa (junio de 1933).

Rubén reconoce la posibilidad de desaciertos teóricos en la obra de Marx, a la vez que subraya el papel de la práctica en la búsqueda de la verdad: «El error fundamental de esta discusión está en que Marx no era infalible. Además, el padre del Socialismo era naturalmente un teórico que se hubiera visto obligado a modificar sus ideas (algunas al menos) al ponerlas en práctica. La teoría no puede ser más que el hilo conductor, por ello se requiere siempre cierta flexibilidad».<sup>5</sup>

Sin dudas en el clima de dogmatismo que ya por entonces oscurecía el desarrollo de la teoría revolucionaria, estos criterios constituían una abierta herejía.

### **La militancia en el Partido Comunista**

La situación en que se encontraba el movimiento obrero y el Partido Comunista a la altura de 1927 era sumamente delicada tras la represión del régimen de Gerardo Machado. Es precisamente en este momento en que Villena ingresa en el Partido. Dentro de las filas comunistas su labor organizativa y política da un vuelco al trabajo de la organización al comprender la necesidad de vertebrar alrededor del Partido un amplio conglomerado popular, capaz de involucrar a todas las fuerzas revolucionarias en un frente único por la liberación nacional y social. Entre 1927 y 1930 va a dedicarse totalmente a la tarea de aglutinar las fuerzas obreras y sindicales por entonces dispersas y hegemónicas por las ideas anarquistas y reformistas. No solo sería importante la lucha por levantar las demandas económicas y políticas más reclamadas por los trabajadores, sino por la elevación de su conciencia anticolonialista y de clase.

Es importante significar cómo en 1928 Villena acepta el plan insurreccional de Mella, posición que es

<sup>5</sup>Juana Rosales, ob. cit.

demostrativa de un pensamiento antidogmático, sobre todo si se tiene presente que la concepción de unidad de la ANERC implicaba una refutación explícita a las tesis de «clase contra clase» emanadas de los documentos del VI Congreso de la Internacional Comunista (IC) de 1928. Después del asesinato de Mella (10 de enero de 1929), Villena considera imposible proseguir los planes de levantamiento armado pues tenía la convicción de que únicamente Mella hubiera sido capaz de encabezar un movimiento de esas características; estima que: «Su pensamiento y acción, su presencia real y su jefatura indiscutible resultan indispensables para ejecutarlos. Por otra parte, el cuadro de factores con que contaba ha variado [...] la alta dirigencia de Unión Nacionalista anda en contactos subrepticios con el Asno –y se pregunta– ¿Qué podía esperarse de esa gentuza que ni siquiera ha censurado el crimen atroz?»<sup>6</sup>

La ausencia de Mella y los hechos acaecidos en el panorama político cubano incidirían de manera sustantiva en la incorporación de la línea política del VI Congreso de la Internacional Comunista (IC) por el Partido cubano. En la nueva situación Villena no puede resistir la presión política de la Internacional. El cambio de concepción de unidad se delinea claramente en el informe doctrinal del Partido del 10 enero de 1930, redactado por Villena,<sup>7</sup> de acuerdo a las tesis del mencionado VI Congreso y las resoluciones emanadas de la Primera Conferencia de Partidos Comunistas celebrada en Buenos Aires en 1929.

Pero lejos de las tesis y discursos triunfalistas que predominan en los líderes y partidos comunistas de la

<sup>6</sup>Raúl Roa, ob. cit., pp. 333-334.

<sup>7</sup>Ana Núñez Machín, *Rubén Martínez Villena*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1970, pp. 196-198.

época acerca de la inminencia de la revolución,<sup>8</sup> en su correspondencia íntima podemos constatar que Villena ha valorado acertadamente, con respecto a la situación de Cuba, que muy a pesar del espacio ganado por los comunistas, aún la acción política y social del movimiento obrero no había alcanzado los necesarios niveles de unidad que la lucha exigía. Y en la construcción concreta del frente que ve como imprescindible, vuelve a separarse de las rígidas orientaciones de la Internacional,

<sup>8</sup>La dirección del Partido después de la huelga del 30 de septiembre de 1930 y siguiendo las orientaciones de la Comintern, había señalado que: «La inminente revolución se produciría, porque, a su juicio, Cuba había entrado ya en «un período francamente revolucionario», en el cual la revolución democrática-burguesa, próxima a estallar, debía ser transformada por los obreros y campesinos en revolución proletaria, con el apoyo de sus grupos armados. A ello seguiría la constitución de los soviets como órganos ejecutivos dirigentes de las masas revolucionarias». La táctica asumida por el PCC fue la realización de una huelga general que en su decursar se transformara en revolución proletaria.

Si bien la línea de la revolución en dos fases indicaba que el Partido había tomado en cuenta la necesidad de una primera etapa nacional liberadora en el caso de un país semicolonial como Cuba, la táctica unitaria sectaria de frente único por la base, la tesis de la formación de los soviets y del «gobierno soviético» desde el mismo momento de la toma del poder para llevar a cabo la revolución nacional liberadora, no coadyuvaban a la realización de la misma, ni a lograr el necesario frente unitario.

A finales de 1930 se produce el viraje táctico en la línea política del Partido con la participación de representantes del Partido Comunista de los Estados Unidos y más tarde del Buró del Caribe de la IC: se inició una nueva etapa en que se adoptó vigorosamente la táctica del «frente único por la base», y en el aspecto teórico, el Partido se esclareció por primera vez sobre el carácter agrario y antimperialista de la revolución; y siguiendo las orientaciones de la IC, concibió su estrategia para la revolución en Cuba en dos fases: la agraria antimperialista y la socialista.

Angelina Rojas, *Primer Partido Comunista de Cuba. Sus tácticas y estrategias. 1925-1935*, t. I, Santiago de Cuba, Oriente, 2005 (pp. 121-126) y Lionel Soto, *La revolución precursora de 1933*, Ed. Si-Mar S. A., Ciudad de La Habana, 1995 (pp. 346-347).

para trabajar por la unidad y cooperación de todos los dirigentes obreros y sindicales independientemente de sus tendencias reformistas.<sup>9</sup> Hace hincapié en que siempre habrá que tener en cuenta las peculiaridades nacionales de la lucha en cada país.<sup>10</sup>

Para Villena, el papel fundamental lo jugarán las grandes masas que será necesario alzar para esta lucha en medio del fuerte peligro de ser aplastadas por el terror machadista. Pero confía en que «los factores económicos pesan más». Llama la atención sobre la importancia de movimientos aislados y espontáneos que podían estallar y ser el inicio de un alzamiento general en los campos y por ello no se debían subestimar.<sup>11</sup>

Pero le preocupa mucho no solo el carácter económico que puedan tener estos movimientos —«[...] No es el de ahora un movimiento económico, sindical, que va a desembocar en huelgas y a lograr pequeñas ventajas materiales [...]»—, sino el hecho de que el Partido contara con los compañeros capaces de conducir el movimiento obrero en Cuba. Entonces se pregunta: «¿Hay entre nosotros ahora, después de tantas bajas, quienes pueden ver la situación políticamente? ¿Comprenderán en cada momento nuestros dirigentes que la lucha obrera de hoy en Cuba es solo una parte, un episodio de los primeros fuegos de la gran batalla mundial, es decir, que la lucha es eminentemente una lucha política, que va encaminada desde ahora, a la insurrección y debe desembocar en

<sup>9</sup>«Carta a su esposa» (13 de agosto de 1930), en Rubén Martínez Villena, *Poesía y prosa* (2 t.), Letras Cubanas, Ciudad de La Habana, 1978, pp. 415-416.

<sup>10</sup>En 1930, mientras se encontraba en Moscú en vísperas de la celebración del V Congreso de la ISR, en el cual participaría como delegado de la CNOC, discute con los miembros de otras delegaciones estos temas. *Ibídem*, pp. 415-416.

<sup>11</sup>«Carta a su esposa» (6 de septiembre de 1930), en Rubén Martínez Villena, *ob. cit.*, p. 425.

la toma del poder? Mis temores ante los peligros que corre nuestra línea política son tan grandes como los que me inspiran los que corren la organización del Partido y la vida de los mejores militantes». <sup>12</sup>

Tanto la correspondencia como los trabajos, informes, manifiestos y documentos que Villena escribe entre 1930 y 1933 van a dar cuenta de un pensamiento marxista forjado al calor de la intensa polémica del momento acerca del carácter de la revolución que debía privilegiarse, a partir de sus objetivos inmediatos y de sus fuerzas directrices, la estrategia y la táctica a desarrollar en cada momento en los países coloniales y dependientes.

En este orden de análisis resultan muy significativas las precisiones que Villena hace a Sandalio Junco, en dos cartas recientemente publicadas (escritas en noviembre de 1930 y enero de 1931), en las que esclarece su tesis acerca del carácter de la revolución en Cuba, su concepción en torno a los nexos entre la revolución nacional liberadora y la socialista como proceso necesario para alcanzar la plena independencia nacional, insistiendo en la vía posible del tránsito de una a otra en las condiciones objetivas de Cuba y algunos países del continente:

1. Este tránsito es posible como «regla general» solamente a través de una serie de «etapas preparatorias».
2. Otra posibilidad es la que se puede dar fuera de la «regla general», que no existan etapas preparatorias: «[...] cuando no sea necesario todo un período de transformación de la revolución democrático burguesa en revolución Socialista. Es decir, en el caso de que ambas etapas de la Revolución se confundan, se mezclen, se planteen conjuntamente, o simultánea y paralelamente [...]».

<sup>12</sup>«Carta a su esposa» (28 de octubre de 1930), ibidem, p. 442.

Villena explica que esto será posible en algunos países «de un nivel medio de desarrollo del capitalismo» donde es viable «un tipo de revoluciones proletarias con un gran contingente de objetivos de carácter democrático-burgués». Argumenta que tal es el caso de Cuba:

[...] aunque Cuba es una semi-colonia, porque nada se opone a que haya semi-colonias que sean «países de un nivel medio de desarrollo del capitalismo». De modo que en realidad no he «inventado» nada en mi tesis respecto a Cuba, cuyas conclusiones vienen de acuerdo con el Programa de la Internacional Comunista: lo que he hecho es aplicar este a las peculiares condiciones de Cuba que son por otra parte las mismas que [las] de otros países latino-americanos. Solo que los que hablan del carácter de la revolución en los países coloniales, aplican para todos los casos estrictamente la regla general y creen que fatalmente en todo país colonial o semicolonial es preciso realizar la revolución democrático burguesa y después la revolución proletaria, como una transformación de aquella, gracias a la hegemonía del proletariado. Yo creo que hay países coloniales y semicoloniales en que no ocurrirá así; y que Cuba es uno de estos países.<sup>13</sup>

En una segunda misiva reitera la tesis leninista del tránsito de la revolución democrático-burguesa, al que Villena le adiciona antimperialista, a la revolución socialista de forma ininterrumpida,<sup>14</sup> en la medida en que las fuerzas

<sup>13</sup>Carta del 11 de noviembre de 1930, en *Correspondencia de Rubén Martínez Villena (mayo 1912-mayo 1933)*, selección y notas de Carlos E. Reig Romero, Ed. Unicornio, La Habana, 2005, p. 79.

<sup>14</sup>Aunque no nos consta que Villena haya conocido la obra de Lenin «Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática», realmente son muy evidentes sus puntos de coincidencia. Consúltese: Vladimir I. Lenin, *Obras escogidas* (3 t.), Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1960, t. 1, pp. 526-531.



del proletariado consciente y organizado así lo permitan, y precisa lo que diferencia esencialmente ambos procesos.<sup>15</sup>

Las aclaraciones que hace en estas cartas dan cuenta una vez más de un pensamiento flexible y antidogmático, opuesto a esquematismos y traslaciones mecanicistas. En este sentido se adelanta a los debates que muy pronto se desatarán en América Latina en torno a la teoría «etapista» de la revolución.

### **El año 1933**

Para entender el aporte revolucionario de Rubén resulta particularmente interesante detenerse en el último año de su existencia.<sup>16</sup> Precisamente este es el período de la vida de esta imprescindible figura que menos se ha estudiado. Hoy se han dado a conocer documentos que prueban el intenso drama político que vivió el pensamiento antimperialista de Villena, la intensa batalla que estableció contra todas aquellas corrientes que consideraba demagógicas e intentaban limitar la lucha popular a un simple cambio de gobierno, dejando intacta la estructura neocolonial. A este imperativo fundamental respondió su artículo «Qué significa la transformación del ABC y cuál es el propósito de esta maniobra» (marzo-abril, 1933).<sup>17</sup> Desde posiciones de fuerte raíz martiana, critica a aquellos «teóricos de pacotilla» del ABC cuyas

<sup>15</sup>V. I. Lenin, *Obras escogidas*, p. 495.

<sup>16</sup>En enero de 1933, Villena arribó a New York procedente de la URSS y de inmediato se pone en contacto con los grupos de emigrados revolucionarios y con la dirección del Partido Comunista de los Estados Unidos. En mayo llega a la patria después de más de tres años de ausencia.

<sup>17</sup>«Qué significa la transformación del ABC y cuál es el propósito de esta maniobra», en *Mundo Obrero* (marzo-abril de 1933) y reproducido en Rubén Martínez Villena, *Poesía y prosa*, edición citada, p. 222.

tesis constituían una falsificación de nuestro desarrollo neocolonial, pues según los abecedarios: «La historia de Cuba se puede escribir sin mencionar al imperialismo yanqui»: «[...] Se ha logrado relatar la historia del crimen sin nombrar al asesino». <sup>18</sup> Para el joven era imprescindible al estilo leninista el análisis de nuestra historia a partir de las contradicciones con el imperialismo.

En uno de sus ensayos políticos más relevantes, «Las contradicciones internas del imperialismo yanqui y el alza del movimiento revolucionario» (mayo, 1933), profundiza en cuestiones que ya venía estudiando desde 1926 («Un aspecto del problema económico de Cuba» y «Cuba, factoría yanqui»). Comienza su trabajo enunciando un pensamiento martiano: «En la naturaleza, como en los pueblos, todo lo necesario se crea, a su hora oportuna, de lo mismo que se le opone y contradice» y a partir de esa idea esencial, realiza un magistral análisis de la situación cubana en la que desempeña un papel determinante la dependencia del imperialismo yanqui. <sup>19</sup>

Del estudio de los documentos y su evaluación se hace evidente que si bien desde 1930 la dirección del Partido cubano había aceptado la táctica orientada por la Internacional Comunista, esta fue objeto de notables objeciones y fuertes debates; y que en ello ocupó un papel central el pensamiento original y propio de Villena, reiteradamente distante de los dictados de la organización internacional. <sup>20</sup>

<sup>18</sup>Ibidem, pp. 225-226. Consúltense además: «Abajo la intervención imperialista del sanguinario Welles y las serviles maniobras de sus lacayos nativos», en *El Trabajador* (julio de 1933) y reproducida en Rubén Martínez Villena, *Ideario político* (compilación e introducción de Olivia Miranda), Sociedad Económica de Amigos del País, La Habana, 2003, pp. 390-401.

<sup>19</sup>«Las contradicciones internas del imperialismo yanqui y el alza del movimiento revolucionario», en *Mundo Obrero* (mayo de 1933) y en Rubén Martínez Villena, *Poesía y prosa*, ed. cit., pp. 231-250.

<sup>20</sup>Consúltense: Angelina Rojas, ob. cit.

También hay que señalar que dentro de las propias fuerzas de la izquierda existían otras posiciones respecto a la unidad revolucionaria. Hombres como Pablo de la Torriente Brau y Raúl Roa trabajaron con el Partido Comunista de Cuba, con sus organizaciones y sus publicaciones como marxistas convencidos que eran, aunque nunca militaron en sus filas. El respeto y admiración por la disciplina, unidad y honestidad del Partido, sobre todo por sus líderes Mella y Villena, siempre fueron para estos jóvenes muy ejemplificantes. Creían en el Partido y sobre todo en la lucha de clases, en su programa de liberación del proletariado, no obstante las observaciones críticas que en su momento expresaron con respecto a la línea política del PCC.<sup>21</sup>

El denominado «error de agosto» de 1933 ha sido esgrimido para fundamentar el dogmatismo y el seguidismo acrítico de Villena y el Partido respecto a las orientaciones de la Internacional. Más allá de posiciones individuales, e incluso de consideraciones en torno a la influencia o no de la táctica de la Internacional Comunista, en el centro de esa decisión estuvo la incapacidad de la dirección partidista, a causa de su insuficiente preparación teórico-política, para evaluar adecuadamente el momento revolucionario que vivía el país en su conjunto y para colocarse a la vanguardia de esas masas que ya se proyectaban contra Machado.<sup>22</sup> (Recordemos que en mayo de 1933 Villena había publicado el mencionado trabajo «Las contradicciones internas del imperialismo yanqui en Cuba y el alza del movimiento revolucionario», donde afirmaba acertadamente que en Cuba estaban presentes las condiciones de una situación revolucionaria. De hecho, en los momentos en que ocurre

<sup>21</sup>Consúltese: Pablo de la Torriente Brau, *Cartas cruzadas* (Selección, prólogo y notas de Víctor Casaus), Letras Cubanas, Ciudad de La Habana, 1981, pp.199-201 y 494-495.

<sup>22</sup>Consúltese: Angelina Rojas, ob. cit.

la huelga de agosto de 1933, Rubén y la dirección del Partido trabajaban para ir a un debilitamiento paulatino del régimen).

Precisamente estos criterios de mantener a un «Machado debilitado» fueron los que pesaron en el error de ordenar la vuelta al trabajo, sin apreciar que dado el grado de agudización de la situación revolucionaria, la huelga devenía indetenible insurgencia popular. La rectificación de esta orientación frente a la inobjetable realidad de los acontecimientos, demostró la capacidad de reacción de Villena y el Partido.

En el informe al IV Congreso de Unidad Sindical redactado posteriormente por Rubén, vuelve a analizar ese asunto. Cuestiona la visión sectaria del Partido respecto a la unidad revolucionaria y extrae las lecciones:

En esta situación decisiva para el proletariado, cuando los acontecimientos se desarrollaban aceleradamente hacia una huelga general, que casi existía ya, la Confederación Nacional Obrera de Cuba, dejando de ver y de aplicar la experiencia adquirida en tantos años de luchas huelguísticas, que demostraban que en cada huelga por demandas económicas hay siempre un profundo contenido político, hizo una apreciación falsa del contenido de la huelga general, considerando que este era solo económico, la obtención de las demandas presentadas por los obreros a los patronos, y no apreciando el contenido político profundo del movimiento, que era el derrocamiento de la sangrienta y odiada dictadura de Machado [...] Las masas, con su instinto revolucionario y su experiencia, corrigieron el error en el curso mismo de los acontecimientos [...] continuando la huelga, y barriendo la dictadura de Machado.<sup>23</sup>

<sup>23</sup>«IV Congreso Nacional Obrero de Unidad Sindical», en Rubén Martínez Villena, *Ideario político*, ed. cit., p. 432.

Recordemos que en aquella difícil situación, Villena publica (4 de agosto de 1933) «La aventura del artículo de un comunista y sus enseñanzas», en el cual esclarecía la esencia del marxismo como un método para orientar el pensamiento y la acción.<sup>24</sup> En este trabajo demuestra «[...] la indigencia de todos los grupos y sectores políticos en el país ante la firmeza convincente y la realidad irrefutable del más ligero análisis marxista». A la afirmación nuevamente repetida<sup>25</sup> por Jorge Mañach, de que el comunismo es un dogma con el cual no cabe discusión: «se le acepta o se le rechaza», Villena responderá que lo que es una «[...] verdad terrible para los graduados

<sup>24</sup>Rubén Martínez Villena, *Poesía y prosa*, ed. cit., pp. 251-258. A propósito de las ideas marxistas y antimperialistas expuestas por Villena en su artículo sobre el ABC, se suscitó una polémica con líderes de este partido y con los de Unión Nacionalista a mediados de 1933. En «La aventura...», Villena coincide con las ideas expuestas por Roa en «Reacción versus revolución»; y polemiza con Jorge Mañach, a propósito de un artículo publicado por este en la revista *Denuncia* (órgano del ABC), y con Orosmán Viamontes, el cual en representación de Unión Nacionalista había dado a conocer en *Oposición* (órgano de este partido) ideas similares.

<sup>25</sup>Recordemos que en 1931 Mañach había tenido otra polémica con la revista *Línea* del Ala Izquierda Estudiantil a propósito del papel de la minoría intelectual revolucionaria, donde había expresado similares ideas con relación al «dogma marxista». La carta de Roa a Jorge Mañach, escrita a finales de aquel año –conocida posteriormente como «Reacción versus revolución»–, resulta una lúcida interpretación marxista del proceso histórico cubano. En este importante documento, Roa defiende el marxismo en su contenido histórico «como una interpretación dialéctica de los procesos sociales, una verdadera sociología y, en su contenido filosófico, una visión peculiar de la vida y sus problemas, una explicación materialista del mundo, que aspira también a transformarlo». Argumenta acerca de los aportes cardinales de Marx al pensamiento humano y los de su continuador Lenin «[...] su más genial exégeta y su primer realizador [...], que adaptó la doctrina marxista «sin que sustantivamente sufra menoscabo, en la época del capitalismo financiero y de la revolución proletaria [...]». Consúltese: *Órbita de Rubén Martínez Villena*, UNEAC, La Habana, 1964, pp. 55-59.

de Harvard es que con el comunismo –con el marxismo-leninismo– no cabe discusión [...] que no termine con el aplastamiento de los que le contradigan o le fuerzan. En este caso, cuatro o seis observaciones de un estudiante de marxismo resultan... «tan dogmáticas», que la salida es injuriar a quien las hace».<sup>26</sup>

Villena discrepó de la perspectiva sectaria del PCC<sup>27</sup> referida a la formación de «soviet de obreros, campesinos y soldados» como la forma que adoptaría el poder después del triunfo de la primera etapa de la revolución. En sus «Apuntes para el Proyecto de Programa del Partido Comunista de Puerto Rico», publicado en mayo de 1933, ya había planteado que aquel Partido no podía lanzar la consigna de la constitución de «[...] una República Soviética bajo la dictadura del proletariado», pues esta era «[...] para los países de economía industrial altamente desarrollada y un proletariado desarrollado también (Alemania, Francia, Inglaterra, Estados Unidos, etc.)». Argumenta que en un país agrario como Puerto Rico había que plantearse la revolución agraria y antimperialista que prepara las tareas para la revolución socialista.<sup>28</sup> En nuestro criterio existe una clara continuidad con aquellas ideas que había manifestado Villena acerca de las etapas de la revolución, desde 1930, en cartas a Junco.<sup>29</sup>

A finales de agosto de 1933 advierte respecto a esta cuestión de los soviets en Cuba, que aunque se estaba

<sup>26</sup>«La aventura del artículo de un comunista y sus enseñanzas» en Rubén Martínez Villena, *Poesía y prosa*, ed. cit., p. 255.

<sup>27</sup>Consúltese: *Bandera Roja*, a. 1, n. 2, La Habana, octubre de 1933, pp. 3-7. Fondo Primer Partido. Instituto de Historia de Cuba.

<sup>28</sup>«Apuntes para el Proyecto de Programa del Partido Comunista de Puerto Rico», en *Mundo Obrero* (mayo de 1933), y reproducido en Rubén Martínez Villena, *Ideario político*, ed. cit., p. 367.

<sup>29</sup>Nos referimos al Informe de Villena a la II Conferencia de Partidos de 1930. Ver análisis de las cartas a Junco realizado anteriormente.

produciendo una situación objetivamente revolucionaria, las condiciones subjetivas no habían madurado, lo que se manifestaba en que el Partido, no obstante haber aumentado su influencia y organización, aún «no estaba a la cabeza de las luchas en muchas regiones». Analiza dialécticamente la situación y advierte que debía hacerse la revolución y que el Partido debía tomar el poder «[...] allí donde haya algún vacío de este».<sup>30</sup>

Para Villena y otros compañeros del Partido la mejor manera de enfrentar a los yanquis era la lucha política a partir de procedimientos y formas organizativas propias, como la formación de Comités de Acción. Por ello se opuso a la instrucción absurda del Buró del Caribe de instauración de los soviets, los cuales aislarían al Partido de las masas, afectaría el trabajo dentro de las fuerzas armadas e incluso la propia palabra «soviet» podría asustar a la gente.<sup>31</sup>

El clima de tensiones de Villena con la dirección de la Comintern en la región tiene como uno de los momentos más dramáticos una reunión efectuada, al parecer, en la segunda quincena del mes de septiembre de 1933, a la que asistieron varios representantes del Buró del Caribe y del Secretariado Sudamericano de la Internacional. Los representantes de la Internacional insultaron a Villena llamándole cínico, lo acusaron de mantener una posición reformista, y pidieron su expulsión del Partido,<sup>32</sup> actitud que ganó la airada respuesta de la

<sup>30</sup>Angelina Rojas, ob. cit., pp. 190-191.

<sup>31</sup>Ibídem.

<sup>32</sup>Ibídem, pp. 191 y 195-196. Aunque la sanción no fue llevada a la práctica, en un informe del Buró del Caribe dirigido al Secretariado del Caribe y Sudamericano, se plantea que «[...] Por la experiencia habida, no tenemos confianza en la sumisión de Villena al CC. Ya nosotros junto con la delegación preparamos el terreno para la exclusión de Villena del BP, lo que ha sido ya efectuado en la Conferencia Nacional recién efectuada». Resulta muy significativo de todas formas que la esquila mortuoria de Rubén Martínez Villena fuera

mayoría de los militantes cubanos presentes. En otra de estas reuniones celebradas entre septiembre y octubre, el discurso de Villena fue tildado de oportunista por «dirigir la discusión contra las directivas internacionales». <sup>33</sup> No obstante, la masa mayoritaria fue «convencida de la necesidad de llevar a cabo el proyecto de los soviets». <sup>34</sup>

En medio del agudo debate ideológico y político que se produjo en el seno del Partido contra la línea de la Internacional, Villena cuestionó además la incorrecta propuesta de la IC que orientaba «eludir un enfrentamiento abierto con el imperialismo», si en Cuba «cada huelga era un movimiento contra el imperialismo». En consonancia con estas ideas propuso no cumplimentar esa directiva de la Internacional, por lo que concluye diciendo: «Creo que desde Moscú no se puede prever todo esto». <sup>35</sup>

De hecho, Rubén continuó trabajando desde su lecho de enfermo, por la formación de un frente único para la revolución antimperialista, hasta los últimos meses de su vida, como lo atestiguan los trabajos que escribió y las actividades y reuniones partidistas en que participó liderando el movimiento obrero, sindical y partidista

---

publicada en *Bandera Roja* en una de sus páginas interiores. Ver *Bandera Roja* (enero-febrero de 1934), La Habana, p. 4. En *El Machete* (órgano del Partido Comunista Mexicano), casi dos meses después de la muerte de Villena, es que aparece un pequeño párrafo en la p. 2 reseñando este hecho luctuoso. Consúltese: *El Machete*, n. 286, marzo 8 de 1934.

<sup>33</sup>Consúltese: «Resolución de la Primera Conferencia Nacional» (diciembre de 1933), en Archivo del Instituto de Historia de Cuba.

<sup>34</sup>Angelina Rojas, ob. cit., pp. 191-192; Caridad Massón, *Rubén: desde el recuerdo y la esperanza*, Ed. Unicornio, La Habana, 2006 (pp.138-144 y 151-152) y Ana Núñez, *El Rubén que vive aún*, SEAP, Ciudad de La Habana, 2005 (p. 87).

<sup>35</sup>Caridad Massón, ob. cit., pp. 151-152.



(recordemos que redactó el mencionado informe al IV Congreso Obrero de Unidad Sindical de enero de 1934).

Los problemas que en su tiempo enfrentó Villena, su ideario revolucionario, el método martiano, marxista y leninista de intelección de las diversas problemáticas de la lucha revolucionaria, así como su posición ética y actitud optimista ante la labor que desarrolló, continúa ofreciendo un modelo de pensar y actuar frente a los actuales retos de lucha antimperialista y socialista de la nación cubana y su entorno caribeño, latinoamericano y mundial.

# LA CONCEPCIÓN DE LA REVOLUCIÓN VERDADERA EN JUAN MARINELLO\*

***Alina Bárbara López Hernández***  
**(profesora de la Universidad de Matanzas)**

En la historia de las ideas del siglo xx, Juan Marinello ha sido una de las figuras más visibles en Cuba; sin embargo, muy poco decodificada. Esta indagación pretende apartarse de los estudios recurrentes con relación a su persona y profundizar en ciertos aspectos de la paradójica evolución de su pensamiento político hacia el marxismo. Nuestras apreciaciones se insertan en la necesaria revalorización contemporánea del pensamiento marxista en Cuba, a fin de distinguir identidades o rupturas con determinadas formas de recepcionar o producir este corpus teórico de indiscutible presencia en la conformación ideológica nacional.

Los cambios de táctica de los comunistas cubanos y los errores que, en ocasiones, se derivaron de tales tácticas, han sido explicados tradicionalmente por la historiografía, salvo excepciones muy puntuales, como resultado de la confluencia de dos factores externos al Partido: la política de Frentes Populares orientada por la Internacional Comunista ante el auge del fascismo y la de flexibilidad de los Estados Unidos y de los gobiernos de la región ante la inminencia y el posterior desarrollo de la Segunda Guerra Mundial.

\*Este trabajo fue publicado en la revista digital *Caliban*, n. VII, abril-junio de 2010.

Sin embargo, si bien varios partidos comunistas latinoamericanos tuvieron este escenario, solo en Chile y Cuba llegaron a alcanzar posiciones de relativo poder al acceder a los mecanismos políticos parlamentarios. Sería conveniente entonces abandonar los enfoques que homogenizan las transformaciones tácticas de estas organizaciones y analizar las particularidades internas, en este caso, la dinámica del PCC, y vincular estos cambios con las ideas y proyecciones de sus dirigentes.

Una de las principales figuras de este Partido en Cuba fue Juan Marinello, quien ocupó el cargo de presidente por espacio de veinte años (1939-1959). Aun cuando en la jerarquía de estas organizaciones el secretario general era la figura principal y el presidente una figura honoraria, en el PCC habría que reevaluar la posición de Marinello. No pretendemos negar la primacía de Blas Roca frente a los comunistas cubanos, pero Marinello se encargaba no solo de las relaciones con la intelectualidad cubana no marxista, junto a Carlos R. Rodríguez y Mirta Aguirre, sino también con el resto de los partidos y organizaciones políticas de nuestro país y con la imagen del Partido en el exterior. Este activo rol era lógico, pues él era un intelectual respetado, conocido, con gran prestigio y capacidad oratoria.

Algunos de los documentos más importantes en la vida del Partido fueron redactados en solitario por Marinello. Señalamos en este sentido, por ejemplo, el informe rendido por él en calidad de líder de Unión Revolucionaria Comunista ante la Asamblea Constituyente de 1940; el que pronunciara sobre el cambio de nombre del partido en 1944, publicado como folleto con el título *El Partido Socialista Popular*. Por otra parte, en la etapa de mayor represión de la dictadura de Batista, Blas Roca se mantuvo, de manera intermitente, en condiciones de clandestinidad, y muchos de los documentos que se conservan en el Archivo del Instituto de Historia de Cuba

están firmados solamente por Marinello, o por este y Salvador García Agüero. De ahí la importancia de estudiar las ideas políticas de alguien que como él tuvo marcada influencia en las transformaciones que sufrió esta organización a lo largo de dos décadas.

Juan Marinello comienza a militar en el Partido Comunista en el año 1938, y su cercanía a este se explica, en gran medida, por el hecho de que el cambio de táctica de los comunistas en esa etapa los identificó con las ideas políticas de que era portador, especialmente con su concepción de la revolución.

Desde inicios de los años treinta, Marinello consideraba que la vía revolucionaria era la única capaz de lograr la transformación radical de la sociedad cubana. Apreciaba a la revolución como un proceso que se dividía en dos fases: una revolución inmediata, de liberación nacional y carácter antimperialista, que conduciría a la total independencia económica frente a los Estados Unidos. Ella serviría para preparar la segunda fase, que sería «[...] el acercamiento de un nuevo orden económico social cuya llegada nadie puede, a término fijo, prever».<sup>1</sup> Otra revolución, de carácter socialista, a largo plazo, sería la encargada de cambiar radicalmente la sociedad. Esto es a lo que él llamaba «la gran salida».<sup>2</sup>

De acuerdo con esta concepción, denominada por Marinello «Revolución Verdadera», el socialismo debía instaurarse como resultado del desarrollo del capitalismo –libre de obstáculos como el que representaba la dependencia

<sup>1</sup>«Carta de Juan Marinello a la dirección del DEU» (24 de mayo de 1932), en Ana Suárez Díaz, *Cada tiempo trae una faena*, t. I, CIDCC Juan Marinello y Ed. José Martí, La Habana, 2001, p. 273.

<sup>2</sup>Marinello opinaba que en el sentido político los mejores son «[...] cuando han visto claro, frente a la perenne crisis que es el hecho humano, las vías de salida temporal, afluentes de la gran salida que el hombre quiere», en Juan Marinello, «Acción y comentarios», en *El País*, 6 de julio de 1931, p. 8.

económica extranjera–, lo que conduciría a su establecimiento, como una fase inevitable del proceso evolutivo de la sociedad. El ideal de cambio ordenado, propio del positivismo filosófico en que se había formado esta generación, había sido asumido por Juan Marinello. Su concepción no proponía la toma del poder por medio de la violencia, por considerarlo corruptor de la revolución.

La visión de una etapa antimperialista, obligatoria y previa a la revolución socialista, había sido desarrollada por otros marxistas latinoamericanos. Aníbal Ponce, cuyas ideas políticas fueron apreciadas por Juan Marinello, era uno de sus artífices.

Cuando Marinello plantea el concepto de «Revolución Verdadera», explica las razones por las que concebía ambas etapas:

En otras tierras en que las grandes propiedades y las industrias gigantescas son de nacionales, la socialización se producirá, tarde o temprano, de un solo golpe, pasando industrias y propiedades a la masa revolucionaria. En países coloniales como Cuba, el sentimiento de independencia nacional cobra un neto sentido económico porque las fábricas y los fundos no están en manos cubanas. Por ello es fuerza acudir a una etapa intermedia en que ese sentimiento de liberación sirva de camino adecuado a la socialización definitiva. [...] Es, además, un estado de libertad efectiva y de dignificación humana indiscutible. De ahí que ese camino sea el único que deben embocar los cubanos.<sup>3</sup>

En esta concepción suya quedan sin desarrollo los siguientes aspectos:

a) Cuando las tierras y los fundos fueran rescatados de manos extranjeras parece que todavía no pasarían a

<sup>3</sup>Juan Marinello, «Carta a Pedro Alejandro López» (17 de noviembre de 1933), en Ana Suárez, ob. cit., p. 812.

la masa revolucionaria, entonces ¿a quién? ¿A una burguesía fuerte y nacionalista de quien, *tarde o temprano*, se recibieran de manera *natural*?

b) En esa socialización que se produciría *de un solo golpe*, no se propone la destrucción de la maquinaria estatal burguesa, y por consiguiente, no se concibe la instauración de un nuevo Estado. Tal socialización no parece ser el resultado de la toma del poder.

Marinello consideraba que el poder conducía a la ambición de quien lo alcanzaba y entendía que ello podía corromper a la revolución. Entonces, ¿cómo se concreta la revolución? En este sentido existe ambigüedad en sus ideas políticas, pues creía que la misma no nacía de la toma del poder, sino del «profundo querer popular», de «la conciencia dinámica de la masa», del fortalecimiento de la conciencia antimperialista que lograría la unidad.<sup>4</sup>

Es una especie de *revolución de ideas*, basada en una obra de carácter educativo que, a partir de la mejoría de las condiciones económicas que se lograrían después de la independencia respecto al imperialismo norteamericano, prepararía a los explotados para una revolución, incierta y lejana.<sup>5</sup>

Después de las transformaciones que se generaron dentro del Partido Comunista de Cuba, a raíz de condiciones similares en el movimiento comunista internacional, Marinello encontró en esta organización una táctica

<sup>4</sup>«La R [sic] [...] no es el instante de la insurrección sino la conciencia dinámica de la masa. De ahí que se nos imponga como un deber inaplazable organizar y fortalecer en ella la conciencia antimperialista y unirla firmemente en esta conciencia. Solo si la masa está penetrada [...] de su rol antimperialista, podrá nulificarse o atenuarse en el momento decisivo de la lucha, la agresión del Norte». Juan Marinello, «Carta a Ramón Grau San Martín» (29 de julio de 1935), en Ana Suárez, ob. cit., p. 513.

<sup>5</sup>Según se infiere de sus palabras a José Antonio Ramos: «[...] mucho te he oído decir sobre la decisoria influencia del medio; sobre la obra

que se correspondía con su concepción gradual y pacífica de la revolución socialista.<sup>6</sup>

Esta idea no sufre variaciones esenciales en su pensamiento reconocido como marxista. Continúa defendiendo la idea de la revolución como proceso *inacabable*.<sup>7</sup>

En 1949, Carlos Rafael Rodríguez calificaba al ideal social de la juventud ortodoxa como *socialismo subjetivo*. Las razones que esgrimía eran:

[...] aunque el socialismo a que dicen aspirar es un socialismo verdadero, solo se dirigen a él subjetivamente [...] El socialismo parece considerarse como la conclusión de un proceso evolutivo, parlamentario, que ha de gravitar naturalmente, una vez que se conquiste la libertad nacional.<sup>8</sup>

Esto puede decirse de la concepción del socialismo en Juan Marinello; ella pasa por alto el problema fundamental de la revolución: el problema del poder.

---

prodigiosa de la educación. Pues en esa obra, en ese medio transformador lo fiamos nosotros todo. Y ese medio, esa medicina, esa educación para que los idiotas sean menos, [...] esa obra de «posibilidad de transformación», sólo es posible rompiendo una realidad económica que la impide porque deja sin tratamiento superativo a las más [...] Pero sabiendo la magnitud de la obra, hay hombres en esta isleta que saben medir sus fuerzas y su responsabilidad y atemperar la obra inmediata –como ya queda dicha– a lo que debe y puede hacerse en esa enorme obra de mutación universal». Juan Marinello, «Carta a José Antonio Ramos» (abril 29 de 1935), en Ana Suárez, ob. cit., p. 488.

<sup>6</sup>Ver Angelina Rojas, *Historia del Primer Partido Comunista de Cuba*, Santiago de Cuba, Oriente, 2004.

<sup>7</sup>Citado por Luis Pavón en las notas a Juan Marinello, *Cartas a Pepilla* (recopilación y notas de Luis Pavón), Ed. Política, La Habana, 1989, p. 140.

<sup>8</sup>Carlos Rafael Rodríguez, «El pensamiento de la juventud ortodoxa», en Carlos Rafael Rodríguez, *Letra con filo*, t. I, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1983, p. 73.

Marinello, aunque llega a reconocerlas, deja a un lado las contradicciones entre las clases, entre el capital y el trabajo, y coloca en primer plano la pugna entre la nación dependiente y el capital extranjero, sin percatarse de que una envuelve la otra. No es que desconozca el doble carácter de la lucha social, pero le presta atención solo a la segunda. Pone en primer término los intereses nacionales cuando estima que la lucha por la liberación nacional debe preceder a la revolución proletaria.

Su concepción contiene medidas esenciales para la liberación definitiva, pero esta se contempla como la obra pacífica, gradual, cuya meta será el socialismo cubano. El resultado puede catalogarse de inconsecuencia política, pues no se adecuan los fines que se pretenden con los medios necesarios para lograrlos.

Marinello se queda solo en la exigencia de que la democracia ofrezca –parafraseando a Fernando Martínez Heredia– lo más que pueda de sí misma bajo el capitalismo, lo cual no es un error si se concibe como uno de los escenarios posibles, sin embargo no considera que la insurrección de masas –entiéndase no solo proletarias– pueda hacer nacer a los actores sociales capaces de crear la sociedad esperada.

El centro del pensamiento marxista revolucionario debe partir siempre del análisis histórico concreto; pero en esta concepción sobre la revolución de la que Marinello es portador no se tienen en cuenta totalmente las condiciones de Cuba, su potencial revolucionario, sus tradiciones independentistas y la necesidad de liberarse de la penetración económica norteamericana, vinculada con una parte importante de la burguesía nacional, lo que podría impulsar, al mismo tiempo que un proceso de liberación nacional, una limitación de los intereses de esa burguesía capaz de conducir a transformaciones socialistas.

Por otra parte, esta concepción de Juan Marinello no cree que la misión de la vanguardia política fuera violentar



lo que Fernando Martínez Heredia denomina «reproducción esperable de la vida social».<sup>9</sup>

La concepción del desarrollo social en Marinello no es dialéctica, no acepta los momentos de ruptura ni la violencia, no lo aprecia como un proceso en espiral, sino lineal, y el socialismo sería un momento obligatorio al que la sociedad llegaría en su perfeccionamiento.

La educación y organización de las masas para insertarse en la vida parlamentaria que la sociedad capitalista ofrecía, fue su ideal político. No puede negarse que esta es una de las vías en que pudiera manifestarse un proceso de cambios. Sin embargo, en los dos momentos de la república burguesa en Cuba en los que se manifestó una situación revolucionaria, Marinello se mantuvo apegado a la idea de la evolución gradual de la sociedad. En 1948, siendo vicepresidente del Senado, le escribió a Salvador Massip:

[...] Lo que queremos los marxistas del PSP es organizar la vida cubana dentro de los cauces democráticos y progresistas que la realidad y la Constitución aconsejan y franquean, porque este es el verdadero entendimiento marxista de nuestro caso. Y solo el PSP puede realizar tal obra en Cuba. El tiempo se encargará de probarlo [...].<sup>10</sup>

La adhesión absoluta de Marinello a los cauces institucionales de la democracia capitalista y su sistema parlamentario, aun en medio de una situación revolucionaria, puede ser valorada como una inconsecuencia,

<sup>9</sup>Fernando Martínez Heredia, «Guiteras y el socialismo cubano», en *La Revolución Cubana del Treinta. Ensayos*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 2007, p. 113.

<sup>10</sup>Ver: Carta a S. Massip del 11 de junio de 1948. (Fondo personal del Dr. José Alfredo León Méndez, Sancti Spíritus. Inédita.)

pues niega la acción política, la praxis revolucionaria consustancial al marxismo.

Para él, la clase obrera llegaría al poder por «determinismo económico», por el ansia de justicia nacida de la opresión económica, que la llevaría a organizarse para elegir la alternativa socialista, pero nunca por la toma revolucionaria del poder. En Marinello existe una concepción sobre la revolución pero no una práctica, y el marxismo, además de ser una teoría que explica la sociedad, es también una ideología pragmática para la transformación de la misma.

Estas ideas se manifestaron asimismo en otras figuras calificadas de marxistas, como el presidente chileno Salvador Allende, quien dijo en su discurso ante la ONU, en 1972, que su pueblo había demostrado su madurez política para, utilizando los mecanismos tradicionales y apegados a la constitucionalidad de la sociedad capitalista, llegar al socialismo.

A pesar de que se adviertan en estas ideas políticas de Marinello algunas inconsecuencias, se considera que ellas tuvieron como centro la realidad de Cuba y es esto lo que lo llevó a reconocer la necesidad de la transformación anticapitalista de la nación cubana y la apreciación del socialismo como un sistema basado en la justicia social y por ello superior.

# COMUNISMO Y NACIONALISMO: UNA RELACIÓN CONFLICTIVA DURANTE LA REVOLUCIÓN DEL 30\*

*Caridad Massón Sena*  
(investigadora del ICIC Juan Marinello)

Con posterioridad a la huelga de marzo de 1930 se produjo un impulso del movimiento de masas contra la dictadura de Machado. La economía capitalista había entrado en crisis y ello trajo aparejado serios problemas. Después de la manifestación del 30 de septiembre el Partido comprendió que se acercaba un período revolucionario y que debía prepararse para transformar la huelga general en revolución proletaria. En ese sentido, cuando Unión Nacionalista exhortó a participar en un paro laboral, los comunistas estuvieron de acuerdo. Su fracaso provocó un aumento de la represión, y la IC mandó un representante a la Isla para analizar el panorama.

## **De huelga a huelga (marzo 1930-agosto 1933)**

A partir de este momento, de manera más o menos estable, se mantuvo un monitoreo de la Comintern sobre la actividad comunista cubana durante todo el período revolucionario de los años treinta.

La persona enviada por la IC se nombraba Mendel Mijrovski, conocido en nuestro país con los seudónimos de *Lovski*, *Juancito* o *Juan El Polaco*, quien había

\*Este trabajo fue publicado en la revista digital *Caliban*, n. VII, julio-septiembre de 2010.

comenzado su militancia en una organización socialista en Polonia. Luego se afilió al PC y salió exiliado para la URSS en 1925. Trabajó en la Internacional Sindical Roja, donde fue encargado de los asuntos latinoamericanos. Desde 1929 laboró como su emisario clandestino en Centroamérica, México y Cuba.<sup>1</sup>

Tomando en cuenta la crítica del representante de la IC y del Buró del Caribe, en noviembre de 1930 el PCC realizó un reajuste estratégico-táctico en su programa de lucha, el cual planteaba que tendría que transitar por una primera fase democrático-burguesa, antifeudal y antimperialista, que se lograría a través de la alianza obrero-campesina y el establecimiento de los soviets, y luego una segunda etapa socialista. Tales formulaciones padecían de un cariz sectario-izquierdista que, a la larga, obstaculizaría la conjunción pueblo-partido imprescindible para alcanzar el triunfo.

En abril de 1931 se desarrollaron serios debates en Moscú entre el comunista Rubén Martínez Villena y otros directivos cubanos que estudiaban allí y los «cominternistas» soviéticos. Estos últimos alertaron sobre el carácter limitado que debía predominar en las relaciones con la oposición burguesa nacionalista; cómo dichos contactos podían entrañar serios peligros; que era preciso explicarles a las masas las diferencias entre el partido de la clase obrera y las restantes organizaciones. Vittorio Codovilla, el dirigente argentino que se encontraba en esos momentos en Moscú, conminó a los cubanos a

<sup>1</sup>Más tarde Juan viajó a Moscú, donde presentó un informe sobre la región y regresó a Cuba. Luego lo ubicaron a atender Sudamérica. Participó en la insurrección de 1935 en Brasil. De vuelta a la capital rusa, en 1936, trabajó en el Profintern. Fue arrestado bajo acusaciones de trotskismo en 1937, condenado a muerte y fusilado. Lazar JEIFETS, Víctor JEIFETS y Peter Huber, *La Internacional Comunista y América Latina, 1919-1943. Diccionario Biográfico*, Instituto de Latinoamérica de la Academia de Ciencias (Moscú) e Institut pour l'histoire du communisme (Ginebra), 2004.

buscar más apoyo en sus homólogos de EE.UU., opinión con la cual Rubén no estuvo de acuerdo.

El PCC acordó solicitar el retorno de Villena a Cuba en junio de 1932 ante la grave crisis por la que estaba atravesando. La situación se agudizó cuando Sandalio Junco, que había regresado de sus estudios en la URSS, trató de formar una fracción opositora de ideas trotskistas dentro del Comité Central del PCC, que culminó con su expulsión del mismo.

Como el régimen machadista preparaba elecciones parciales para el primero de noviembre de 1932, el PC tomó la determinación de votar en la columna en blanco y aprobó una plataforma electoral. El dictamen de participación en los comicios parece haber estado influenciado por la posición de los comunistas norteamericanos que, en agosto, asistieron a las urnas con una candidatura independiente.

Respaldados por ciertos criterios del secretariado latinoamericano, el PCC había lanzado también la consigna de «autodeterminación de la faja negra de Oriente». El asunto reproducía la declaración de autonomía del PC de los Estados Unidos para una región del sur de ese país. El trasplante teórico de esa idea para Cuba exigía la libertad de la «nacionalidad negra» habitante en la zona comprendida entre Santiago de Cuba, Guantánamo y Songo, donde existían importantes conglomerados de esta raza. Sin embargo, estos no se distinguían elementalmente del resto de la población de la Isla, ni por sus relaciones económico-sociales, ni por su psicología, ni costumbres y cultura.

A la llegada de Villena del exilio, en mayo de 1933, había en nuestra nación una amplia gama de organizaciones opositoras al régimen machadista: Unión Nacionalista, ABC, Directorio Estudiantil Universitario, Unión Revolucionaria y Partido Comunista. En el interior del país se estaban produciendo además acciones guerrilleras. En esa circunstancia se recibieron instrucciones de

la IC con el objetivo de penetrar el movimiento armado y «darle un carácter antimperialista y antifeudal».<sup>2</sup>

Para definir el momento, Villena expresó:

La Revolución en Cuba está en su primera etapa democrático-burguesa, y por ello revierte una forma anti-feudal y antimperialista. La victoria de la Revolución Agraria y antimperialista, será lograda mediante la alianza de la clase obrera y del campesinado, arrastrando a las capas pobres de la pequeña burguesía urbana, bajo la hegemonía del proletariado y la dirección del Partido Comunista, por el derrocamiento del poder del imperialismo, por el derrocamiento de los elementos feudales (latifundistas) y de la burguesía nativa ligada a éstos, y el establecimiento de la dictadura democrática revolucionaria de los obreros y campesinos, sobre la base de los soviets.<sup>3</sup>

Estas declaraciones, carentes de tacto y amplitud, cerraban el círculo de los simpatizantes del Partido. Sin embargo, ante el inicio de la huelga de los ómnibus de La Habana en julio de 1933, en la práctica se desoyeron las orientaciones del Buró del Caribe y se trató de fortalecer la unidad invitando a dirigentes reformistas y nacionalistas a conformar un frente de lucha.

El 2 de agosto, el secretariado del CC se reunió para discutir un llamamiento a la huelga general. Dicha convocatoria se consideró precipitada, pues una vez declarada la misma habría que organizar la insurrección.

El día 6 del propio mes, la junta directiva elaboró un manifiesto donde aclaraba que la huelga era solo un paso

<sup>2</sup>«Carta del Buró del Caribe al CC del PCC» (23 de junio de 1933), Archivo del Instituto de Historia de Cuba (AIHC), Fondo 1.

<sup>3</sup>«El Partido Comunista y los problemas de la Revolución Cubana», tomado de Lionel Soto, *La Revolución del 33*, t. I, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1977, p. 164.

hacia la revolución, no la revolución misma; que no existían condiciones internas ni externas para el triunfo; que a Machado solamente se le podía derribar con la lucha armada y que, en esos momentos, se carecía de la logística necesaria. La consigna de «no volver al trabajo hasta que cayera Machado», podía llevar a la huelga a un callejón sin salida. Era mejor un Machado debilitado que la intervención yanqui.

Entretanto, Machado, convencido de la falta de apoyo de Washington y de la impopularidad de su régimen, trató de llegar a cierto entendimiento con los sectores obreros y comunistas.

El 7 de agosto, cuando una emisora ilegal lanzó al éter la noticia falsa de que Machado había renunciado, el ejecutivo dio la orden de responder con fuego a la manifestación que festejaba su supuesta huida. A partir de ese instante se congregó a la dirección del Partido para tomar decisiones definitivas; la misma consideró que aquella era una buena oportunidad para obtener sus demandas y debilitar al tirano, que había prometido conceder un grupo importante de ellas. A medida que las empresas aceptaran sus reivindicaciones, debían volver al trabajo; de lo contrario se ayudaba a la oposición burguesa a alcanzar el poder. No era el momento de la revolución, ni de establecer un gobierno obrero-campesino como ellos aspiraban. La orientación de regresar al centro laboral no fue admitida por los trabajadores huelguistas, que estaban decididos a terminar con la dictadura, y el Partido tuvo que rectificar su actitud y contribuir plenamente a su derrocamiento.

Lionel Soto ha resumido eficazmente las causales subjetivas de esos errores cometidos durante la huelga por la dirección del PCC: la concepción sectaria izquierdista preponderante condujo a plantear una estrategia agraria y antimperialista, materializada en la insurrección armada y el establecimiento de los soviets; la proyección de un movimiento revolucionario en forma de

saltos, sin cruzar etapas intermedias; la preponderancia de la táctica «clase contra clase», traducida en el esquivamiento de alianzas temporales con organizaciones y líderes de la pequeña burguesía radical nacionalista; la ausencia de visión y capacidad para interpretar la psicología de las masas y su transición de sentimientos económicos a posiciones políticas; la idea de la imposibilidad de una revolución exitosa, si no se contaba con el apoyo de los trabajadores norteamericanos en el poder. La mayoría de esos factores estaban en concordancia con las orientaciones que provenían de la dirección del movimiento comunista internacional centralizado en Moscú.<sup>4</sup>

A la dirección partidista le faltó madurez teórica, experiencia y suficiente poder de análisis creador, dadas las circunstancias que exigía el momento. La realidad demostró que el pueblo, en su acepción más amplia, podía aplastar la tiranía y obligar a Machado a huir como lo hizo el 12 de agosto de 1933.

### **Del golpe militar al paro general (agosto 1933-marzo 1935)**

Profundos debates se produjeron en el seno del Comité Central entre el 29 y el 30 de ese mes de agosto. Congregados numerosos comunistas de todo el país y varios invitados extranjeros del Buró del Caribe y de la Internacional Sindical Roja (*Mariano*<sup>5</sup> *Juan El Polaco* y *Pedro*

<sup>4</sup>Lionel Soto, *La Revolución del 30*, t. II, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1977.

<sup>5</sup>Alberto Moreau (1897- ?), seud.: *John Bell, Mariano y Abel*. De origen judío y natural de Grecia, se había establecido en los EE.UU. en 1916, militando primero en las filas de los socialistas y luego pasó al PC. Se destacó por su trabajo con los latinos en Nueva York y trabajó dentro de las filas de la Liga Antimperialista y en el Socorro Rojo Internacional. Estuvo entre los fundadores del Buró del Caribe y tuvo una posición muy activa en los problemas cubanos, por lo cual viajó a la Isla en numerosas ocasiones, hasta 1935 en que fue a la Escuela Leninista Internacional en Moscú. Tomado de Lazar Jelfets, Víctor Jelfets y Peter Huber, obra citada.



*El Canadiense*), discutieron la directiva que traían estos, relacionada con el establecimiento de los soviets en Cuba. Villena fue el primero en manifestar su desacuerdo con la misma. En aquella reunión, *Mariano* expresó su opinión acerca de la falta de espíritu crítico y auto-crítico de los camaradas, especialmente de Villena y Jorge A. Vivó (secretario general del Partido), que no habían reconocido sus errores y que esquivaron la organización de los soviets.<sup>6</sup>

Rubén argumentaba que ellos llevaban mucho tiempo fuera de las luchas concretas de sus países, estaban burocratizados, por lo cual no debían imponer esa directiva absurda.<sup>7</sup> Se negó a aceptar aquella diatriba que alejaría a los comunistas de las masas y que afectaría el trabajo dentro de las fuerzas armadas.

Durante el pleno, la delegación extranjera «convenció» a la mayoría de la necesidad de llevar a cabo el proyecto de los soviets. A propósito, el delegado manzanillero Francisco Calderius (*Bias Roca*) sugirió la posibilidad de constituir un gobierno soviético en el central Mabay, y de hecho, el 13 de septiembre se organizaba con obreros industriales y trabajadores de las colonias que llevaban muchos días en huelga. Ya había ocupado la presidencia el doctor Grau San Martín con su heterogéneo gobierno.

Al secretariado del PCC llegó un cablegrama el 18 de septiembre. «No se debía conferenciar con los gobernantes, ni enfrentar directamente a los imperialistas», decía el mensaje. Inmediatamente se convocó al Comité Central. Luego del análisis sobre el desarrollo de las huelgas, la mejoría de la situación de los obreros, la apertura de nuevos empleos, el atraso relativo a las luchas

<sup>6</sup>«Acta de reunión del CC» (29 de agosto de 1933), microfilmes del Archivo de la Internacional Comunista (AIC).

<sup>7</sup>Edith García, *Memorias inéditas de Joaquín Ordoqui*. (Inédito.)

campesinas, los pasos emprendidos para la captación dentro del ejército, Villena se refirió a la ocupación de los centrales azucareros, asegurando que no era una medida eficaz si no se tenía el poder. Consideró asimismo incorrecta la propuesta de eludir un enfrentamiento abierto con el imperialismo, si en Cuba el capital más sólido era mayoritariamente norteamericano. Propuso, pues, no cumplimentar esa directiva. Y concluyó: «Creo que desde Moscú no se puede prever todo esto».<sup>8</sup>

El 29 de septiembre –durante el homenaje a las cenizas de Mella–, Villena y un grupo de comunistas trataron de establecer un frente único con representantes del Directorio. Cuando la delegación del Buró del Caribe se enteró de ello, inmediatamente se opuso a la decisión del secretariado de entrevistarse con Guiteras, a solicitud de este último.<sup>9</sup>

Después, ante la violenta agresión del ejército desatada aquel día, el PCC acusó al gobierno en su conjunto. No podía discernir claramente quiénes eran los verdaderos responsables del atropello.

Nuevas discrepancias surgieron con la delegación internacional. Estas se reflejaron en dos documentos del día 3 de octubre: un acta correspondiente a una junta del CC, y un reporte del camarada *Bell* sobre la situación de Cuba.<sup>10</sup>

En dicha reunión, cuyos propósitos centrales eran el análisis del estado de la nación, la actitud a asumir y la

<sup>8</sup>«Acta de reunión ampliada del CC del PCC» (19 de septiembre de 1933), microfilmes del AIC.

<sup>9</sup>Tomado de «Report of Comrade Bell on the sit of de Cuba» (october 3, 1933), microfilmes del AIC y de la entrevista con el historiador Enrique López Mesa.

<sup>10</sup>«Acta de reunión del PCC», 3 de octubre de 1933, AIHC, Fondo 1, y «Report of Comrade Bell on the sit of de Cuba» (october 3, 1933), microfilmes del AIC.

reorganización del Buró Político, se escuchó en sus comienzos el criterio de *Simón*<sup>11</sup> (dirigente extranjero) acerca del gobierno de Grau, catalogándolo como una administración desesperada, regida por elementos de la pequeña burguesía con cierto prestigio, y sentenció que «la victoria del nacionalismo no se iba a traducir en mejoras entre el gobierno y la oposición». Había que preparar condiciones para un paro general.

En las anotaciones de *Bell* podemos advertir, por el tono de su lenguaje, una gran inconformidad con respecto al accionar del PCC. Se lamentaba que solo Vivó y un dirigente juvenil habían estado a favor de los pronunciamientos del grupo extranjero. Categóricamente atestiguó que en el discurso de Villena «was hidden the opportunist line» (estaba latente la línea oportunista), al dirigir la discusión contra las directivas centrales.<sup>12</sup>

El 20 de octubre el CC realizó un llamamiento a todas sus instancias para la preparación de la Conferencia Nacional, con el objetivo de «sacudir» al Partido ante las nuevas tareas: las luchas por el poder soviético.

En la reunión del 23 de noviembre, Fabio Grobart expresó que era preciso avanzar con cuidado en el enfrentamiento a liberales, abecedarios, apristas y guiteristas, sosteniendo que su preocupación mayor estaba en la actuación del secretario de Gobernación porque había lanzado la consigna de crear cooperativas diciendo que ese programa era copiado de la URSS.<sup>13</sup>

Aunque en los postreros meses de 1933 y primeros días del año 34 se pusieron en vigor las proposiciones

<sup>11</sup>*Simón* pudo haber sido el seudónimo utilizado por el mexicano Rafael Carrillo Azpeitia en su estancia en la Isla.

<sup>12</sup>«Report of Comrade Bell on the sit of de Cuba» (october 3, 1933), microfilmes del AIHC.

<sup>13</sup>Ver: Caridad Massón, «Guiteras y el Partido Comunista», en Ana Cairo (ed.), *Antonio Guiteras 100 años*, Santiago de Cuba, Oriente, 2007.

más avanzadas de Guiteras, los comunistas no percibieron el proceso de radicalización que acompañaba esas resoluciones y enfrentaron al régimen cual si hubiera sido prooligárquico y proimperialista. El gobierno caería por un golpe militar dirigido por Fulgencio Batista en enero de 1934.

El II Congreso del Partido, celebrado en abril, ratificó la línea programática de la revolución agraria y antimperialista, la lucha armada y los soviets. Dicha propuesta se convirtió en uno de los obstáculos a la unidad entre los revolucionarios y el pueblo. Factible como elemento de agitación, en el sentido práctico no resultaba la alternativa más deseable para la mayoría.<sup>14</sup>

La potenciación de un programa agrario-antimperialista precisaba de amplia base social. Sin embargo, la invocación a instaurar el poder soviético restringía las posibilidades de incorporación a dicho intento, porque junto a los obreros y campesinos también la burguesía nacional, la intelectualidad progresista y otros factores sociales debían ser atraídos por la idea de la liberación del país. Paralelamente, Grau y Guiteras, que influían notablemente entre las masas, eran considerados enemigos irreconciliables del PCC.

Para entonces, la IC había comenzado a rectificar sus proyecciones sectario-izquierdistas, pero las nuevas percepciones aún no habían llegado a Cuba. Con posterioridad se recibió el primer mensaje criticando aquella postura frente a Guiteras. Se aconsejaba que debían armarse y valorar una posible participación en un gobierno popular de conjunto con Joven Cuba.<sup>15</sup>

<sup>14</sup>Ver: Caridad Massón, «El II Congreso del primer partido marxista-leninista de Cuba», en *Revista de la Biblioteca Nacional*, a. 80, n. 1, enero-abril de 1989.

<sup>15</sup>«Documento confidencial al CC del PCC» (22 de noviembre de 1934), AIHC, Fondo 1.

El viraje táctico –según Olga Ulianova– comenzó a partir de mayo de 1934 y en él jugó un rol muy importante Jorge Dimitrov. Dentro del secretariado de la IC, Dimitrov, que mantenía contacto directo con Stalin, convenció a este de la significación de alcanzar la unidad con la socialdemocracia, para lo cual propuso enarbolar consignas más concretas y asequibles. El búlgaro recibió luz verde para trabajar la nueva agenda del VII Congreso de la Comintern con un programa más acorde a las realidades del momento, y en julio presentó sus nuevos enfoques sobre la socialdemocracia, el fascismo y el frente único. También recomendó cambios orgánicos dentro de la organización, atendiendo a la imposibilidad de dirigirla eficientemente desde la URSS.<sup>16</sup>

La convocatoria a dicho evento se hizo para septiembre, pero no consiguió materializarse porque los delegados no pudieron llegar a tiempo. Esa ocasión fue aprovechada para efectuar la III Conferencia del PC de América Latina con los representantes de esa región que habían logrado arribar a Moscú. El cónclave enfatizó que la revolución agraria y antimperialista estaba estrechamente ligada a la liberación nacional, por tanto, se debían rectificar las tácticas hacia los partidos nacional-revolucionarios y nacional-reformistas. En aras de ganar la unidad, propuso la creación de frentes antimperialistas; ello se acercaba al núcleo de la estrategia leninista, pues los agrupamientos de clase que se originan dentro de los movimientos nacional-liberadores no pueden ser los mismos que en época de revoluciones socialistas, y que resulta muy difícil que una revolución de ese tipo comience siendo socialista. El escaso desarrollo de las relaciones de producción capitalistas, el débil crecimiento

<sup>16</sup>Olga Ulianova, «Primeros contactos entre el Partido Comunista de Chile y Comintern: 1922-1927», y Olga Uliánova y Alfredo Riquelme Segovia (eds.), *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, t. 1, Lom Ediciones, 2005.

industrial, la fragilidad del proletariado, la dependencia económica, la mayoritaria población campesina y la proliferación de la pequeña burguesía urbana, son factores determinantes en esos procesos. Es por ello que entre el proletariado y el socialismo se interpone una vasta masa que es necesario conquistar o neutralizar.<sup>17</sup>

A partir de los nuevos enunciados, el PCC trató de redefinir sus posibles aliados. En su Pleno de febrero de 1935 se planteó la necesidad de convertir al Partido en una organización de masas, de ampliar el reclutamiento de miembros y organizar un Frente Antimperialista. Se valoró la posibilidad de participar en un gobierno popular no soviético si elementos nacionalistas como Guiteras tomaban el poder. Grobart hizo una profunda reflexión acerca de sus consideraciones anteriores sobre auténticos y guiteristas, realizadas sobre la base de las experiencias de otros países.

Teniendo en cuenta esas decisiones, se invitó a constituir un frente a Guiteras y a Alejandro Vergara (del Partido Agrario Nacional). En repetidas ocasiones se dirigió a Grau con iguales propósitos, pero este, con diversos pretextos, obvió cualquier compromiso. Mas los acontecimientos se precipitaron, se produjo la huelga de marzo de 1935 que culminó en el fracaso, y el ejército logró asesinar en mayo a uno de los más prometedores líderes populares: Antonio Guiteras. La situación había cambiado significativamente.

Durante la etapa comprendida entre las huelgas de agosto del 33 y marzo del 35, el Partido Comunista –si bien recibió un apoyo significativo de los representantes e instancias de la Internacional– no creo equivocarme al afirmar que fueron esos delegados quienes desempeñaron un rol preponderante en las valoraciones negativas

<sup>17</sup>Carlos Rafael Rodríguez, *Letra con filo*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1983, pp. 349-350.

que hacia el Gobierno de los Cien Días se pusieron de manifiesto, al concluir que aquel gobierno tenía un carácter burgués-terrateniente y proimperialista e impulsar la consigna «extrapolada» de la toma del poder a través de los soviets. De ambas se derivó la orientación de no concertar ningún tipo de acuerdo con el régimen, ni siquiera con su vertiente nacionalista más revolucionaria.

Las proyecciones de la Comintern de un profundo contenido eurocentrista eran de obligatorio cumplimiento. Extrapolaban estrategias, quizás adecuadas en otros contextos, pero si no se aplicaban de manera flexible producían fallas y errores políticos de consideración. La «bolchevización» y la táctica de «clase contra clase» propiciaron una plataforma sectaria e izquierdista que provocó dentro del PCC la falta de comprensión de la necesidad de gobiernos transicionales que permitieran, poco a poco, ir a una radicalización del proceso revolucionario. Se pensaba que el movimiento se daría en forma de saltos, y que los procesos reformistas y nacionalistas eran momentos de retroceso o, cuando menos, una pérdida de tiempo para alcanzar metas mayores.

En esta gran «aldea global» que es el mundo de hoy, donde existe la posibilidad de que ideas y proyectos se socialicen de manera rápida y efectiva, así como impongan valores y pensamientos con gran poder colonizador, resulta sumamente valioso ganar conciencia de la trascendencia de una ejecutoria creativa en cualquier empeño liberador, sustentado en un fuerte cimiento identitario nacional; que no copie ni reproduzca paradigmas de otras geografías; que actúe con sentido original.

## SEGUNDO DEBATE

### **Angelina Rojas (investigadora del Instituto de Historia de Cuba)**

Antes que nada quiero felicitar a las tres compañeras por sus intervenciones, ya que hacen aportes al conocimiento de todo este período.

Llevo mucho rato preguntándome por qué es necesario que se establezcan determinadas separaciones entre unas y otras etapas, entre unos y otros procesos, entre unas interpretaciones y otras, y la necesidad de ser más dialécticos. Debemos ser capaces de aplicar en la medida de lo posible todas estas experiencias en nuestra actualidad, porque realmente luego de analizar independientemente los errores del Partido, sus actuaciones, tácticas y estrategias, también sería muy importante hacer determinadas consideraciones de otro tipo; así podremos contribuir al perfeccionamiento de nuestro sistema social o político, a la esencia misma de la aplicación del comunismo en el presente. Coloquémonos, además, desde el punto de vista, desde la posición de partícipes de otros, porque estamos haciendo las mismas cosas que ellos hace cincuenta años.

Hay muchas interrogantes más allá de las flaquezas y aciertos de un momento histórico determinado que están aún por dilucidar, y que ahora en esta suerte de combinación de disciplinas y de historias sociales en que convergen en un solo objetivo especialistas de distintas materias, de distintas ciencias, quizás sería bueno ir pensando estudiar fenómenos como este.

Con respecto a lo que planteaba Alina López sobre su visión de la ideología de Marinello, considero que habría que señalar algo: la vinculación de la teoría con la práctica, porque en él hay una praxis revolucionaria. No en



balde el primer hombre que apresa y tortura Batista después del golpe de Estado y del asalto al Moncada fue justamente a él, y estuvo detenido en tres ocasiones. Existe un informe sobre «Comunismo en Cuba», donde se habla de la prisión que sufrió Marinello por habersele acusado de tratar de implantar el comunismo en el país y la alianza obrera campesina, cuando todavía ni se soñaba que eso existiría. Es decir, que también se necesita ver un poquito de la práctica al hacer esta especie de diferenciación.

Realmente Marinello estuvo en cada batalla, recibió muchos golpes, luchó denodadamente en defensa de la revolución. Pero no debemos desvincular al Marinello teórico y político del ser humano, máxime si se tiene en cuenta que llevó una línea de conducta muy definida.

Con relación al «error de agosto», del que tanto se ha hablado, nombre con que lo bautizaron precisamente los enemigos, no fue tal, ni fue tan grave según sus resultados. El Partido se quedó atrás no solo en 1933, sino también en el 53, pero por problemas de índole teórica, no antipatriótica, porque fueron la gente de más fidelidad en la defensa de los intereses de este pueblo y en la lucha contra el imperialismo. A veces cuando escucho esa consigna de Fidel: «Hemos hecho una Revolución más grande que nosotros mismos», pienso en el Partido, que preparó a la clase obrera y al pueblo en general para movilizarse de tal manera que actuaron por encima de sus propias proyecciones. Mucho de lo que se hizo fue fruto de esa labor intensa, divulgativa e ideológica. Ya Rubén lo había dicho, que había que preparar culturalmente a la clase obrera. Sin embargo, ellos no se percataron en ninguna de las dos ocasiones de que esta masa había llegado al momento de su revolución.

Esta mañana se mencionaba a José Antonio Guerra, *Matienco*, el hijo de Ramiro Guerra. Sin embargo, hay documentos del Partido que señalan justamente a este

señor como el máximo responsable del «error de agosto», porque transmitía información al Partido que no era la adecuada, que la obtenía por mediación de su padre, que era un funcionario del gobierno. Fue uno de los grandes responsables de la inducción a la vuelta al trabajo durante la huelga de agosto, de la cual trataron de responsabilizar a Villena. Es cierto que este también lo asumió, pero por influencias de *Matienzo*, de Jorge Vivó, y de *Sampedro*. Eran los que había puesto la Internacional Comunista en 1930 para buscar una dirección que estuviera de acuerdo con sus intereses y que cumplieran sus órdenes adecuadamente.

### **Orlando Cruz (investigador del Instituto de Filosofía)**

En varias entrevistas que sostuve con Fabio Grobart, quien fue presidente de nuestro Instituto en el Palacio de Aldama, le preguntaba cómo eran las reuniones del Partido en la clandestinidad, del Buró Político, de la Mesa Ejecutiva del Comité Central. Y él me decía que se realizaban con cuantos pudieran llegar, pues casi nunca estaban todos, porque había compañeros presos. A veces, incluso, en el momento de la reunión eran sorprendidos, agarraban a mucha gente en camino o ya en el local de la cita; por lo tanto las reuniones ocurrían en la clandestinidad y los acuerdos se limitaban en ocasiones a la decisión de unos pocos.

Cuando en el año 1928 la Internacional Comunista se proclamó Partido Comunista mundial, fue una dura realidad para todas sus secciones. Si leen los documentos de la IC, verán que en ellos hay análisis de Indonesia, de Egipto, de China, y de la India, por países. Luego se establecen las tareas de los comunistas y después aparece América Latina, sin antes haber sido analizada. Los anteriores eran países coloniales, pero nuestro continente presentaba una realidad diferente.

En el caso de Cuba hubo cierto rechazo a considerarla como colonia, sin embargo ahí está el informe «Cuba, factoría yanqui», nombre de la ponencia escrita por Villena que llevó Mella al Congreso de Bruselas, a la cual le hizo algunas modificaciones con las que estuvo de acuerdo Rubén. Más adelante se aceptó el término semicolonias, para diferenciarlo de los países coloniales de Asia y África. América Latina había alcanzado su independencia en el siglo XIX y Cuba en 1902. Se trataba de estadios diferentes, básicos para hacer un análisis de la realidad.

Quería apuntar dos cuestiones más. En el año 1929 se celebra la Primera Conferencia de los Partidos Comunistas Latinoamericanos, en Buenos Aires, y la delegación cubana que asistió a ella, salvo Rego que salió de aquí y no puede regresar, la integraron compañeros que se hallaban en el exterior. Humbert-Droz, el suizo, quien dirigía el Secretariado Latinoamericano en ese momento, consideró que la discusión con los cubanos había sido sumamente aguda, porque siempre encontraban una oposición en sus argumentos. Incluso en aquella época Sandalio Junco, que todavía no estaba ganado para las ideas trotskistas, fue uno de los delegados a esa conferencia.

Y por último deseo decirles algo que me parece importante. No hay Programa del Partido Comunista de Cuba, que yo recuerde, hasta el año 1936, ni siquiera se aprobó ninguno en el II Congreso celebrado en Caimito, en 1934. Lo que existían eran informes de la situación económica, política y social.

### **Felipe Pérez (investigador y funcionario de la Unión de Historiadores de Cuba)**

Quería referirme a algo que decía Orlando Cruz. Para entender el cambio hay que analizar la conferencia de

Buenos Aires, a la cual no pudo ir Mella, sino Sandalio Junco desde México. Tampoco asistió Mariátegui, por supuesto, y fueron en su lugar sus representantes. Leyendo las actas podemos aclararnos sobre la fuerte batalla de carácter político-ideológico que se produjo allí; incluso los cubanos no firmaron el documento final, sostuvieron sus criterios, sin embargo lograron aplastar la opinión de los peruanos. Sandalio Junco mantuvo una postura completamente beligerante tanto con las tesis de la Internacional como con las que defendía el Partido Comunista Mexicano, el cual llegó a sacar a los comunistas cubanos de su organización y les propuso que regresaran a su país.

Y el otro elemento que quisiera abordar está relacionado con la intervención de la compañera de la Universidad de Matanzas, Alina López, cuando habla del tema metodológico. Según entiendo hay una lectura desde la contemporaneidad hacia Marinello. Esa es una manera de ver una figura histórica. Pero existe otra que consiste en analizar hasta dónde avanzó esa figura desde el conocimiento que hoy poseemos. Por ejemplo, lo que se decía acerca de que él tenía una concepción social pero no una práctica revolucionaria, no es real. No se puede hacer esas lecturas desde documentos. Como bien se señalaba también, hay una práctica, pero además cuando se va a estudiar una figura histórica, debe tenerse en cuenta la organización a la que pertenece, el contexto y su condición de ser humano.

### **Fernando Martínez Heredia (director del ICIC Juan Marinello)**

Yo tengo opiniones que he expresado por escrito en varias ocasiones sobre los asuntos principales tratados en el taller. En la introducción de mi libro *La Revolución Cubana del 30*, llamo la atención sobre la cuestión metodológica cuando expreso que la historia que solo observa

a organizaciones políticas a través de sus actas de reuniones y sus declaraciones está ciega y coquetea con fantasmas. Es decir, los instrumentos del análisis histórico que se hallan al servicio de la búsqueda de conocimientos en algunos casos son determinantes, en otros corren paralelos y en otros disienten de lo que dicen los documentos.

En ese sentido, comparto también la idea del valor del testimonio. Lo que pasa con el testimonio es lo que sucede con todos los instrumentos, que para validarlos bien, hay que contrastarlos, porque toda memoria implica una corrección o más de una. Yo recuerdo al compañero Raúl Roa García, con el que tuve el privilegio de tener amistad. Él había terminado su libro sobre Villena, que todavía no se había publicado, y me sometió a su lectura; mientras me hacía comentarios, me aportaba nuevas informaciones. Igualmente me manifestó que no hablaría de los últimos cuatro meses de la vida de Villena, porque no quería censurarlo ni decir mentiras. Por lo tanto, este libro omite esa etapa, aunque al publicarse se dijo que la muerte se lo había impedido y no es verdad.

Entonces todo lo que está escrito, no tiene que ser exactamente así, ni todo lo que se escucha. Recuerdo que nosotros hicimos más de 90 entrevistas a sobrevivientes de la Revolución del 30 cuando yo era joven, y entre ellos a algunos contrarrevolucionarios como el capitán de aviación [Mario] Torres Menier. Recuerdo a un compañero del Directorio que fue de la Comisión 1 de acción, de los que ajusticiaron al teniente Calvo, que en un momento dado se autocalificó como un hombre de derecha. A la pregunta de otro compañero de por qué se catalogaba así, respondió que «porque no éramos marxistas». Él era militante del actual PCC y había participado en la medida en que pudo en la lucha contra Batista. Nos había explicado cómo en la Comisión 1 y 2

los estudiantes revolucionarios se entrenaban para transformarse, en solo 75 segundos, de personas que van para una fiesta en un carro que tiene un piso falso, que contenía fusiles desarmados muy difíciles de detectar por la policía, en otras que llevan escopetas de perdigones dispuestos a disparar sobre un objetivo en el momento necesario.

Además, nuestro entrevistado se negó a revelar los nombres de quienes habían matado a alguien, y cuando se le presionó tanto, rompió a llorar. Nosotros no sabíamos qué hacer, pues era una persona mayor. Un ejemplo es el de Fuertes Blandino, al cual le inyectaron ácido muriático y no dijo nada. Ellos juraron que nunca, ni bajo tortura, iban a nombrar a los autores de esas acciones. Es decir, cuando uno estudia las revoluciones, tiene que comprender la complejidad de los métodos a emplear; primero, por las reformas de la memoria de los hombres participantes en los hechos; segundo, porque es necesario contrastar; y tercero, porque los que están en la actitud de enfrentarse al orden vigente viven en un mundo complicadísimo, incluso la gente más insurreccional trata de parecer legal y de no hacer cosas ilícitas porque así eran respetables.

Creo que el PCC en el período de la Revolución del 30 tuvo dos problemas gravísimos para toda organización revolucionaria: no poseyó una política, no puso a esta en el centro de su actividad, sino que mezcló ideas muy generales de lo que era una rebelión de masas y el carácter de la Revolución; y tampoco contó con una visión clara de la toma del poder.

Quiero además expresar que no se ha hablado suficientemente del antimperialismo, y nosotros dijimos que íbamos a ver el nacionalismo y estamos en Cuba. El antimperialismo en nuestro país tiene una importancia central, y si a Martí todavía lo aplaudimos tanto es por eso, porque pudo ser antimperialista cuando el «hombre

blanco» estaba destinado a civilizar a todos los demás. La ciencia de aquellos momentos decía que así era.

Martí como cientista político y patriota cubano vio tan largo que muchas de las cosas que él planteó no se han podido materializar.

El antimperialismo en la primera mitad del siglo xx hasta que no empieza a caldear el mundo después de la Primera Guerra Mundial, en Cuba prácticamente no existe, y luego en el curso de la Revolución del 30 presenta una historia muy accidentada. Como señalaba Juana Rosales, los compañeros de la Internacional les dijeron a los cubanos que no le otorgaran mucha fuerza al antimperialismo. Sin embargo, en la segunda semana de septiembre del año 33 se desarrollaron manifestaciones en contra del imperialismo yanqui en las calles y, a nivel nacional, alcanzó la cifra de 400 000 personas.

Sobre la ponencia de Alina López, quiero referirme al hecho de que es verdad que a Marinello le dolió muchísimo la alianza con Batista de Unión Revolucionaria Comunista, al igual que a Leonardo Fernández Sánchez, quien tenía la hora radial más escuchada de la izquierda cubana, y que dijo: «Cómo puedo yo aliarme con el que mató a mi hermano». Este sentimiento también lo experimentó Ramiro Valdés Daussá, que venía de otro partido, era un hombre de izquierda y una de las más prestigiosas figuras en Cuba como revolucionario y que quería a Marinello. Este trató de explicarle la necesidad de esa unión, diciéndole que no entendía la dialéctica, a lo cual Ramiro le replicó: «Yo no entiendo la dialéctica, pero yo sé quién mató a Antonio Guiteras».

### **Caridad Massón (investigadora del ICIC Juan Marinello)**

En lo concerniente a la figura de Marinello, debo decir que un problema que presentamos es que solo conocemos una parte de la tesis de Alina López, y no sabemos

si al abordar la posición de él con respecto a la Revolución, ella se circunscribe a una parte de su vida o a toda. De todas formas, a mí me parece que este aspecto que se está analizando fue cambiando con el tiempo; o sea, primero Marinello no pertenecía al PC en los años veinte, sino que era un marxista intuitivo, el cual comenzó a relacionarse con los comunistas en las batallas que lo llevaron a tantas prisiones hasta que en el año 1934 se asumió como comunista, y ya en 1938 se hace militante del Partido. Ahí hay una evolución personal, pero también hay transformaciones en los contextos donde se desenvuelve. Porque sus trabajos de la década del 20 son significativos; por ejemplo, «Juventud y vejez». Cuando analiza la posición de los intelectuales es muy radical, y cuando decide inscribirse en el Partido Comunista, sabe que tiene que admitir la política del Partido, la disciplina y el centralismo democrático. Cuando su organización orientó a todos sus militantes ir a darle la bienvenida a Batista, que venía de los Estados Unidos en 1938-1939, Marinello era el que tenía que hacer el discurso y se negó a ello. Entonces fue Carlos Rafael Rodríguez quien lo hizo. Así podemos constatar las contradicciones que se le van dando a él mismo en la vida, en lo que el Partido le exige y lo que él cree.

### **Alina López (profesora de la Universidad de Matanzas)**

Antes de hablar de mi trabajo quiero aclarar lo que tal vez no se interpretó correctamente cuando lo expuse. Marinello, es indudable, fue un individuo revolucionario, con un valor a toda prueba, y solo voy a destacar dos elementos que demuestran eso: su participación en la manifestación del 30 de septiembre y la custodia de las cenizas de Mella.

Realmente mantengo mi postura cuando hablaba de la falta de una práctica revolucionaria en Marinello, y



además creo que los análisis siempre son inevitables hacerlos desde la contemporaneidad, porque cada cual es hijo de su época. Las fuentes en las que se apoya mi investigación prácticamente constituyen toda la producción de Marinello, que está dispersa, incluso hallé seis trabajos que no aparecen en ninguna de las compilaciones de su biobibliografía; o sea, que la búsqueda fue exhaustiva. Fueron dos años trabajando en el Instituto de Historia, en Literatura y Lingüística, en la Biblioteca Nacional, con fuentes casi todas primarias. La investigación trataba la recepción del marxismo en Marinello, su evolución hasta que se convierte en marxista. No comparto los criterios de que Marinello era marxista en la década del 20, ni en los primeros años del 30. En él hay una evolución y en mi trabajo se periodiza. Cualquier clasificación que se haga puede ser sujeta a crítica.

Que Marinello haya sido detenido bajo la acusación de que era comunista no significa que lo fuera, porque eso era muy habitual en la época para cualquier persona. No puedo entonces entender que se afirme que aun antes de que existiera el Partido, él era comunista. Hay que ver lo que ese hombre está produciendo, y a partir de ahí lo que él dice, cómo está moviéndose en un contexto y en una época determinados, a qué corriente se adscribe, qué polémicas se están suscitando, qué fuentes estaban a su alcance. Sobre esa base yo establezco tres períodos: liberal-reformista, a partir de 1918, que es donde detecto las primeras producciones con un pensamiento político, porque antes de esa fecha tenía fundamentalmente poemas y otros escritos; de 1925 a 1934 corresponde el período antimperialista de tipo liberal también, y a partir de 1934 ya se evidencia un pensamiento marxista, aunque aún no haya ingresado en el Partido, porque logra entender el problema de la lucha de clases.

Estuvo involucrado en todas las discusiones de su época con Jorge Mañach, con Raúl Roa, que sí tenía un

pensamiento más avanzado. Él consideraba que las fuerzas motrices de la Revolución eran las minorías ilustradas, y hasta que no llega a comprender la lucha de clases no puede considerarse como marxista. Hay que ir a las fuentes primarias, que son muy importantes porque se generaron en el mismo período que usted está estudiando, porque quizás me apoyo en las entrevistas que Marinello concedió en la etapa revolucionaria y no coinciden unas con otras. Por ejemplo, una de ellas es la referida a Guiteras. Él dice en una entrevista que le hace Luis Báez, que la línea del Partido no coincidía con la de Guiteras e hizo críticas desde su concepción de desarrollo social positivista, la cual no entendía la posibilidad de la lucha armada. En carta a José A. Ramos le expresa: «Sí, yo sé que los guiteristas son gente decididas, muchos son honestos, que tienen recursos de dinero para hacer la Revolución, pero esta no es la vía, la vía es educar a las masas».

Existe una carta de Marinello, a ocho meses del triunfo de la Revolución, creo que de abril o mayo de 1958, dirigida al doctor Fidel Castro, a título personal, en la cual prácticamente le comunica que el Partido no va a apoyar ningún tipo de organización militar, ni cívica-militar si no se convoca inmediatamente a elecciones una vez Batista haya salido del poder. Esa es una posición ingenua.

No tengo la menor duda de que Marinello fue un gran revolucionario, un hombre del cual la cultura de este país no puede prescindir, porque además fue un gran promotor cultural. Le hubiera encantado esto que estamos haciendo porque era muy plural, era de las personas que escuchaban los criterios, que discutía, que aceptaba. Sostengo el criterio de que en su concepción de la Revolución socialista no hay una práctica porque plantea que esto sería un proceso gradual, al cual se llegaría en un momento determinado.

## **Angelina Rojas (investigadora del Instituto de Historia de Cuba)**

Deseo hacer solo una pequeña aclaración. No me referí en ningún momento de mi exposición a que Marinello fuera marxista en el año 1923. Sencillamente estoy hablando de una conducta revolucionaria y concreta, independientemente de ese pensamiento del que tú hablas. Coincidió contigo en que fue marxista en 1939. Pero al margen de eso, él supo ser consecuente con las mejores causas que hubo en su época y lo hizo en la práctica. Sobre eso es lo que estoy tratando de llamar la atención.

Quería decir que hay un libro de Arquímedes Poveda, *Un hombre de leyenda*, publicado por la Editorial Oriente (1991), que descubrí después de escribir los míos, que se refiere a la vida de Ramón Nicolau, otro del que nunca se habla. En él se recogen muchos aspectos de su relación personal con Guiteras, y de este con el Partido, que quizás a todos nos sería bueno conocer.



**Convergencias  
y controversias  
de comunistas, socialistas  
y nacionalistas cubanos  
en la etapa comprendida  
entre 1941 y 1958**



# NACIONALISMO Y REVOLUCIÓN EN AMÉRICA LATINA (1945-1958)\*

***Daniel Felipe Fernández Díaz***  
**(profesor de la Escuela Latinoamericana  
de Medicina)**

El debate y la reflexión sobre comunismo, socialismo y nacionalismo en Cuba (1920-1958) exige para su comprensión de un acercamiento a la historia de América Latina en igual período, así como para entender, desde Cuba, los cambios y transformaciones que hoy se operan en la geopolítica regional.

Las siguientes ideas sobre nacionalismo y revolución en esa etapa, particularmente entre los años 1945-1958, persiguen motivar la discusión en torno a las diferentes manifestaciones del nacionalismo, haciendo énfasis en el nacional-populismo dentro del ciclo clásico del reformismo latinoamericano y las concepciones de los partidos comunistas acerca de la revolución.

La situación actual que viven los países de la región acrecienta la necesidad de profundizar y polemizar en la historia del siglo xx latinoamericano. Las fuerzas que detentan el poder político desde diversas posiciones ideológicas tratan de consolidarse a través del consenso y del reconocimiento de la construcción histórica del proceso cultural, elevando a un primer plano lo nacional y priorizando su inserción en los múltiples mecanismos de integración regional que coexisten.

\*Este trabajo fue publicado en la revista digital *Caliban*, n. VII, abril-junio de 2010.

Para adentrarse en esta compleja problemática, aunque sea desde una mirada panorámica, se hace necesario recurrir a las palabras de José Martí en su artículo «La agitación autonomista», publicado en *Patria* el 19 de marzo de 1892:

Ni enojo, ni suspicacia se ha de poner en el estudio de los problemas políticos de un país, ni es lícito llevar a ellos la misma fuerza angélica del apostolado, si no se le administra y disciplina con la serenidad de la razón. La suspicacia malea el juicio y se ha de suponer en los demás tanta virtud como aquella de que nosotros mismos seamos capaces.<sup>1</sup>

América Latina acude al llamado del siglo xx después de una centuria que, desde el punto de vista político, se debatía entre el conservadurismo y el liberalismo, actuando con mayor fuerza el primero de estos, a partir del modelo económico imperante en la región «primario-exportador» y de una organización política republicana que muy poco tenía que ver con las condiciones concretas de cada país.

A lo anterior se unen el regionalismo, el caudillismo y las guerras civiles, condicionantes sin las cuales resulta imposible comprender el proceso de conformación de los estados nacionales a lo largo del siglo xix.

El pensamiento político decimonónico se movía dentro de la contradicción civilización-barbarie, y no será hasta 1892 cuando José Martí, en su ensayo «Nuestra América», aporte un conjunto de elementos claves que permiten entender su afirmación de que la colonia había continuado viviendo en la república.

Dentro de los aspectos antes mencionados merece especial atención el caudillismo, pues a juicio del autor del presente trabajo, este fenómeno reviste un carácter

<sup>1</sup>José Martí, *Obras completas*, t. I, Ed. Política, La Habana, 1975, p. 334.



singular dentro de la evolución política latinoamericana. Manuel Márquez Sterling en su obra *Los últimos días del presidente Madero* señala:

Don Porfirio asiste a los actos oficiales, ofrece el maná a los súbditos que le piden protección, pero no es Don Porfirio quien gobierna, aunque sí su cólera la que espanta... y aproximada otra reelección, que es, en él, como renovar sus títulos de emperador, con formularios perfectamente dispuestos, finge, como todos los dictadores latinoamericanos, las ansias del reposo y como a ellos, le obligan la patria y los amigos al último sacrificio.<sup>2</sup>

Ello explica también el peso que en la producción literaria tiene el tratamiento del caudillo, recordemos a modo de ejemplos las obras «El matadero», cuento de Esteban Echeverría; las novelas *Yo el Supremo*, del paraguayo Augusto Roa Bastos; *El señor presidente*, de Miguel Ángel Asturias; *Gobernadores del rocío*, o *El general en su laberinto*, entre otras.

Así, el siglo xx latinoamericano se inicia con un acontecimiento histórico de gran trascendencia, la Revolución Mexicana (1910-1917), donde las fuerzas opositoras al porfiriato, no sin enfrentar complejas contradicciones internas en las que el caudillismo se hace presente con gran empuje, y conformadas por diversos sectores sociales, van a ocupar un lugar decisivo como actores del proceso que culmina con la Constitución del 5 de febrero de 1917. Se sientan de esta manera las bases jurídicas del Estado mexicano, originando un proceso de confrontación entre revolución-contra-revolución y reforma-contrarreforma.

<sup>2</sup>Manuel Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero*, Editora Imprenta Nacional de Cuba, La Habana [s. f.], p. 92.

Entre el decurso de la segunda década de esa centuria y hasta el primer lustro de los años treinta, no es posible dejar de mencionar la influencia de la Revolución de Octubre, al calor de la cual comienza el proceso de fundación de los partidos comunistas en la región, así como el movimiento de la Reforma Universitaria, cuya génesis se localiza en la provincia argentina de Córdoba en 1918, y es un eslabón fundamental para el estudio del movimiento estudiantil latinoamericano.

Durante esta etapa fueron varios los procesos antimperialistas y antioligárquicos que cuestionaron la política norteamericana en la zona, e igualmente el poder de las oligarquías conservadoras. Cabe mencionar en ese sentido el accionar de la Columna Prestes en Brasil, la lucha del pueblo nicaragüense encabezada por Augusto César Sandino, el movimiento campesino desarrollado en El Salvador y la República Socialista en Chile dirigida por el general Marmaduke Grove.

El impacto de la crisis económica mundial acontecida entre los años 1929-1933 tuvo notables efectos en las naciones latinoamericanas. Ello condicionó el desarrollo de constantes huelgas y manifestaciones y la aparición de movimientos de resistencia bien articulados, que provocaron la reacción inmediata desde los respectivos poderes oligárquicos, los cuales usaron todos los medios a su alcance para desintegrar dichos movimientos revolucionarios. No obstante, la crisis puso en evidencia el agotamiento definitivo que permeaba al desgastado modelo de economías primario-exportadoras, e impulsó la búsqueda de caminos que condujeran a un nuevo modelo.

El escenario descrito en el párrafo anterior no puede ser objeto de análisis sin ubicarlo en el contexto internacional que connotó el ascenso del fascismo en Europa, particularmente con la llegada de Adolfo Hitler al

poder en Alemania, situación que se colocó en un primer plano dentro del pensamiento de los actores políticos y sociales en todo el mundo.

Por otro lado, el programa de gobierno implementado por el demócrata Franklin Delano Roosevelt en el orden interno y en el marco de su política exterior con los países latinoamericanos produjo importantes modificaciones en las relaciones interamericanas. Recuérdese que, si bien desde las conferencias de Santiago de Chile (1923) y La Habana (1928) –por iniciativa de varias naciones– se promovió la propuesta de analizar el derecho de no intervención, lo cual siempre encontró el rechazo de los representantes de Washington, ya en la conferencia celebrada en Montevideo (1933) fueron los norteamericanos los que asumieron dicha propuesta. Ello, lógicamente, puso en evidencia la necesidad de la administración estadounidense de generar un cambio de imagen en su postura con América Latina, como vía para enfrentar en comunión los desafíos futuros que dejaban entrever los nuevos acontecimientos acaecidos a escala global.

En las actuales condiciones históricas se reconoce la búsqueda de la modernización del modelo capitalista en la región, proceso que se adoptará desde dos posiciones diferentes: un grupo de naciones va a establecer alianzas con el capital foráneo, ajustándose a los mecanismos intrínsecos de la política de Buena Vecindad; y de manera simultánea, en países donde la burguesía industrial vivía una etapa de fortalecimiento económico y necesitaba acceder al poder político, o aquellos en que sectores del ejército adoptaron una postura nacionalista estableciendo una unidad con los movimientos estudiantiles y de intelectuales, se logró poner fin a los gobiernos oligárquicos. Ejemplo de ello son los casos de Argentina, México, Brasil, Bolivia y Guatemala.

Por su importancia resulta válido detenerse en la variante nacional-populista del reformismo clásico latinoamericano, pues esta se erigió como alternativa ante las dictaduras tradicionales y las concepciones en torno a la revolución esgrimidas desde los partidos comunistas. Estos proyectos, en la mayoría de los casos, significaron cambios en la hegemonía política de las oligarquías nacionales, dando paso a un «transformismo progresivo».

Los gobiernos nacional-populistas propiciaron la incorporación de vastos sectores sociales al proceso productivo, y con ello, su inserción en las dinámicas socio-culturales y políticas de sus respectivos países. Un por ciento considerable de la población en estas naciones, segregado históricamente de las estructuras de poder, pasó a ser la figura principal de las transformaciones que se operaban.

Sus logros se cimentaron en la afirmación cultural, humana y política del pueblo, colocando el mestizaje en el centro de la vida de cada país. La dignificación de los marginados contribuyó al proceso de consolidación de la identidad cultural nacional, a partir de la cual se articuló el «ser nacional» –el sujeto. Surgía así el pueblo como protagonista.

La presencia de lo popular fue la base de legitimación de tales proyectos. Aún en la actualidad subsisten aquellos que no entienden que en esos momentos en América Latina la lucha y el enfrentamiento no eran entre burgueses y proletarios, pues los obreros en alianza con otros sectores sociales, antes de buscar el acceso al poder, tenían que pelear por obtener su real ciudadanía, por participar en la vida política y cultural, por lograr una identidad propia que defender; por tanto, se trataba de una batalla por la apropiación y el afianzamiento de esta.

Las propuestas nacional-populistas encaminaron sus pasos hacia la consecución de objetivos que dieran curso

efectivo a las nuevas alternativas planteadas. Entre ellos destacan:

- Articular un proyecto de industrialización nacional.
- Potenciar el desarrollo de un mercado interno.
- Aplicar políticas de reformas agrarias.
- Formación de una organización partidista que sirviera de canal de expresión al proyecto: el Partido Justicialista en Argentina y Partido de la Revolución Mexicana en México.
- Nacionalización total o parcial del capital extranjero.
- Corporativización de las clases sociales.
- Paternalismo sindicalista.
- Adopción de una política exterior independiente.

Esta variante del nacionalismo latinoamericano marcó una impronta tan profunda en dichas sociedades que la actualidad de países como Argentina, México y Brasil no puede entenderse sin el conocimiento del peronismo, el cardenismo y el varguismo.

La concepción de la revolución desde la óptica de los partidos comunistas se centró durante el transcurso de las décadas del treinta y el cuarenta en la lucha contra el fascismo.

Ya en los decenios que comprenden los años cuarenta y cincuenta se hace evidente la influencia del marxismo soviético stalinista, del maoísmo, el trotskismo y el browderismo en el seno de las organizaciones comunistas.

En esta situación se produce la irrupción en la región de la democracia cristiana, que halla en la juventud católica un valioso grupo de apoyo, y en la medida que asumen una concepción pluriclasista, varios sectores

sociales irían demostrando su interés por ingresar a sus filas. Ello constituyó un duro golpe a los partidos tradicionales de la burguesía y a las organizaciones comunistas. Esta corriente demócrata-cristiana encontró en Chile y Costa Rica dos de sus plazas más fuertes, incluso en la nación centroamericana lograría acceder al poder político con el gobierno de Rafael Calderón Guardia (1940-1944).

Un elemento ineludible de destacar es que las variantes de nacionalismo que tuvieron lugar antes de 1945, se vieron favorecidas por las condiciones resultantes del desarrollo de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), momento dentro del cual el capitalismo de Estado y la consolidación de importantes grupos monopólicos nacionales fueron impulsados de manera significativa.

El fin de la contienda bélica que mantuvo en vilo a todo el planeta por espacio de seis años, trajo aparejado el desplazamiento definitivo del capital europeo en América Latina, al tiempo que se producía un *boom* en las inversiones del norteamericano, enmarcado dentro de los dictados de la nueva política fijada por la administración Truman. Es fundamental recordar que los Estados Unidos inician en febrero de 1945 con la conferencia de Chapultepec, seguida de la de Río de Janeiro –donde se crea el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR)– y la novena reunión interamericana celebrada en Bogotá –que marca el nacimiento de la Organización de Estados Americanos (OEA)–, un proceso de implementación de mecanismos continentales que le otorgan un carácter legítimo a su accionar en la región, institucionalizando así el sistema panamericano.

La situación nacional e internacional esbozada sentó las bases para una ofensiva de la reacción frente al nacionalismo y la revolución, que abarcó los ámbitos económicos, políticos y sindicales, y va a explicar la complejidad de la correlación de fuerzas a nivel global y

latinoamericano en que tienen lugar los proyectos nacionalistas de Guatemala (1944-1953) y Bolivia (1952).

La X Conferencia Interamericana efectuada en Caracas en 1954 será una muestra fehaciente de los objetivos que se persiguieron con la creación de la OEA y la alineación de los gobiernos del área con la política imperial. Ejemplo de ello lo constituye la aprobación de la Operación Guatemala, con el único voto en contra de la representación del país próximo a ser agredido, que en voz de su canciller, Guillermo Torriello, desenmascaró el plan orquestado desde la CIA y el gobierno norteamericano, en cuya dirección se encontraban los hermanos Allan y John Foster Dulles.

En el caso boliviano, el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) liderado por Víctor Paz Estensoro y con una fuerte participación del sector obrero de la minería, encabezado por Juan Lechín, se vio obligado a «cambiar de rumbo» ante las presiones internas de la «rosca boliviana» y los nuevos industriales asentados en la región de Santa Cruz, los que comienzan a actuar en función de la creación de la República Camba.

Sirvan estas ideas para fomentar y enriquecer un debate que permita comprender la veracidad de la siguiente hipótesis: en las condiciones históricas de América Latina lo nacional no puede ser desbancado por lo clasista; por lo que aún hoy, cualquier proceso de transformación debe buscar la cada vez más necesaria unidad en la diversidad, asumiendo esta, como bien alertara el Che, en toda su complejidad y profundidad. En ese sentido, cabría preguntarse entonces: ¿por qué Evo Morales habla de Revolución Cultural? ¿Por qué Rafael Correa habla de Revolución Ciudadana?

Retomando el pensamiento guevariano, otro elemento imposible de soslayar en los momentos actuales que vive la región, es el calificativo de la Revolución Cubana como «gran lección de antidogmatismo» para todas las fuerzas

de izquierda en América Latina. Profundizar en esta idea debiera ser un objetivo cardinal en los programas de Historia de Cuba en el bachillerato y la Universidad.

Pienso al igual que Fernando Martínez Heredia cuando, en su obra *El ejercicio de pensar*, expresa: «[...] que el debate real y sin cortapisas entre los revolucionarios se considera un principio fundamental de nuestra cultura y también un principio del trabajo ideológico».<sup>3</sup>

<sup>3</sup>Fernando Martínez Heredia, *El ejercicio de pensar*, Editora Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, La Habana, 2008, p. 93.



# EL PRIMER PARTIDO COMUNISTA DE CUBA Y SU POSICIÓN ANTE LOS GOBIERNOS AUTÉNTICOS\*

***Paula Ortiz Guillán***  
**(profesora de la Universidad de La Habana)**

Para analizar la posición del Partido Comunista de Cuba ante los gobiernos Auténticos hay que tener en cuenta las cambiantes situaciones nacionales e internacionales en ese período, así como las diferentes actuaciones y proyecciones políticas internas del Partido ante estas coyunturas.

En vísperas del VII Congreso de la Internacional Comunista, la revista homónima publicó un artículo sobre los problemas de la lucha por la creación del Frente Único contra el imperialismo en las colonias y países dependientes, en el que se criticaban los errores sectarios cometidos por los comunistas en el movimiento de liberación nacional y se examinaban las posibilidades de la cohesión y unificación con el grueso de la burguesía nacional y la pequeña burguesía. La consigna de establecimiento del poder soviético en los países atrasados (subdesarrollados) podría plantearse solo con fines de propaganda. No aplicar la táctica del Frente Nacional Único por el peligro que implicaba la acción conjunta con la burguesía nacional contra el imperialismo, en realidad significaba renunciar a la preparación de la revolución de liberación nacional y conduciría inevitablemente al

\*Este trabajo fue publicado en la revista digital *Caliban*, n. VII, abril-junio de 2010.

aislamiento de los partidos comunistas del grueso del movimiento popular.

Internamente en Cuba, el PC ya estaba trabajando en esa línea antes de la Conferencia de Montevideo y de la publicación del referido artículo, debido a situaciones muy concretas que venían desarrollándose en el país. Su posición adoptada en la práctica frente al Gobierno de los Cien Días fue considerar solo los elementos reformistas y negativos de este, no vio la existencia de un sector revolucionario y, por ende, la magnitud de la postura nacionalista revolucionaria, la necesidad de apoyarlo y consolidarlo; así mantuvo una actitud incorrecta frente a las distintas clases y tendencias en el mismo, lo que condujo, entre otros factores, a su fracaso y a la agudización cada vez mayor de la contrarrevolución en la Isla.

El Partido comenzó a laborar para que el Frente Único se constituyese. Se realizaron diversos llamados a la unidad de acción contra la reacción, contra el enemigo principal: el imperialismo, para la conquista de la independencia económica, política y social, llevando a cabo un acercamiento al Partido Revolucionario Cubano y Joven Cuba.

Para lograr el Frente Único, el PCC debía contar con las direcciones de los otros partidos opositores. Por tal razón, por ejemplo, se dirigió oficialmente a la directiva nacional del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) y a su máxima figura, Ramón Grau San Martín –residente en Miami–, proponiéndole la unidad de acción y la constitución del Frente Popular Antimperialista.

Los pasos que el PCC venía dando para la conformación de un Frente Único, incluyendo a las fuerzas de la burguesía que se enfrentaban de una u otra forma a la reacción, se verían reforzados por la situación internacional y las orientaciones del VII Congreso de la Internacional Comunista en julio-agosto de 1935.

El tema central del Congreso fue la batalla contra el fascismo a nivel mundial. Jorge Dimitrov se encargó de presentar el informe sobre este punto, donde analizó todo lo relacionado con esta variante imperialista. En ese sentido, el Congreso se pronunció a favor de la unidad, del frente único obrero y del frente de los pueblos para combatir a sus opresores, o sea, Frente Unido a nivel proletario y Frente Popular a nivel político. Con respecto a la lucha de los países coloniales y dependientes, se partía de la conclusión de que el impacto en ellos de la profundización de las contradicciones interimperialistas creaba un ambiente propicio para que fuera aprovechado en determinada medida por la inclinación nacional liberadora.

A partir de ese momento los partidos comunistas latinoamericanos tratarían de aplicar las nuevas orientaciones, buscando los asociados para un frente popular local. En la mayoría de los países del continente, en ausencia de partidos socialdemócratas, las alianzas se harían directamente con fuerzas burguesas consideradas liberales o nacionalistas, o simplemente no fascistas.

La celebración del VI Pleno constituyó oficialmente el viraje en la estrategia y en la táctica del Partido Comunista de Cuba, que ya venía, en la práctica, efectuándose desde antes de la huelga de marzo de 1935, cuando empezaron a eliminar sus errores sectarios, al plantearse la necesidad de la unión de la clase obrera con los estudiantes, la pequeña burguesía e incluso con la burguesía nacional, la lucha por la democratización del país y en contra del militarismo de Batista. El 13 de septiembre de 1938 el PCC nace a la legalidad, lo hace con incongruencias para muchos en la nación, motivadas fundamentalmente por la política de alianzas que el mismo estaba tratando de instrumentar.

Dentro de las fuerzas opositoras al gobierno y a Fulgencio Batista, no pocos no entendían el acercamiento del Partido a ciertos grupos de la política tradicional.

Los dirigentes de esta organización sabían que el problema de Cuba no se resolvía por la vía electoral, pero pensaban que la acción en conjunto con todos los posibles aliados permitiría fortalecer al movimiento liberador. La cuestión radicaba en la definición de quiénes podían ser los asociados, y sin lugar a dudas, no siempre actuaron acertadamente.

Blas Roca, en acto celebrado en el Estadio «La Polar» de La Habana, el 12 de noviembre de 1938, refiriéndose a la legitimación del Partido Comunista manifestó que: «La legalización del Partido [...] ha sido un paso democrático de la mayor importancia, que ha contribuido a aclarar el panorama político de Cuba y a reafirmar las orientaciones del gobierno».<sup>1</sup>

En medio de un período de dictadura militar comienzan, a partir de 1937, a operarse cambios democráticos en la vida política del país. En esa «apertura democrática» a la crisis influyó la atmósfera creada en la coyuntura internacional donde cada vez se hacía más creciente la contradicción entre el imperialismo norteamericano y la Alemania hitleriana, así como la poderosa corriente antifascista mundial. De la misma forma, se agudizaban las contradicciones entre los intereses imperialistas de Estados Unidos en América Latina y la agresividad expansionista de las potencias del Eje fascista.

A partir del X Pleno, el Partido en su praxis y en su oratoria fue coincidente con la mayor parte de la política de Batista y la del gobierno norteamericano presidido por Roosevelt, subrayando la importancia de la unidad contra el fascismo, poniendo énfasis en la colaboración continental americana y en la posibilidad de una Liga de Naciones del Mundo incluyendo a Estados Unidos y la URSS.

<sup>1</sup>Blas Roca, *La unidad vencerá al fascismo*, Ediciones Sociales, La Habana, 1939, p. 12.

La participación del Partido Unión Revolucionaria Comunista en la Coalición Socialista Democrática, junto con el grueso de los partidos políticos burgueses, logró designar como presidente a su candidato Fulgencio Batista, a 24 senadores, 96 representantes y 6 gobernadores, mientras el Bloque opositor eligió 12 senadores, 64 representantes y ningún gobernador.

La tesis de conciliación mantenida por Browder en Estados Unidos y que en gran medida venía desarrollando el Partido Unión Revolucionaria Comunista en Cuba, ahora la justificaban aún más por las nuevas circunstancias de la guerra, y era mucho más amplia que la de los frentes unidos y populares. La misma llamó a la Unidad Nacional junto al gobierno.

La Conferencia de Teherán en noviembre de 1943 entre Winston Churchill, José Stalin y Franklin D. Roosevelt, fue el marco básico de las teorías de Browder. La colaboración entre países capitalistas con la Unión Soviética socialista durante la guerra y los acuerdos de dicha conferencia lo llevaron a sacar conclusiones erróneas de esta coyuntura histórica, arraigando todavía más sus ideas de contribución con el gobierno de Estados Unidos y sus ilusiones de paz clasista y progresismo capitalista después de concluido el conflicto.

Tanto él como sus asociados consideraron las disposiciones de Teherán como un programa para derrotar al fascismo y para la ayuda internacional y entre las clases una vez terminada la contienda, por lo que concluyeron que el imperialismo se había modificado, perdiendo su esencia agresiva y convergería con el socialismo a través de acuerdos y cooperación.

En nuestro país había que trabajar por lograr la unidad del conjunto de los ciudadanos bajo la dirección del gobierno, pues era necesaria la creación de un gran Frente Nacional dispuesto a llevar la lucha contra el fascismo hasta sus últimas consecuencias. En el mismo cabían

todos los cubanos sin exclusiones de clases: obreros, campesinos, estudiantes, profesionales, artistas, escritores, burgueses, capitalistas.

Según el criterio de Blas Roca:

El fortalecimiento del gobierno sobre la base de la colaboración de todos los partidos y grupos nacionales a fin de llevar a cabo las tareas que exige la guerra contra el Eje; es una parte importantísima de la lucha por un Estado Nacional fuerte, libre de la influencia de cualquier clase de grupo imperialista, capaz de tomar las medidas económicas y políticas que aseguren la marcha hacia la plena liberación nacional.<sup>2</sup>

El año 1943 fue portador de acontecimientos mundiales que vinieron a profundizar y consolidar la política de colaboración y conciliación que el Partido Unión Revolucionaria Comunista estaba desarrollando en la práctica, en este sentido general hay que destacar la Conferencia de Teherán en noviembre y la disolución de la Internacional Comunista ocurrida en mayo. Haciendo un análisis de la realidad cubana, Blas manifestaba:

Hay que considerar la influencia que en la situación nacional ejercen y ejercerán más en el futuro los acuerdos históricos de las conferencias de Moscú, El Cairo y de Teherán, que han consagrado la posibilidad de no solo derrocar al eje mediante la coalición de las Naciones Unidas y la colaboración entre Inglaterra, Estados Unidos y la URSS; sino que han asegurado más que eso: la seguridad de que después de la derrota, estas potencias [...] mantendrán su colaboración por un largo período de tiempo en el desarrollo pacífico del Mundo,

<sup>2</sup>Blas Roca, *La unidad...*, ob. cit., p. 108.

en la lucha por mantener una paz estable y duradera basada en la independencia y en la seguridad de los pueblos.<sup>3</sup>

Para él, estas perspectivas globales de repercusión nueva en la historia de la humanidad se abrirían también en Cuba, en el sentido de que la unidad nacional proclamada por ellos con motivo de la guerra no sería una política transitoria y de corto alcance, sino que marchaba por el camino de la liberación nacional, hacia el desarrollo progresivo de todas las fuerzas económicas de los pueblos de América Latina.

La institucionalización oficial en el Partido de los comunistas cubanos de las líneas seguidas por Browder se produjo en la II Asamblea Nacional del PSP celebrada del 13 al 17 de octubre de 1944, en el local social del Comité de Barrio del Cerro, situado en la Calzada del Cerro. En ella se discutieron los más importantes problemas políticos y económicos de Cuba y el mundo, concibiendo un nuevo rumbo para el país en las condiciones de posguerra y trazando los lineamientos de la política del Partido Socialista Popular basada en la Unidad Nacional.

En el análisis que realizó Blas Roca, compartió el criterio de Browder sobre las modificaciones producidas en la situación internacional, que favorecían a la causa de los pueblos, a las fuerzas democráticas y progresistas y habían dado al mundo una tendencia definida hacia la unidad nacional. No obstante, al hacer el balance del tiempo transcurrido desde la primera Asamblea Nacional, señaló que habían ocurrido transformaciones, dadas fundamentalmente por el triunfo de Grau San Martín en las elecciones de junio de 1944 que, según su

<sup>3</sup>Blas Roca, «La Internacional Comunista. Su disolución». Fondo Archivo del IHC.

criterio, pudieran interpretarse como la victoria de los reaccionarios, y se mostró inquieto por las declaraciones de este el 4 de junio contra la CTC, las cuales parecían anuncios de choques, violencias y trastornos nacionales.

El 7 de junio por la Emisora Mil Diez, Roca volvió a referirse a este asunto, aclarando que lo que estaban haciendo no era atacando al gobierno antes de constituirse, como planteaban algunos Auténticos, sino defendiéndose de sus agresiones. Los primeros pronunciamientos de los comunistas después de electo Grau, fueron para reconocer su triunfo y levantar la fe de los afiliados y simpatizantes en el programa de mejoramiento nacional y social.

Las palabras de respuesta de San Martín en el *Diario de la Marina* fueron muy agresivas. En ellas manifestaba el plan de desalojar a los comunistas de la dirección de la CTC.

A continuación Blas dejó bien claro que si el gobierno seguía la senda de la unidad nacional, del acatamiento de los derechos ciudadanos y las libertades públicas, de la satisfacción de las reivindicaciones nacionales y populares, ellos lo apoyarían. De la misma forma lo harían con quienes respetaran a la CTC y facilitarían la línea de resolver las peticiones de los trabajadores y los conflictos sociales a través del arbitraje y la cooperación del gobierno, así como que promovieran la colaboración entre obreros y patronos para evitar divisiones, huelgas e incidentes que afectarían la producción en esos momentos de guerra contra el fascismo.

Asimismo, recordó las acciones que asumiría el PSP definidas por su Comité Ejecutivo Nacional el 29 de junio:

- El apoyo a todas las iniciativas progresistas y populares que tome el Gobierno.



- La inserción de la Coalición Socialista Democrática en el Congreso de la República como paso de avance en la concreción de la Unidad Nacional.
- La ayuda a la integración del Bloque Parlamentario de mayoría con el fin de lograr un programa de beneficio nacional al servicio del pueblo.
- El Bloque Parlamentario comunista no iba a dedicarse a hacer una oposición estridente, irresponsable y sin principios, sino que habría de orientarse a apoyar todo lo bueno y progresivo que pudiera proponer el Gobierno.

Por su parte, Ladislao González-Carbajal planteó que la política de Grau San Martín no había cambiado después del 4 de junio, y que continuaba atacando a los comunistas y su ideología. Además refirió que el líder Auténtico reconocía poseer tres grandes problemas: los comunistas, el Congreso y el Ejército (en estos dos contaba con minoría).

Tenemos que tener extraordinario cuidado en nuestra alianza [afirmó González-Carbajal] para no quedarnos aislados. No sea que después que Grau resuelva sus problemas con el Congreso y con el ejército, la empresa contra nosotros. En el PRC hay dos tendencias, una nacional revolucionaria o reformista y otra regresiva. Nuestros esfuerzos tienen que ser para que triunfe la primera.<sup>4</sup>

En tanto, Marinello comentó la actitud que se podía esperar en el futuro inmediato de Grau, a partir de los acuerdos de Teherán, los cuales propiciaban un cambio de mentalidad política. El Partido debía prepararse y ello se lo facilitaría la lectura de los libros de Browder, que explicaban la posibilidad de la marcha coincidente y

<sup>4</sup>Todas las citas referidas a la I y II Asambleas del Partido Socialista Popular fueron tomadas de los Fondos del archivo del IHC.

progresista del obrero, del campesino, del industrial cubano, del comerciante y del terrateniente. Cuando esa mentalidad se hubiera logrado, los enemigos no tendrían argumentos para combatir a los comunistas. A Grau y su camarilla no les quedaría más remedio que marchar hacia los ideales del pueblo, que sería el que trazaría, con su fuerza, la actitud a seguir.

En lo concerniente a los planteamientos expuestos en la asamblea sobre los aspectos señalados, Blas Roca intervino al final para manifestar su discrepancia con el criterio de la mayoría en cuanto a que Grau no quería colaborar con los comunistas y que tenía un plan de neutralizarlos. Creía que no existía tal plan, que San Martín estaba actuando sobre otra línea y con otros propósitos, y que realmente se encontraba enfrentando dificultades que no tenía antes de su llegada a la presidencia, las cuales trataba de resolver sobre la base de la política de Unidad Nacional.

Grau quiere nuestra colaboración y colaborar con nosotros, nosotros le daremos nuestro entusiasta apoyo [...] Si pensamos que Grau es sincero y actuamos de acuerdo a esa opinión, desarmamos a los que al lado de Grau quieren levantar reservas y recelos sobre nosotros [...] solidificaremos la colaboración fecunda basada en la mutua comprensión [...] Son decisivas las relaciones con Grau para un acertado enfoque de la cuestión de la Unidad Nacional [...] Hasta ahora el centro alrededor del cual ha girado la lucha por la Unidad Nacional ha sido el gobierno de Batista, ahora el centro es el gobierno, el deber del Partido es luchar porque el gobierno sea el eje, el centro y el orientador de la Unidad Nacional.<sup>5</sup>

La Unidad Nacional se plantea con el objetivo de ayudar a vencer el fascismo, de hacer frente a los problemas de

<sup>5</sup>Ibidem.

la posguerra y asegurar a Cuba contra las catástrofes económicas, encauzando al país por la vía del progreso y la prosperidad nacional. En este mismo sentido, se expresó en la asamblea que:

La situación internacional determina en gran parte la situación nacional. Las modificaciones de la situación internacional son en general favorables a la causa de los pueblos, al desarrollo de las fuerzas democráticas y progresistas y han dado al mundo en su conjunto una tendencia definida hacia la unidad nacional, hacia la liberación de los pueblos, hacia la colaboración, con clara orientación de beneficio popular de las fuerzas capitalistas y socialistas a escala mundial y nacional.<sup>6</sup>

Asimismo algunos compañeros se quejaban de que el Partido no criticaba suficientemente al gobierno. Para Blas Roca ese constituía un punto de vista superficial basado en apreciaciones de igual naturaleza. Consideraba que la actitud del Partido de apoyo a la política progresista gubernamental era correcta y suficientemente equilibrada para no hacerle el juego a ninguna clase de oposición.

El Comité Ejecutivo aprobó la colaboración con el gobierno Auténtico y de solo combatir al Partido Republicano. La política de unidad nacional se mantuvo, pero ahora con un concepto más estrecho.

Las conclusiones de todos los análisis realizados se llevaron a cabo en la III Asamblea Nacional del Partido Socialista Popular celebrada en enero de 1946, en la cual se repudió el browderismo. Con relación a la política del gobierno de Grau, se entendió que el mismo reforzaba su actitud positiva frente a las reivindicaciones sociales, a la CTC y al PSP. Por lo anterior, debían apoyarse sus medidas en el orden social.

<sup>6</sup>Ibídem.

De la III a la IV Asamblea Nacional del PSP (efectuada esta última los días 10, 11 y 12 de enero de 1948), el panorama político del país sufrió toda una serie de transformaciones. La verdadera fisonomía de Grau San Martín afloró con los cambios que tuvieron lugar en el orden internacional después del fin de la Segunda Guerra Mundial y de la aplicación de la política de Guerra Fría. Los hechos terminaron dándoles la razón a los militantes del Partido que consideraban que Grau en un momento oportuno actuaría contra la organización y que no había perdido su carácter anticomunista.

La dirección de la organización en la IV Asamblea incitó a los delegados a encaminar los análisis hacia la búsqueda de una salida democrática, a combatir de manera eficaz y práctica al imperialismo norteamericano y derrotar en las elecciones próximas al gobierno corrupto y entreguista.

Al rendir su informe, Blas Roca hizo un balance de la situación política del país manifestando la preocupación de las fuerzas democráticas ante las perspectivas de la contienda electoral que se avecinaba, para lograr elegir un gobierno que proporcionara tranquilidad, bienestar y progreso a la patria, que observara escrupulosamente la Constitución, que respetara los derechos populares y repudiara el pistolero, los atentados, los asaltos a los sindicatos y el divisionismo. En el orden económico, que acabara con la corrupción administrativa y la bolsa negra, que liberara a los campesinos, defendiera la industria nacional y desarrollara la economía, terminara con los abusos de la Compañía de Electricidad y Teléfono, y que pusiera freno a los imperialistas extranjeros y a sus provocaciones. Analizó que no existía un candidato progresista capaz de rectificar los atropellos, desmanes y barbaridades del momento.

Internamente, el gobierno cubano proclamaba una política anticomunista para dividir a la CTC y a los

trabajadores, imponiendo mediante resoluciones arbitrarias y decretos inconstitucionales a las pandillas irresponsables y rompehuelgas, porristas y botelleros de la CTK<sup>7</sup> y la Comisión Obrera Nacional como dirigentes de sindicatos semiestatales, protegiéndolos y estimulándolos a chantajear, asaltar y tirotear las asambleas de los sindicatos y los locales del PSP, hasta llegar al asesinato de los trabajadores. Por otro lado, practicaba una postura de desconocimiento de la Constitución y de ataques y humillaciones al Congreso, olvidando sus prerrogativas.

Económicamente había acentuado la política de protección a la bolsa negra y la elevación continua de los precios, lo que significaba, de hecho, la rebaja de los salarios y de las pensiones, estimulando la más escandalosa venalidad administrativa, el robo de los tesoros públicos y la corrupción.

En lo internacional, el régimen mostró su apoyo a las fuerzas antidemocráticas y guerreristas; de sometimiento servil a los dictados y conveniencias de Estados Unidos; y de respaldo al fascismo de Franco.<sup>8</sup>

Blas explicó que la causa real de esa actitud en contra de la unidad se debía a la posición servil y lacayuna de la administración hacia los americanos, los cuales habían prohibido la coalición con los comunistas ante la inminencia de una guerra entre Estados Unidos y Rusia, manifestando que la línea de acción del Partido Socialista Popular ante el panorama existente era la lucha contra ese gobierno y cualquier otro candidato títere; de oposición a una componenda electoral de los

<sup>7</sup>CTK es la forma en que el pueblo comenzó a llamar a la CTC. La CTK fue creada por el grupo divisionista de Eusebio Mujal, que recibía dinero a través del inciso K de la ley 7 de ampliación tributaria de 1943.

<sup>8</sup>*Informe y Resoluciones de la III Asamblea Nacional del Partido Socialista Popular*, La Habana, 1946.

partidos desprovistos de un programa popular; a favor de la alianza de las fuerzas cívicas contrarias al régimen imperante sobre la base de un programa que recogiera las más urgentes demandas nacionales; y de voluntad a estar fuera de toda coalición con el gobierno u oposición, postulando sus propios candidatos a presidente, vicepresidente y senadores, si la unidad no se lograba con las debidas condiciones, constituyendo así la tercera fuerza de la contienda electoral.

Sabemos lo reaccionarios que son los elementos del PRC y lo inestables que son los elementos progresistas de la oposición, pero hay que ver también al pueblo que no quiere la política del gobierno y presionando a la formación de esas distintas tendencias dentro de la oposición como dentro del gobierno, tratando de orientarse a ganar a las masas puede lograrse alcanzar el poder en la próxima ocasión. Por eso la política de unidad con ellos es la única correcta. Si nos aceptan ganamos, sino ganamos ante el pueblo, porque verán que es por culpa de ellos por lo que no se hace la coalición necesaria para derrotar al gobierno. Si no quieren unidad, después nosotros no podemos sacar debajo de la manga una candidatura y pensarán que postulamos porque no nos quedó más remedio. La cuestión es contradictoria; luchamos por la unidad y postulamos nuestra candidatura, pero hay que hacerle frente.<sup>9</sup>

En lo relativo a la administración de Prío, se consideró que no ocurriría ningún cambio sustancial, pues los mismos que habían dirigido el país hasta aquí en esos

<sup>9</sup>Todas las citas correspondientes a la IV Asamblea Nacional del Partido Socialista Popular fueron tomadas de los Fondos del Partido en el archivo del IHC.

dos últimos años, serían quienes continuarían en el poder, con idénticos vicios y orientaciones, y que:

[...] procurarán mantener las actuales inmoralidades administrativas; la política de arbitrariedades, atropellos, crímenes, divisionismos [...] para facilitar el mayor sometimiento de nuestra patria a la explotación imperialista extranjera; que procurarán aumentar aún más sus riquezas y las de sus amigos comerciantes, propietarios, mediante la protección a la bolsa negra, la elevación de los precios [...] el robo del diferencial de los obreros azucareros, etc.<sup>10</sup>

Se valoró que la cohesión de los partidos de oposición en torno a un candidato y un programa progresistas hubiera podido derrotar al gobierno grausista y a su postulante, y que tanto liberales como demócratas rechazaron la unión argumentando que los americanos y el ejército se oponían a dichas alianzas. Los dirigentes ortodoxos, aunque sin decirlo, maniobraron en contra de un acuerdo con el PSP y contra la integración de un Tercer Frente, subordinándose a las orientaciones anti-comunistas de los imperialistas y magnates nacionales.

En el caso de Cuba, el gobierno de Prío tenía la misma base política y social que el de Grau, y seguía igual vía de subordinación al imperialismo, persecución a los sindicatos y división de la clase obrera.

Alejándose de la realidad política cubana que se venía describiendo en los análisis llevados a cabo en la Asamblea, en este punto del orden del día, y dentro de ella la situación que enfrentaba específicamente el Partido, Blas manifestó que:

La posición de Prío depende de las masas, de cómo se movilicen estas, en definitiva, del PSP, y eso depende

<sup>10</sup>Ibidem.

de la combatividad y la capacidad del Partido para conducir a las masas. Si sabemos dirigir y orientar a esas masas, y cristalizar la unidad necesaria, se habrán dado los pasos indispensables para determinar la orientación de toda la salvación.<sup>11</sup>

El resumen de cuál debía ser la táctica a seguir por el Partido y sus objetivos, corrobora la valoración expresada anteriormente:

- Enviar propaganda orientada a desenmascarar las declaraciones demagógicas del gobierno, a quitarle a las masas toda ilusión acerca de sus promesas y obligarle a recurrir a los hechos, si quiere influir en el pueblo.
- Trabajar para lograr el agrupamiento de las masas y conducir las en esta lucha de desconfianza al gobierno, a sus falsedades, y romper las maniobras de la alta dirección de los partidos Liberal y Demócrata, que estaban buscando una alianza –en forma de nuevo cooperativismo reaccionario– y un acuerdo de todos los partidos burgueses latifundistas con el gobierno sobre la base de la subordinación al imperialismo y fortalecer las tendencias reaccionarias.
- Llevarles a las masas el Plan Cubano Contra la Crisis, hacer que lo conozcan y salgan a las calles a luchar por él.

En la reunión del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista Popular (noviembre de 1948), culminó realmente la rectificación de las formas y métodos de lucha que habían sido sometidos a críticas. En la misma se trataron cuestiones internacionales y nacionales. En lo que atañe a este último aspecto se examinó el proceso

<sup>11</sup>Ibídem.



electoral de 1948, planteándose que sus resultados tuvieron como causas las presiones imperialistas y la corrupción, las alianzas electoralistas que respondían al interés yanqui y sus agentes de la reacción capitalista cubana. También fue analizado ampliamente el frente sindical por la difícil situación en que se encontraba en esos momentos, y se responsabilizó al gobierno de las agresiones y los asesinatos cometidos contra los dirigentes proletarios y sus organizaciones valiéndose de la CTK, a la cual se le acusó de las muertes de los líderes obreros Lezcano, Montero, Iglesias y Menéndez.

Se siguió con la línea de lucha de masas con las que se pretendía ir socavando los cimientos institucionales del país, y aunque no se pronunció por la violencia revolucionaria contra la reaccionaria, ya no había cabida para la conciliación.

Los acontecimientos y circunstancias históricas posteriores al año 1946 son los que en la práctica llevaron al Partido Socialista Popular con más fuerza a la rectificación de gran parte de las concepciones que consideró erróneas y al abandono de sus consignas anteriores. La aplicación en Cuba de la «política de guerra fría» fue determinante al respecto.

Para las elecciones generales de 1948, ninguno de los partidos políticos quiso unirse al PSP. Este lanzó la consigna de constituir un bloque popular por encima de «gobiernistas» y «opositores», asumiendo una posición de lucha independiente, al margen de la postura que tomaran los demás partidos y sus alianzas electoralistas. Convocó a las grandes masas a apoyar la candidatura de Juan Marinello como presidente y Lázaro Peña como vicepresidente.

# ZAPATERO, A TU ZAPATO\*

**Angelina Rojas Blaquier**  
(investigadora del Instituto de Historia de Cuba)

Entre lo mucho que es y significa Blas Roca en el devenir de las luchas políticas revolucionarias, resalta la relación entre la vida y la obra de un hombre que podría considerarse como un especial hacedor de la primera organización de los comunistas cubanos, el PCC, por su entrega a este, casi desde su surgimiento.

Blas, en su condición de secretario general del Partido y de la Federación Obrera de Manzanillo, había viajado a La Habana para participar en las reuniones de la dirección partidista que analizarían todo lo relacionado con la huelga general que derrocó a Machado en agosto de 1933 y la táctica a seguir por el Partido. Preguntado, en septiembre del mismo año, por su seudónimo, él respondió que *Martínez*, y Rubén –presente también– le dijo que no podía ser porque ese era su apellido. Blas propuso el de *Julio*, rechazado también por Villena porque coincidiría con el suyo. Ante eso, Blas seleccionó primero el de *Bueno*, y más tarde buscó uno de una sola sílaba, *Blas*, con un apellido fácil de pronunciar: *Roca*.

Así asumió el nombre que lo acompañaría siempre y que oficializó en el proceso de inscripciones para la Constituyente del 40. Blas se sintió muy estimulado cuando el Dr. Gustavo Aldereguía, médico de Rubén, le comunicó que este, en medio de su gravedad, preocupado por

\*Este trabajo fue publicado en la revista digital *Caliban*, n. IX, octubre de 2010-marzo 2011.

los asuntos del Partido, le había comentado su satisfacción porque lo hubieran elegido a él para la máxima dirección partidista en reunión efectuada el 23 de noviembre.

Por acuerdo de ese cónclave, Blas ocupó interinamente la secretaría general del Partido hasta su oficialización en el próximo congreso, realizado en la más absoluta clandestinidad entre el 20 y el 22 de abril de 1934 en el poblado habanero de Caimito, responsabilidad que mantuvo hasta la disolución del PSP.

Ya en ese momento, él era un hombre que había formado su ideario político revolucionario a la sombra del accionar organizativo de Martinillo, junto a la labor intelectual de figuras como Luis Felipe Rodríguez, quien comenzaba a plantear los problemas campesinos; al conocimiento de José Martí no solo por lo aprendido en la escuela, sino también por la divulgación que de su pensamiento desplegaba Manuel Navarro Luna; y por la experiencia adquirida como fundador y dirigente del sindicato de zapateros en 1929, hasta asumir la máxima dirección de la Federación Obrera y de la organización comunista de Manzanillo. A su persona también se debió la edición del periódico local mimeografiado *Voz Proletaria*. Además, llegaba a la máxima dirección del Partido con los avales de contar entre los organizadores del soviet de Mabay y de la huelga general que culminó el 12 de agosto de 1933 con la derrota de Gerardo Machado.

Herederero de la concepción martiana de unidad con los nuevos matices que le aportaran Mella y Rubén, acorde a la etapa que les tocó vivir, la convirtió en el instrumento principal para el quehacer del Partido, con las precisiones imprescindibles dadas las difíciles coyunturas en las cuales la organización de los comunistas cubanos tuvo que defender los intereses de los sectores populares, con énfasis especial en la preparación de los trabajadores, en lo político y lo organizativo, para la conquista del poder.

En su informe al II Congreso, Blas, con un acertado análisis de la situación del país, situó la agudización de las contradicciones entre la dominación imperialista y el pueblo como resultado de la agravación de la crisis económica cubana que calificó de estructural, con el consecuente ascenso del movimiento revolucionario de las masas.

Reconoció que el Partido ya no era aquel grupito que le dio origen en 1925, sino que, en lo organizativo, ya podía hablarse de un partido nacional que había logrado penetrar en los sectores principales, particularmente los azucareros, y los comunistas habían conquistado la dirección de la CNOC.

Otro aspecto de esencial importancia fue la certidumbre de que estaban superándose errores anteriores en el trabajo sindical, en tanto la creación del frente único y los Comités Conjuntos de Acción que poco tiempo atrás había sugerido Rubén, fortalecerían la organización obrera, base de sustentación de las luchas populares dirigidas por el Partido.

En el desarrollo de ese enfoque unitario, aún antes del cambio de táctica adoptado durante el VII Congreso de la IC, mucho tuvo que ver la experiencia aportada por la huelga general de marzo de 1935, brutalmente aplastada por el gobierno represivo de Carlos Mendieta, entre otras razones por la falta de una estrategia revolucionaria única entre todas las fuerzas que persistían en continuar la contienda.

Ese duro revés, que provocó el encarcelamiento y la cesantía de miles de trabajadores, la virtual desaparición de las organizaciones obreras, la liquidación de la CNOC y la vuelta del Partido a la más profunda ilegalidad, impuso a los comunistas la búsqueda de nuevos derroteros para continuar el enfrentamiento en las actuales condiciones.

A finales del propio mes de marzo, en reunión del Buró Político, Blas Roca aseveraba que el aplastamiento de la huelga había sido una pérdida muy seria para el Partido, pero que los obreros comenzaban a reagruparse para proseguir con las batallas, concepto que fundamentaba a su vez Lázaro Peña cuando afirmaba: «La revolución no ha sido derrotada, las luchas decisivas no se han emprendido todavía. El triunfo puede debilitar momentáneamente la resistencia, pero no puede acallar la indignación y odio contra la dictadura, ni suprimir el hambre y la esclavitud que las alimenta».<sup>1</sup>

La táctica de frente único se perfiló rápidamente hasta su consolidación en el VI Pleno, realizado en octubre de 1935, luego de los debates y acuerdos del VII Congreso de la Internacional Comunista. Es importante aclarar la necesidad de la misma y el inicio de su aplicación en el Partido.

Con ese enfoque el Partido se entregó, en condiciones muy difíciles, a reconstruir la organización del proletariado, instruir ideológica y políticamente a las masas, y alcanzar la unidad necesaria para enfrentar el peligro fascista y transformar la realidad política cubana, ante todo mediante la conquista de la democracia, entendida como una etapa imprescindible en la lucha por la derrota del imperialismo en Cuba, el logro de la independencia nacional y el establecimiento del socialismo.

Ello fue facilitado por los cambios que se sucedían en la arena internacional resultantes de la incontenible presión popular y la inminencia del inicio de una nueva guerra, reflejados en la política asumida por el presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt y las adecuaciones adoptadas por los gobernantes del área, entre ellos el

<sup>1</sup>BP PCC, «Acta de reunión» (29 de marzo de 1935), Archivo Instituto de Historia de Cuba, Fondo IC, Caja 4, Doc. 43.

propio Batista, que condujeron al Partido a asegurar que este había dejado de ser el centro de la reacción.<sup>2</sup>

Lo cierto es que, a pesar de sus muchos detractores, el colosal esfuerzo para la aplicación de dicha táctica tuvo rápidos resultados en las distintas prioridades del trabajo partidista, constatables, por mencionar las más trascendentes, en las heroicas páginas escritas por los internacionalistas cubanos en la defensa de la República Española; en el respaldo al pueblo mexicano y al gobierno de Lázaro Cárdenas; en la fundación de la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC) en 1939; en la participación de los comunistas en la Constituyente de 1940 y la calidad que imprimieron al texto constitucional; y en su incorporación a la lucha política nacional, especialmente en su integración a la Coalición Socialista Democrática con la que también lograron incluir en su plataforma un conjunto de demandas de beneficio social, varias de las cuales conquistaron tanto en el gobierno de Batista como durante los primeros años del de Grau, defendiendo así los intereses de los trabajadores y del resto de los sectores populares.

Como muchas veces esclareciera Blas, esa estrategia estaba orientada a respaldar y exigir el cumplimiento de todas las medidas que, salidas de cualquier fracción o figura política, significaran el mejoramiento de las masas y el avance de la democracia; a concertar alianzas con aquellas fuerzas cuyos programas tuvieran en cuenta las preocupaciones populares, aun cuando se tratara del propio Fulgencio Batista, sin que esa unión comprometiera su condición de partido de la clase obrera.

<sup>2</sup>Entre esos cambios se destacan la legalización del PCC, la libre circulación del periódico *Hoy* y la decisión de convocar a la celebración de una asamblea constituyente previa a las elecciones generales, con garantía de participación para todos los partidos.

Ella también les permitió fortalecer el papel de los trabajadores, desarrollar una amplia preparación ideopolítica de las masas y dar una eficaz contribución a la derrota del fascismo.

Párrafo aparte merece el aporte de los seis constituyentes cubanos –entre los que brilló Blas Roca–, quienes, con un trascendente y apenas divulgado respaldo de los trabajadores cubanos bajo la dirección de Lázaro Peña, lograron dar un carácter novedoso y singular a la nueva Carta Magna al hacer que la Constitución reconociera en su articulado un conjunto de preceptos que le imprimieron un contenido progresista y democrático que consagraron el principio de la soberanía nacional y diversas conquistas sociales, libertades individuales y derechos políticos y laborales, y que la convirtieron en una de las más avanzadas del mundo, independientemente de todas las maniobras que se orquestaron para impedir la aplicación de una parte de él.

Durante las sesiones de la Asamblea, uno de los delegados de las fuerzas burguesas, Orestes Ferrara, con toda la fortaleza de la diferenciación clasista de que era portador, y con profundo desprecio por los trabajadores y el resto de los sectores populares, intentó acallar la voz de Blas Roca, diciéndole: «Zapatero, a tu zapato», frase que da título a este trabajo.

El ideario patriótico, revolucionario y antimperialista de Blas también estuvo presente en el formidable concepto solidario internacionalista que desplegó el Partido durante la Guerra Civil Española; en el movimiento popular de apoyo a los combatientes antifascistas durante la Segunda Guerra Mundial; y brilló cuando en 1951 la movilización del Partido impidió que se enviaran cubanos a la guerra imperialista de Corea.

Las difíciles circunstancias en que el PCC tuvo que realizar su labor y la impronta de la Segunda Guerra Mundial, hicieron que afloraran debilidades resultantes

de la influencia de las tendencias conciliatorias que se desarrollaron en esos tiempos, especialmente del browderismo, de cierta incidencia en la dirección del Partido; sin embargo, esta supo reaccionar rápidamente y modificar disposiciones que de algún modo afectaban el carácter de vanguardia que debía tener la organización. Al respecto, es imprescindible subrayar que, a diferencia de lo ocurrido en otros países, los comunistas cubanos no desintegraron su organización ya que, según argumentara en su momento el propio Blas, el supuesto advenimiento de una etapa de colaboración y acuerdos, sustentada en la victoria aliada, no impediría el reagrupamiento de las corrientes dirigidas a someter a los pueblos y, por ello, era vital la existencia y permanencia del partido de la clase obrera.

Como parte de las condiciones inmediatas de la posguerra, Grau San Martín, electo presidente en 1944, se vio obligado a postergar sus planes de arrebatarse a los comunistas el control del movimiento sindical y popular en general, planteando una política social que recogía muchos de los anhelos de las masas trabajadoras. La dirección partidista, en nombre de una unidad basada en su principio de representar los intereses de la clase obrera y a las masas populares en general, dejó esclarecido que apoyaría al nuevo gobierno en todo aquello que significara bienestar para el pueblo, al tiempo que mantendría una posición de crítica constructiva en dependencia de la actitud que asumiera la administración con respecto a la libertad sindical y la CTC.

Todas las predicciones se cumplieron. En 1947, la aplicación en Cuba de la política de Guerra Fría tuvo su expresión primera en el asalto a la CTC y la destitución, por la fuerza, de Lázaro Peña y otros prestigiosos dirigentes de los trabajadores. Los divisionistas estaban amparados en regulaciones oficiales creadas para legalizar dichos actos. Se iniciaba otra vez la pugna de los



trabajadores por la reconstrucción de su organización sindical sobre la base unitaria que no habían abandonado nunca. Tras un breve período en el cual los verdaderos líderes de la clase obrera se enfrascaron en luchas legales por la devolución de la central obrera, la dirección del Partido en su V Asamblea, efectuada en 1949, se volcó hacia el restablecimiento de la unidad de las masas y especialmente a los trabajadores, convocándolos a sustituir las formas legales de lucha por la movilización desde dentro, iniciándose así las primeras batallas en el seno de los sindicatos dominados por los mujalistas.

En esa ingente labor sindical se encontraba inmersa la dirección partidista a tiempo que trabajaba por el triunfo electoral de la Ortodoxia, cuando se produjo el golpe de Estado del 10 de marzo, que rechazó de inmediato, convocando al pueblo a contender contra Batista y a denunciar y enfrentar las medidas de fuerza e injusticia que comenzó a desplegar el nuevo régimen, que incluía, por supuesto, el reforzamiento de la represión contra los comunistas.

En medio de esa pugna ocurrió el asalto al Moncada, que indicó el comienzo de una etapa cualitativamente superior en los combates del pueblo cubano por la liberación nacional.

Como es conocido, al iniciarse el movimiento revolucionario encabezado por Fidel Castro, el PSP no veía posibilidades de triunfo a una insurrección armada independiente de la lucha de masas, y que no estuviera dirigida por la clase obrera; no obstante, los comunistas supieron distinguir las posiciones revolucionarias de los Moncadistas, pelearon por su amnistía, y trabajaron desde muy temprano por la unidad con esa fuerza emergente. A ello contribuyó decisivamente la difusión de *La Historia me Absolverá*. Esa disposición se evidencia en los contactos de dirigentes del Partido y la Juventud

Socialista en busca de la unión estratégica con la dirección del «26 de Julio», el primero de los cuales fue la entrevista sostenida en La Habana entre Fidel y Raúl Valdés Vivó,<sup>3</sup> a la que le siguieron las realizadas en México por otros enviados del Partido, primero con Osvaldo Sánchez y Flavio Bravo, y después con Antonio *Ñico* López, principio del proceso unitario en relación a cuanto Fidel representaba. Informados los comunistas por el propio Fidel del plan que se proponía, la jefatura del Partido instruyó a sus dirigentes de la entonces provincia de Oriente para que organizaran huelgas y otras formas de lucha cuando se produjera el desembarco de las tropas de Fidel y empezara el levantamiento urbano.

Así, en contacto con Frank País y otros compañeros, se coordinaron las acciones del Partido y de los Comités de Defensa de las Demandas Obreras con las del Movimiento 26 de Julio. Se acordó que el PSP, mediante dichos comités, llamaría a la huelga el 30 de noviembre, en tanto el M-26-7 convocaría al alzamiento para la misma fecha. El llamamiento a la huelga apareció en el periódico *Oriente* del día 29.<sup>4</sup>

En relación con el desembarco del «Granma», el Comité Provincial del PSP dio asimismo instrucciones al Comité Municipal de Manzanillo para que ofreciera a los expedicionarios toda la ayuda política y organizativa que fuera posible.

<sup>3</sup>Valdés Vivó era en ese momento el secretario general de la Juventud Socialista en la Universidad de La Habana.

<sup>4</sup>La huelga convocada por el CDDO no se planteaba que fuera para facilitar el desembarco del «Granma», pues ello alertaría a las fuerzas del gobierno, sino que se planteó como parte de la lucha de los trabajadores contra el *putch* que preparaban grupos politiqueros en connivencia con Trujillo. Tanto Fidel como el PSP se habían pronunciado contra esos intentos que solo buscaban sustituir a Batista por otro no menos reaccionario.

La comprensión del PSP acerca de la oportunidad y validez del movimiento guerrillero tuvo importantes expresiones concretas a partir de marzo de 1958, entre ellas, la creación del frente en Yaguajay, al mando de Félix Torres, aunque todos los militantes integrados a las guerrillas, incluidos los de dicho destacamento, recibieron la orientación partidista de ponerse a las órdenes del Estado Mayor del Ejército Rebelde en el aspecto militar.<sup>5</sup>

Desde su apertura, también se sumaron algunos comunistas al Segundo Frente Oriental Frank País, ampliando su incorporación la guerrilla tras la huelga del 9 de abril. La creación del Frente Obrero Nacional Unido (FONU) fue otra significativa manifestación unitaria y de identidad con la guerra revolucionaria.

Para Blas Roca, secretario general del Partido de los comunistas cubanos desde 1933, no había dudas de que el jefe de la Revolución debía ser el jefe del Partido; por ello, al producirse la victoria del primero de Enero de 1959, reconoció en Fidel al líder capaz de aglutinar a todas las fuerzas interesadas en la lucha por la liberación nacional y de conducir victoriosamente la Revolución hasta la etapa socialista. Su fidelidad, sagaz visión política y su condición de comunista, hicieron que él le entregara a Fidel, incondicionalmente, las banderas del Partido.

El PSP y los trabajadores cubanos dieron su respaldo decisivo a la Revolución triunfante, consolidando su llegada al poder. La tarea primordial planteada para la militancia comunista a instancias de su dirección y especialmente de Blas, se resumió en el lema: «Defender la revolución y hacerla avanzar». Como reflejo de la concepción unitaria que siempre había prevalecido, se libró un rápido y exitoso combate contra la microfracción que organizó una mínima parte de sus miembros y dirigentes,

<sup>5</sup>Blas Roca, «Entrevista», en *Bohemia*, La Habana, 28 de julio de 1978.

más que contra la Revolución, contra el propio Partido por la táctica asumida.

El cumplimiento de ese objetivo principal también se reveló en la VIII Asamblea de la organización, efectuada en agosto de 1960. El informe presentado por Blas contenía un análisis muy pormenorizado y crítico de la actuación histórica del Partido, fundamentalmente de los años que mediaban entre la anterior asamblea, realizada en febrero de 1952, y la que estaban celebrando.

Reconocieron particularmente la falta de iniciativa de la dirección partidista para responder con las acciones necesarias que demandaba la situación política del país ante la imposición del régimen de marzo, a pesar de haber vislumbrado que existían todas las condiciones para el surgimiento y desarrollo de una revolución social.

La Asamblea analizó cómo algunos compañeros no comprendieron los cambios radicales políticos que había introducido la Revolución. No entendieron la quiebra histórica de una serie de partidos y su eclipse real de la vida del país, y por ello creyeron que el Partido tendría que continuar obrando con los métodos y tácticas anteriores, sin percatarse que la unidad de las fuerzas revolucionarias para hacer avanzar la Revolución seguía siendo el eje de su actuación y de la dirección revolucionaria en ese momento, y reflexionaba: «La realización de este objetivo ahora depende, en primer término, de la justa coordinación, de la fusión, pudiéramos decir, de las fuerzas revolucionarias conscientes y radicales en un movimiento general único, bajo la dirección de Fidel Castro».<sup>6</sup>

El 16 de abril de 1961 Fidel proclamaba, con el apoyo popular, el carácter socialista de la Revolución. Poco después, el 24 de junio, a propuesta del propio Blas, el

<sup>6</sup>Ibídem, pp. 67-68.

PSP acordó su disolución. Esta fue una trascendente decisión que evidenciaba la altura revolucionaria de ese grupo de abnegados hombres y sus dirigentes. Roca argumentó, a partir de su concepción unitaria, que la cuestión no era integrar a Fidel al PSP, sino la aceptación por los comunistas de la jefatura indiscutible de Fidel; que tal decisión constituía una necesidad imprescindible para mantener la unidad del proceso revolucionario sin la cual no podrían librar las cruciales batallas económicas, políticas y sociales que tenían por delante, fundamentalmente por la cercanía y actitud de Estados Unidos, pero, ante todo, por la capacidad estratégica y táctica demostrada por Fidel para iniciar y conducir victoriosamente la Revolución.

Esa determinación, para la cual tuvo que enfrentar inclusive la oposición del movimiento comunista internacional y en especial del Partido Comunista Chino de aquellos años, inédita en el quehacer de los partidos comunistas, demostró la altura política y la fidelidad incondicional de Blas hacia un pueblo al cual había entregado su vida.

A esa reunión Fidel asistió, y en ella pronunció un importante discurso que no se ha publicado nunca. El único ejemplar existente se encuentra en el Instituto de Historia de Cuba.

En su disertación Fidel hace un valioso análisis en cuanto a lo sucedido entonces y durante los primeros años de la Revolución, y precisa que esta había tenido lugar mediante la aplicación de tres o cuatro principios fundamentales del marxismo con métodos que surgieron sencillamente de las circunstancias en que se encontraba nuestro país, con una táctica de ataques por los flancos y por la retaguardia. Dijo haber aprovechado las ventajas que le daba precisamente su procedencia pequeñoburguesa y la libertad que tenían para actuar,

porque su conformación clasista no preocupaba a las clases dominantes.

Explicó que el pueblo, dado el propio proceso que vivió, alcanzó una madurez política y revolucionaria que le permitía, ante todo, la unión de sus organizaciones en una sola, algo que en los inicios hubiera sido imposible, entre otras razones porque hasta entonces existía una colaboración muy reducida entre ese grupo que había atendido la campaña militar contra la tiranía de Batista y el Partido. Reconoció que su relación con esa organización era limitada, que más bien los acercaba una conexión de tipo emocional entre ellos, que estaban en la guerra, y las masas. Y más adelante añadió otro importante factor: que el propio M-26-7 no lo habían fundado ellos, sino que fue obra de sus simpatizantes que aprovecharon la atmósfera propicia en ese tiempo para crear un movimiento.

Apoyando esas palabras de Fidel, Blas afirmó que algunas veces las masas pueden ir por delante o estar más preparadas de lo que los dirigentes creen.

La actitud de Blas, aceptada por la militancia comunista, resultó demostrativa de la fidelidad del Partido a sus convicciones teóricas, unitarias y de respaldo a una gesta revolucionaria cuya importancia validaron desde el primer momento y, sobre todo, evidenció la renovación de los métodos y tácticas de lucha de los comunistas, contribuyendo no solo a la superación de fórmulas anquilosadas de su accionar, sino también a la autoctonía en la profundización de los avances del proceso nacional liberador y del propio nacimiento del socialismo cubano, fruto de la unidad entre las diversas fuerzas rebeldes que hicieron posible su triunfo; del apoyo irrestricto a Fidel Castro y a la vanguardia revolucionaria.

Tal decisión provocó dudas en algunos sectores del movimiento comunista internacional a las que ya nos

hemos referido, y también a lo interno. Como el propio Blas explicara a Justina Álvarez<sup>7</sup> pocos años después:

No me importa el que esa gente de que me hablaste me acusara de haber disuelto al viejo partido antes de tiempo, ni que aseguren que soy el culpable de los desmanes cometidos por los oportunistas contra viejos miembros del partido. Estoy seguro de haber obrado bien, de haber hecho lo que más convenía a la causa del socialismo y del comunismo en nuestro país y ello me basta. Lo que hemos hecho ha impuesto sacrificios personales y no pocas amarguras a muchos buenos compañeros, pero si son, como creo, verdaderos comunistas que a todo anteponen el triunfo y el avance de nuestra sagrada causa, tendrán como buenos sacrificios y amarguras, hechos y pasadas, en interés de la marcha adelante de la Revolución.<sup>8</sup> (Véase Anexo 2.)

La disolución del PSP y del resto de las organizaciones integrantes de la vanguardia revolucionaria facilitó la formación del Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC), el cual sustituyó a las Organizaciones

<sup>7</sup>Justina Álvarez Pantoja (Manzanillo, 1912-La Habana, 27 de octubre de 2008). Luchadora comunista de larga historia, se vinculó a las actividades revolucionarias en 1938, momento en que se integró a la Hermandad de Jóvenes Cubanos, organización legal orientada por la Liga Juvenil Comunista. Desde entonces comenzó a trabajar en el Comité Nacional del Partido Comunista de Cuba y poco después como secretaria de Blas Roca, labor que realizó hasta el fallecimiento del destacado dirigente comunista en 1987. Fue responsable de la página 2 del periódico *Hoy*, dedicada en lo fundamental a temas culturales, y colaboró con la Emisora Mil Diez. Como periodista escribió las crónicas que bajo el nombre de «Héroes Eternos de la Patria» aparecieron en *Hoy*, en las que junto a breves reseñas biográficas de los héroes de Playa Girón, se recogen algunos aspectos de la vida de sus abnegados familiares.

<sup>8</sup>Blas Roca, «Carta a Justina Álvarez» (8 de octubre de 1965), La Habana. Original, Archivo de Lucilo Batlle Reyes.

Revolucionarias Integradas (ORI), en un nuevo intento hacia la unidad imprescindible para la consolidación, defensa y avance de la Revolución. Dicho partido, luego de unos breves años de acondicionamiento, enfrentamientos políticos, errores de sectarismo, etc., dio paso, el 3 de octubre de 1965, a la organización de su primer Comité Central y a la adopción del nombre de Partido Comunista de Cuba.

Como resultado de esa nueva calidad en la vida del Partido, en esa fecha desaparecieron las publicaciones *Hoy y Revolución*, naciendo en sustitución el periódico *Granma*. Terminada la trascendente reunión de la nueva organización política, los miembros de su recién elegido Buró Político, encabezados por Fidel Castro, se encaminaron al local de *Hoy* para ofrecer un justo y merecido homenaje a Blas Roca Calderío, quien había sido su director durante los últimos tres años.

En breves y emotivas palabras, Fidel Castro destacó que rendía tributo al hombre que ya era dirigente del Partido cuando él nació y a quien ahora sustituía. En ese momento anunció una de las tareas que asumiría Blas en los próximos años. Explicó que el país necesitaba una nueva constitución, una Constitución Socialista, y que Roca fue escogido para que presidiera la Comisión de los estudios previos y la posterior elaboración de esa Constitución que tanto Cuba requería para continuar avanzando en su proyecto de transformación social.<sup>9</sup>

Tras la consolidación del proceso unitario y como consecuencia de este, Blas Roca resultó elegido miembro del Comité Central del nuevo PCC, pero no fue hasta su Primer Congreso, en 1975, cuando formó parte del Buró Político.

<sup>9</sup>«Blas se ha ganado el derecho a ser admirado, a ser querido por todos». Fidel Castro, en *Granma*, 4 de octubre de 1965, a. 1, n. 1, p. 5.



El hecho de que a Blas no lo seleccionaran para tan alta responsabilidad en 1965, motivó la desaprobación y el comentario de algunos antiguos militantes. Sobre esto especialmente, en la ya mencionada carta que Blas escribiera a Justina Álvarez cuatro días después de aquella reunión, le expresó:

Me complace que te hayan agradado tanto las palabras que en el acto de mi despedida del periódico dijera el compañero Fidel.

Para mí, ya sabes lo que ellas significan: un reconocimiento público, que agradezco profundamente, de la actitud que ha determinado mi conducta. Sabes que siempre he rehusado elogios y honores; que nunca he sentido atracción por cargos, títulos o puestos de mayor o menor relieve, pues mi única aspiración, la aspiración a la que he consagrado toda mi vida, y a la que lo he subordinado todo, ha sido la de contribuir en la mayor medida de mis fuerzas y capacidades a la causa del proletariado, a la causa del socialismo y del comunismo. Agradezco que el reconocimiento de esa actitud está implícito en las palabras de Fidel.<sup>10</sup>

Y la Revolución Cubana y su dirección política se siguieron prestigiando con la actividad incondicional e ininterrumpida de Blas en todo aquello cuanto necesitó de su concurso, esfuerzo, dedicación y experiencia, especialmente en las exigencias derivadas del proceso de institucionalización del país, escribiendo imborrables páginas, entre otras en la formulación de los preceptos de la nueva Constitución, de otras importantes leyes y en el establecimiento de los Poderes Populares hasta ser elegido como primer presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular.

<sup>10</sup>Blas Roca, «Carta a Justina Álvarez» (8 de octubre de 1965), citada.

# EL COMPAÑERO SEÑOR CHIBÁS. UN ANÁLISIS DEL NACIONALISMO POPULISTA CUBANO\*

*Julio César Guanche*  
(investigador del Instituto Cubano del Arte  
e Industria Cinematográficos)

Si se busca una imagen que codifique el cuerpo ideológico del nacionalismo, de orientación democrática, burguesa y popular-populista, que dominó la imaginación de la Convención Constituyente cubana de 1940, acaso se puede encontrar en el calificativo con que se llamaron entre sí muchos delegados a lo largo de los debates de la Asamblea: el «compañero señor».

La ecuación lo revela todo: el intento de conciliación entre el contenido igualitario, aportado por la Revolución popular que derrocó a Gerardo Machado y la canalización reformista burguesa del curso revolucionario, que prometió, a través de la modernización capitalista, conseguir la soberanía política nacional, la liberación económica y la justicia social en aras del objetivo: «Cuba para los cubanos».

La imagen del «compañero señor» no constituye una contradicción sino un oxímoron: dos palabras opuestas que no obstante, como diría Jorge Luis Borges, construyen un sentido. En este caso, la democracia como proyecto regular de creación de la política «por el pueblo» –el programa de la redistribución horizontal del poder entre

\*Este trabajo fue publicado en la revista digital *Caliban*, n. VII, abril-junio de 2010.

ciudadanos trabajadores–, contenida en el término «compañero», y su regulación por la jerarquía, el poder vertical, expresada en el vocablo «señor», uso particular de poder político por parte del ciudadano propietario, que controla los términos de la creación, funcionamiento y reproducción de dicho poder.

El compañero y el señor conviven en la conquista ideológica de la Revolución cubana del 30: el nacionalismo democrático de corte popular-populista. Ese discurso tiene gran consistencia en todos los debates alrededor de 1940. Es el tono genérico de la Asamblea, el esperanto en el que se entienden desde los comunistas y los abecedarios hasta los demócratas republicanos y los liberales, pasando por el resto de los partidos presentes en la Convención –y solo confrontado, en ocasiones, por el liberalismo *old fashion* estilo Orestes Ferrara: cuando una propuesta puede cercenar un derecho individual se tacha de antiliberal, cuando quedase autorizado un acto ejecutivo sin control judicial es calificado de antidemocrático, cuando se hace una propuesta de imponer costes de matrículas a la segunda enseñanza se tilda de antipopular.

Dentro del conjunto, fue el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) el portador con mayor calado popular y capacidad de penetración ideológica de ese tipo de nacionalismo, que se mostraba como popular y solo podría ser populista. El PRC(A), fundado por Ramón Grau San Martín en 1934, capitalizaría los logros sociales del «Septembrismo», tras la experiencia del Gobierno de los Cien Días, y se presentó, como el partido de la Revolución, la continuidad del empeño martiano y la consagración en los hechos de su ideal. La Constitución de 1940 vino a ser el resultado en clave reformista de la Revolución del 30, ya derrotada su ala radical: el pacto entusiasta, y ciertamente brillante, entre tendencias con fuerza apenas suficiente para imponer su presencia *compartida* en el diseño del país.

La mayor parte de la historiografía revolucionaria ha subrayado que las conquistas sociales alcanzadas en ese texto fueron consecuencia cuasi exclusiva de la batalla de los convencionales comunistas en la Asamblea que aprobó al fin la Carta Magna de 1940. En efecto, la política de los Frentes Antifascistas había permitido la concertación de alianzas entre los partidos comunistas y fuerzas de variado espectro ideológico, que garantizaron un acceso inédito de esos partidos a la administración de la política y por consiguiente una también inédita representación de intereses populares. No obstante, por la razón misma de la existencia de tales alianzas, el consenso de 1940 es el resultado de la confluencia entre nacionalistas, comunistas y abecedarios, que en común tenían un perfil político reformista.

Las páginas siguientes repasan la configuración de ese cuerpo de pensamiento, según su exposición doctrinal en la Convención Constituyente de 1940 por uno de los voceros más extrovertidos del PRC(A) en esa coyuntura: Eduardo Chibás.

## **El populismo cubano**

Buena parte de los estudios cubanos, al abordar su figura, han presentado a Chibás *in extremis*: «el adalid de Cuba», según el título clásico de Luis Conte Agüero, versión laudatoria reeditada con profusión después en la historiografía revolucionaria, o como un demagogo populista, afectado por un ego mitómano, compulsivo e irrefrenable.<sup>1</sup>

<sup>1</sup>Ver: Elena Alavez, *La Ortodoxia en el ideario americano*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 2002; de la misma autora, *Eduardo Chibás en la hora de la Ortodoxia*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1994; Ramón Rodríguez Salgado, *Vergüenza contra dinero*, Editora Política, La Habana, 2007; José Díaz Roque y Doris Era González, *Eduardo Chibás: el gran cívico*, Ediciones Mecenaz, Cienfuegos, 2005; Newton Briones Montoto, *General Regreso*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, y Raúl Roa, *Viento Sur*, Ed. Selecta, La Habana, 1953.

Sin embargo, la línea de análisis que describe mejor el pensamiento de Chibás no es tanto la que ensaya su biografía personal, sino la que examinó el populismo cubano como corriente ideológica de especificidades latinoamericanas y, desde ese lugar teórico, la factibilidad de su programa político en el contexto del capitalismo dependiente.

En rigor, resulta por lo menos curioso que, en un contexto de resurgimiento de las variantes populistas en el continente, después de los años 90, no se haya recuperado la reflexión sobre el tema. Desde esa fecha, el término «populismo» ha servido para explicarlo casi todo: se calificó de «neopopulismo» a los gobiernos neoliberales de la tríada Fujimori-Salinas de Gortari-Menem; se prometió desde gobiernos «progresistas» la reaparición de «capitalismos nacionales», y se ha descargado la acusación de «populismo», sin más, sobre cualquier tipo de política que busque movilización de las masas desde liderazgos pobremente conceptualizados como carismáticos. En medio de esa confusión, es imprescindible distinguir.<sup>2</sup>

<sup>2</sup>En Cuba, la reflexión que utilizó el paradigma de la teoría de la dependencia para comprender la historia de la formación y de la estructura del capitalismo cubano se opuso, en su momento, al marxismo oficial soviético-criollo que había calificado a la propia teoría de la dependencia como «corriente burguesa de pensamiento». Lamentablemente, es una tesis que no se ha recuperado después en el escenario intelectual del país, no obstante lo valioso de los enfoques abiertos por la teoría de la dependencia para pensar el socialismo como salida al capitalismo dependiente. Francisco López Segrera, *Cuba: capitalismo dependiente y subdesarrollo (1510-1959)*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1981; del mismo autor: «Peculiaridades del populismo en Cuba: clases sociales y política (1940-1959)», en *Cuba sous le régime de la constitution de 1940. Politique, pensée, littérature* (sous la direction de James Cohen et Francoise Moulin Civil), L'Harmattan, Montreal, 1997; Germán Sánchez Otero, «La crisis del sistema neocolonial en Cuba: 1934-1952», en *Los partidos políticos burgueses en Cuba neocolonial. 1899-1952*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.

El populismo expresado en Cuba por el trío Grau-Prío-Chibás –con sus correspondientes instrumentos partidistas, el PRC(A) y el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos), fundado por Chibás en 1947–, responde al concepto «clásico» de este fenómeno,<sup>3</sup> que buscó comprenderlo desde un enfoque estructural, al relacionar las condiciones de la producción con las implicaciones de la distribución de ingresos, el empleo y el consumo.<sup>4</sup> El conjunto se entendió como un estadio específico del capitalismo. El uso posterior del término se contradice con aquella comprensión, contenida en los estudios de Germani y Di Tella, en una corriente, o de Ianni y Vilas, en otras, e incluso con enfoques más recientes que parecen apreciarlo como un régimen de discurso, como en Ernesto Laclau, todos los cuales intentaron construir el concepto de «populismo» lejos de un uso adjetival de reparto a granel.

Germani percibió el populismo como un camino *de-forme* que daba cuenta de problemas estructurales en el

<sup>3</sup>Antonio Annino, «Cuba 1934-1958: un caso atípico en el contexto latinoamericano», en *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*, Carlos M. Vilas (comp.), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994. Este texto aborda el populismo cubano como una onda larga comprendida entre 1934 y 1952, pero la mayor parte de los abordajes sobre el tema se concentran en el análisis de los gobiernos Auténticos y en el programa de Eduardo Chibás.

<sup>4</sup>«Esta es, de manera muy resumida, la dimensión estructural del populismo en América Latina: *el predominio de la producción para el consumo personal, la gravitación de la pequeña propiedad* –es decir, la misma que la de su precedente ruso. Los rasgos diferenciales de la expansión del capitalismo industrial en el desarrollo tardío en América Latina, explican que los elementos comunes hayan podido manifestarse con efectos opuestos en uno u otro caso: en Rusia –como también en Estados Unidos–, para nutrir ideológicamente los ataques a la expansión del capitalismo industrial; en América Latina, para impulsar su desarrollo». Carlos M. Vilas, «El populismo latinoamericano: un enfoque estructural», en Carlos M. Vilas (comp.), *ob. cit.*

tránsito de sociedades agrario oligárquicas hacia sociedades modernizadas e industriales. Se trataba de un expediente «desviado», ante la incapacidad de utilizar para tal tránsito la vía «normal» de la democracia liberal. En esa línea, el populismo se presentó como sedante contra el trastorno de no sentirse contemporáneo de la modernización: el remedio a la conciencia de no pertenecer, de estar al margen o de estar «atrás», respecto a dicho proceso. La salida, *monstruosa*, es la posibilidad enarbolada por el populismo de quedar *incluido*.

Por su parte, Di Tella lo entendió como un efecto de la «revolución de las expectativas», del hechizo ejercido por la ciudad-modernidad-civilización sobre el campo-tradición-barbarie, en un contexto en que el ritmo de la modernización alcanzaba «solo» a la ciudad, porque el sistema económico político no podía conseguirlo para la totalidad del espacio social. Sin embargo, sus dispositivos simbólicos sí obtenían el deslumbramiento «de todos» con esa posibilidad. La promesa de la modernización consigue así la adhesión de las masas, encomendadas al líder carismático que las llevará de la mano por el camino del progreso. El enfoque marxista (sobre todo el vinculado al dependentismo brasileño de Ianni, Weffort, Cardoso y Marini) consideró el populismo como la expresión de un ciclo económico preciso: el período de industrialización por sustitución de importaciones, que condujo a una cierta redistribución de la renta. Se trataría de una fase de las transformaciones del Estado capitalista, en la cual el bloque tradicional oligárquico agrario exportador y la burguesía minera y comercial pierden el monopolio del poder político en provecho de las clases sociales urbanas –burguesía industrial, clase media y el proletariado industrial.

La ideología populista de ese momento, en general, articuló espectros policlasistas –o «conjunto fluido de confluencias y acuerdos *coyunturales*», como le llama

Vilas– hegemonizados por programas burgueses tendentes a estos fines: convertir al Estado en un instrumento técnico del progreso, garantizar su uso legítimo –no espurio–, lograr el buen funcionamiento de la institucionalidad democrática liberal, redistribuir ingresos para responder a las necesidades tanto de la estabilidad del sistema como de la acumulación capitalista, alcanzar la industrialización del país, diversificar la estructura económica, liberar las posibilidades de desarrollo clausuradas por la monoproducción –azucarera en el caso cubano. Ninguno de estos contenidos era estructuralmente opuesto a intereses específicos de las clases trabajadoras, también en ascenso por esa fecha, lo que produjo la confluencia populista.

El populismo estaba llamado a rendir frutos diferentes –como afirma López Segrera– según se tratase de países de economía de enclave (en Centroamérica, Cuba, Venezuela, el área del Caribe), en los cuales el producto principal de exportación se hallaba en manos extranjeras, o de países en los que existía un sector productivo nacional dinámico (Brasil, Argentina, México). Si en el primer grupo de naciones tal estructuración dio lugar a la frustración del populismo y a formas regresivas de participación política, en el segundo tuvo una expresión pujante hasta principios de los años 50, en que hizo nuevamente crisis.<sup>5</sup>

En Cuba, como en cualquier parte, la industrialización –o su sinónimo de la época, el desarrollo económico– necesitaba espacios de relativa autonomía con respecto a la burguesía industrial, ampliaciones del mercado interno, crecimientos demográficos, niveles de organización del proletariado industrial, la transformación de las relaciones del agro y menos dependencia de la

<sup>5</sup>Francisco López Segrera, «Peculiaridades del populismo en Cuba: clases sociales y política (1940-1959)», en ob. cit., 1997, p. 159.



inversión extranjera desde los centros metropolitanos para desarrollar la idea del «capitalismo nacional», como ocurrió en períodos muy concretos en Brasil, Argentina o México. En estos países se lograron avances más firmes en la industria ligera, capaces de satisfacer en lo esencial la demanda nacional de bienes de consumo no durable, lo que se debió a condicionamientos socioeconómicos preexistentes, localizables en el tipo de desarrollo colonial verificado en ellos.

Al mismo tiempo, la industrialización cubana requeriría de la realización efectiva de la reforma agraria, tan prometida como incumplida por toda la política nacional hasta 1959, porque la modificación de las relaciones ciudad-campo resultaba imprescindible para los proyectos de modernización industrial.

Como consecuencia, las tentativas de la burguesía no azucarera de la Isla de construir una industria sustitutiva de importaciones fracasaron a lo largo del período republicano burgués. Esta clase no pudo desarrollarse debido a la estructura de las exportaciones, atada al mercado norteamericano a través de instrumentos como el Tratado de Reciprocidad Comercial de 1934 y la Ley de Cuotas Costigan-Jones, que establecía un límite a las importaciones de azúcar de los Estados Unidos. Los propósitos de diversificación se frustraron en su primer intento, tímido, en 1927, y después en el más firme de ellos a partir de 1948 y a lo largo del gobierno de Carlos Prío, cuando se exigió, entre otras cuestiones, la intervención estatal en el sostenimiento del crédito para el fomento industrial y participación de capitales cubanos en la industria minera, por ejemplo.<sup>6</sup> Annino lo argumenta de este modo:

[...] [L]a crisis de 1929 no modificó la relación entre imperialismo y burguesía cubana tal como se había

<sup>6</sup>Ver: Germán Sánchez Otero, «La crisis del sistema neocolonial en Cuba: 1934-1952», en ob. cit.

establecido a principios del siglo. Por el contrario, fue reforzada, dado que el potenciamiento del sector comercial favoreció al sector cubano más tradicional, o sea, al mercantil, que junto con el azucarero constituía el grueso de la burguesía vinculada financieramente al capital monopolístico extranjero.<sup>7</sup>

La precariedad de ese bloque burgués no azucarero, al permanecer sin base real para su expansión, haría imposible a su vez la propagación del populismo en Cuba.<sup>8</sup>

### **Chibás: profeta de la nueva aurora**

Para Eduardo Chibás, la Constitución de 1940 significaba, sin más, el resultado directo de la Revolución del 30.

<sup>7</sup>Antonio Annino, ob. cit, p. 443.

<sup>8</sup>Las pruebas de los límites estructurales del nacionalismo populista se encuentran en varios campos. Por una parte, no consiguió impedir el proceso de proletarianización de la sociedad cubana, descrito por Jorge Ibarra, que sumaba en 1957 un millón de desempleados, el 55 % de la población. Para Ibarra, «la muestra del Consejo Nacional de Economía de 1957 confirma la tendencia inalterable del proceso de proletarianización a incrementarse de manera progresiva y a convertirse en una característica permanente de la sociedad de plantaciones o del capitalismo de plantaciones neocolonial». [Jorge Ibarra Cuesta, *Cuba: 1898-1958. Estructura y procesos sociales*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1995, p. 240.] Por otra parte, para esa fecha, tanto los análisis de la Conferencia para el Progreso de la Economía Nacional, de 1948, como el Informe «Truslow» permitían concluir que los salarios elevados de los trabajadores cubanos eran el principal obstáculo para atraer inversiones extranjeras y propiciar las nacionales. Sus recomendaciones comprendían la creación de un clima de confianza con la Confederación de Patronos, la autorización de las relaciones directas entre las organizaciones obreras y patronales sin intervención del Estado, la legitimación del despido compensado y la neutralización y disminución de las conquistas obreras. Un verdadero programa de acción contra la Constitución de 1940 y el perfil de la política populista, que es preciso poner en relación con el golpe de Estado de Fulgencio Batista en 1952. [Ver Germán Sánchez Otero, «La crisis del sistema neocolonial en Cuba: 1934-1952», en ob. cit.]

El otrora líder estudiantil utilizó siempre la expresión «Revolución Cubana» como un continuo histórico-ideológico, que alcanzaba su cumbre en el nuevo texto legal. Siendo el PRC(A), en rigor, un partido reformista, como la mayor parte de los presentes en la Convención Constituyente, se presentó a sí mismo como el revolucionario por antonomasia, como su partido lo era así de la Revolución Cubana, y dejó explícito su proyecto de país: un capitalismo nacional, democrático y social.

Desde 1933 y hasta la futura ruptura más de una década después, considerará al profesor de fisiología como el «jefe de la Revolución». Durante la Convención construyó con verosimilitud la coherencia sin fisuras entre Grau y Guiteras, se sirvió de este último para incorporar en su nacionalismo la apuesta de él por una vía no capitalista de desarrollo, presentó como contrarios el nacionalismo revolucionario y el comunismo, ante la incapacidad de los propios comunistas, en ese momento, de conseguir una fusión entre ambas corrientes. Recordó a los comunistas su oposición a Guiteras, y aseguró que el fundador de Joven Cuba, de no haber sido asesinado por órdenes de Batista, estaría sentado en un banco de la Convención bajo el liderazgo de Grau San Martín.

En la particular manera de Chibás de trazar el mapa político de la Asamblea –y del país–, a su izquierda solo quedaba la nada. El PCC, que asistió a la Convención Constituyente bajo el nombre de Unión Revolucionaria Comunista, sería descalificado como revolucionario, según se desprende de su pensamiento, por su vocación «totalitaria». De hecho, los debates más largos, a veces insufribles, sobre todo mientras estuvo la Convención presidida por Grau, tuvieron como contendientes a Chibás y a la bancada comunista, en particular a Blas Roca.

Siendo fiel al programa fundador de su partido, y al específico para la Constituyente, Chibás, a quien Salvador

García Agüero acusaba de querer pronunciar «discursos históricos» y solo conseguía «discursos histéricos», mostraba no obstante mucha coherencia a la hora de defender el tríptico de la plataforma Auténtica: antimperialismo, nacionalismo y socialismo.

## **El antimperialismo como soberanía nacional y liberación económica**

El antimperialismo había sido el pregón de la Revolución del 30 al denunciar el *status* colonial al que había reducido a Cuba la dependencia de los Estados Unidos, con el «sacrificio de los intereses más vitales de la sociedad cubana». Expresado por el PRC(A), el núcleo de este sentimiento se encontraba en el derecho a la autodeterminación de las naciones, a la conquista de la independencia política nacional y a su liberación económica, quiere decir, a «nacionalizar» sus riquezas, en el sentido de «cubanizarlas», o sea, que fuesen cubanos sus propietarios.

El populismo latinoamericano entendió la industrialización como sinónimo genérico de desarrollo económico. Ella sería en los hechos diversificación económica, pero esta equivalía a confrontar el control de la inversión extranjera sobre la economía nacional, si quería de veras dominar sectores rígidamente sometidos a la dependencia exterior, propiciada a lo largo del modelo de «crecimiento hacia afuera», favorecedor de las oligarquías exportadoras. El nacionalismo antimperialista fue el corolario ideológico de esta necesidad, que reelaboró contenidos de varias fuentes y produjo el mito de la burguesía nacional.

Guillermo Martínez Márquez explicaba el sentido preciso de «nacionalizar» en la plataforma del PRC(A) para la Constituyente:

Nuestro título de poseedores de Cuba es hoy, más que precario, nominal. Nuestro país está ocupado por un

capital invasor evaluado en más de mil quinientos millones de dólares, y expresamos en dólares la cantidad invasora, para mejor demostrar la ausencia de nuestros propios valores fiduciarios, que no son propios en ningún sentido. El sesenta por ciento de nuestras tierras cultivables, las grandes líneas de ferrocarriles, los servicios públicos, nuestra riqueza minera están en manos de ese capital. La tercera parte de nuestro presupuesto se destinaba (en 1935) a satisfacer la deuda exterior, casi siempre impuesta obligatoriamente. Las actividades secundarias, como el pequeño comercio, están igualmente controladas por intereses extraños. Los altos empleos de las compañías privadas son desempeñados también por extranjeros. Aún en las humildes labores, el trabajador nativo sufre la competencia extraña, y las compañías extranjeras importan grandes masas de trabajadores que contribuyen a la depreciación de los jornales y al descenso del nivel cultural e higiénico de nuestra población.<sup>9</sup>

El populismo confió a un Estado crecido en funciones y medios la resolución de los conflictos provenientes de la sobreexplotación del trabajo, típica del subdesarrollo, y de la puja de los intereses «nacionales» contra el latifundismo exportador criollo y contra la propiedad foránea de las riquezas. El Estado sería así el fetiche del deseo, el demiurgo de la posibilidad, el depósito de la conciencia misma de la «burguesía nacional». Por ello, se le consideraría capaz de regular las consecuencias «injustas» provenientes del libre desenvolvimiento de las relaciones capitalistas de producción y de servir de garantía para «nacionalizar» la economía y para «desarrollarla».

<sup>9</sup>Guillermo Martínez Márquez, «El Autenticismo Revolucionario en la teoría y en la realidad», en *Los partidos políticos y la Asamblea Constituyente*, Club Atenas, La Habana, febrero 13, mayo 15, 1939, p. 305.

Esta doctrina hizo la apología del carácter neutral del Estado, árbitro entre las clases, instrumento de conciliación, garante de la paz social, pero lo desnudó como un instrumento al servicio del «capitalismo nacional»: el Estado tenía que invertir, garantizar, proteger, incentivar, material y directamente, este tipo de desarrollo. Por tal razón, demanda crear instrumentos públicos de intervención directa en la economía, desde los bancos centrales hasta bancos de fomento agrícola e industrial, pasando por una diversidad de expedientes de control y estabilización de precios, de promoción del consumo de clases populares para ampliar el mercado interno y de transferencia de recursos destinados a la promoción de sectores no tradicionales.

El acápite sobre la propiedad del texto constitucional de 1940 es, particularmente, el lugar donde quedó consagrado este credo: el servicio a lo nativo que preconiza la «cubanidad» Auténtica. El Estado cubano reconoció la existencia y legitimidad de la propiedad privada en su más amplio concepto de función social, consagró su posesión sobre el subsuelo, fijó condiciones de interés social para la explotación de la tierra, los bosques y el subsuelo, al igual que para la utilización de las aguas, los medios de transporte y con toda otra empresa de servicio público; conservó el derecho de tanteo sobre cualquier adjudicación o venta forzosa de inmuebles y de valores inmobiliarios, proscribió el latifundio y declaró como propiedad familiar, con carácter irrevocable, las fincas rústicas explotadas directamente por el padre de familia, siempre que su valor no excediese de dos mil pesos.

El texto constitucional creó la banca nacional, urgencia explícita después de la crisis de 1929, que reclamó contar con un signo monetario independiente y un Banco Central –desde principios de los años 30 y hasta 1951 en nuestro país circulaban tanto el dólar norteamericano

como el peso cubano. Sobre este tema, Chibás es copioso en el debate sobre la liquidación de la moratoria hipotecaria. Él defendía esta ley «porque era preciso evitar los grandes remates de centrales azucareros en masa; porque un interés nacional, indiscutible, aconseja darles facilidades extraordinarias a los deudores». Pero la medida que tiende a favorecer a los adeudados del país, «en ningún sentido puede traducirse en beneficio de clases particulares que afecten el crédito de la República». Significa la oportunidad óptima, según él, para instaurar en ese contexto la banca nacional. La manera más efectiva de contrarrestar la actitud agresiva de la banca extranjera e «impedir que sigan campeando por su respeto en la economía nacional los grandes bancos extranjeros, es fundamentalmente, anteponiendo a esa banca extranjera, una banca nacional».<sup>10</sup>

Ese antimperialismo burgués, por intentar nacionalizar la economía, buscó nacionalizar también las direcciones de los organismos representativos del Estado, de los partidos y de los sindicatos. De ello dan cuenta las propuestas de Chibás: los senadores, como los directivos sindicales, han de ser cubanos por nacimiento. En el caso de los sindicatos, su tesis se oponía a la idea de los comunistas. Para estos, a las direcciones sindicales podían integrarse además los trabajadores extranjeros naturalizados como cubanos, credo esencial del internacionalismo obrero.

La misma necesidad está en el fondo de otro debate: Chibás comparte la proposición de los comunistas de aprobar de modo obligatorio «aprendices en toda clase de trabajo que requiera conocimientos técnicos», porque ello concedía posibilidades de empleo y de capacitación

<sup>10</sup>*Diario de sesiones de la Convención Constituyente de 1940*, n. 57, vol. II, p. 12.

cerradas hasta ese momento. El delegado Auténtico lo defendía así:

[...] hay una serie de industrias que emplean técnicos extranjeros sin darle ninguna oportunidad de entrar en ellas al cubano nativo. [...] Esto se confronta de manera especial en industrias de servicios públicos, de ferrocarriles, en los grandes centrales azucareros, etc. Los cubanos están perfectamente capacitados, con un aprendizaje adecuado, a satisfacer cumplidamente esas funciones que hoy desempeñan los extranjeros.<sup>11</sup>

Por lo mismo, era preciso nacionalizar la educación. La polémica sobre el tema, bajo el rótulo «por una escuela cubana», recorrería la década de los 40.<sup>12</sup> La discusión específica sobre este particular ventilado en la Convención Constituyente aporta una clave para entender el contenido ideocultural de tal antimperialismo, cuando polemiza sobre la compatibilidad entre los conceptos de «cubanidad» y «solidaridad».

La oposición a ese planteamiento la desarrolló Orestes Ferrara: «el nacionalismo no es internacionalismo. La solidaridad humana es el internacionalismo; la cubanidad es el nacionalismo».<sup>13</sup> El debate proyectará la sombra de otras controversias entre internacionalistas *versus chauvinistas*, y será resuelto en la versión de una «cubanidad» abierta. Carlos Prío argumentó que esta no podría confundirse «con el criterio agresivo de los pueblos conquistadores que hacen de su unidad nacional el mayor obstáculo para la libertad de los otros pueblos».<sup>14</sup>

<sup>11</sup>*Diario de sesiones de la Convención Constituyente de 1940*, n. 67, vol. II, p. 19.

<sup>12</sup>Ver: Katia Figueredo, «La polémica educacional de los años 40 en Cuba», en *Temas*, n. 56, octubre-diciembre de 2008, pp. 184-195.

<sup>13</sup>*Diario de sesiones de la Convención Constituyente de 1940*, n. 45, vol. II, p. 15.

<sup>14</sup>*Ibidem*.



La cubanidad era entonces un nacionalismo y no un *chauvinismo*: ni movimiento defensivo ni movimiento expansionista. Chibás secunda a Prío mientras ahonda en el ideal democrático:

No existe esa contradicción que señala el señor Ferrara, porque precisamente, frente a un período de inquisición, a un período de persecución y de opresión o de asalto por un gobierno a otros pueblos libres de la tierra, los principios de solidaridad [...] estarán del lado de la cubanidad en defensa de esa cubanidad, y en contra de la inquisición, de la persecución y del asalto a los pueblos libres de la tierra.<sup>15</sup>

El intercambio concluirá aprobando incluso que «en todos los centros docentes, públicos o privados, la enseñanza de la Literatura, la Historia y la Geografía cubanas, y de la Cívica y de la Constitución, deberá ser impartida por maestros nacidos en Cuba y mediante textos de autores que tengan esa misma condición» (Artículo 56/1940). En tal comprensión, él es un ferviente defensor de nuestra pedagogía:

Ha sido evidentemente abandonado el magisterio, y por ello ha constituido el precepto una necesidad extraordinaria en defensa de la cultura nacional porque tiene en sus manos creativas la infancia, y es por ello que la Asamblea debe saber corregir esa deficiencia, más exagerada en el caso del maestro, que en cualquier otro caso; y la manera de corregirlo es fijando la millonésima parte del presupuesto nacional como sueldo del maestro.<sup>16</sup>

<sup>15</sup>Ibídem, p. 13.

<sup>16</sup>*Diario de sesiones de la Convención Constituyente de 1940*, n. 65, vol. II, p. 6.

Esa propuesta fue suscrita. La discusión no pierde de vista la valoración económica de la educación: constituye otra vía de redistribución del ingreso, de compensación no salarial, dirigida al corazón de las clases trabajadoras, base de la alianza nacional-populista.

Buena parte del antimperialismo burgués es a la vez anticomunista: el Autenticismo cubano constituye una prueba firme de ello. Sin embargo, si algo le es consustancial al populismo es su ambigüedad y su intrínseca contradictoriedad. Sus partidos suelen poseer espectros de una derecha encajable en los moldes tradicionales de la dominación –en el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) será la tendencia de la fracción granburguesa de Millo Ochoa–, hasta zonas de una izquierda filomarxista, o cercana de algún modo a estos postulados, dirigida por clases medias y proyectada hacia las bases populares. Chibás resulta un caso típico de esta última: hacendado cafetalero muy pudiente, heredero acaudalado, defensor de modelos burgueses de desarrollo, radicalizado por los proyectos de clases medias y comprometido con intereses populares, por un lado, y antisoviético convencido por otro, que distingue a los comunistas de partido respecto de los que considera «verdaderos marxistas».

La moción presentada por Chibás a favor de Finlandia, invadida por la Unión Soviética en el contexto del reparto geoestratégico de la Segunda Guerra Mundial, funcionó primero como solidaridad ante la agresión a una «pequeña nación», situación que compartía con Cuba, pero sobre todo en el recurso para entablar otro proceso contra el «imperialismo soviético» ante la opinión pública cubana que seguía en vivo, a través de dos estaciones de radio, los debates de la Constituyente.

Lejos aún de la Guerra Fría, y de la universalización del anticomunismo más primario, esta denuncia es exhaustiva: hace la larga lista de los crímenes de los Procesos de Moscú y explica la transformación del proceso soviético en un régimen de terror. Asimismo, elogia

enardecidamente a Trotsky y a los bolcheviques de la época revolucionaria, que presenta como incompatibles con los burócratas que habían dominado el curso pos-revolucionario, a la vez que diferencia entre los comunistas cubanos, como Mella, de los que consideraba acólitos de Moscú.<sup>17</sup> Él había sido amigo de marxistas como Gabriel Barceló, Leonardo Fernández Sánchez, uno de los fundadores del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) y admirador de Mella.

La crítica al socialismo soviético en Chibás se vale en ocasiones de la argumentación trotskista, rinde culto a los marxistas «verdaderos» –mientras ofende sin recato a los convencionales comunistas de la Asamblea–, pero es siempre liberal. Al respecto afirmó que con esta postura, Marinello y Roca no defendían el comunismo «sino a la burocracia infame que traicionara todos los postulados marxistas y leninistas, que se ha adueñado del Estado ruso para explotar sin escrúpulo ni pudor a las grandes masas de campesinos que no tienen derechos de ninguna clase, ni siquiera el derecho a la vida».<sup>18</sup>

<sup>17</sup>La respuesta primera de Blas Roca a la provocación fue otra especie similar: presentó otra enmienda que exigía la aclaración de cuentas de fondos dedicados a la Revolución presuntamente en manos de Grau. Ante la falta de atención de la Asamblea sobre este particular, encaró directamente el tema con toda razón: «El señor Chibás está haciendo política desde los escaños de la Asamblea. He ahí el sentido de la moción del señor Chibás». «El señor Chibás dice que defiende la libertad y la independencia de un pueblo con este mensaje, y en las narices nuestras tenemos la base naval de Guantánamo, que es parte de nuestra soberanía, que no nos pertenece. Bien está que nos adentremos en los asuntos lejanos, pero bien está también que limpiemos nuestra casa, que miremos a nuestro alrededor, que limpiemos la viga del ojo propio antes de ver la paja del ojo ajeno», a lo que Roca agregaba un hecho incontrovertible: la existencia de una multitud de pequeños países agredidos sin que la Asamblea se molestase en declararles solidaridad. *Diario de sesiones de la Convención Constituyente de 1940*, n. 14, vol. I, p. 19.

<sup>18</sup>*Diario de sesiones de la Convención Constituyente de 1940*, n. 14, vol. I, p. 45.

Eusebio Mujal, ex trotskista, delegado Auténtico a la Convención –y quien dirigiría las sindicales únicas bautistas después del Golpe de 1952–, abundó en apoyo a Chibás:

¿Acaso no sabemos comprender las diferencias que existen entre un régimen democrático-imperialista (Francia, Inglaterra) o bien un régimen fascista (Alemania e Italia) y un régimen pseudosocialista, de rapacidad imperialista igual a los anteriores como es el régimen actual de la U.R.S.S.? Pero aunque estos tres regímenes sean distintos, ¿no debemos defender la libertad de los pueblos del mundo, frente a las voraces invasiones de cualquiera de estas tres modalidades de opresión?<sup>19</sup>

### **El nacionalismo burgués populista como «nacionalismo revolucionario»**

El nacionalismo Auténtico se autorreconoce como «nacionalismo revolucionario», según lo hace el propio Chibás.

El nacionalismo revolucionario marxista, elaborado dentro del Partido Comunista, tenía una escasa y controvertida historia en la figura de Julio Antonio Mella y, en menor medida, en Rubén Martínez Villena, pero se produciría en Cuba, en lo esencial, fuera del comunismo oficial. Este nacionalismo marxista concibió la confluencia de la corriente de independencia nacional con el proyecto de liberación social desde un enfoque heterodoxo respecto al marxismo distribuido por la URSS en su época: «La causa del proletariado es la causa nacional», aseguraba Mella.<sup>20</sup>

<sup>19</sup>Ibídem, p. 57.

<sup>20</sup>Julio Antonio Mella, «Los nuevos libertadores», en Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba, *Mella. Documentos y artículos*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 123.

La lucha contra el imperialismo de todas las fuerzas y tendencias, desde las obreras y campesinas hasta las burguesas nacionales (aunque estas en su mayoría sean capaces de traicionar) es la lucha más importante en el momento actual [...] Cualquiera que sea el futuro de Cuba [...] tenemos el deber de plantear el «problema nacionalista» para unos, el «social» para otros, pero antimperialista para todos.<sup>21</sup>

Sin embargo, después del VI Congreso Mundial de la Internacional Comunista, de 1928, los comunistas podrían considerarse cualquier cosa menos nacionalistas. En esa coyuntura, el pensamiento de Mella obtuvo escaso eco, cuando se lo compara con el alcanzado por la doctrina nacionalista y socialista, mas no marxista, de Antonio Guiteras, pero sobre todo con la prédica nacional-populista expresada por Chibás.

Benedict Anderson entendió el nacionalismo como el artefacto cultural de una clase particular, para enfatizar el elemento de invención que interviene en la construcción de las naciones.<sup>22</sup> El contenido del nacionalismo popular-populista cubano queda muy bien explicado en una frase de Marinello, expresiva de la ingeniería social operada por el nacionalismo: «No el nacionalismo de banderas ni de himnos: el nacionalismo como satisfacción legítima de las necesidades de la masa que encara la nación».<sup>23</sup>

En 1940 el nacionalismo busca incluir en el espacio nacional desde los trabajadores hasta los negros, pasando por todas las clases biosociales, como les llama

<sup>21</sup>Julio Antonio Mella, «Carta a Gustavo Aldereguía», *ibídem*, p. 258.

<sup>22</sup>Ver: Benedict Anderson, *Las comunidades imaginarias*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

<sup>23</sup>*Diario de sesiones de la Convención Constituyente de 1940*, n. 45, vol. II, p. 16.

Edgar Morin: reconoce la igualdad civil de la mujer casada, suprime las diferencias entre los hijos, condena la discriminación racial, se pronuncia sobre problemas de la juventud estudiantil, desde la enseñanza primaria hasta la universitaria.

En materia laboral, el espectro de los nacionalistas, comunistas y reformistas en general consagró una legislación social a la altura de los mayores desarrollos de la época: considerar el trabajo como un derecho inalienable del individuo, garantizar un salario o sueldo mínimo, retribuir igual salario por igual trabajo; prohibir los descuentos no autorizados y el pago en vales, fichas y mercancías –característica común en las economías subdesarrolladas de la época–; establecer seguros sociales como derecho irrenunciable e imprescriptible de los trabajadores y por accidentes laborales y enfermedades profesionales, a expensas de los patronos y bajo la fiscalización del Estado; fijar la jornada máxima semanal en cuarenta y cuatro horas; conceder el descanso retribuido de un mes por cada once de trabajo; proteger la maternidad obrera, extendiéndola a las empleadas; reconocer el derecho de sindicación a los patronos, empleados privados y obreros; regular los contratos colectivos de trabajo; admitir el derecho de los trabajadores a la huelga y el de los patronos al paro y establecer la participación preponderante en el trabajo del cubano por nacimiento.

En los debates de la Constituyente, Chibás hace su programa de fe nacionalista en la discusión sobre una gran diversidad de temas.

Para algunos comentaristas, la polémica sobre la bandera del 4 de septiembre es un tópico de afirmación nacional,<sup>24</sup> pero se trata también de la disputa por el capital

<sup>24</sup>Ver: José Ignacio Rasco, «Nacionalismo en la Constitución de 1940», en *La Constitución de 1940, Ciclo de Conferencias* [s. ed.], Miami, 1991.

simbólico de la revolución popular antimachadista. Cuando Blas Roca defiende esa bandera como la «bandera de la Revolución», por considerarla un «timbre de orgullo», está propugnando una posición inducida por Fulgencio Batista, con quien el Partido Comunista había formado coalición para asistir a la Asamblea, para legitimar que la Constituyente era también un fruto revolucionario del movimiento militar por él encabezado. En los hechos, resultaba una manera de escribir el nombre de Batista en los créditos de una Revolución que así sería ininterrumpida hasta 1940. La convocatoria a la Constituyente, que Batista supo trabajar con mucha habilidad, construyéndose una reputación de demócrata y de hombre con preocupaciones sociales, había sido el resultado de la confluencia de muchos factores, pero no borraba su historial represivo y de agente de la política norteamericana. La oposición de Chibás a la posibilidad de izar la bandera del 4 de septiembre junto a la nacional en sitios oficiales fue tan virulenta como suya. Con ese fin, repasó toda la historia mambisa y libertadora, mas en el fondo el problema quizás estaba en otra parte: era imposible que se le escapase la importancia que tendría aprobar un homenaje, aunque indirecto, legitimante de la trayectoria de Fulgencio.

Chibás, surgido al calor de las batallas políticas en el seno del Directorio Estudiantil Universitario (DEU) de 1927, como parte de las luchas del estudiantado contra Machado, hizo una abierta defensa de los ideales de la enseñanza superior: la autonomía universitaria, la responsabilidad gubernamental en el mantenimiento económico de la Universidad y la recuperación del patrimonio físico de esta. Dichas discusiones no están desvinculadas de preocupaciones que exceden las demandas de esa institución docente, y se presentan bajo la enorme sombra del nacionalismo popular-populista: Él se opone a que la Universidad sea un «Estado dentro

del Estado», pero confía en esta para brindar servicios sociales, accesibles a todos y con calidad, como no cree en la prestación estatal del servicio. El Hospital Calixto García no ha de ser solo una escuela para estudiantes de Medicina, sino un centro asistencial de la mayor categoría para sectores populares. En otro de sus planes, el de crear un Instituto de Enfermedades Tropicales, se halla presente la misma cosmovisión: una propuesta sanitaria, de nivel científico y acogida popular, que coloque a Cuba en el ámbito natural de las enfermedades propias del Caribe y que aspire a convertirla en referencia internacional sobre el tema.

El complejo de su discurso haría de él, con el tiempo, un político nacionalista a la usanza latinoamericana, distintos en sus especificidades pero con matrices comunes: estaría ubicado, tratando de aportar rasgos propios, en la estela dejada hasta hoy por el aprismo, el cardenismo, el peronismo, el varguismo y el populismo de Paz Estensoro en Bolivia, de Velasco Ibarra en Ecuador y de Jorge Eliécer Gaitán en Colombia.

Con todo, una mala interpretación del populismo lo ha transformado en sinónimo de crasa demagogia. Esta idea desconoce cómo el populismo contribuyó a instituir un país de ciudadanos allí donde solo habitaban súbditos, a reelaborar las relaciones prevalecientes de dominación a través de una mayor y distinta participación política –aunque dejase intactas las bases económicas de reproducción del sistema–; a configurar la expresión de los intereses económicos como una ética positiva, republicana, de derechos y deberes; a ampliar, estructurar y fijar el concepto de «pueblo»; a incorporar a grandes masas populares –que no pudieron conquistar los socialistas y menos los comunistas– a la actividad política; a reivindicar intereses populares y nacionales cuando el stalinismo calificaba de fascista o socialfascista cualquier variante que considerara «populista» y a



generar ciertos desarrollos materiales en las condiciones de vida de grandes masas poblacionales.

Por otra parte, la precaria comprensión de la relación líder carismático-masa popular no entiende bien el problema de las mediaciones cuando afirma que estas son inexistentes o muy limitadas –en el populismo– para poder dejar abierto el camino al liderazgo clientelar. Esa tesis no toma en cuenta que el populismo rompía con la clave tradicional individualizada del clientelismo, de inclusión vertical de las *personas* en la política.<sup>25</sup> En el clientelismo solo existía el patrono y el cliente. El populismo introdujo a las organizaciones de trabajadores como sujetos de la relación, con la convocatoria no a individuos sino a sujetos de clase. Ciertamente, el populismo contuvo un sindicalismo corrupto –charros en México, pelegos en Brasil, cetekarios (mujalistas) en Cuba–, pero indica un tipo de relación construida con organizaciones sobre una base distinta al caudillismo tradicional oligárquico.

En ese pensamiento, el pueblo es un agregado nacional, heterogéneo, nombrado en verdad con gran abstracción, pero instituido a partir de la organización del trabajo: sistema de derechos laborales, sindicatos, asociaciones obreras y campesinas, partidos políticos con referencias de clase. El mismo es imaginado así como una comunión de individuos con derechos universales de representación. En conjunto, enfrenta a un enemigo externo que agrede y expolia al país, lo que unifica al pueblo a partir de conceptos como «unidad nacional».

<sup>25</sup>Ver: Carlos M. Vilas, «¿Populismo reciclado o neoliberalismo a secas? El mito del «neopopulismo» latinoamericano», en <http://catedras.fsoc.uba.ar/toer/articulos/txt-vilas03.html> (fecha de descarga: 2 de febrero de 2009) y Nicos Mouzelis, «Populismo y clientelismo como modos de incorporación de las masas en sistemas políticos periféricos», en *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*, Carlos M. Vilas (comp.), ob. cit.

Como es propio en su filosofía, Chibás protege a los trabajadores desde un enfoque asistencial y paternalista, pero defiende con radicalidad su derecho a la organización, así sea bajo la bandera comunista. En este sentido, el futuro líder ortodoxo se manifestó en la Convención Constituyente en contra de la asociación de los patronos. En este punto, Ferrara defendía el derecho a la libre sindicalización, que suponía también la libertad del obrero para no sindicalizarse. Prío, en la misma órbita de Chibás, le inflige al viejo liberal una lección de las corrientes del liberalismo democrático de los años 40:

El liberalismo ha sufrido transformaciones que lo han actualizado al compás de los resultados funestos de la libre contratación para las clases desposeídas de todos los países. Frente a ese derecho de sindicalizar libremente [...] está la previsión del legislador, que sabe que al sindicalizar por la mayoría, se opone al sindicato pequeño del patrono, que encuentra fácilmente en las masas desposeídas, y fáciles al soborno, cuando no tiene conciencia de sus derechos, el hacer otro sindicato, que sirva siempre para destruir las mejoras y ventajas que ha obtenido el gran sindicato formado por las mayorías.<sup>26</sup>

La unidad nacional, la cooperación entre las clases, la justicia social, con el corolario del enfrentamiento al enemigo externo, constituyen la identidad del sujeto pueblo, sujeto por definición de la Revolución y convierte al nacionalismo en la amalgama que cifra el conjunto.

<sup>26</sup>*Diario de sesiones de la Convención Constituyente de 1940*, n. 66, vol. II, pp. 19-20.

## El socialismo como hipótesis del Estado de Bienestar

El credo populista sigue el canon de la democracia liberal, pero busca *completarla* con un corrimiento hacia el parlamentarismo, la democracia social y la participación económica. En las páginas que siguen se recogen, y discuten, el compromiso demoliberal de Chibás en materia de la institucionalidad política democrática, en sentido estricto.

El socialismo Auténtico es sinónimo genérico del capitalismo de Estado. La propuesta chibasista se hará firme después en el lenguaje político con los conceptos diversos, pero relacionados entre sí, de Estado de Bienestar y Estado Social. Se trata de la confluencia del pensamiento democrático y populista en una especie de socialdemocracia en clave cubana. Roosevelt había asegurado en la fecha: «el hombre necesitado no es un hombre libre». Su discurso es también una de las traducciones al lenguaje vernáculo de la política del Nuevo Trato del estadista norteamericano.

En su apología del Estado instrumental, máquina construida para el progreso y la conciliación social, encuentra la legitimidad estatal en el antiguo venero de la *utilidad social*. De ahí surgirán necesidades propias: intervención gubernativa en el mercado, funcionamiento de un sistema institucional con plena separación de poderes, canalización de la oposición en una vía institucional multipartidista, meritocracia, élites políticas, sufragio universal, régimen de mayorías, sistema representativo de gobierno, burocracia técnica.

Juan Clemente Zamora explicaba la doctrina a su manera:

Puesto que el fin último del Estado es asegurar la felicidad común; y puesto que la felicidad es, en gran parte, un fenómeno subjetivo, solo tomando como decisión final la opinión libremente expresada por todos los

miembros del agregado social puede llegarse, razonablemente, a determinar el contenido de las normas jurídicas que mejor satisfacen las apetencias y deseos colectivos, y solo pueden del mismo modo elegirse los hombres que mejor cumplen esos deseos y satisfacen esas apetencias.<sup>27</sup>

En la Convención, Chibás critica la forma de gobierno presidencialista, sistema que en su opinión había fracasado en Cuba, por hacer más viable la dictadura. En su lugar, defiende el modelo semiparlamentario como el más democrático –fue el instaurado por la Constitución de 1940, aunque en la práctica posterior siempre funcionó con fuerte sesgo presidencial–, criterio que lo lleva a propugnar la renovación cuatrienal del Congreso, en lugar de la bienal, y a proteger la institución de un Congreso bicameral como clave de equilibrio en la representación de intereses populares y sectoriales, en contraste con la propuesta, de Juan Marinello, de ampliar la membresía del Senado para conseguir un –imposible– «Senado popular» –aunque en realidad el escritor y convencional comunista hubiese preferido un parlamento unicameral, según sus propias declaraciones.

El modelo de un Estado técnico incluye una burocracia especializada. En todo momento Chibás defiende la racionalización del Estado, el decrecimiento del aparato burocrático del mismo, cuando apoya reducir el número de concejales municipales y se opone a lo que signifique el aumento de magistraturas estatales, por el consiguiente incremento en las cargas económicas públicas, al igual que solicita protección y garantías para los empleados oficiales.

El convencional Auténtico no solo asegura la libertad de expresión, sino condena su regulación de una manera

<sup>27</sup>Juan Clemente Zamora, «Nuevas orientaciones en materia constitucional», en *Los partidos políticos y la Asamblea Constituyente*, Club Atenas, La Habana, febrero 13, mayo 15, 1939, p. 26.

no «suficientemente amplia». Busca insertar en la redacción de una propuesta sobre la libertad de expresión, además de los folletos y periódicos, el caso de las transmisiones de radio. (Recuérdese que, con el tiempo, él hará un uso pionero de la radio entre los políticos de su época.) Por otra parte, se manifiesta contra la pena de muerte, en el orden general, pero la aprueba para los casos específicos de traición a la patria o de espionaje enemigo en tiempo de guerra.

El debate sobre la prohibición de las confiscaciones tiene en él un decidido defensor de los derechos individuales contra el arbitrio estatal. La propuesta de prohibir «la pena» de la confiscación, para él significaba que se impedía solo la que pudiese ordenar el poder judicial, pero, en cambio, dejaba la puerta abierta al Ejecutivo para hacerlo. Según su previsión, un futuro dictador podía usar el recurso confiscatorio como represalia contra la oposición. Por ello, califica la prohibición exclusiva de la *pena* de confiscación, y no de *toda* confiscación, de «antiliberal, antiprogresista y antidemocrática».

Para comprender el calado de la hegemonía del pensamiento demoliberal en la trama nacionalista cubana de esa fecha, resulta particularmente interesante la discusión sostenida en la Convención a partir de una enmienda presentada por José Manuel Casanova, prohibitiva «de las asociaciones, sindicatos, o cualesquiera otras organizaciones de orden político o social que impongan a sus miembros obediencia a autoridades u organismos distintos de los de la República, así como los conectados con organizaciones políticas o sociales extranjeras o de carácter internacional o contrarias al sistema democrático de gobierno».

En un contexto en que la mayor parte de la existencia del Partido Comunista, desde su fundación en 1925, había transcurrido en la ilegalidad, Blas Roca se opuso de inmediato al proyecto, tras denunciar que perseguía sentar las bases de la ilegitimidad del PC o de cualquier

otro partido de raíz popular, «que levante aquí la bandera de las reivindicaciones populares».

La argumentación de Chibás al respecto es sintomática por varias razones: da cuenta de la madurez de un pensamiento democrático burgués que conoce sus fortalezas; estimó más peligroso llevar al PC a la ilegalización que dejarlo con *status* legal. Pero su testimonio no es la única prueba de esa convicción. Rafael Guas Inclán, político vinculado primero a Machado y luego a Batista en los años 50, lo expresó con pelos y señales: «El comunismo es una idealidad de redención humana, perseguirlo es acrecentarlo; combatirlo es canalizarlo en el orden legal, dejarle la libertad de propaganda, la libertad de tribuna, la libertad de proselitismo, y la libertad electoral; si se le prescribe vivirá en la sombra, y entonces será peligroso porque tendrá la ira del agravio, del odio y del resentimiento».<sup>28</sup>

Esta estrategia política concesiva, alcanzable únicamente en un sólido sistema institucional, con base en cierta cohesión social, en determinada articulación entre el capital y el trabajo, y en un sistema económico con posibilidad cierta de expandir la estructura del ingreso, el empleo y el consumo, entre otros indicadores, mostraría en todo el mundo una fuerza corrosiva para integrar la disidencia, hacerla funcional al mismo, canalizarla en férreos márgenes y reprimir la oposición antisistémica.

La época de Chibás vive el auge de la democracia liberal de contenido populista en América Latina como el evangelio de la modernización social. En aquel mismo debate sobre la hipotética habilitación de la ilegalidad del Partido Comunista, él aseguró que ella no se dirigía solo contra este partido, sino también contra todas las organizaciones obreras, contra la libre organización de

<sup>28</sup>*Diario de sesiones de la Convención Constituyente de 1940*, n. 34, vol. 1, p. 27.

los trabajadores cubanos, y que constituía un ataque a la solidaridad internacional de la clase trabajadora.<sup>29</sup>

Esa comprensión de la democracia liberal en clave populista resolvía en América Latina grandes cuestiones. Permitió identificar masivamente al líder populista como el estandarte de los cambios, lograr la adhesión a su persona y no necesariamente a su partido, siempre dependiente de la posibilidad carismática de aquel –los observadores decían del PRC(A) que este no era otra cosa que Grau, como la fuerza del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) radicaba en su líder, según demostró la progresiva debacle de su partido tras su muerte en 1951.<sup>30</sup> Con ello, el líder populista servía de interfase entre las demandas de las clases trabajadoras y las de las clases capitalistas, desviaba las exigencias radicales hacia cursos reformistas de resolución de los conflictos; integraba «desde arriba» las clases populares al sistema político, hecho que las hacía dependientes de él y del Estado asistencial; les imponía una visión del éxito a corto plazo

<sup>29</sup>Ibídem, p. 26.

<sup>30</sup>Raúl Roa comprendía así la historia del partido de Chibás: «No es posible llamarse a engaño respecto a las similitudes aludidas entre el PRC (A) y el PPC [Ortodoxos]. Basta recordar simplemente que este viene de la misma cuenca. El movimiento ortodoxo surgió de las entrañas desgarradas del autenticismo bajo el signo del adecentamiento administrativo, con una perspectiva, una estrategia y una táctica puramente electorales. Es cierto que el PPC no ha pasado todavía por la prueba de fuego del poder y continúa siendo una esperanza para muchos; es cierto también que el autenticismo tiene tras de sí jornadas heroicas y logros fundamentales que le garantizan la supervivencia, a despecho de los errores, frustraciones y máculas imputables a sus gobiernos. No es ya, desde luego, un partido revolucionario; lo fue en superior proporción que otro alguno; pero pudiera tornar a serlo si el afán de lucha que ya anima a sus huestes –otrora aguerrida como pocas– adquiere cuerpo y espíritu en su más alta jerarquía. En eso sí se diferencia radicalmente del PPC, que nunca lo fue, ni lo es aún, ni parece estar en camino de serlo». Raúl Roa, «En torno al frente único», en *Viento Sur*, Editorial Selecta, La Habana, 1953, p. 238.

–obtenían más de las reuniones con el Ministro del Trabajo que a través de las batallas en cada empresa, con lo que despolitizaban las luchas obreras a favor de la administración de los conflictos, renunciaban a su identidad clasista, al perfil específico de la organización obrera y a la posibilidad de cambios estructurales.

Esa prédica combinatoria de democracia, desarrollo económico nacional y justicia social caló, como corresponde, muy hondo en la sociedad cubana. Cuando Chibás presentó, apenas unos años más tarde, a través del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) la pugna contra la corrupción como el antídoto a los males de la puesta en práctica del liberalismo democrático, definía al mismo tiempo el horizonte a alcanzar, sus desviaciones ciertas y, según él, todos sus remedios: el paquete político más atractivo de toda la República burguesa hasta entonces.

En ese contexto es preciso entender la posibilidad de un Estado de Bienestar en la versión cubana del capitalismo dependiente.

Al defender Chibás la legitimidad del aparato estatal como agencia técnica al servicio de la industrialización burguesa y de los intereses sociales, el uso políticamente correcto de la institucionalidad representativa, y medidas como la reforma agraria, al tiempo que repudiaba tanto el autoritarismo como la corrupción, él se convertía en el estadista de un Capitalismo de Estado sedicente. Sus calificativos de nacional, social y democrático pretendían nombrar lo que en realidad solo podía ser el estado deformado propio de un capitalismo deformado.

Chibás fue, a diferencia de Arango y Parreño, no un estadista sin Estado, sino el estadista de un Estado inviable. El golpe de Estado de Batista del 10 de marzo de 1952 es la prueba del agotamiento de un modelo que dudó de sí mismo desde su origen: en la Convención ni siquiera sus propios proponentes se creen del todo cuando



legislan de esa manera en materia social: la acusación de que existían «preceptos musicales» en la Constitución que aprobarán es la sombra de un escepticismo que duda, desde el principio mismo, de su efectividad y posibilidad de concreción.<sup>31</sup>

El ideal Auténtico reeditó en Cuba lo que Trotsky apuntaba de los socialrevolucionarios rusos, quienes se imaginaban que la futura revolución no sería ni burguesa ni socialista, sino «democrática», cuyo partido «se trazaba una senda, que pasaba entre la burguesía y el proletariado y se asignaba el papel de árbitro entre las dos clases». La práctica del PRC(A) corroboró, como recuerda Michael Löwy, la conclusión del autor de *La Revolución traicionada*: bajo una dirección burguesa, las conquistas democráticas, agrarias, nacionales, son limitadas, parciales y efímeras.

El Estado de Bienestar supone un estadio específico del desarrollo capitalista. Desde los años 60 del siglo xx, los trabajos de André Gunder Frank, entre otros, demostraron que el subdesarrollo era el tipo de desarrollo que podía tener, en el caso de su objeto de estudio, América Latina; que el subdesarrollo no era una etapa, sino una condición para el mantenimiento del desarrollo de los

<sup>31</sup>«La crisis de la competencia populista llegó de este modo a la crisis de la función reguladora del Estado. Con la dictadura de Batista este fue definitivamente privatizado por el capital financiero». «La crisis del Estado cubano fue precoz en el contexto latinoamericano, porque precoz fue el desarrollo del capitalismo, y porque aquel se identificó con el ciclo del azúcar en la fase de su agotamiento. La experiencia populista se basó esencialmente en un crecimiento interno de mediano plazo, la «cubanización», sin la ayuda del capital norteamericano. Cuando este decidió reorientar su estrategia, no pudo contar más con el aliado cubano. El desfase en el tiempo entre el comportamiento del capital cubano y el del capital norteamericano llevó al giro autoritario de Batista, el cual, deslegitimando la experiencia anterior, eliminó toda alternativa moderada». Antonio Annino, ob. cit., pp. 456-457.

países que ya conquistaron ese *status*.<sup>32</sup> El Estado de Bienestar –sea cual sea la estatura que alcance– es, por así decirlo, una estación de cierto tipo de desarrollo capitalista, al que corresponden específicas configuraciones sociales, desarrollos socioeconómicos, posibilidades de crecimiento en la acumulación y de redistribución a través de políticas sociales y determinados empoderamientos y articulaciones entre las clases trabajadoras.

Por todo ello, el Estado de Bienestar se presentó como inviable para los países subdesarrollados bajo las condiciones estructurales del capitalismo dependiente. En este contexto no pueden darse las circunstancias que originan el Estado resultante de un «pacto» entre capital y trabajo, pues «ni el proceso de acumulación, como asegura Carlos del Cabo, se configura de forma que demande aquellas intervenciones específicas del Estado, ni la clase trabajadora se constituye de forma que pueda imponer sus exigencias».<sup>33</sup>

Löwy argumenta sobre las consecuencias del modelo:

Ninguno de estos regímenes bonapartistas logró cumplir con las tareas de una verdadera revolución

<sup>32</sup>La idea esencial de este planteamiento es «la unidad mundial del sistema de explotación capitalista», que explica las relaciones centro-periferia o metrópoli-satélite, pero también, por ejemplo, las de ciudad-campo, capital-región, economía capitalista industrial-economía de subsistencia indígena, como eslabones de una sola cadena de explotación mundial. Por ello, «la causa del “subdesarrollo” ha sido la integración de América Latina al sistema capitalista mundial, empezando con la conquista». Ver: André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1970. Ver la continuidad de estos enfoques, entre otros, en Immanuel Wallerstein, *Sistema mundo y mundo sistémico*, Instituto de Estudios Nacionales, Panamá, 2002.

<sup>33</sup>Carlos del Cabo Martín, «Configuración constitucional del capitalismo avanzado: estado social y estado de derecho», en <http://www.bibliojuridica.org/libros/libro.htm?l=144> (fecha de descarga: 25 de enero de 2009).

democrático-burguesa: no resolvieron la cuestión agraria –sea porque no tuvo lugar reforma agraria alguna (Brasil, Argentina), sea porque no tuvo ascendente sobre los campesinos (Bolivia)–; no rompieron con el imperialismo ni obtuvieron una verdadera independencia nacional; sus planes de industrialización independiente fracasaron y la «burguesía nacional» eligió la vía de la asociación con el capital extranjero; finalmente, en ninguno de estos países se estableció una democracia estable.<sup>34</sup>

La crisis del populismo –acaso el *maximun* al que puede llegar un capitalismo dependiente con vocación de justicia social–, y del neopopulismo, hacen comprender que entre el populismo y el socialismo revolucionario no existe continuidad sino ruptura: o las transformaciones de orden político arrastran, y son arrastradas por las transformaciones de la estructura económica y de la base social del nuevo poder o son continuidad del populismo, con la persistencia consiguiente de sus límites.

La posibilidad de generar la ruptura es el tema clásico del marxismo: denunciar el principio general de dominación implícito en la fetichización del Estado que supone el populismo y cualquier otra ideología de la dependencia personal. Ello lleva a reivindicar el contenido del socialismo a partir del complejo de la autonomía de la persona, del control social del aparato estatal y de la ciudadanización de la política. Para este propósito, resulta imprescindible vincular la democracia con el socialismo desde una doble base: articular las reglas de procedimiento democrático, la ingeniería política de la democracia, con la sustanciación del universo representado

<sup>34</sup>Michael Löwy, «Transformación del Populismo en América Latina», en <http://www.scribd.com/doc/6805471/Michael-Lowy-Tranformacion-Del-Populismo-en-America-Latina> (fecha de descarga: 2 de febrero de 2009).

(la ciudadanía) y eludir, de ese modo, las falsas distinciones entre democracia formal y democracia material, para lograr su efectiva radicalización.<sup>35</sup> Asimismo, es perentorio conectar ese ideal democrático radical con la discusión sobre qué constituye el desarrollo, cómo lograrlo, y a quiénes ha de servir.

### **El significado político de la «vergüenza»**

La «verdad» de una teoría ha de medirse también por la historia construida en su nombre. Cuando se listan los límites de la Constitución de 1940 se ha subrayado la ausencia de la legislación accesoria que debía hacer cumplir la Carta Magna, pero el proceso mismo de desintegración del PRC(A), que Prío vino a sepultar como alternativa política, y la profundización de las tendencias al electoralismo, la demagogia, el clientelismo y la corrupción en la política cubana, hasta llegar a su virtual descomposición, han de ser considerados como la expresión material del límite del modelo político instaurado por aquella Carta Magna.

Ha gozado de gran persistencia la idea de que la causa del populismo se sitúa en la irracionalidad, ignorancia, emotividad y bastedad de la cultura política de las masas, que por esa razón siguen con fanatismo a un líder. Una continuidad de ese enfoque se haya en considerar la corrupción como un fenómeno de propensión psicológica, cuya clave está en el arbitrio del individuo, que puede elegir ser honesto. Pero lo que es cierto para una persona no lo es para un régimen social. De esta visión

<sup>35</sup>Ver aportes interesantes a esta comprensión en Cornelius Castoriadis, «La democracia como procedimiento y como régimen», en <http://www.inisoc.org/Castor.htm> (fecha de descarga 29 de enero de 2009), y Umberto Cerroni, «La democracia como Estado de Cultura», en Pedro Santana (comp.), *Las incertidumbres de la Democracia*, Ediciones Foro Nacional por Colombia, 1995.

no escapa buena parte de la historiografía revolucionaria que acusa a los gobiernos Auténticos como si todos los ladrones de Cuba se hubiesen puesto de acuerdo para militar en él. La corrupción no era ni un rasgo psicológico ni una deformación del sistema, sino su necesidad. En los hechos, resultaba el mecanismo de equilibrio del sistema: la condición de posibilidad de una política burguesa. La frase que aseguraba que la política constituía la «segunda zafra del país» lo explica bien: la corrupción mantendría abiertas las fuentes de la riqueza que no habían conseguido abrir por vías «económicas» los proyectos populistas.

La prédica de Chibás se ha tomado por algunos como un discurso «ingenuo» según el cual el remedio a todos los males cubanos se encontraba en la honradez. Este punto de vista es incapaz de comprender la capacidad de contagio de la doctrina de la Ortodoxia en la sociedad cubana y su seguimiento por los sectores más radicalizados de ella.

Por ello, él mismo contribuyó como nadie a desmontar la legitimidad del modelo que había defendido con ejemplar tesón en 1940. La gran masa cubana que secundó el lema de «vergüenza contra dinero» no seguía con obsecuencia a un orate, o una personalidad valiente. Tenía la certeza de que la «honradez» era el nombre de un programa mayor: cambiar el estado de cosas en el país, aunque no imaginasen hasta dónde los conduciría esa intuición. Chibás se encargó, como ningún otro político republicano, de llevar hasta el límite la convivencia del compañero y el señor, que pronto mostró su sólida fragilidad.

## TERCER DEBATE

### **Paula Ortiz (profesora de la Universidad de La Habana)**

Siempre se dice que la política de Guerra Fría devastó al PCC con los asesinatos, la persecución, la ilegalización, etc. Soy del criterio de que ese primer Partido Comunista de Cuba, independientemente de que no se disolvió como lo hizo el PC de los Estados Unidos –y por eso cuando se produce la rectificación, ellos no aceptan a plenitud la crítica de Duclós alegando que no habían seguido totalmente a Browder ni habían disuelto al Partido–, en la práctica, se destruyó. Posteriormente tuvieron que empezar a reconstruirse, proceso que demoró horriblemente.

Por otro lado, pienso que después de la influencia del browderismo en el Partido, este se autoaniquiló. Siguió existiendo como organización, pero cuando se aplica la política de Guerra Fría, ya no tiene suficiente prestigio en el país. Las políticas de alianzas que desarrolló y las posiciones asumidas le hicieron perder fuerza. Aunque es verdad que hay figuras en él como Blas Roca, Ordoqui, Carlos Rafael, que hacían análisis profundos de la realidad nacional e internacional, intervenciones muy objetivas.

Además, cuando se está llevando a cabo la política de Guerra Fría, el Partido prácticamente no domina la CTC y ellos mismos lo reconocen en sus asambleas, como sucedió en la de Santa Clara.

### **Ana Suárez (investigadora titular del ICIC Juan Marinello)**

Quisiera intervenir no a título de especialista, sino como consumidora de estas ideas, ya que trabajo

fundamentalmente las fuerzas del exilio en el período de 1930 a 1940, y desde esa perspectiva tengo algunas dudas que se hallan relacionadas con las temáticas aquí debatidas. Una de las cuestiones que me ha llamado la atención reside en que ni en la sesión de ayer ni en la de hoy se ha mencionado el término de neocolonialismo. Es decir, todo análisis de cualquier problemática entre 1902 y 1958 está sustentado por una estructura neocolonial, de la cual no se ha hablado. De acuerdo con mi percepción existe una articulación entre los fenómenos y la estructura neocolonial del país. Cuando nos referimos a los problemas continentales y del populismo, de la burguesía, del desarrollo del capitalismo debemos tomar en cuenta que en América Latina no hay un mismo nivel de desarrollo, y por lo tanto resulta difícil homologar los procesos a la hora de realizar un estudio. No es chovinismo, pero creo que Cuba constituye un caso muy peculiar que se sale del contexto de América y que requiere recibir un tratamiento diferente.

Otra de mis interrogantes tiene que ver con los primeros marxistas, en este caso con Martínez Villena, y está asociada a lo que se decía de las ingenuidades. ¿Cómo es posible, al margen de que en ese tiempo no había una conciencia del concepto *neocolonialismo*, se hable de sociedades coloniales y semicoloniales, se planteen como alternativa del cambio social, una política que se sostenga en el desarrollo de una fuerza incipiente e inexistente como el proletariado y que el propio sistema neocapitalista no va a propiciar su desarrollo? Esto, a mi juicio, es el primer punto débil, o sea, una falla de origen de todo ese pensamiento, independientemente de lo que hablemos de Mella.

Un hecho más que se encuentra vinculado a esto, consiste en que no podemos dejar de pensar que tanto el Buró del Caribe, el browderismo, como la Guerra Fría son corrientes políticas que vienen del agente neocolonial que no debemos desconocer.

En los momentos de exilio previo a la mediación, hay un grupo en Estados Unidos que llega a determinadas conciliaciones y la Junta Revolucionaria se pronuncia, se disuelve y le da camino al mediador en Cuba. No estoy tomando partido, sino expresando los acontecimientos como suceden. Esto tiene que ver con la política del neocolonialismo porque aceptaron la política del mediador.

La huelga de marzo de 1935, para la historiografía cubana, decapita al movimiento revolucionario cubano, lo aniquila; sin embargo, si uno lo mira desde afuera, desde el exilio, se aprecia la reconstrucción o el reordenamiento incipiente, inexperto, inefectivo, como sea, de esas fuerzas desde afuera para tratar de subvertir esa derrota. El revés, entre otros aspectos, había sido no solo el fracaso de la huelga, sino también que estas personas consideraron que ellos venían cometiendo errores desde 1930 cuando no ocuparon suficientemente las posiciones públicas que hubieran permitido realizar transformaciones en la sociedad, entre ellos Pablo de la Torriente Brau, figura que lamentablemente muere cuando menos debía, y que es el primero en denominar a Batista *dictador*. Con su deceso, se queda un vacío ideológico.

Marinello también lo hace en 1937, en un artículo publicado en los Estados Unidos cuando viene de España hacia Cuba, pero pensaba que la alternativa parlamentaria no era la salida para nuestro país en ese momento. Esa opinión coincidía con la de Pablo.

Al respecto, el historiador Mario Mencía presentó una ponencia en este mismo centro hace unos cuantos años con relación a las fuerzas marxistas o de izquierda de los pequeños grupos políticos que se fraccionaron después de la huelga de 1935 y cómo quedaron fuera de la Asamblea Constituyente. Es decir, que en esta, la voz marxista estaba de parte de los comunistas, con sus defectos, como ya todos hemos visto; pienso que defendieron en este contexto un proyecto de carácter nacionalista.



Esto es algo muy importante porque puede ayudar a completar más la visión un poco apocalíptica que hemos escuchado en la mañana de hoy y darle diversidad al pensamiento y al panorama de lo acontecido en aquella Asamblea.

No quiero concluir sin decirles que para mí, que no soy especialista en estos temas, uno de los grandes aportes que hace el pensamiento marxista en Cuba lo constituye el haber identificado, el haber estudiado el concepto de *clase social*. Creo que eso lo anotaría como el mayor logro de Rubén Martínez Villena, tratado en su informe «Cuba, factoría yanqui», y por otros marxistas posteriormente, los cuales determinaron dentro de esa estructura neocolonial cuáles eran las clases sociales que estaban actuando en Cuba, o sea, la caracterización de la estructura de la sociedad cubana desde una perspectiva marxista. Estimo que este resulta un tópico fundamental que no se ha trabajado, si bien es cierto que entre 1927 –cuando aparece «Cuba, factoría yanqui»– y 1941 pasa mucha agua por ese helecho. Efectivamente, como señalaba la doctora Paula, en el año 1941 Carlos Rafael cambia de parecer y afirma: «El proletariado es una clase que en este momento es débil, no tiene suficiente desarrollo, ni conciencia y consideramos que el cambio social en Cuba se va a producir por la alianza y la participación de las clases medias». Eso lo dice en el año 1941, luego de la Asamblea Constituyente. Se está reivindicando la discriminación también por las clases sociales, es decir, la reivindicación por la igualdad social, raza y sexo. Se proscribía la desigualdad a partir del concepto *clase*.

Ahora, después de 1959, desaparece del escenario, de la problemática o del pensamiento social este concepto. Somos una clase trabajadora y punto. No se hacen estudios de estructura social *a posteriori* dentro de un sistema y de una sociedad que está organizada desde

los principios del marxismo, cuando el concepto de identificación de clase social es el gran logro que no han podido eliminar, que no han podido oscurecer ni borrar ninguno de los especialistas del desarrollo del capitalismo hasta la actualidad. Todo el mundo tiene que ir a beber de nuevo a él para perfeccionar, mejorar, superar, transformar el capitalismo y estudiar los procesos. Si la distribución va a ser con arreglo al trabajo, a la participación en la bolsa del mercado laboral, etcétera, hay que referirse al concepto de clase; sin embargo, nosotros somos marxistas y hemos abandonado el estudio de las clases.

¿Cuál es mi preocupación en este sentido? Que hoy en día, en los últimos años del siglo xx y luego de la desaparición del campo socialista, han florecido los estudios sociales en Cuba, que, desde mi punto de vista, están dando una panorámica de los resultados o las consecuencias de las desigualdades dentro de una sociedad socialista sin haber estudiado la estructura social que presenta nuestro país, que es la que genera esa desigualdad. Por lo tanto, qué sucede al investigar las desigualdades: nos vamos con los instrumentos creados para analizar el desarrollo de las sociedades capitalistas contemporáneas, que no tienen nada que ver con nuestro desarrollo social. Examinamos la pobreza, la discriminación racial, etc., sin poseer la valentía de decir las causas reales que originan el fenómeno. Pienso que lo primero que tenemos que hacer es ser suficientemente críticos con nosotros mismos, estudiar nuestra estructura de clases como se encuentra actualmente, cuáles son nuestras debilidades y cuáles las alternativas de solución posible para las desigualdades sociales que está originando este sistema y no otro. Por lo tanto, creo que el aporte que podemos dar aunque sea débil y errático, matizado por las circunstancias, resulta imprescindible para buscar una vía que descubra las debilidades y que

permita adelantar o subsanar los defectos de nuestra sociedad, a fin de perfeccionarla desde bases objetivas y científicas.

**Josefina Mesa (profesora del Instituto Superior Pedagógico Enrique J. Varona)**

Quería referirme a algunas intervenciones que se han hecho aquí. Con respecto a lo que Daniel Fernández planteaba sobre el significado de la Revolución Cubana en los países de América Latina, en los programas de Historia de Cuba, pienso que todavía hay que ganar en profundidad, pero este aspecto está recogido en los distintos programas de esta asignatura cuando se estudia el tema relacionado con el triunfo de la Revolución.

En cuanto a la exposición de Paula Ortiz sobre el browderismo, considero que sería bueno comenzar su camino de divulgación con lo que se publique a partir de lo que ella ha presentado, lo que ha estudiado sobre el tópico. Su tesis de doctorado realmente es un libro que nos debe.

Deseo señalar que he oído a Alfredo Guevara opinar que Chibás tenía ideas socialistas en germen. Esa expresión la lanzó al vuelo y no logré aclararlo con él. Creo que Chibás no podía expresarlas porque no era conveniente en el momento que él vivió, y además la apreciación de Guevara no sé en qué profundidad sería. Ellos mantuvieron relaciones personales cuando este era dirigente estudiantil en la Universidad de La Habana. Al respecto, desconozco si hay alguien que pueda hablar y profundizar sobre este asunto.

Con relación a lo que señalaba la compañera Ana Suárez, quiero apuntar algo. Cuba se diferencia del resto de América Latina hasta cierto punto, aunque compartimos unos cuantos aspectos comunes también. Se afirma que nuestro país es el que sufre la mayor dominación

neocolonial del imperialismo norteamericano. Digamos que en intensidad nos podemos distinguir, pero estamos en la misma sujeción imperialista que otros países del Sur.

Asimismo comentábamos con Berta Álvarez que la política de Guerra Fría y el Buró del Caribe, no son corrientes políticas. Ana Suárez las mencionaba en un momento determinado. La política de Guerra Fría es una política exterior que se aplica a Cuba; el Buró del Caribe, una organización. A lo mejor fue un gazapo que se le escapó en el momento de su exposición.

Coincido en que después del fracaso de la huelga de 1935, en todos los avatares que ocurren en el país cuando se produce la Asamblea Constituyente del 40, se manifiesta una labor positiva de los delegados comunistas. Me parece que dentro de la Historia del PC se hallan elementos loables, aunque también hubo errores y desaciertos. Por ejemplo, conozco compañeros que agradecen mucho el aprendizaje, la actividad que hicieron con ellos profesores comunistas, o sea, cómo les facilitaron la superación cultural. El Partido trabajó con las bases populares en algunas localidades como en Camagüey. Existen colegas del Pedagógico de esa ciudad que hablan muy bien de cómo los ayudaron. Por último, le dejo a mi amigo Fernando Martínez Heredia que se refiera al aporte del papel de las clases sociales por los marxistas.

### **Berta Álvarez (profesora de la Universidad de La Habana)**

Las intervenciones de la Mesa me han parecido excelentes y les expreso mi complacencia por el trabajo de estos dos días.

Quería iniciar mi intervención con una reflexión de María Zambrano, pues durante el transcurso del diálogo me venían a la mente sus ideas sobre la necesidad que tenemos de construirnos como seres humanos, como personas, no solamente en las capacidades humanas,

sino en las racionales, en las de comprender, de pensar, de proyectar y de ser consecuentes con lo que pensamos. Esa es la relación entre el discurso y la realidad, de los *saberes* y los *haceres*. Pienso que eso es imprescindible. Creo que en la historia de Cuba, que por demás es una historia muy personalizada, ese constituye precisamente uno de los grandes problemas que hemos tenido: la falta de consistencia de nuestra actuación como ciudadanos, y por eso evoco a la filósofa española.

El otro día conversando con una alumna, me decía: «Nosotros hemos sido capaces de crear patriotas, pero qué poco hemos sido capaces de formar ciudadanos». Hay un problema en todo esto. Estoy viendo la emergencia de criterios personales, que contribuyen a elaborar un sistema de ideas, que están ofreciendo soluciones que tanto nos hacen falta.

Considero francamente que mi querido amigo Julio César Guanche ha logrado algo importante que es a lo que me quiero referir: relacionar la actualidad con la historia, vincular la teoría con la interpretación, con la metodología. Debemos actualizarnos, no solamente en nuestro conocimiento, sino también como personas, estar en el hoy, en el ayer y en el futuro. Tenemos que ver las cosas en una dimensión más abarcadora. Y en esa posición nos corresponde incluirnos a todos.

Al compañero Daniel Fernández deseo expresarle que me gustó mucho su ponencia, que resulta muy complicado abordar los problemas de los nacionalismos. Sobre el nacionalismo siempre hay que hablar en plural, no en singular. Conviene recordar lo que plantea José Ramón Recalde en su obra clásica *La construcción de las naciones*: «todo nacionalismo empieza por Cinderela y termina como Frankenstein», porque el nacionalismo es una construcción histórica; por lo tanto todos poseemos la perspectiva de que en algún momento lo eliminaremos, también las naciones, y ahí se necesita una visión marxista.

Siguiendo con Daniel, quiero decirle que el proceso de las reformas en América Latina es muy complejo. Un ejemplo de ello lo encontramos en la que tuvo lugar en México, donde difiere la forma en que se manifiesta en el DF a partir de las Universidades Centrales con respecto a la de las zonas del Sur, en Michoacán. El asunto se torna mucho más complicado en Argentina. También se aprecian diferencias con Cuba, donde la acción fundamental, el movimiento de reformas, está centrado en el estudiantil, con una perspectiva diferente y un obrar muy real en la política, que no lo tienen las que ocurren en el Norte de México. Las reformas requieren un estudio profundo porque, parafraseando a Martí, México es una especie de ramo de flores de una diversidad muy grande.

Pienso que podríamos organizar otro evento científico, ya que las intervenciones y los reclamos de Ana Suárez dan pie para ello, y sería una buena manera de revertir todo lo que hemos hecho en estos dos días. Con mucho gusto me ofrezco para cualquier taller en ese sentido, porque se han planteado problemas centrales sobre los que probablemente todos tengamos distintos matices de opiniones.

Es muy alentador constatar que Angelina Rojas ha podido ya ir publicando sus libros y que Paula Ortiz tiene que sacar a la luz su excelente intervención de ayer y de hoy sobre las relaciones de los comunistas con el autenticismo y las conclusiones que muy particularmente ella ha venido haciendo sobre el browderismo.

Recuerdo que los comunistas que conocí, con los que me relacioné, siempre planteaban que el Partido había perdido las perspectivas políticas, sobre todo en sus tácticas de alianza, con lo cual estoy de acuerdo. En mi opinión, los problemas anticoloniales y antimperialistas son problemas nacionales. Ese es el gran asunto de hoy día. Constituye un problema nacional lo que se nos presenta frente al imperialismo y, por supuesto, se tienen

que tener en cuenta los problemas de clase. Soy del criterio de que la clase está, determina más que lo nacional, pero en este momento todavía las cuestiones nacionales alcanzan mayor peso. Si yo me reúno con un obrero de los Estados Unidos, está totalmente a favor del sistema; sin embargo, un trabajador brasileño (independientemente de las diferencias que podamos presentar) estará mucho más de acuerdo conmigo con respecto a la visión sobre ese sistema que el obrero norteamericano. Por lo tanto, resulta un tema complejísimo.

El neocolonialismo justamente se encuentra presente en todo lo que hemos expresado, donde la problemática fundamental, desde los resortes económicos para Cuba, ya estaba asentada de antes del período de entre-guerras. Los imperialistas habían logrado sus cuotas de ganancias con nuestro país desde el punto de vista económico, tenían creados sus instrumentos, y cuando ayer hablaba de un reformismo estabilizador, quería decir que lo que les quedaba era estabilizar y mantener lo que ya ellos habían implantado. Por eso es que la política reformista lo abarca todo, absolutamente todo, incluso las relaciones de los Estados Unidos con Cuba. Es la única vez en que la oposición imperio-colonia pasa a un segundo plano con respecto a los problemas mundiales que hay en ese momento histórico, y esto complejiza extraordinariamente la situación existente. En este período la novedad en las relaciones Cuba-EE.UU. es, en primer lugar, la discusión sobre la cláusula de garantía incluida dentro del Tratado de Reciprocidad, con la cual se benefician tanto los burgueses como los obreros. Dicha cláusula, junto con la Ley de Coordinación Azucarera, promovida por Batista en el Plan Trienal, permite el ascenso salarial y mejoras en las condiciones de vida de los obreros, sobre todo de los azucareros en la década del 40. La lucha por esa cláusula es lo que margina y hace conservadora la posición de la alta burguesía, especialmente la azucarera, en esta etapa.

Por otra parte, la cuota azucarera, la Ley Costigan Jones, está obligando a la Isla cada dos años a realizar una rendición de cuentas frente a los Estados Unidos, o sea, que resulta una manera más asfixiante de control por parte de ese gobierno. Ellos trataron de imponer en el 39 un Tratado de Residencia y Navegación que implicaba la vuelta a determinados elementos de la Enmienda Platt. Cuba tiene una personalidad jurídica internacional reconocida, pero dicho tratado entrañaba dos cuestiones: el aseguramiento de los intereses norteamericanos en nuestro país al respetar el Estado los puntos ya establecidos, y la negación a crear una Marina Mercante, pues el traslado de mercancías y el comercio jugaban un papel importante en las ganancias comerciales con los Estados Unidos. Además, pretendían así resolver el problema de sus técnicos y empleados en Cuba burlando la Ley de Nacionalización del Trabajo que limitaba la contratación de personal extranjero en nuestra nación. Todo esto se trató de lograr en el período reformista interno cubano, así como otro aspecto ya apuntado anteriormente: la conciliación entre el trabajo y el capital.

Este elemento tiene que ver con el entendimiento de la perspectiva socialdemócrata del socialismo en Cuba. Cuando Josefina Mesa hablaba del socialismo de Chibás, se trata de un socialismo socialdemócrata, que no representa un socialismo de carácter marxista, sino que comprende elementos más amplios de otra perspectiva socialista.

A partir de la actualidad, esta etapa hay que analizarla y estudiarla con mayor precisión y rigor teórico. Asimismo, deberíamos profundizar en las políticas comunistas incluyendo al PC nuestro, porque este no es igual que el de Chibás, que en un momento del período de Guerra Fría le dio un enlace un poco socializante al proceso histórico cubano y trabajó con el movimiento obrero. De ahí parte el reconocimiento del Partido como



un segmento de la unidad política que se establece en Cuba después del 59.

Quería apuntar además –y Fernando Martínez Heredia va a estar de acuerdo conmigo– que los problemas de la unidad política, del Partido y del Frente Único, discutidos en la década del 30, tienen una perspectiva en la actualidad. Me voy a extender un poquito para hablar de Pablo de la Torriente, quien incluso llega a aceptar la posibilidad de un partido único con el Autenticismo. A veces pensamos que estas son cuestiones de las ilusiones del presente nuestro, pero el concepto de partido único es un criterio nacionalista anterior. No lo había dicho antes, pero el nacionalismo constituye un dilema del capitalismo propio del siglo xix, para América Latina y para nosotros, tardíamente.

En el siglo xx, teniendo en cuenta este asunto del pacto, el frente y el partido único, surge el problema de las autonomías, término que por su importancia amerita otro evento científico.

Para la generación del 30 se podían producir unidades políticas, pero había que mantener la independencia, la autonomía que responsabiliza a cada organización con su obrar; porque si no, se diluyen en todo lo demás y dejan de existir. Ese sentido para los agrupamientos políticos es muy claro en la década del 30.

Pablo defiende el Frente Único, todos lo sabemos, incluso porque él consideraba que no se poseía madurez política para poder llegar al partido único, y una de las grandes dificultades a lo largo de este período consiste en la no aceptación del ofrecimiento de partido único que está haciendo Grau San Martín, con el cual pretende controlar a los restantes partidos. Eso influye mucho en las contrariedades que tiene el Partido Comunista al interior cuando ofrece disolverse.

El Partido no trató solo de desintegrarse después del 59, sino que había manifestado antes su disposición de

hacerlo a Grau San Martín en la década del 30, en una oportunidad por lo menos. Era la única manera en que este entendía la unidad. Después, entre nosotros, la historia le dio la razón a Grau, porque al final el PRC Auténtico recogió a los integrantes de todos los pequeños grupos que no tenían donde ir a parar. Aglutinó a figuras de izquierda y de derecha, a todos los que quisieron ingresar en él, por eso su composición resulta muy heterogénea. Esa es una historia larga, pero creo que la Revolución del 30 nos ofrece muchas claridades con relación a los problemas de los pactos, las alianzas, el partido único, los frentes y la realidad más reciente. No soy partidaria de un presentismo, pero la actualidad es muy importante.

Desearía precisar que el tópico de la neocolonialidad hay que volver a verlo en otro momento, que no constituye un problema externo, sino interno del sistema de dominación que comprende a ambos aspectos.

Pensamos muchas veces en la actualidad que la autocrítica le da armas al enemigo, pero realmente nos hace crecer a nosotros. Marinello es muy autocrítico en el balance público de la Constituyente, sin embargo Blas Roca no lo fue en el Partido.

### **Carmen María Díaz (investigadora jubilada del Instituto de Historia de Cuba)**

Lo primero es felicitar al panel, sus ponencias todas nos obligan a la meditación y al debate, y considero que es lo fundamental del propio taller, nuestra participación.

La ponencia del compañero Daniel Fernández me pareció sumamente interesante, porque resulta muy difícil tratar el proceso de América Latina, que incluye, por supuesto, a Cuba. Me permito dar una opinión sobre la Revolución Mexicana. Creo que la misma constituye un hito, pero además ha sido utilizada por las clases

oligárquicas para ejemplarizar o demostrar la fuerza del capital. Esa revolución, como él muy bien señaló, se concreta en la Constitución de 1917, que le otorgó el poder a la burguesía industrial y consolidó ese capitalismo ya existente en manos de una burguesía más débil que no tenía perspectiva de desarrollo. En la misma medida en que se comenta de una serie de beneficios contenidos en esa Constitución, también hay determinados aspectos que permiten y aseguran la presencia del capital extranjero, en particular el norteamericano, o sea, que no se proyecta en contra de este, sino que ofrece todas las facilidades.

Berta Álvarez habla de nación y nacionalismo. Por ejemplo, en el caso de México, Mella plantea en su estancia allá y en sus artículos en *El Machete* que este país no había logrado ser nación, y Montemayor en la década del 90 afirma que todavía México no ha consolidado su nacionalidad por la problemática indígena. Cada pueblo tiene sus peculiaridades, pero hay elementos en los que aún nosotros no hemos profundizado, por eso me interesó tanto y me ha motivado la ponencia del compañero.

Entonces la unidad lograda dentro del movimiento sindical por los comunistas es un aporte de ese Partido. En América Latina no se ha dado un hecho similar de existir una central sindical independiente del gobierno, como usted muy bien dijo, pues en México ocurre a la inversa, todo el movimiento sindical y campesino está sujeto al Estado, a sus intereses. En Cuba acontece un proceso inverso, son las fuerzas revolucionarias las que crean ese movimiento unitario, como expresó Paula Ortiz. En cuanto al browderismo, quiero señalar que se produjo un debilitamiento del partido marxista que condujo a la pérdida de credibilidad ante las masas, porque no fue consecuente, por ejemplo, durante el gobierno de Grau. Este se encontraba atacando al movimiento obrero, se pronunciaba contra la clase obrera y todavía el

Partido lo seguía apoyando, queriendo mantener una paz entre clases, cuando verdaderamente debía representar los intereses de las clases explotadas. Por lo tanto, no cumplió con el papel que le correspondía.

Es importante profundizar en las personalidades, porque estas son las que nos van diciendo las discrepancias o la línea que se sigue, no las políticas sometidas a criterio popular; son personas las que hacen las propuestas o se enfrentan a ellas, las que participan en ese debate. Carecemos a veces de ese sentido crítico de que habla Berta Álvarez, de que en una discusión sobre un determinado proyecto, aunque tengamos opiniones divergentes nos quedamos callados y por lo tanto predomina el criterio de quien asume la voz líder. Ejemplo de ello son las posiciones que ha tratado Angelina Rojas con respecto a la actitud que asumió César Vilar sobre el asalto al Cuartel Moncada, o las que refirió Ana Cairo acerca de Pablo de la Torriente.

Quería reafirmar lo planteado sobre la postura de Carlos Rafael Rodríguez con relación al browderismo, y al mismo tiempo ayudar a comprender la grandeza de determinadas personalidades que dijeron que su partido (el Comunista) no era el que debía liderar esta revolución y, en consecuencia, se adhirió a otras fuerzas políticas en aras de la unidad revolucionaria.

### **Fernando Martínez Heredia (director del ICIC Juan Marinello)**

Quiero recomendar para darle fluidez a este taller que nos mantengamos todo lo posible dentro del período histórico que se está analizando. Sobre eso, ayer intenté pasar un conjunto de mensajes en forma de telegramas donde se reconocía el carácter parcial del análisis de este evento. Por otra parte, efectivamente, hay cuestiones como el neocolonialismo que son de suma importancia, por ello considero necesario que hubiéramos

contado con una ponencia general que abordara el nacionalismo cubano, aunque hoy hemos tenido en la de Julio César Guanche ciertos elementos interesantes sobre ese asunto. La suya es una ponencia sobre nacionalismo cubano, entre otras cosas, porque ahí nos teníamos que enfrentar con el problema de que no existe un solo nacionalismo, sino varios, y que los conceptos de nación y nacionalismo están, como tantos otros, sometidos a la colonización mental del estudioso.

Cuando uno se gradúa y lo hacen doctor, cuando le dan algo por haber realizado una maestría, por lo general aprende muchísimas cosas que vienen de los centros del conocimiento que a la vez son los del dinero, que deciden qué es lo que hay que saber, incluso, establecen algunas modas. Lo cierto es que en cuanto a nación y nacionalismo, nosotros, los cubanos, en Occidente, deberíamos ser de los más obligados en haber desarrollado toda una bibliografía sobre el tema, porque la Revolución Cubana resolvió el problema trágico del desencuentro del socialismo comunista con la complejidad de las culturas de rebeldías del mundo, que se expresa entre las luchas de clases y nación y la liberación nacional. En nombre de este asunto se cometieron errores tremendos y se llegó a la violencia a veces y al crimen entre compañeros. Incluso, en países tan avanzados en otros sentidos como Argentina, hasta el día de hoy se piden la cabeza, unos en nombre de las clases sociales y otros en nombre de la nación.

Debemos reconocer que nuestra historia es muy rica, como nos gusta decir con razón, pero a la vez resulta muy complicada. El nacionalismo de la primera república burguesa neocolonial sirvió, como hemos señalado algunos, como una función de la dominación, pero no pudo ser burgués, ya que la burguesía no se pudo apropiarse de él, sino el pueblo, y de esa manera también quedó el pasado, no como pasado, sino como proyecto. Por

eso Martí hasta el día de hoy funciona. A mí me parece que dado que el taller se ha tenido que inclinar hacia los problemas de los partidos comunistas, en este caso el nuestro, y no ser más amplio, deberíamos ver el problema de que el antimperialismo tenía que ser un centro, lo único que podía hacer que un partido de la clase obrera representara verdaderamente sus intereses, los de los desempleados, campesinos y trabajadores agrícolas; el Partido tenía que llegar a ser «el partido de los humildes, por los humildes, y para los humildes», que no es una frasecita, sino una solución. Es una solución a la relación entre clase y nación que dio aquí hace más de cincuenta años el Movimiento 26 de Julio.

El problema de la consigna de unidad nacional, que explicaba Paula Ortiz, es un momento trágico, que se repite. Si primero se planteó en nombre del comunismo que todos íbamos a hacer secciones y la totalidad de las clases obreras del mundo iban a conducir al proletariado, a los campesinos y demás al triunfo, aunque no existieran indicios mínimos de que eso fuera posible, después de 1935 se va pasando primero paulatinamente y después a gran velocidad a todo lo contrario, a la conciliación de clases con la burguesía de cada país. Entonces esa consigna me recordó que veinticinco años después, frente a la Revolución China, a la Vietnamita, a la Cubana, la dirección ideológica del Partido soviético produce el concepto de democracia nacional, sobre el cual Suslov afirmaba que era «aquel régimen en que todas las clases compiten y emulan entre ellas a ver cuál sirve mejor a la nación». Parece una broma, pero de muy mal gusto, y ahí están los ejemplos de Indonesia de Sukarno, Egipto de Nasser y Ghana de Nkrumah. Es decir, hay un problema gravísimo, porque de todas maneras es el comunismo el ideal único que posibilita la liberación nacional, como decía el Che Guevara, «el único que puede permitir que los socialistas no exploten a otro socialista».

Creo que por lo menos, ya que estamos hablando en este caso de Unión Revolucionaria Comunista, que era el nombre que tenía el Partido entre 1939 y 1944, que perdió identidad, sacrificó identidad. Y cuando uno es pequeño y está en contra, tiene que conservar la identidad como un valor inapreciable. También perdió la posibilidad de ser el heredero de Antonio Guiteras, porque era el único que estaría contra la burguesía y el imperialismo. En el 40 aniversario de Guiteras se logró limpiar El Morrillo porque el ministro del Interior puso los recursos e hizo que los cadetes juraran allí, mientras el 50 ni siquiera se celebró. Es decir, Guiteras, que es de los más importantes de la historia de Cuba, es al que más trabajo le ha costado que lo reconozcan, porque es demasiado subversivo. Él era comunista, lo que un comunista cubano.

Considero que es importante destacar que esta pérdida de identidad también se halla relacionada con la incapacidad de mantener las luchas de clases en el centro de la política, porque que yo diga que represento a la clase obrera industrial, que ella me sigue y que vamos a hacer una alianza, bueno, eso puede ser una bobería, pero eso no quiere decir que no haya luchas de clases, y que no es central para un partido revolucionario anticapitalista y de liberación nacional tener como centro la lucha de clases, lo que ella se expresa de diferentes maneras. Cuando uno dice que ella se expresa de diferentes maneras, cuando uno dice que esta es la revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes, estamos en el centro de la lucha de clases, como se alude en *La Historia me Absolverá*.

Yo quisiera señalar que la historia es también una ciencia de lo específico. El materialismo histórico era tal vez la ciencia de la historia y la explicación científica de todo lo que se mueve, y además consideraba que todo lo que se mueve puede ser igualado. Esto fue un trágico

error. Como latinoamericanos podemos ver la cantidad de situaciones tan diferentes que existen en esta época, las cuales se trató de ver como si fueran una sola; ejemplo, el populismo del que se hablaba.

De pasada voy a hacer una nota al pie. Es una maravilla que nosotros pudiéramos hacer todas estas cosas aquí, los que somos viejos sabemos que durante años ninguna de estas cosas podían realizarse. Esto es un avance tremendo de la cultura cubana. A mí lo que me preocupa es si estamos desfasados. Me di cuenta hace quince años que no debía seguir hablando de los dogmáticos y los antidogmáticos del marxismo porque cada vez había menos personas a quienes les interesaba el marxismo en Cuba. No el dogmático ni el antidogmático, ninguno. Entonces ya había que empezar a hablar de otra manera, no hay que desesperanzarse, al contrario, pero sí ubicarse. Ya nos encontramos capacitados para pedirle a Paula Ortiz, con toda razón, que haga un libro, y celebrarle a Angelina Rojas que haya hecho los tomos de la Historia del Partido Comunista, pues estamos también necesitados de que esto salga del marco estrecho de estos salones.

Volviendo sobre el problema de las diversidades –y eso sí es una de las tantas lecciones que da la historia–, las diversidades no se pueden reunir a la fuerza. Entonces en el Perú existió un partido popular del que solo sabemos porque Mella habló muy mal de él, que es el APRA, pero no desconocemos que a Mella no le publicaron ese artículo en *Amauta* cuando lo escribió, sino un año y medio después, cuando ya estaban muertos él y Mariátegui. Mariátegui se dio cuenta de que su partido tenía que entenderse con el pueblo del Perú o no iba a ir a ninguna parte, por eso fue crucificado, y aún después de muerto lo insultaron oficialmente y le llamaron desviación marxista a sus pensamientos. Hoy es reconocido, con una tranquilidad muy grande, como el primer



marxista de Latinoamérica. Por eso la historia hace falta. En 1942 la revista *Dialéctica*, de Unión Revolucionaria Comunista, inauguró su primer número con un artículo de un soviético, Mirochesky, acerca de Mariátegui. Ahí Mariátegui empezaba a ser reconocido, pero se explicaba que era un populista que avanzaba hacia el marxismo. Sí, esa fue la primera polémica que tuvo *Dialéctica*, respondiéndole el secretario general del PC peruano, Jorge del Prado, un joven todavía, que después se echó a perder.

En Bolivia, como juzgaran en los años 30 al igual que en Cuba, se dio la gran guerra contra el Paraguay, terrible, horrorosa, pero los bolivianos no eran una nación. He leído un larguísimo testimonio –que es la historia de su juventud– de un peón de campo que fue soldado, el cual explicaba que ellos aprendieron a ser bolivianos en la guerra por los camiones, porque a pesar de que no hablaban la misma lengua ni sabían de qué región procedía nadie, ni cómo era el país físicamente, además de ser analfabetos, veían este medio de transportación como algo maravilloso, donde iban todos juntos, platicaban y se entendían. Y en otra parte de su relato refería que «en los campos de concentración paraguayos, cuando ya éramos prisioneros, nos hicimos bolivianos». Pero también afirma algo muy interesante, y es que de regreso al trabajo después de la guerra, ya ningún patrono jamás volvió a golpear a un trabajador que hubiera sido soldado en la contienda bélica, y a los demás sí. ¿Cómo se entiende eso?

En Argentina se dio el peronismo, y se acabó de un modo y existe de otro hasta hoy. En México, por otro lado, hubo una revolución, y Argentina carece de una historia de revoluciones. Y está el varguismo en Brasil, que se desarrolló de otro modo porque la colisión entre la burguesía y la sucesión de poblaciones que se han ido estableciendo a lo largo del país es otra, que no es

como Argentina ni como México. Creo que los procesos y tendencias en América Latina hay que analizarlos en su diversidad y especificidad, en su dialéctica, si se quiere tener una idea clara sobre la problemática real y sacarle provecho como marxista.

### **Daniel Rodríguez (profesor brasileño)**

Estoy muy agradecido por estar aquí, invitado por el profesor Jorge Luis Acanda. Muy ricas las exposiciones, las ponencias y los debates, y ofrezco disculpas por mi español: soy de Brasil.

La cuestión que me llamó la atención fue justamente la que está siendo planteada: la relación internacional y nacional. La pregunta que yo hago es un poco para entender cómo aproximarme a esta realidad: ¿por qué surgen casi al mismo tiempo los mismos procesos, pero se desarrollan de forma distinta? Saben, en Brasil existía una burguesía frágil, un militarismo fuerte y que hace la revolución, o sea, tiene un origen oligárquico. ¿Cómo entender esa contradicción? Vargas es un oligarca. También está el caso de México y cómo percibir los puntos de contacto y de desconexión, porque tenemos una misma situación en los 30, el populismo, o sea, cómo pensar en los nacionalismos de forma internacional, cómo pensar sus particularidades, no como algo ajeno, pero que compone todo esto. El movimiento es de mucha complejidad y yo estoy aprendiendo aquí, pero lo que está en boga últimamente es que los acontecimientos locales se explican por razones locales.

Por ejemplo, no se puede hablar de clases trabajadoras en Brasil sin hablar de los negros, ¿qué clase es esta, qué origen tiene? En el año 1917 del pasado siglo la ciudad de Sao Paulo se paralizó, estuvo en manos de los sindicatos anarquistas, y mientras estaba en curso una revolución obrera-campesina en Rusia, nosotros

teníamos en Brasil un movimiento que no se sublevaba porque esa no era su propuesta, pero que tomó la mayor ciudad en la época industrial en 1917, ¿y qué ocurrió? Lo que se ha estado señalando anteriormente.

El nacionalismo es reto internacional, incluso en Europa, y es un movimiento del capital, entonces cuando hablamos de luchas de clases hablamos de esta relación. Ahí mi duda, o sea, la importancia que tiene hoy el imperialismo, pero qué es el imperialismo, si no la explicación de una fase del propio desarrollo del capital de esta relación, o sea, la relación explotación-dominación, por qué es más importante en determinado momento histórico. ¿Cómo ver esto?

Yo veo hoy, y no sé si mi planteamiento es correcto a partir de Brasil y escuchándolos a ustedes. Es terrible la mercantilización de las cosas, de todos los pueblos, la fuerza de las relaciones de explotación, y tenemos que discutir esto. Existen campesinos que no son más campesinos, porque no viven del trabajo del campo. Gran parte de los campesinos brasileños viven porque su abuelo tiene un sueldo, no es jubilación, es como una canasta básica, y de eso viven todos. La gran victoria es cuando un hijo va a trabajar a la gran ciudad, porque el campo no da; esos son los campesinos que viven de su tierra, o sea, percibir la realidad de las clases sociales y sus relaciones concretas.

También quería hablar del fascismo, de la ideología nacionalista y cómo esta se relaciona con el fascismo, del contrapunteo del nacionalismo y los partidos comunistas y la forma en que se relacionan con esto. Por ejemplo, la carta de Labore, la carta italiana; Brasil hace una copia de esa carta, garantiza derechos para la mayor parte de los obreros de la ciudad y en nuestro país el 75 % de los trabajadores estaban en el campo, pero la vanguardia sí conquistó derechos a las vacaciones, o sea, la formulación de la estabilidad reformista no es una cosa

igual para todos. La vanguardia está casi toda presa, porque está arriba, porque se propuso la concertación nacional, o sea, la gran conciliación de la lucha de clases que los partidos comunistas propusieron. Después en Brasil van a apoyar a Vargas en las elecciones en el 50 y pico, o sea, porque es la gran idea que se concretiza. Pienso que debemos tener cuidado hoy con la conciliación de las clases, pero como no está muy claro cuáles son las clases hoy, los cambios que hubo, quedamos un poco en qué es nacional, cuáles son las particularidades, cuáles son las clases que hay que combatir a partir del lugar que ocupan en la explotación, cuál es el lugar de las clases sociales. Eso para mí es un problema. Y para finalizar, nos preguntamos, ¿quién es el sujeto revolucionario? Bueno, la explicación básica copiada de Marx, y yo pienso que él mismo no la aceptaría porque la concepción de sujeto revolucionario construida a partir de Hegel es de que el sujeto no es una cosa sola, es una construcción con su objeto en percepción con el otro. Ahí surge a partir de este movimiento práctico y teórico la concepción de que es el sujeto que va a construir su desaparición. La desaparición de la nacionalidad y de las clases sociales son algunos de sus objetivos.

¿Quién es el sujeto revolucionario?, ¿es el obrero, es el conjunto de mujeres y hombres? Su tarea es construir la revolución, pero hay que entender el proceso histórico de cómo podemos intervenir para activar las fuerzas que no están organizadas, que no están desarrolladas. Me quedé preocupado con otra frase: «aplicar correctamente». Tal parece que es una vacuna, una medicina que tiene el poder de aplicarse y ya está resuelto. Pienso que la construcción de este sujeto y la relación de construcción es la aplicación mejor de la teoría marxista, este es nuestro esfuerzo, un entendimiento para ubicarla en el momento de la realidad, que es el movimiento de la crítica. Nosotros somos de izquierda porque

somos críticos de la realidad, porque la realidad no funciona como las contradicciones, que aparecen y hacen quedar mal a las personas, entonces, por eso la autocrítica es un componente decisivo. Si la crítica es lo que mueve la realidad, o sea, la contradicción y la autocrítica deberían ser un componente de esta. La autocrítica es el movimiento en que nosotros vemos lo que está mal –nosotros en cuanto sujeto–, vamos a intervenir y vamos a sufrir su influencia. La autocrítica es una necesidad para la crítica. En Brasil, esta misma discusión es muy fuerte.

Bueno, cometemos errores, cometer error es de humanos y mañana cometeremos otros.

### **Caridad Massón (investigadora del ICIC Juan Marinello)**

Con relación a lo que se planteaba sobre la posición de Raúl Roa y Pablo de la Torriente, considero que ambos eran comunistas desde que comenzaron en el Ala Izquierda Estudiantil, como también lo fue Guiteras, pero tienen una visión cubanizada del marxismo. Ellos no lo aplicaban mecánicamente, como creo que pasó con el Partido Comunista, por eso es que no decidieron incorporarse a esta organización.

No obstante, quería decir sobre ORCA (Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista) e Izquierda Revolucionaria, que hay un libro de Roa publicado por sus cien años, titulado *Roa imaginario* (una compilación de Ana Cairo), con varios artículos que explican esta inserción con el marxismo, las controversias que hubo sobre los problemas de la unidad. En aquellos momentos Pablo de la Torriente sugirió la unión con los Auténticos, y en el caso de Roa pidió hacer un partido único de las izquierdas. Pablo se cuestiona mucho eso y dice: «casi es preferible que utilicemos la vía de Grau». Al final, lo que se logró fue crear el Partido Democrático Revolucionario, de muy poco tiempo de existencia y escasa influencia,

con un periódico llamado *Baraguá* donde ellos abogan por la lucha armada pero critican fieramente al PC, que está solicitando alianzas con todo el mundo, con todo el que se quiera afiliarse: con Menocal, con Miguel Mariano Gómez. Roa plantea que no entienden eso, porque cómo un revolucionario va a pretender la fusión con toda esa gente.

En el caso del browderismo, me contaba Edith García Buchaca que cuando llegó esta doctrina a Cuba, Carlos Rafael daba reuniones para explicársela a ellos, y que en un momento determinado Joaquín Ordoqui (que era obrero y no estaba en esa reunión), pasó y oyó sus planteamientos, se viró y le dijo a Carlos Rafael: «Oye, eso en mi época era oportunismo», y siguió. O sea, lo que les quiero transmitir es que todos no pensaban lo mismo, por eso hay que estudiar la historia en esos detalles, porque cuando la analizamos a la luz de hoy resulta muy fácil expresar: «El PC tomó esta decisión»; pero si uno profundiza en ella percibe que toda la membresía del Partido no estaba de acuerdo, y en las altas instancias las discusiones, supongo, debían ser tremendas, que era lo común en ese entonces.

Coincido con Berta Álvarez en que ese trabajo de Julio César Guanche es muy bueno, pero él tiene una formación intelectual que le permite relacionar fenómenos, hechos, buscar los puntos de contacto, porque conoce mucho de la historia de América Latina; sin embargo, a todos no nos es posible hacerlo. No obstante, creo que si un revolucionario quiere actuar y lee la historia, se va percatando de las coincidencias, porque cuánto hemos criticado al PC de que copió, y después nosotros volvimos a hacer lo mismo. La historia tiene que servirnos de lección, pero conviene crear los libros para que verdaderamente la gente reflexione y lo tome como experiencia.

Otro aspecto importante a señalar es el problema que Ana Suárez decía acerca de ORCA. Resulta muy difícil

examinar lo que está pasando fuera de Cuba, cuando primero no se tiene acceso a los archivos nuestros, dificultad que se acrecienta cuando se trata de los que se encuentran en otros países. Entonces, no es fácil, por ejemplo, saber cómo funcionaba el Buró del Caribe si no hay posibilidad de acceder a las fuentes portadoras de información. En el caso de ORCA, no sucedió así pues los documentos se hallaban aquí.

Quisiera, Paula, que te refirieras un poquito sobre el asunto de Santo Domingo, de cómo influyó el browderismo y el PC en esto, porque quien desconoce tu tesis, puede no entender.

### **Berta Álvarez (profesora de la Universidad de La Habana)**

Quisiera realizar una sola pregunta, si van a tomar la palabra nuevamente los ponentes, a Angelina Rojas: ¿Ustedes han podido marcar las diferentes tendencias que había dentro del PC? Porque yo no las distingo.

### **Paula Ortiz (profesora de la Universidad de La Habana)**

A mi modo de ver, no todo lo que tuvo el Partido fueron desaciertos y errores, eso está claro para todos nosotros. La doctora Josefina Mesa hablaba sobre la cultura que desarrolló el Partido. Ciertamente eso constituye uno de sus grandes logros: el Teatro Popular, la Emisora Mil Diez, el periódico *Hoy*, con secciones importantes, el papel que le dieron a grandes figuras de la cultura cubana, que empezaron por Mil Diez. También el Partido obtuvo resultados positivos con esa clase obrera. Hay dos momentos para mí brillantes. Uno, cuando Grau San Martín quería formar el Partido Único y quien se lo propone es el PC, solo que Grau pretendía la desintegración de los demás partidos y que se incorporaran al suyo, pero el Partido no se quiso desarticular. El otro momento fue cuando se disolvió, en 1961, lo que demuestra que por

primera vez llegó a darse cuenta de la realidad objetiva que estaba viviendo el país.

Cuando hablamos de las tendencias y se leen las actas del Partido, uno se percata de que hay posiciones diferentes, que existen figuras dentro de la organización, por ejemplo Ordoqui, cuyas intervenciones son muy importantes; Ladislao González-Carbajal, que siempre está en contrapunteo con los planteamientos de Aníbal Escalante, de Blas Roca, y que generalmente sigue a Marinello. En dichas actas se constata que siempre el primero en hablar era Blas y después le continuaba Marinello. Al final, en todas las asambleas y reuniones del Ejecutivo, la última palabra siempre le correspondía a Blas y eso era lo que decidía. Esa fue una de las cosas que a mí más me llamó la atención. Pero aparecen otras personas, como un delegado de la provincia de Oriente, de apellido Ortiz, que participaba en varias de esas asambleas; era una gente muy objetiva, decía cosas que no aparecen en mi trabajo (porque no constituía objetivo del mismo), de cómo perdieron prestigio por otras actividades. Lo expresaba con una tranquilidad asombrosa, y después venía Lázaro Peña o Blas a desmentir o tratar de diluir todo aquello que se estaba comentando; sin lugar a dudas, existían sus tendencias.

Con relación a lo que expuse ayer del llamado «Pacto con el Diablo», realizado entre el PSP y Trujillo, debo recordar que el presidente dominicano se encontraba en una situación muy difícil en 1946, porque Estados Unidos le había embargado la venta de armas, tenía un movimiento huelguístico bastante intenso dentro de su país y la política de EE.UU. en ese momento era tratar de que no se le produjeran grandes movimientos en América, sobre todo en Santo Domingo. Trujillo, ante ese panorama, sabe además que hay militantes del PC dominicano que se hallan exiliados aquí en Cuba y que están organizando un movimiento de invasión a Santo Domingo para tratar de eliminar su dictadura.



Según los datos encontrados, el primer contacto es por parte del PCC con Trujillo para intentar ver si se puede solucionar la problemática de Santo Domingo por la misma vía que se hizo en Cuba con Batista. Acordaron que Trujillo dejara entrar a los comunistas dominicanos para que no se diera una invasión; que constituyeran el Partido Socialista Dominicano; que se creara una unidad sindical, la cual se fundó bajo la dirección de sindicalistas cubanos que viajaron allí a formar la Central de Trabajadores Dominicanos, y que el Partido no iba a hacer ninguna campaña contra el presidente dominicano. Efectivamente, pararon las campañas en el periódico *Hoy* contra Trujillo, y en cuanto este logró tener un control de la situación, acabó con la Central de Trabajadores, asesinó y encarceló a la mayoría de los dirigentes y militantes del PSP dominicano. Por eso a esta alianza se le llamó el «Pacto con el Diablo».

# EL PARTIDO SOCIALISTA POPULAR Y LA REVOLUCIÓN CUBANA\*

***Caridad Massón Sena***  
**(investigadora del ICIC Juan Marinello)**

El Partido Comunista de Cuba en su primera etapa (1925 y 1935) proyectó su meta estratégica en dos fases: una agraria y antimperialista, y otra de carácter socialista, a desarrollar por medio de la táctica de la insurrección armada y la creación de los soviets. Dichas proyecciones comportaban en sí mismas un sentido izquierdista y sectario que influyó en el surgimiento de numerosos desencuentros con otras fuerzas de la oposición nacionalista.

Sin embargo, a partir de 1936 y con el cambio de las circunstancias, el programa partidista comenzó a valorar la viabilidad de tácticas de lucha legal, a favor de una Asamblea Constituyente libre y soberana en unidad con los combates por las reivindicaciones más perentorias. Para ello realizó plurales esfuerzos por constituir un frente democrático con varias corrientes nacionalistas, los cuales resultaron infructuosos. En sus propósitos electorales se transformó en el Partido Unión Revolucionaria Comunista en 1939 y trabajó por lograr incluir en el texto constitucional de 1940 la mayor cantidad de demandas populares posibles. Con esos objetivos estableció una coalición política con Fulgencio Batista, cuando este buscaba apoyo para llegar a la

\*Este trabajo fue publicado en la revista digital *Caliban*, n. VII, abril-junio de 2010.

presidencia. Dicha alianza tuvo costos negativos considerables para sus intentos de alcanzar la unidad posteriormente.

En 1944 pasó a llamarse Socialista Popular, y trató de navegar sin mancharse en el mar de corrupción y desconcierto que imponía la legalidad burguesa, y logró arrebatárles a los gobiernos Auténticos leyes significativas de beneficio popular.

### **Reacción ante el golpe del 10 de marzo**

El golpe de Estado del 10 de marzo de 1952 frustró la posibilidad de la victoria popular en las urnas, que se preveía beneficiosa para el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos). En unas horas cambió totalmente el panorama político de la Isla.

La reacción del PSP ante el zarpazo se concretó en la realización de declaraciones condenatorias inmediatas. En su mensaje al pueblo, presentó un programa de lucha por el restablecimiento de la legalidad, la convocatoria a elecciones generales y la formación de un Frente Democrático Nacional.

En un entorno político de aislamiento se desarrolló su accionar: las organizaciones burguesas nacionalistas evitaban cualquier tipo de coalición con los comunistas; la Confederación de Trabajadores de Cuba estaba controlada por Eusebio Mujal y sus seguidores; la represión, la cárcel y el asesinato hostigaban constantemente a sus militantes; existían dudas sobre la potencialidad y viabilidad de un poder comunista a solo unas millas del imperialismo norteamericano; y se manifestaba cierto repudio e incompreensión en una parte de la ciudadanía con respecto a la alianza política que había establecido con Batista.

En noviembre, el PSP propuso a las masas que apoyaran su programa a favor de la reforma agraria, la nacionalización de las empresas de servicios públicos, la

defensa de la industria cubana, la limitación de las inversiones yanquis en sectores de la comunicación, el turismo y las finanzas, la rebaja de los precios a los productos de primera necesidad, el aumento de los salarios, la implantación de la democracia sindical, etc.; proyecto que requería de un gobierno de Frente Democrático Nacional.

## **El partido y los sucesos del 26 de Julio**

Las acciones armadas ocurridas el 26 de Julio de 1953 desconcertaron a la dirección del PSP. Aunque eran ajenos a los sucesos, los comunistas estuvieron entre los primeros acusados por el gobierno de ser «autores intelectuales» de los hechos. Por ese motivo fueron arrestados inmediatamente Lázaro Peña y Joaquín Ordoqui.

También resultaron detenidos en Santa Clara, cuando regresaban de una reunión que se había realizado en la capital oriental, los dirigentes de base José A. Cabrera, Antonio Pérez Mujica y Bernardo Hernández, quienes fueron llevados al cuartel y remitidos a Santiago. En su tránsito por Camagüey, un soldado los ametralló indiscriminadamente y luego serían presentados a juicio como heridos en el Moncada.<sup>1</sup> A ese grupo se unieron otros militantes a los que se les involucró en el mismo proceso: Rolando Hevia, Armando Díaz y Juan M. Llosa Perera.

El PSP no tuvo noticias de los preparativos de las acciones del 26 de Julio. Tampoco estaba enterado de la composición del grupo de los asaltantes y creyó que tenía proyecciones similares a las restantes agrupaciones opositoras. En esa coyuntura realizó un análisis incorrecto de lo ocurrido al considerar que había sido un proceder equivocado, que solo serviría para que el régimen eliminara las pocas libertades democráticas

<sup>1</sup>«¿Cómo detuvieron a los compañeros Cabrera, Antonio Pérez y otros?», en *Carta Semanal*, n. 2 (15 de agosto de 1953), p. 2.

que existían. Aunque reconoció que eran jóvenes que actuaban al margen de la politiquería al uso, que por una vía independiente trataban de llegar a objetivos justos y que desarrollaron un gran heroísmo en sus propósitos.<sup>2</sup>

Unos días después, el 19 de septiembre, proponía las bases para un «arreglo limpio» de la situación nacional que pretendía modificar la convocatoria a elecciones anunciadas para junio de 1954, a fin de que tuvieran carácter general e inmediato, corregir el código electoral para que todos los partidos y sectores contaran con las mismas facilidades de organización, asegurar la imparcialidad, crear un Frente Democrático Nacional o una coalición de partidos que acordara programas y candidaturas comunes y, al mismo tiempo, mantuviera su independencia orgánica, ideológica y política.<sup>3</sup>

En el juicio por los sucesos del Moncada, la defensa de los comunistas involucrados estuvo dirigida a demostrar que el Partido se encontraba ajeno totalmente a los hechos. El 6 de octubre le dieron la libertad, de manera provisional, a algunos de los llamados autores intelectuales, entre ellos Ordoqui y Peña. Diez días después comenzaba el juicio oral contra Fidel Castro, quien exoneró de toda responsabilidad a los acusados de otros partidos, los cuales fueron finalmente liberados. El 6 de abril de 1954 se efectuó una reunión del Comité Nacional del PSP en la que los dos asuntos más debatidos resultaron ser la postura a asumir para las elecciones y los criterios acerca de las decisiones tomadas en el juicio.

Sobre el segundo tema, el informe central señalaba:

El camino escogido por Fidel Castro y sus compañeros es falso. Nosotros, que apreciamos su limpieza moral y

<sup>2</sup>«El juicio de Santiago», en *Carta Semanal*, n. 7 (26 de septiembre de 1953).

<sup>3</sup>«Bases para un arreglo limpio de la situación cubana», en *Carta Semanal*, n. 6 (19 de septiembre de 1953).

que estamos convencidos de su honradez, tenemos que decir que el putch, que la acción armada desesperada y con categoría de aventura, no conducen a otra cosa que al fracaso, al desperdicio de fuerzas, a la muerte de su objetivo. Tenemos que decir eso, y convencer a esos jóvenes, y a todos los jóvenes que piensan como ellos, que el camino es el de la lucha de masas y la acción de masas.<sup>4</sup>

Sin embargo, hubo criterios divergentes, sobre todo en lo concerniente a las instrucciones que se dieron durante el juicio, destacándose en la controversia el dirigente manzanillero César Vilar.

Además de dejar bien esclarecida la total desvinculación de los comunistas con los sucesos, al compañero de la dirección que estaba guiando el proceder de los abogados se le había dado la instrucción de aprovechar la oportunidad para denunciar la agresión de sus camaradas en Camagüey. Dicha acusación fue hecha por escrito al tribunal y a través del periódico *Carta Semanal*, pero no en el juicio oral, cuestión por la cual se le criticó fuertemente. No conforme con esta posición, Vilar planteó que, de hecho, el juicio había constituido una derrota para el Partido y que el verdadero responsable de ese error era toda la dirección del mismo. Por esa actitud, el 25 de julio se tomó el acuerdo de separar de sus cargos a Vilar y expulsarlo definitivamente del Partido, argumentándose además otros problemas de su actuación personal. Este asunto tomó ribetes inusitados que solo beneficiaron a la reacción.<sup>5</sup>

<sup>4</sup>*Carta Semanal*, n. 16 (20 de octubre de 1953), citado por Oleg Darushenkov, *Cuba, el camino de la Revolución*, Ed. Progreso, Moscú, 1978, p. 85.

<sup>5</sup>«Fragmento de la resolución de expulsión de César Vilar», en *Carta Semanal*, Época II, n. 52 (11 de agosto de 1954), p. 2.

En cuanto al primer aspecto de la reunión, se orientó la consigna del voto negativo, o sea, votar a favor de Grau, único contendiente de Batista, para así demostrar su rechazo al tirano. Pero ante las presiones y la falta de garantías, Grau decidió retirar su candidatura y entonces se invalidó la posibilidad del voto negativo. En tales circunstancias, el PSP indicó a sus militantes aceptar la consigna del abstencionismo.

Como hemos visto, en 1954 el Partido trató de ponerse en el centro de las luchas por las transformaciones que necesitaba el país. Sin embargo, se produjeron errores tácticos importantes como la subestimación del trabajo de otras organizaciones opositoras, la crítica indiscriminada a los métodos que consideraban «terroristas» y el mantenimiento de la vía electoral pacífica, que no se avenía con sus propósitos de cambios radicales:

Dirigidos por el Comité de Defensa de las Demandas Obreras, unos cuatrocientos mil trabajadores azucareros se lanzaron a la huelga en el mes de diciembre de 1955. Su objetivo fundamental era protestar por la negativa de las empresas a pagarles el diferencial que correspondía de acuerdo con los precios del azúcar. Ese movimiento contó con la solidaridad de numerosos sectores y ello llevó al gobierno a decretar el pago del diferencial en 4,02 %. Aunque no se logró el 7,5 % a que se aspiraba, la huelga resultó un gran triunfo, al cual contribuyeron decisivamente los comunistas.

En febrero de 1956 se efectuó el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Blas Roca y César Escalante –quienes asistieron como delegados fraternales– estuvieron ajenos al análisis de los problemas sobre Stalin que allí fueron tratados. Las primeras discusiones en el Buró Ejecutivo sobre ese tema se realizaron en marzo, bajo la dirección de Aníbal Escalante. En el mismo se elaboró un comunicado para saludar los avances de la Unión Soviética y manifestar su acuerdo con las críticas hechas a Stalin. Además se valoró la

política de coexistencia pacífica de la Unión Soviética, que afirmaba que el paso del poder de la burguesía al pueblo podía revestir una forma perfectamente pacífica, siempre que las masas populares se hubiesen agrupado en torno a la clase obrera.<sup>6</sup>

### **La «línea de agosto»**

El 24 de mayo, el PSP desarrolló un Pleno en el cual anunció la posibilidad de un reajuste táctico, al valorar que la consigna de elecciones generales inmediatas había perdido actualidad. Sin embargo, no fue hasta junio que se dio a conocer oficialmente la denominada «línea de agosto», cuyos objetivos eran derrocar el régimen por vía violenta mediante un movimiento de masas poderoso y escalonado, similar al que derribó a Machado y que podía desembocar en un movimiento armado (en este sentido se acercaba a la táctica del M-26-7).

No somos adoradores de la violencia por sí misma –planteaba un manifiesto del 26 de septiembre– [...] Por eso formulamos y enarbolamos a su tiempo –nosotros antes que nadie– la consigna de las elecciones generales democráticas e inmediatas, con garantías para todos los partidos y zonas de opinión, que franqueaba la posibilidad de dar salida por vía electoral, sin graves convulsiones, a ciertas de las graves cuestiones que afectan el momento nacional. Pero cuando el gobierno despótico que padecemos –con el apoyo de sus amos imperialistas yanquis– bloquea la vía electoral y pretende mantenerse en el poder por la fuerza, no hay más remedio que apelar a la acción extraparlamentaria, es decir, a la lucha directa de las masas, elevándola a la altura que fuera menester –incluso la insurrección

<sup>6</sup>A. Sobolev, «Algunas formas de transición del Capitalismo al Socialismo», en *Estudios y Documentos Teóricos*, n. 12, abril de 1957, pp. 4-5.



popular– para liberar a nuestra Patria de la opresión y abrir paso a las soluciones que necesita el pueblo [...].<sup>7</sup>

Con la aprobación de la «línea de agosto» se abrieron nuevas posibilidades para gestiones unitarias entre el PSP y el M-26-7. Antes, Frank País y Lester Rodríguez se habían reunido con Francisco Rosales y Luis Mariano Ávalos, dirigentes comunistas de Oriente. Ellos respondieron que no podían participar porque no tenían autorización para hacerlo. En noviembre el Partido orientó que se iniciaran coordinaciones con Fidel Castro a través de Níco López. Para ello Flavio Bravo viajó a México. Luego de expresar la disposición de trabajar unidos por la revolución, este le pidió a Fidel un poco más de calma en los preparativos de la insurrección, que demoraran por un tiempo la expedición a fin de coordinar mejores condiciones para su llegada y hacerla coincidir con una huelga azucarera. El PSP reveló su desacuerdo con tácticas a plazo fijo, como había propuesto Fidel al declarar el 30 de octubre que en 1956 serían «libres o mártires».

Sin embargo, los resultados del levantamiento del 30 de noviembre y la persecución desatada contra los rebeldes luego del desembarco del «Granma» tuvieron un efecto regresivo en las posiciones del Partido. El 16 de diciembre se reunió su dirección para realizar un reajuste de sus posiciones, y allí se manifestaron divergencias con la línea adoptada.

Uno de los discrepantes estimó correcta la consigna para el momento en que había surgido, pero se cuestionaba si

<sup>7</sup>«El camino del pueblo: agosto de 1933. Manifiesto del PSP», 26 de septiembre de 1956, en *Carta Semanal*, Época II, n. 165 (10 de octubre de 1956), p. 1.

se había exagerado la posibilidad de un nuevo agosto. Piensa que, en la práctica, se habían deslizado un poco de la línea original y que al existir algunas concepciones izquierdistas sobre el Frente Democrático Nacional, se debían corregir esos errores, pues, salvo en algunas zonas azucareras, no existía en el país una región o una ciudad donde la situación fuera «peor» que en el período entre 1946 y 1952. Tampoco había comparación posible con los años 1932 y 1933.<sup>8</sup>

### **La táctica de las alternativas**

El fracaso del asalto al Palacio Presidencial reafirmó ese criterio. En los meses subsiguientes se produjeron importantes discusiones y se declaró definitivamente que la «línea de agosto» era incorrecta y unilateral.<sup>9</sup>

En mayo, Aníbal Escalante analizó que la lucha guerrillera era importante, pero constituía un fenómeno aislado que le daba mucho realce a las tácticas de sabotaje y la acción individual. En cuanto al Directorio, reconoce en él los métodos de lucha del DEU de la década del 30 y lo valora un retroceso con respecto a la FEU de 1955.<sup>10</sup>

Puntualiza que el objetivo estratégico del Partido era la eliminación de la agresión imperialista y los rezagos feudales de la economía, el cumplimiento de un programa patriótico y revolucionario que diera soluciones de fondo a la crisis, a través de un gobierno de Frente Democrático de Liberación Nacional. Las posibilidades tácticas convenidas fueron: movilización para la consulta

<sup>8</sup>«Sobre la táctica del camino de Agosto», 16 de diciembre de 1956, Archivo del Instituto de Historia de Cuba (AIHC), Fondo Primeros Partidos, sección PSP.

<sup>9</sup>A. Díaz, *Informe del Pleno del Comité Nacional del PSP*, mayo de 1957.

<sup>10</sup>A. Díaz, *Sobre la situación actual y la táctica del partido*, 1957, pp. 8-9.

pública con elecciones democráticas y garantías, o si el gobierno bloqueaba la línea electoral, ir a un levantamiento en base a una huelga general que incluía la posibilidad de una insurrección. De ellas, el PSP estaría a favor preferiblemente de la primera opción. Esta postura se conoce como «táctica de las alternativas».

La noticia del asesinato de Frank País y Raúl Pujol provocó una huelga espontánea en Santiago de Cuba y otras ciudades. El PSP participó en la misma. A escasas cinco semanas, *Carta Semanal* revelaba los desmanes de la dictadura el 5 de septiembre. También se solidarizó con las críticas de Fidel al Pacto de Miami.<sup>11</sup>

El 10 de noviembre el Movimiento 26 de Julio hizo un llamamiento a instituir un frente unitario para una huelga general revolucionaria. El PSP expresó su satisfacción ante este hecho y colaboró en la fundación del Frente Obrero Nacional. El reajuste táctico comenzado en el Pleno del Comité Nacional (CN) de mayo de 1957 se fortaleció en la reunión nacional de diciembre. En efecto, la «táctica de las alternativas» significaba un retroceso con respecto a las posiciones de 1956.

El Partido estaba tratando de crear condiciones para celebrar un congreso, pero la situación compleja del país se lo impidió. Por eso se convocó a una asamblea del Comité Nacional para mediados de diciembre. Algunos miembros de la dirección partidista han atestado que para esos momentos se había comenzado a valorar la realización de un respaldo activo a la lucha guerrillera; sin embargo, en esa reunión no aparece reflejada esa probabilidad en ninguno de sus documentos. Incluso, el nuevo Programa del PSP aprobado en la misma ratificaba las posiciones anteriores. La posibilidad de la vía armada estaba latente, no obstante no se

<sup>11</sup>«La denuncia de Fidel Castro contra el Pacto de Miami y el pacto necesario», en *Carta Semanal*, Época II, n. 231, p. 3.

tomaron medidas concretas para preparar a sus cuadros en ese sentido. Sus potencialidades se autolimitaban ante la convicción de que un movimiento público provocaría la intervención de los EE.UU. en Cuba, haría fracasar el frente unido y apartaría a la burguesía nacional y otras capas anticomunistas de la lucha.

Sobre todo, discrepaban de los métodos de actuación de las guerrillas urbanas: el sabotaje, el ajusticiamiento de esbirros, las acciones de diversionismo, calificadas todas como terroristas. Tampoco se dieron cuenta de las diferencias entre las concepciones entre los líderes del Llano y la Sierra.

El 14 de diciembre de 1957, Fidel Castro llamó a la oposición a discutir una plataforma de unidad en los campos de batalla. A finales de este año el PSP asignaba a Carlos Rafael Rodríguez y Jorge Risquet para hacer un periplo por América Latina, en aras de informar a los partidos comunistas del continente la decisión de incorporarse a la lucha armada, determinación que no se hizo pública hasta el 12 de marzo de 1958.

### **Cambios a favor de la lucha armada**

A partir de febrero de 1958 el PSP comenzó a concretar las variaciones tácticas con respecto a la lucha guerrillera y encomendó a Ramón Nicolau la creación de una comisión para lograr un acercamiento con los líderes de la Sierra Maestra y reclutar hombres que se incorporaran a los distintos frentes. Los primeros contactos se realizaron a través de Osvaldo Sánchez y Ursinio Rojas.

En esa etapa asimismo se gestó la fundación de una columna en el norte de Las Villas, en la región de Yaguajay. Según varios testimonios, los militantes comunistas Miguel Galán, Alberto Torres, Tomás Cortés, José González Castro y otros estaban siendo brutalmente hostigados por el ejército. Ante esa situación, la dirección

provincial del PSP citó a Alberto Torres a Santa Clara y le propuso que organizara una guerrilla con los perseguidos. Ya existía entonces otro destacamento armado del M-26-7 en la zona, dirigido por Víctor Paneque. Los comunistas alzados se reunieron con los dirigentes de ese grupo para discutir si debían fusionarse o no. Dadas las divergencias de criterios, llegaron a la conclusión de que lo mejor era continuar independientes. A mediados de año, el Partido le ordenó a Félix Torres (del Buró provincial) que se alzara definitivamente y tomara el mando de aquel grupo guerrillero, cuyo nombre sería columna «Máximo Gómez».

El 12 de marzo el Partido decidió explicar al pueblo las razones de su apoyo a la Sierra Maestra. En un artículo publicado en *Carta Semanal* analiza que aunque era partidario de una solución pacífica, sus tácticas también comprendían la lucha armada, la insurrección y la guerrilla, si el enemigo se resistía a las salidas de otro tipo.<sup>12</sup> Ya la columna de Raúl Castro se había trasladado al norte de Oriente para constituir el II Frente y allí buscó el respaldo de los comunistas y dirigentes campesinos de la zona.

Ese propio día 12, en un *Manifiesto al pueblo de Cuba* firmado por Fidel Castro y Faustino Pérez se planteó la proximidad de una huelga general y un movimiento definitorio con respecto a la tiranía a partir de los primeros días de abril. Luego de leer el documento, el PSP hizo declaraciones en las cuales censuraba algunos de sus enfoques, porque limitaban una mayor participación de todos los sectores sociales en la lucha.<sup>13</sup> No obstante, acordó el envío de un *Memorándum urgente* a Fidel en el

<sup>12</sup>«¿Por qué nuestro Partido apoya a la Sierra Maestra?», en *Carta Semanal*, Época II, n. 239 (12 de marzo de 1958), p. 1.

<sup>13</sup>«Sobre el último manifiesto de Fidel Castro», AIHC, Fondo Primeros Partidos, sección PSP.

cual señalaba que, a pesar de existir entre ambas organizaciones diferencias en cuanto a programa e ideología, coincidían en la necesidad de tumbar a la tiranía, por lo cual asumía como decisiva la coordinación entre ambas organizaciones.<sup>14</sup>

Con poco tiempo de antelación, Faustino Pérez se reunió con dirigentes del PSP y del Directorio Revolucionario (DR) en la capital para concertar la colaboración con vistas a la huelga del 9 de abril. Entre ellos existían diferencias de criterios que no fueron solucionadas, lo cual influyó en el fracaso de la misma.

El 23 de abril el PSP hizo un análisis de las causas de la frustración del paro. La clase obrera y el pueblo no tuvieron la culpa de los errores –decía en *Carta Semanal*. La forma anárquica, extemporánea y unilateral de la convocatoria, la utilización de métodos de comando y el desprecio a los elementos organizativos provocaron ese resultado.<sup>15</sup>

Después de la reunión de Altos de Mompié, el PSP decidió mandar a Carlos Rafael Rodríguez a la Comandancia de la Plata en el mes julio, en medio de la ofensiva del ejército de la tiranía. Una vez detenida esta por los rebeldes, el dirigente comunista bajó a reunirse con el Buró Ejecutivo y se tomaron decisiones acordes con las circunstancias. En tres semanas Rodríguez estuvo de regreso en las montañas acudiendo al llamado hecho por Fidel a todos los sectores opositores a congregarse en la Sierra para iniciar la contraofensiva.

<sup>14</sup>«Memorándum urgente al Comandante Dr. Fidel Castro, jefe de las fuerzas rebeldes y toda la dirección del M-26-7», AIHC, Fondo Primeros Partidos, sección PSP.

<sup>15</sup>«Los acontecimientos de la semana pasada y lo que debemos hacer ahora», en *Carta Semanal*, Época II, n. 245 (23 de abril de 1958).

El Buró Ejecutivo orientó a todos sus Comité Provinciales intensificar las denuncias contra el terror, el estado de emergencia, la represión, las campañas de exterminio a los rebeldes, la farsa electoral, la injerencia externa, sin subestimar las demandas inmediatas y evitando las tácticas terroristas.<sup>16</sup> Una vez firmado el Pacto de Caracas, no obstante no haber sido invitado y considerarlo insuficiente, elaboró una declaración de apoyo al mismo.

En esos momentos se acordó también enviar a la zona guerrillera bajo el mando del M-26-7 a varios dirigentes comunistas. A la Sierra Maestra fue encomendado Armando Acosta Cordero, quien se mantuvo en la columna 8; y a la Comandancia General, el militante de la Juventud Socialista, Luis Mas Martín. Por su parte, Antonio Pérez y Jorge Risquet fueron enviados al II Frente Oriental. En el comité organizador del Congreso Campesino en Armas efectuado el 21 de septiembre estuvieron presentes Romárico Cordero y José Ramírez Cruz.

El Partido dio la orientación a su Buró de Camagüey que esperaran dos columnas invasoras que pasarían por ese territorio y una tercera que se quedaría allí para operar. Sin saber exactamente cómo se producirían esos desplazamientos, organizaron una unidad guerrillera en la zona de Cubitas.<sup>17</sup> Cuando los hombres dirigidos por Ernesto Guevara llegaron a Ciego de Ávila, inmediatamente localizaron a Saturnino Aneiro, secretario general del PSP en la región, quien los ayudó a conseguir prácticos, alimentos, ropa, calzado y medicinas.<sup>18</sup>

<sup>16</sup>«A todos los CCPP», 2 de julio de 1958, AIHC, Fondo Primeros Partidos, sección PSP.

<sup>17</sup>Testimonio de Felipe Torres (dirigente del PSP en Camagüey) para el libro de William Gálvez, *Camilo, señor de la vanguardia*, ob. cit., pp. 239-240.

<sup>18</sup>Joel Iglesias Leyva, *De la Sierra Maestra al Escambray*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1979, p. 333.

También la columna «Antonio Maceo», al arribar al norte de Las Villas, se puso en contacto con los guerrilleros del PSP. El secretario general del Partido de la provincia, Arnaldo Milián, le ofreció apoyo en cuanto a las comunicaciones, en la construcción de algunos lanzallamas y el traslado de su tropa hasta Pinar del Río. Gerardo Noguerras fue nombrado por Camilo Cienfuegos responsable de organizar a los obreros azucareros y agrícolas en Las Villas. Osvaldo Sánchez, por su parte, se entrevistó con el Che en octubre y estuvo varios días con su columna dejando muy buena impresión en el guerrillero argentino.

El 17 de noviembre fueron asesinados el dirigente del PSP y organizador del Frente Obrero Nacional Unido, Carlos Rodríguez Careaga, y el secretario general del PSP en Ciego de Ávila, Saturnino Aneiro, cuando se encontraban coordinando acciones para la huelga general.

Mientras tanto, en las provincias occidentales el PSP orientó a sus organizaciones de base la creación y adiestramiento de grupos armados para darle todo el respaldo necesario a la tropa de Camilo una vez que llegara a esa región. Además, con el propósito de mantener informados a los revolucionarios de los movimientos de las fuerzas represivas, se instaló una planta de radioescuchas en una azotea en Nuevo Vedado, a través de la cual lograron interceptar y descifrar mensajes del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas. Asimismo, los obreros de los talleres del ferrocarril de Ciénaga y del Cerro conocieron del envío del tren blindado hacia Santa Clara y lo informaron al Che.

Otra de las tareas más importantes encomendadas a la comisión militar que dirigía Ramón Nicolau, fue la de construir una estación radiotransmisora que debía llevarse al Escambray para entregársela al Che. La planta se confeccionó por secciones, que fueron luego embaladas en cajas de televisores y enviadas por ferrocarril al



centro de la Isla y posteriormente se subieron a lomo de mulas hasta el campamento rebelde.<sup>19</sup>

El Comandante en Jefe orientó la realización de una Conferencia Nacional de Trabajadores Azucareros en ese lugar. Para que no interfiriera con las acciones que dirigía el Che, la misma se trasladó al norte de Las Villas, y se logró efectuar los días 20 y 21 de diciembre, con apoyo de los líderes obreros.

Ante la convocatoria de huelga general efectuada por Fidel a la huida de Batista, el PSP hizo un llamamiento a las masas. El poder debía ir a manos de los rebeldes y de las fuerzas revolucionarias. Había que evitar que la «revolución se fuera a bolina».

## **Consideraciones finales**

Como hemos podido analizar, el programa del Partido Socialista Popular entre 1952 y 1958 pretendía, en el plano teórico, contribuir al desarrollo de un movimiento de liberación nacional que, en una fase posterior, se encaminara hacia el socialismo. Sin embargo, en su accionar diario no pudo dirigir la última etapa del proceso revolucionario que culminó con el triunfo del Primero de Enero de 1959.

¿Cuáles fueron las razones?

Primero: A consecuencia del aislamiento político en que se desenvolvía debido a la política anticomunista del imperialismo y las clases dominantes de Cuba; por sus propias posiciones sectarias y por la desconfianza que mantuvo hacia todas las tendencias de la oposición nacionalista, especialmente con aquellos provenientes de la pequeña burguesía; porque una parte de esos sectores tampoco confiaba en los comunistas por haber concertado una alianza política con Batista; y porque el

<sup>19</sup>Arquímedes Poveda Godínez, *Un hombre de leyenda*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1991.

Partido cifraba sus esperanzas en el sector proletario, esencialmente urbano, cuando este no constituía la mayoría de la población económicamente activa, y elementos anticomunistas habían logrado apoderarse de sus organizaciones sindicales.

Segundo: Porque si bien tenía un programa revolucionario de lucha, este era incongruente con los métodos reformistas desplegados y las tácticas basadas en los esquemas y orientaciones tácitas que regían dentro del movimiento comunista internacional a favor de la coexistencia pacífica y las vías parlamentarias. La aplicación de los principios marxistas que hizo el PSP estuvo limitada por ópticas preconcebidas que no tuvieron en cuenta suficientemente las condiciones particulares de Cuba. Le faltó dinamismo para desprenderse de los métodos legales por los que había transitado durante un largo período y asumir los métodos insurreccionales.

Tercero: La cercanía geográfica con los Estados Unidos le hizo postergar el momento de una batalla efectiva por alcanzar el poder político, pues consideraba que si podía alcanzar el triunfo, el imperialismo no permitiría un gobierno dirigido por los comunistas y lo aplastaría.

Cuarto: Los «fantasmas» derivados de la experiencia de la Revolución del 30 influyeron en sus análisis estereotipados sobre la situación económica (aparentemente más favorable en los 50), las fuerzas nacionalistas (con métodos de lucha similares y sin distinciones fundamentales entre ellas) y la correlación entre los factores objetivos y subjetivos (no existían suficientes elementos objetivos para desarrollar los aspectos subjetivos que condujeran al triunfo de la revolución). Ello le impidió ver las peculiaridades del Movimiento 26 de Julio, el rol de Fidel Castro y la importancia de la lucha guerrillera.

No obstante todas las cuestiones mencionadas, el Partido Socialista Popular logró realizar una amplia propaganda a favor de las transformaciones urgentes que

necesitaba la sociedad cubana a fin de alcanzar su liberación nacional y social, denunció y alertó sobre las maniobras del imperialismo, decidió apoyar la lucha guerrillera durante su última etapa. Cientos de militantes y simpatizantes comunistas, como Paquito Rosales, José María Pérez y Saturnino Aneiro fueron reprimidos, encarcelados, torturados y asesinados por la tiranía. Finalmente, el PSP contribuyó de modo esencial a cohesionar a las masas para obtener la unidad que consolidó el triunfo definitivo de la Revolución.

# EL PROCESO REVOLUCIONARIO CUBANO DE 1953 A 1958 Y SU SIGNIFICADO

***Fernando Martínez Heredia***  
**(director general del ICIC Juan Marinello)**

Antes de comenzar con mi ponencia quisiera hacer algunas aclaraciones sobre la fundación de la columna guerrillera del PSP al norte de Las Villas. Después de las experiencias de los primeros meses de la guerra revolucionaria, la Dirección Nacional del M-26-7 tenía una posición muy restrictiva frente a las peticiones de apertura de nuevos frentes de guerra por parte de sus miembros. En la situación favorable creada a inicios de 1958 y el entusiasmo previo a la huelga de abril, la Dirección Provincial de Las Villas autorizó la creación de una unidad rebelde en la zona de Yaguajay, con quince hombres como número tope de combatientes y el grado máximo de teniente para el jefe.

Bajo esa orientación se organizó el primer destacamento, el 12 de marzo, en la Cueva del Indio, en Alunao. Al día siguiente, los rebeldes pusieron el primer campamento en Las Llanadas. El jefe se nombraba Raúl Cortiza. Durante años conservé una relación manuscrita del pobre armamento con que contaban en ese momento. En los días previos a la huelga, el número de miembros llegó a ser de unos treinta. Las actividades principales consistían en la obtención de armas en las fincas en que había, la preparación de las acciones armadas que se efectuarían cuando se desatara la huelga y el diálogo en busca de unidad con compañeros de otras organizaciones. La principal de estas era el PSP, que tenía una línea

que consideraba errónea la lucha armada; la Organización Auténtica era muy pequeña y débil. Por ese camino no se avanzó en aquel tiempo.

El fracaso de la huelga de abril fue perjudicial para todo el país. La tiranía se sentía victoriosa y se puso a la ofensiva, y en el campo revolucionario no faltaron decepcionados y desertores.

Félix Torres González, tabaquero de 46 años, miembro del Partido Comunista desde muy joven y que luego se afilió en el Partido Socialista Popular, era un cuadro audaz y decidido a la acción. Se alzó en armas en los días de abril, en el destacamento que dirigía Cortiza, al igual que Tomás Cortés y algunos otros miembros del PSP.

En medio de una dura represión en el campo, con asesinatos y quema de casas, los rebeldes entraron al balneario de San José del Lago, en Mayajigua, e incendiaron instalaciones, y combatieron en Boquerón, donde el ejército sufrió algunas bajas. Raúl Cortiza cayó prisionero en el término municipal de Morón cuando hacía una gestión en un vehículo. Quedó al frente Regino Machado. El 21 de mayo la guerrilla fue prácticamente disuelta, al no contar con medios para sostenerse. Permanecieron alzados, sin embargo, siete hombres mandados por Machado: Victoriano Parra Pérez y sus hermanos Justo y Diego, miembros del M-26-7 desde 1956, Cortés y tres compañeros más. Mientras, Sabino Hernández, del M-26-7, Félix Torres y otros salieron hacia diferentes lugares del país.

Durante el verano, la guerrilla fue creciendo, pero ahora con el nombre de «Marcelo Salado», revolucionario nacido en Caibarién y asesinado en La Habana el 9 de abril. Tal nominación se debió a Antonio Borges Rivas, enfermero, fundador del M-26-7 en Yaguajay el 28 de diciembre de 1956, del que fuera primero su Responsable Municipal y después Coordinador, hasta el día 2

del propio mes, pero de 1959. Él fue el alma de la acción revolucionaria en este lugar durante la tiranía. En fecha que no puedo precisar, quizás en julio, regresó Félix Torres a la zona, y atrajo a él a Cortés y sus hijos, con los que pronto formó una pequeña guerrilla propia bajo su dirección. El hecho de que los Cortés se llevaran consigo las armas, creó fricciones.

En la tradición oral, que yo conocía de primera mano porque formaba parte de la Dirección Municipal del M-26-7, Félix se había alzado en abril rompiendo la disciplina de su Partido, y su conducta había sido muy positiva a nuestros ojos. Cuando volvió, se dijo que había sido criticado por la Dirección Provincial del PSP por alzarse, al igual que Miguel Galán, dirigente sindical muy prestigioso, del Central «Narcisa», que pertenecía al PSP. No puedo asegurar que eso sea cierto.

La actitud revolucionaria de los rebeldes de ambas unidades fue, a mi juicio, de un enorme valor, pero su armamento era pésimo. La población campesina les tenía simpatía y colaboraba.

A partir del 7 de octubre, con la llegada a la zona de Yaguajay de la Columna Invasora dirigida por Camilo, la situación cambió radicalmente. El historiador debe evitar «reescribir» la historia previa a partir de lo que sucedió de ahí en adelante.

Es indispensable analizar el Informe de Camilo a Fidel del día 9 de octubre, la carta de este a Camilo del 14 de octubre, y la Orden Militar de Camilo del 26 de octubre. En el primer documento Camilo llama al jefe de los rebeldes que los han recibido «el señor Félix Torres», a pesar de que se muestra muy agradecido por la atención que les dieron. En el segundo, Fidel le orienta rigurosamente al *Señor de la Vanguardia* que solo se debe aceptar que el Che sea el jefe máximo de la provincia, y de no ser así, «asumir el mando de todas las fuerzas del Movimiento 26 de Julio y las que espontáneamente se

les unan...» El texto completo es importante. El documento último se titula «A las fuerzas revolucionarias de la zona norte de Las Villas», y su contenido es concluyente para conocer la verdad histórica. Lo tomé de papeles personales que conservaba y lo publiqué en el número 6 de la revista *Pensamiento Crítico*, de julio de 1967, pp. 46-47. Resulta conveniente también analizar el Informe de Camilo a Fidel del 29 de octubre.

Para la investigación histórica de este caso, estimo necesario también establecer varias cuestiones: a) revisar si existe algún documento de la dirección del PSP acordando la creación de un destacamento del Partido para la lucha armada en la zona de Yaguajay en los primeros meses de 1958, u otras referencias de este tipo o de hechos que puedan permitir afirmar lo anterior; b) una búsqueda igual para el período julio-octubre de 1958, presumiendo que podía haber cambiado la política de la Dirección del PSP en ese tercer trimestre; c) una indagación semejante referida a la Dirección Provincial del PSP de Las Villas entre julio y octubre de 1958, en cuanto a Félix Torres y a su destacamento.

Un último comentario. Como suele suceder en las revoluciones, las unidades del Ejército Rebelde estaban formadas por individuos procedentes del M-26-7, de la militancia previa en otras organizaciones o de ninguna militancia anterior. Un ejemplo de ello es la Columna Mixta «Máximo Gómez», nombre que tuvo en la guerra esta unidad constituida a partir de la Orden Militar del 26 de octubre, liderada por el capitán William Gálvez Rodríguez, que perteneciente al M-26-7 de Holguín, ingresó al Ejército Rebelde y fue invasor en la Columna 2, y que conjuntamente con el comandante Félix Torres compartió el mando de la Columna. Entre los que cayeron luchando de este destacamento se encontraban combatientes del M-26-7, del PSP y de otras organizaciones. Es el caso de Reinel Páez Pérez, Julio Careaga y de

Joaquín Paneca Consuegra (todos provenientes del M-26-7), caídos los dos primeros en La Garita, el 2 de noviembre, y el tercero ante el cuartel de Yaguajay el 24 de diciembre. Poseo datos de otros caídos y sobrevivientes que pertenecían al PSP o no tenían militancia previa. Debe haber sucedido algo similar en la constitución de la Columna «Marcelo Salado». Quisiera terminar recordando al campesino pobre y colaborador de la guerrilla, Felino Rodríguez Delgado, asesinado en Juan Francisco por la guardia rural el 13 de mayo –en los días más duros y adversos–, que era militante del PSP.

Comienzo entonces con mi intervención.

Los avances de la segunda república, por su propia naturaleza y por los conflictos latentes que no podía evitar, alimentar o permitir, abrieron la posibilidad de una inobediencia, que después se fue generalizando y llegó a la ruptura.

Los voy a someter a la lectura de trece puntos en la forma más sintética y abstracta posible, los cuales considero me parece que son los principales aspectos acerca del proceso de la insurrección hasta su triunfo, y ya sin hechos, nada más que interpretación.

Primero: Batista y su grupo se consolidaron en el poder para satisfacer ambiciones de riquezas y de mando y se ampliaron al fomentar grupos de intereses a su alrededor, pero carecían de proyecto, y de adscripción a los ideales e intereses de determinados sectores sociales del sistema; eran aventureros y no bonapartistas, que se negaron a terminar su mandato y pretendieron ser permanentes en el poder, o tan duraderos y fuertes que se convirtieran en un sector de riquezas, decisiones y socios, en lo fundamental, del funcionamiento del sistema.

Segundo: La oposición política profesional y amplios sectores organizados en la sociedad civil para la conservación del sistema, no le dieron la importancia debida a la polarización que se fue formando en la nación cubana. Los primeros, los políticos, condujeron su oposición



como si no se avecinara o comenzara a desencadenarse una crisis profunda; los segundos, prefirieron tácitamente que la dictadura les garantizara sus intereses o fueron ambiguos en espera de que alguien, ustedes saben quién, les solucionara el problema.

Tercero: Amplios sectores del pueblo cohesionados en políticas simpatizantes de partidos se alejaron decididamente de la conducción de los políticos profesionales, se hizo un vacío de conducción. Pero no simple sino calificado, porque esos sectores no se conformaban y expresaban una gran exigencia de posturas prácticas antibatistianas, un gran repudio a los políticos profesionales y un gran deseo de participar ellos mismos en una nueva política.

Cuarto: Este cuarto es un poco amplio. La cultura política, usando esta expresión en su sentido amplio, existente en Cuba era más bien alta. Yo he escuchado después cosas absurdas, como que Cuba era un pueblo anticomunista, por ejemplo, o que era el país de poca memoria, etc., y sus rasgos más importantes eran:

- a) La continuidad ideológica entre la nación, la patria y el radicalismo político.
- b) Una antigua y muy extendida cultura del debate político e ideológico relacionada con intereses, ideales y organizaciones.
- c) Un gran dinamismo de la cuestión social, de las formas organizativas y de su relación con las políticas prácticas y el pensamiento político desde el siglo XIX. La Revolución de 1930 le brindó fuerzas, muchas experiencias y potenció las luchas sociales con contenido político, así como la implantación de ideas socialistas en Cuba, o afines, en los programas políticos, en la tradición de las masas y en el pensamiento político. El tejido de la sociedad civil se hizo muy extenso, abarcador y complejísimo.

- d) Los medios masivos de comunicación y de formación de opinión pública poseían un extraordinario alcance, calidad, implantación e influencia.

Quinto: La hegemonía en la segunda república burguesa neocolonial poseía un momento del consenso que era muy complejo y eficaz, pero su propia naturaleza exigía mantener la institucionalidad y las creencias en su perfectibilidad o sus cambios mediante sus propios mecanismos.

Sexto: El asalto al Moncada y lo que se conoció después acerca de sus actores y sus ideas, constituyó una aparición potencialmente decisiva en el vacío político creado. La conducta posterior de Fidel y los Moncadistas atrajo cada vez más fuertemente a los que describía antes.

Séptimo: Fidel y su movimiento partieron de las fuerzas políticas más representativas de los anhelos de la población políticamente activa, la Ortodoxia, y reclutaron en sus miembros y en sus estructuras de base a la mayoría de los primeros soldados, conspiradores y simpatizantes, pero hubo claras diferencias en el tiempo. Primero, hasta el Moncada el «chibasismo» fue un referente ideológico de los conspiradores. Segundo, desde que surgió el movimiento en 1955, la Ortodoxia era el lugar preferente de donde sacar membresía y se reivindica la vertiente más radical de las ideas y el movimiento Ortodoxo como parte de la identidad del «26 de Julio», pero sin ningún vínculo orgánico con ese partido. Tercero: Después del «Granma», la Ortodoxia pierde rápidamente esos papeles y durante la insurrección deja de ser invocada.

Octavo: Durante el proceso guerrillero aparecieron y se fueron multiplicando los nuevos actores políticos procedentes de los sectores más humildes. El movimiento los motivó a luchar por las acciones y las características

de esa organización que los llevaba a identificarse con ella, los más humildes comenzaron a ser parte importante de los actores mismos de la Revolución. Ellos trajeron su disposición de luchar y sus reivindicaciones, pero sobre todo la esperanza de que estas fueran satisfechas dentro del gran movimiento político. Esto es muy interesante para un estudio de la conciencia y de la política cubana en general.

Noveno: Fidel se convirtió en un líder, cuyo liderazgo se fue profundizando y llenándose de más significaciones en cada etapa del proceso. Dada la quiebra del sistema del consenso, ocupó un espacio vacío con sus múltiples atractivos en una formulación espiritual más cercana a los humildes a la vez que asumible por aquellas personas que tenían cultura política del tipo existente entonces. La llamada falta de ideologías del «26», que decía no a la política anterior al 10 de marzo, no al capitalismo, y no era comunista, se encarnaba muy bien en un héroe carismático y no en un programa.

Décimo: Tanto el batistato como la burguesía cubana carecían de sentido histórico y no fueron capaces de exigirle a la dictadura ser algo más que un grupo de aventureros. Estados Unidos no supo defender con inteligencia sus intereses más permanentes, por todo eso la dictadura tuvo dos defectos graves en su lucha contra la insurrección: a) No movilizó ideológicamente sus fuerzas militares, políticas y cívicas contra ella; b) La represión fue insuficiente primero, y bestial y muy antipopular después, preocupada inicialmente por sus manejos políticos en busca de estabilización y después por su incapacidad de integrar la represión en un esquema contrarrevolucionario más amplio. El régimen se fue reduciendo a un baño de sangre a cargo de criminales notorios. Pueden apreciar ustedes la diferencia con Argentina en los años 70, donde sí fueron capaces.

Onceno: La estrategia política de Fidel fue muy acertada y puede sintetizarse en: a) Deslegitimar siempre al

enemigo. b) No hacer alianzas opositoras en la práctica, pero sin atacar ni polemizar con esas fuerzas. c) No presentar ni aprobar programa alguno después de *La Historia me Absolverá*, obviando así los peligros de declararse socialista, demasiado radical, demasiado opuesto a los Estados Unidos, o entrar en pugna con las diversas formas ideológicas que existían dentro del movimiento, u otras que no compartía Fidel. Tampoco chocar con el Partido Socialista Popular ni con otras organizaciones antibatistianas. d) Formar sus fuerzas con individuos no afiliados a partidos y otros procedentes de partidos con los cuales no se pactaba nada. e) Ofrecer la unidad, primero desde posiciones de principios, aunque no fuera viable, y después desde una posición de fuerza, porque ya se acercaba la victoria, sobre todo después de agosto del 58. Proclamar siempre su independencia de los Estados Unidos y su nacionalismo intransigente. f) No hacer concesiones para lograr arreglos políticos de la situación, lo que acrecentó la confianza del pueblo en él y la novedad que Fidel traía. g) Practicar y enseñar a los suyos una política de principios, relacionada íntimamente con una moral y aplicada con gran flexibilidad. Luchar por tomar todo el poder y forjar instrumentos idóneos para ejercerlo.

Duodécimo: La estrategia de guerra de Fidel fue muy atinada porque logró: a) Imponer el medio rural como central para la guerra. b) Articular todas las formas de lucha armada bajo la prioridad de la primera premisa. c) Centralizar en su persona toda la dirección de la insurrección. d) Aferrarse a la táctica escogida de guerrillas para que llegaran a tener fuerza de columna, de una zona concentrada en la Sierra Maestra en la que se ejercía su control y era su base territorial, de operar con fuerzas de gran movilidad en busca de destruir las fuerzas vivas y la capacidad operativa enemiga y de hacer invasiones desde la columna madre cada vez más extendida por el país.

e) Relacionar íntimamente la guerra con la política revolucionaria y con una moral revolucionaria. f) Forjar un instrumento revolucionario: el Ejército Rebelde, caracterizado por su disciplina, ideológicamente unido, entregado a la causa por sobre todo, capaz de heroísmos y de sacrificios cotidianos, con sentido de misión trascendente y fuente de cuadros para el futuro ejercicio del poder. g) Darle significado político público a sus acciones guerreras y concederle gran importancia a la propaganda.

Décimo tercero: La victoria político-militar de Enero de 1959 permitió iniciar en Cuba una nueva época, no solo significó un enfrentamiento entre democracia contra dictadura; el triunfo significó una acumulación de fuerza revolucionaria contra el sistema capitalista neocolonial, la oportunidad de actuar muy radicalmente, con serenidad, por la extrema debilidad en que quedó el sistema ante la liquidación de sus instrumentos represivos y la bancarrota de su sistema político; no pudo plantearse una recuperación de la dominación en 1959 porque ella no contaba con fuerzas propias eficaces ni con capacidad negociadora. Su única oportunidad real era la división de los revolucionarios entre radicales y no radicales, que chocaran con fuerzas comparables, como ha pasado en tantas revoluciones, o apoyar a los segundos con ayuda de los Estados Unidos. Nada de eso fue posible. La revolución se apropió de todos los factores materiales y espirituales importantes, incluidos los símbolos nacionales, y sus actos y declaraciones tan radicales tuvieron el efecto de fortalecerla.

Y para no extenderme más, quisiera recomendarles que trataran de conseguir el número 1 de la revista *Casa de las Américas* de este año, donde aparece un fragmento de mi texto «Visión cubana del socialismo y la liberación», sobre el último aspecto al que me iba a referir.

### **Paula Ortiz (profesora de la Universidad de La Habana)**

Fernando Martínez Heredia decía que el «26 de Julio» había polarizado. Phillip González, embajador de Estados Unidos en Cuba a principios del triunfo de la Revolución, escribió que «Batista perdió la guerra no el 31 de Diciembre de 1958 sino el 26 de Julio de 1953», por todas las razones que él explicó. Quería referirme a varias cuestiones sobre la actuación del PSP y su táctica de lucha contra Batista.

Al respecto, pienso que el Partido no cambió su estrategia en ningún momento. La acción de masas la mantuvo constantemente durante todo el período, aunque con una visión otra vez no objetiva. Cuando plantea la creación de un frente democrático-nacional es una miopía política de su parte, porque eso, en 1952, era imposible ante un golpe militar, si se considera que el Partido estaba aislado, que la mayoría de sus figuras habían tenido que exiliarse, otras estaban encarceladas y que habían sufrido todos los avatares de la Guerra Fría. Realmente la creación de este frente era inadmisiblemente, una utopía. Además, nadie iba a tomar esa decisión ante una dictadura militar como la de Batista, y se requería la presencia de los partidos Ortodoxo, Auténtico y otros, que terminaron –como demostró la realidad– haciéndole el juego a Fulgencio.

Incluso después, figuras como Miró Cardona, que está muy preocupado por el desenvolvimiento de la situación, llega a afirmar, tal como refería Fernando: «Señores, nos van a hacer una revolución, ahí está el ejemplo del Moncada. Los jóvenes nos van a hacer una revolución». Lo mismo ocurrió con la huelga general que entrañaba una movilización de las masas, porque quién

las iba a convocar, ¿el Partido Socialista Popular?, ¿con sus fuerzas?, ¿por cuáles medios? No podían, no era realizable en ese tiempo.

Cuando se plantearon la «línea de agosto», es Blas Roca, otra vez, quien la implementa realmente. En agosto de 1933 esto les rindió frutos, pero las condiciones en ese momento eran otras. Ellos no podían llevar a cabo una huelga general para presionar a Batista, para que democratizara y pusiera en práctica un programa económico-social, etc. Sostuvieron además que si esta no daba resultado, podría ocurrir una insurrección. No creo que esas ideas fueran coincidentes con las de Fidel Castro, con la táctica del «26 de Julio», sino que estaban utilizando los mismos argumentos que el «26». Pero siguió con su concepción de acción de masas, de una forma o de otra; tanto es así que en un Pleno, en junio del 57, se dice que hay que tener mucho cuidado con esta lucha que se está desarrollando en la Sierra Maestra porque puede ser «putchista». Está categorizando la guerra en la Sierra Maestra como un movimiento «putchista». Ya en el Pleno de diciembre del mismo año, existe una realidad imposible de negar. Antes, el 30 de noviembre, Frank había establecido una coordinación en Santiago de Cuba con los militantes del PSP. En la guerrilla se hallan militantes del PSP; en la práctica las masas de la militancia del PSP se encuentran trabajando, actuando, combatiendo, lo que ya no como Partido.

En el Pleno del 57 se acepta la incorporación de los militantes a la lucha armada, porque la propia práctica revolucionaria había demostrado que era el método en definitiva y ya muchos de ellos lo habían hecho por su cuenta. La escasa visión del Partido llega hasta el Pacto de Caracas, pues aunque no fue invitado, tuvo un representante allí, de quien no recuerdo el nombre. Cuando Miró Cardona y todas las fuerzas políticas firmantes de este Pacto reconocían ya, en julio del 58, al Movimiento 26 de Julio como fuerza militar fundamental, que no existía otra posibilidad que no fuese la lucha armada, apoyar al Ejército Rebelde y a Fidel como líder,

el PSP mantiene su posición de que todavía se puede llegar por la vía pacífica a un arreglo con Batista. Por eso no rubrican dicho Pacto, hecho que se recoge en un libro de Luis Buch.

Con relación a la huelga del 9 de abril se hacía referencia a una reunión del Movimiento 26 de Julio con el Directorio y Aníbal Escalante, aquí en el Calixto García. Pero además de esta, realizaron otra en una iglesia, al parecer en la de las Mercedes, y no llegaron a ningún acuerdo, porque tanto la representación del Directorio como la del PSP le preguntan a Faustino Pérez que si la huelga triunfa, ¿quién tomaría el poder? Por supuesto, Faustino no pudo responderles. Era todavía muy temprano.

Este es un período en el que hay muchas cuestiones que investigar y analizar. Por ejemplo, ¿se puede afirmar que realmente en el Pacto de Caracas se logró la unidad? Porque casi todos los partidos, menos el PSP, lo firman, aceptan a Fidel y al Ejército Rebelde y están en contra de cualquier intervención extranjera en los asuntos de Cuba y en contra de una junta militar. Porque debemos tener en cuenta que cuando triunfa la Revolución, el Directorio toma el Palacio y la Universidad por medio de las armas. Todavía falta mucho por estudiar.

### **Angelina Rojas (investigadora del Instituto de Historia de Cuba)**

Estoy de acuerdo con lo que decía Paula Ortiz esta mañana de que «Discursos son discursos», y esta frase yo la extendería al testimonio, porque aunque creo en el valor de la historia oral, el testimonio no puede eludir las subjetividades que nos transmite, y que no siempre son del todo justas, independientemente de la persona que lo exprese. Por eso también comparto su criterio de que aún nos queda mucho por investigar, con respecto al asunto del Pacto de Caracas, porque existen realmente opiniones contrapuestas.



Me referiré a algo que señalaba Caridad Massón con relación a César Vilar, del cual nos comentó un grupo de elementos por los que se le acusaba en su momento, incluido el hecho del robo del dinero del Partido. Esto constituye una información testimonial y además una versión del propio César. En aquella época no solo no estaban los compañeros dirigentes del Partido que ella mencionó, tampoco se encontraba Fabio, es decir, que prácticamente la dirección de la organización recaía en manos de Aníbal Escalante, quien tenía una vieja contradicción con Vilar por el asunto del liderazgo. No obstante las razones que fuesen, César había llegado a asumir el cargo de Representante a la Cámara, posición que no había alcanzado Aníbal, y existía esa rivalidad entre ellos.

Además, el problema de César se produce a raíz del juicio del Moncada, y sus resultados vienen a discutirse en 1954, casi un año después, porque Aníbal los saca a relucir. Al expulsar a César del Partido, inmediatamente este lo priva de la pensión que recibía por su cargo por parte del Estado y de la cual vivía su familia (él, su mujer y sus cuatro hijos), ya que una parte del dinero devengado era para la Organización y la restante para la persona. Ante esta decisión, César esgrime su condición de dirigente profesional desde 1927 o 1930 y la necesidad de ese patrimonio para la mantención de sus hijos. Escribe al Congreso exigiendo que ese dinero constituya su retiro y como tal le correspondía a él, no al Partido. Esto desencadenó otro problema.

Con respecto a la unidad partidista en el año 1955, es importante destacar aún más –aunque Caridad lo abordó, pero no lo suficiente– la idea de que pudo lograrse la unidad del estudiantado universitario con José Antonio Echeverría, como sí sucedió realmente en la huelga azucarera, que fue respaldada por todo el alumnado y en ella jugó un papel fundamental esta alianza entre la FEU con José Antonio y el PSP. También ocurrió con los bancarios.

En lo que respecta al planteamiento que le habían hecho a Fidel los comunistas de retrasar el desembarco,

en el libro *Cien horas con Fidel*, de Ignacio Ramonet, Fidel hace un pequeño análisis sobre esta cuestión y afirma: «Quizás, efectivamente no elegimos el momento, quizás yo me aferré mucho a la idea de que en el 1956 seríamos libres o mártires y por poco nos matan a todos en aquel momento».

Me alegra también que Caridad haya tocado el asunto de la planta radiotransmisora que se llevó al Escambray, porque precisamente el hecho de conseguirla y luego enviarla, con todo lo que eso acarreó, fue la causa que le produjo a Ramón Nicolau su primer infarto, porque resultó muy duro lo que él tuvo que enfrentar, y aun casi muerto quería vivir para escuchar las noticias por la planta. Ese esfuerzo grande que se hizo evidenciaba ya una decisión con relación al Partido de los militantes comunistas, los cuales no podemos estigmatizar. Ciertamente cometieron errores, pero, a mi juicio, fueron muchos más los aciertos. Creo que esto es importante y tenemos que aprender a valorar las tendencias, reconocer dónde estuvieron sus puntos débiles y sus logros.

Con respecto a la «línea de agosto», sostengo el criterio de que, ya al final, incluía la lucha armada, y que en cierta medida ese era un llamado a la incorporación a la lucha armada, a la conquista del poder político y al triunfo de la Revolución. Aunque pueda calificarse como errada, atemporal y todo lo que se quiera, adoptaron esa línea, porque ellos no podían hacer mucho más.

En lo concerniente a lo que explicó Fernando Martínez Heredia sobre Félix Torres, poseo un testimonio de Vicente Pérez, dirigente comunista y obrero de Villa Clara, que dice que eso no ocurrió así.

Por último, quiero agradecerles a Caridad Massón, Fernando Martínez y al Centro Juan Marinello por la realización de este taller.

# Anexos



## UN RÉQUIEM MARXISTA PARA LA REVOLUCIÓN DEL 30\*

**¿Socialista? Sí, señor.**

¿Socialista? Sí, señor,  
No puede marchar peor  
Este mundo, y necesita  
Que un poco de dinamita  
Lo obligue a marchar mejor.<sup>1</sup>  
**DIEGO VICENTE TEJERA (1848-1903)**

La Revolución de 1868 incrementó las comunidades de emigrados cubanos, que habían comenzado a desarrollarse con las persecuciones del colonialismo español en la década de 1820. Los emigrados estaban diseminados en Estados Unidos, México, Venezuela, Colombia, Guatemala, Honduras, Costa Rica, Panamá, República Dominicana, Jamaica, Francia, Inglaterra, entre otros. También creció en centenares la cifra de cubanos residentes en España.

La anterior circunstancia facilitó que decenas de intelectuales cubanos accedieran a un conocimiento más universal de las ideologías en debate. En Nueva York, por ejemplo, en la Sociedad Literaria Hispanoamericana (fundada en 1887), Fidel G. Pierra pronunció la conferencia «El socialismo»<sup>2</sup> (el 21 de enero de 1888). El

\*Estudio introductorio de la investigadora y profesora universitaria Ana Cairo para Álgebra y política (y otros textos de Nueva York), Pablo de la Torriente Brau, Ed. La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 2001, pp. VII-LXXX. (Para esta edición se retoman las notas al pie, pero en lo fundamental, del texto citado.)

<sup>1</sup>Diego Vicente Tejera, Textos escogidos, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1981, p. 30. (Los subrayados son de la autora.)

<sup>2</sup>Fidel G. Pierra, El socialismo. El sufragio universal, Thomas Mc Gill, Nueva York [1888].

disertante explicaba que las doctrinas socialistas podrían ser evaluadas como caminos de reflexión o de soluciones a los diversos problemas sociales. Desde la Revolución francesa se habían universalizado tres grandes ideales (la igualdad civil, la igualdad política y la igualdad económica). Estas aspiraciones de justicia se difundían por estas doctrinas llamadas genéricamente «socialistas», aunque se sabía de la existencia de corrientes anarquistas, socialistas utópicas, científicas y socialdemocráticas.

En la conferencia, Pierra no deslindaba precisiones en cuanto a la pluralidad de corrientes, porque el objetivo supremo de la exposición era propiciar un diálogo con el público.

José Martí (1853-1895), quien fue presidente de la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York, posiblemente tuvo las primeras informaciones y vivencias en torno a las doctrinas socialistas en su estancia en España (1873-1875) y después en la ciudad de México<sup>3</sup> (1875-1876). Se convirtió en corresponsal de periódicos latinoamericanos en Nueva York. Informaba sobre una gran diversidad de acontecimientos, tales como: el homenaje a Carlos Marx (1818-1883) con motivo de su muerte; la aparición del libro *La futura esclavitud*, de Herbert Spencer<sup>4</sup> (1820-1903), en el que este manifestaba sus objeciones a las características del socialismo; las grandes huelgas obreras; el proceso judicial (1886-1887) que culminó con el asesinato legal de los siete anarquistas de Chicago; o las aspiraciones electorales del socialista Henry George<sup>5</sup> (1839-1897).

<sup>3</sup>Paul Estrade, «Un «socialista» mexicano: José Martí» (1973), en Ana Cairo, *Letras. Cultura en Cuba*, t. 2, Ed. Pueblo y Educación, La Habana, 1989, pp. 87-104.

<sup>4</sup>Martí escribió un artículo conformado por dos partes para la revista *América*. En la primera ofreció un retrato de Herbert Spencer; en la segunda, glosó *La futura esclavitud*, adicionándole algunos comentarios suyos. Todavía no se ha hecho un buen estudio de este artículo. José Martí, «1. Herbert Spencer», «2. *La futura esclavitud*» (*La América*, Nueva York, abril de 1884) en *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1964, t. 15, pp. 387-392.

<sup>5</sup>H. George fundó el Partido del Trabajo Unido a fines de 1886. El economista Rafael Almanza examinó con profundidad las ideas martianas sobre el norteamericano. Véase: Rafael Almanza, *En torno al pensamiento económico de José Martí*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1990, pp. 260-290.

Martí se documentó de maneras diversas. Además de revisar cotidianamente los periódicos en seguimiento de los temas, leyó<sup>6</sup> el libro *El socialismo contemporáneo* (1884) del intelectual inglés John Rae (1845-1915) en la reimpresión de 1887. Asistió a mítines en apoyo al programa electoral de George. Se solidarizó con su presencia en la iglesia del sacerdote Edward Mc Glynn. Asumió como cronista la defensa apasionada de este cura de ideas avanzadas que prefirió la excomunión papal antes que plegarse a los compromisos políticos de la jerarquía católica de Nueva York.<sup>7</sup>

En los clubes de afiliados al Partido Revolucionario Cubano estuvo presente en el debate de las doctrinas anarquistas y socialistas, aunque prevalecía el criterio de que el primer problema de Cuba era la ruptura con la dominación colonial española y la fundación de una república.

En mayo de 1894, Martí le escribió a su amigo de infancia (y compañero de destierro en España) Fermín Valdés Domínguez (1852-1910) en torno a las discusiones de las ideas socialistas entre los independentistas radicados en Cayo Hueso:

Por lo noble se ha de juzgar una aspiración y no por esta o aquella verruga que le ponga la pasión humana. Dos peligros tiene la idea socialista, como tantas otras: –el de las lecturas extranjerizas, confusas e incompletas, –y el de la soberbia y rabia disimulada de los ambiciosos, que para ir levantándose en el mundo empiezan por fingirse, para tener hombres en que alzarse, frenéticos y defensores de los desamparados. Unos van de pedigüenos de la reina, –como fue Marat, cuando el libro que le dedicó con pasta verde,– a la lisonja sangrienta, con su huevo de justicia, de Marat. Otros pasan de energúmenos a chambelanes, como aquellos de que cuenta Chateaubriand en sus Memorias. Pero en nuestro pueblo no es tanto el

<sup>6</sup>José Bayón, *Lecturas norteamericanas de José Martí: Emerson y el socialismo contemporáneo (1880-1887)*, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos UNAM, México, 1995, pp. 25-58.

<sup>7</sup>Luis Toledo Sande, «Contra los segadores. A propósito de las crónicas de José Martí sobre el sacerdote Edward Mc Glynn» (pp. 186-197); Cintio Vitier, «Observaciones a una ponencia» (pp. 221-236); Luis Toledo Sande, «Comentarios a unas observaciones» (pp. 237-252), en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n. 11, La Habana, 1988.

riesgo, como en sociedades más iracundas, y de menos claridad natural: explicar será nuestro trabajo, y liso y hondo, como tú lo sabrás hacer: el caso es no comprometer la excelsa justicia por los modos equivocados o excesivos de pedirla. Y siempre con la justicia, tú y yo, porque los errores de su forma no autorizan a las almas de buena cuna a desertar de su defensa.<sup>8</sup>

Martí había censurado –desde su estancia en México– el expansionismo de los gobiernos norteamericanos que aspiraban a seguir arrebatándole territorios a la nación azteca. También se oponía a los planes de apoderarse de espacios geográficos en las Antillas, ya por venta, ya por la fuerza militar.

Desde 1889 su antimperialismo fue notorio en textos públicos. Basta mencionar el folleto *Vindicación de Cuba*, o las crónicas sobre el Congreso Internacional de Washington.<sup>9</sup> Se convirtió en el heredero más audaz del antianexionismo de José Antonio Saco (1797-1879) y el primer ideólogo de una revolución nacionalista, antimperialista y latinoamericanista. En el ensayo «El tercer año del Partido Revolucionario Cubano» (1894), cuyo subtítulo era «El alma de la Revolución y el deber de Cuba en América», proclamaba:

En el fiel de América están las Antillas que serían, si esclavas, mero portón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder –mero fortín de la Roma americana; –y si libres, –y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora, –serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio, –por desdicha, feudal ya, y repartido, en secciones hostiles– hallará más segura grandeza que en la inoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del

<sup>8</sup>José Martí, «A Fermín Valdés Domínguez», mayo de 1894, en *Epistolario*, t. 4, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, pp. 128-129. (Los subrayados son de la autora.)

<sup>9</sup>José Martí, «Vindicación de Cuba», en sus *Obras escogidas*, t. 21, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1992, pp. 263-268.



orbe por el predominio del mundo. [...] Es un mundo lo que estamos equilibrando: no sólo dos islas las que vamos a liberar. [...] la independencia de Cuba y Puerto Rico no es sólo el medio único de asegurar el bienestar decoroso del hombre libre en el trabajo justo a los habitantes de ambas islas, sino el suceso histórico para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la república norteamericana.<sup>10</sup>

La excepcionalidad del pensamiento martiano, en particular con respecto a su antimperialismo, no fue compartida por la generalidad de los intelectuales cubanos y, en realidad, no trascendió a los miembros de los clubes del Partido Revolucionario Cubano. Solo ante las evidencias de los acontecimientos del fin de la Guerra Cubano-Hispano-Norteamericana (1898) y la primera ocupación norteamericana (enero de 1899-mayo de 1902), comenzó un lento proceso de ordenamiento, búsqueda y publicación de sus obras, continuamente reeditadas.<sup>11</sup>

De este modo, se facilitó la difusión crecientemente amplia de su pensamiento. A partir de las lecturas, se organizó una reflexión polifónica sobre las formas de su praxis revolucionaria. Ha sido proclamado el canon de todos los revolucionarios. Por lo mismo, durante el siglo xx no cesaron los debates en torno al alcance real de su nacionalismo antimperialista; ni las polémicas sobre las fases de su evolución ideológica (política, social y económica). Dos preguntas han centrado las controversias:<sup>12</sup> ¿se mantuvo fiel a las doctrinas del

<sup>10</sup>José Martí, «El tercer año del Partido Revolucionario Cubano», en sus Obras completas, t. 3, ob. cit., p. 362.

<sup>11</sup>Al cumplirse el quinto año de su muerte, Gonzalo de Quesada y Aróstegui publicó el primer volumen de las Obras de Martí [y llegó a publicar un total de catorce tomos]. Su hijo Gonzalo de Quesada y Miranda terminó el quince y publicó también el dieciséis. Néstor Carbonell editó otras Obras en ocho volúmenes. Estos fueron los textos de Martí leídos por los intelectuales cubanos entre 1900 y 1936, aunque hubo otras publicaciones fuera de Cuba.

<sup>12</sup>Las controversias sobre el pensamiento político de Martí [hasta 1954] pudieran rastrearse [fundamentalmente] de este modo: Enrique José Varona, Martí y su obra política (1896); José Ignacio Rodríguez, «Martí y el Partido Revolucionario Cubano» (1900); Julio Antonio Mella, «Glosas al pensamiento de José

liberalismo del siglo XIX, aunque representó los postulados de máxima radicalidad? ¿evolucionó hacia algunas de las modalidades de las ideas socialistas? Las discrepancias de opiniones todavía persisten.

Entre 1897 y 1898, Diego Vicente Tejera (amigo de Martí y miembro de la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York) organizó en el teatro San Carlos de Cayo Hueso un ciclo de conferencias educativas acerca de las características del pueblo cubano (sus virtudes, defectos y vicios) y de los proyectos inmediatos, a partir del fin de la Guerra de 1895 y de la fundación de una república cubana.<sup>13</sup> La séptima conferencia, denominada «Un sistema socialista práctico», la impartió el 27 de noviembre de 1897. Al final de la misma promovió una reunión (que se celebró el 12 de diciembre) para constituir un club de propaganda socialista. Obreros, profesionales y otros interesados pudieron dialogar entre sí.

Tejera regresó a La Habana con la ocupación norteamericana. El 29 de marzo de 1900 fundó el Partido Socialista Cubano (el cual tuvo una existencia efímera, aunque él reinsistía en estructurarlo). Su objetivo era validar en la praxis social estas ideas defendidas en las conferencias de Cayo Hueso.

Primero: había que luchar por la independencia y fundar una república basada en el derecho al sufragio universal.

Segundo: había que constituir un partido obrero socialista, dentro de los paradigmas –entonces universales– de las asociaciones socialdemócratas europeas.

---

Martí» (1926); Emilio Roig de Leuchsenring, Nacionalismo e internacionalismo en la obra de Martí (1927), y El internacionalismo antimperialista en la obra político-revolucionaria de José Martí (1935); Pablo de la Torriente Brau, «La voz de Martí» (1936); Raúl Roa, «Rescate y proyección de Martí» (1937); Alejandro Vergara, «Análisis dialéctico-materialista de la obra político-revolucionaria de José Martí» (1938); Jorge Mañach, «Perfil de Martí» (1940); Julio Le Riverend, «Teoría martiana del partido político» (1942); Emilio Roig, La república de Martí (1943); Blas Roca, José Martí revolucionario radical de su tiempo (1948); Emilio Roig, Martí antimperialista (1953); Jorge Mañach, Significación del centenario martiano (1953); Carlos Rafael Rodríguez, «Martí: guía de su tiempo y anticipador del nuestro» (1953); Fernando Ortiz, Oración a Martí (1953); Juan Marinello, «Balance y razón de una universalidad creciente. El antimperialismo de José Martí» (1954) [entre otros].

<sup>13</sup>Carlos del Toro, «Diego Vicente Tejera: vida y obra», en Diego Vicente Tejera, Textos escogidos, ob. cit., pp. IX-LXIX.

Tercero: el partido tenía que involucrarse en el sistema electoral y mantener las funciones educativas de ayudar a la comprensión de los problemas sociales en Cuba (como parte del mundo).

Carlos Baliño (1848-1926) emigró a los Estados Unidos en el primer año de la Revolución de 1868. Residió en Tampa, donde perteneció a los clubes del Partido Revolucionario Cubano y defendía las ideas socialistas. Después de la instauración de la república neocolonial retornó a La Habana. Estuvo entre los fundadores del Club de Propaganda Socialista para el que escribió el folleto Verdades socialistas (1905), en el que explicó –didácticamente– las tesis elementales de la ideología marxista.<sup>14</sup>

Con posterioridad, Baliño se convirtió en uno de los fundadores de la Agrupación Comunista de La Habana (18 de marzo de 1923) y del Partido Comunista de Cuba (16 de agosto de 1925).

Por otra parte, los enemigos de las doctrinas socialistas creían que debían utilizarse los medios de la contrapropaganda. Así, en la iglesia de Monserrate, en La Habana, el presbítero español Eduardo Martínez Balsalobre pronunció varios sermones para explicarles a los creyentes la naturaleza peligrosa de los partidarios de la guerra a la propiedad, a la familia y a la religión católica. No se necesitaban los matices entre anarquistas y socialistas, porque todos propendían a la destrucción del sagrado orden social. Un dirigente del Centro Gallego, como Secundino Baños, redactó el prólogo de Conferencias sobre el socialismo revolucionario (1904), donde se recogieron los oportunos sermones de Martínez Balsalobre.<sup>15</sup>

## **Un problema de alta presión: el feudo de Mr. Morgan**

Nuevo y breve diálogo entre un metafísico y un físico.

–Para mí nuestras relaciones con los Estados Unidos constituyen un problema de alta política.

–A mí me parece de mecánica, un problema de alta presión

[...]

<sup>14</sup>Carlos Baliño, Verdades socialistas, La Habana, 1905.

<sup>15</sup>Eduardo Martínez Balsalobre, Conferencias sobre el socialismo revolucionario, Imprenta La Moderna Poesía, La Habana, 1904.

¿Libertad? En las nubes. ¿Igualdad? Bajo tierra. ¿Fraternidad?  
En ninguna parte.

[...]

¿Qué te parece esta frase: «El feudo de Mr. Morgan, por otro nombre,  
la República de Cuba»? Pues medita sobre ella: vale la pena.<sup>16</sup>

ENRIQUE JOSÉ VARONA (1849-1933)

La conferencia de Fidel Pierra indicaba también otra problemática: la que era un acto de prestigio cultural leer y discutir sobre las doctrinas socialistas, aunque se profesaran y practicaran las doctrinas del liberalismo. Precisamente, se podían defender mejor las segundas, cuando se recurría –en momentos de utilidad– a preceptos de las primeras.

El filósofo, sociólogo y político Enrique José Varona, adscrito al pensamiento liberal desde la Revolución de 1868, se interesó por el conocimiento de las ideas de Carlos Marx durante su exilio en Nueva York (1895-1898). Posiblemente no realizó lecturas directas, sino que se documentó a través de algunos de los divulgadores del marxismo. Varona traducía del inglés y el francés y también leía el alemán. Con relativa facilidad, pudo acceder a obras vulgarizadoras.

Durante la ocupación norteamericana ocupó cargos en la administración del general Leonardo Wood; atendió las secretarías de Hacienda e Instrucción Pública. Además, en ocasiones, sirvió de traductor a Wood en actos públicos.

Varona formuló el primer plan de la enseñanza pública, instrumentó un sistema de formación de los maestros (el proceso de creación de las Escuelas Normales) y modernizó la Universidad de la Habana: al crear nuevas cátedras y carreras, al promover la instauración de laboratorios y al defender una actualización científica.

El filósofo estimaba que a la dominación por la fuerza militar debía responderse con una estrategia inteligente en provecho de la sociedad cubana. Aguantó múltiples ataques por esa colaboración; pero permaneció en sus labores hasta que Wood abandonó Cuba. Entonces se dedicó al periodismo e ingresó al claustro de la Universidad de la Habana.

<sup>16</sup>Enrique José Varona, *Con el eslabón* (1927), Letras Cubanas, La Habana, 1981, pp. 7, 31, 248. (Los subrayados son de la autora.)

En los primeros meses de la segunda ocupación norteamericana (septiembre de 1906-enero de 1909) Varona analizó en los artículos de Mirando en torno (1910), los problemas del protectorado (como modalidad política) que se erigían sobre una factoría económica, cuyas principales riquezas estaban en manos de extranjeros. En el artículo «¿Abriremos los ojos?», razonaba:

La teoría marxista que hace depender toda la evolución social del factor económico, no es sino la exageración de un hecho cierto. Las necesidades económicas y las actividades que estas ponen en juego no constituyen el único motor de los complejos fenómenos que presenta una sociedad humana; pero sí están en la base de los más aparentes y decisivos.

A mis ojos, la causa más eficaz de la inestabilidad que presenta nuestro pueblo desde hace casi un siglo ha de buscarse en su estructura económica y los cambios que ha sufrido y en la repercusión de ese hecho capital en los otros elementos de nuestra vida colectiva. [...]

El elemento social que poseía la riqueza y la aplicaba al trabajo combatió por obtener los medios de dirigir la actividad colectiva.

Al terminar la Guerra de los Diez Años, el cubano había perdido la supremacía económica, y no había conseguido el poder político.

La última guerra, merced a la intervención decisiva de los Estados Unidos, le entregó al fin ese poder; pero no pudo devolverle la potencia económica. Nuestra contextura social resultaba así, aunque en otro sentido, igualmente mal equilibrada.<sup>17</sup>

En el artículo «El talón de Aquiles» estableció que Cuba: «Fue hasta ayer una factoría gobernada y explotada por España, es hoy una factoría gobernada por los cubanos y explotada por capitales extranjeros».<sup>18</sup>

<sup>17</sup>Enrique José Varona, «¿Abriremos los ojos?», en Mirando en torno. Artículos escritos en 1906, Imprenta y papelería Rambla y Bouza, La Habana, 1910, pp. 33-36.

<sup>18</sup>Enrique José Varona, «El talón de Aquiles», en Mirando en torno, ob. cit., pp. 23-27.

El filósofo estipulaba que la inversión extranjera alcanzaba los cuatrocientos millones (repartida entre propietarios norteamericanos, españoles, ingleses, alemanes, entre otros). Y reiteraba que: «Hemos malgastado el tiempo en querellas políticas, cuando se realizaba a nuestra vista esa invasión paulatina de la actividad económica de los extranjeros».<sup>19</sup>

Para él, la segunda intervención norteamericana ratificaba la evidencia de la desnacionalización económica y cómo los intereses económicos extranjeros mantenían su preponderancia.

Creía posible todavía (en 1915) un programa de reformas urgentes para salvar la república:

Primero. Un trabajo bien dirigido para buscar la independencia económica; porque sólo esta aseguraría una independencia política.<sup>20</sup>

Segundo. Enfrentar la hipertrofia del caciquismo político. Buscar un consenso de las fuerzas políticas cubanas, a partir del conocimiento de la problemática de la desnacionalización económica. Deseaba poca politiquería.

Tercero. Promover una cultura del trabajo y elevar permanentemente los índices educacionales.

Cuarto. Estudiar el caso cubano en el contexto latinoamericano y universal.

Varona aceptó ser vicepresidente en el primer gobierno de Mario García-Menocal (1866-1941), porque consideraba su deber cívico ayudar a implementar en la praxis social las anteriores ideas. Asistió impotente al auge del intervencionismo diplomático del embajador estadounidense William González, quien garantizó la reelección de García-Menocal. Entonces, se retiró de la política. Recluido en su casa (Línea y 8) leía, estudiaba y opinaba sobre los asuntos cubanos y mundiales.

En mayo de 1920, el periodista Arturo Alfonso Roselló (1896-1972) lo entrevistó a propósito del fin de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y la Revolución Rusa de octubre de 1917. Él entendía que «el conflicto social es en todo el mundo idéntico; y

<sup>19</sup>Ibídem.

<sup>20</sup>Enrique José Varona, «Mirando adelante», en *De la colonia a la república*, Sociedad Editorial Cuba Contemporánea, La Habana, 1919, pp. 267-268.

ningún pueblo podrá sustraerse a él». Sobre el socialismo, juzgaba que era un «ideal para la humanidad», una «gran obra de reparación histórica, de equiparación social, de revancha y justicia, que anheló ardientemente a través de dos milenios, casi, de sufrimientos y de olvidos». Tenía preocupaciones sobre los riesgos de la anarquía en los procesos de tránsito social del capitalismo al socialismo; sobre las alucinaciones mórbidas, los apetitos furiosos de igualitarismo y las alteraciones súbitas.<sup>21</sup>

Manuel Sanguily (1848-1925), combatiente del Ejército Libertador en la Guerra de los Diez Años y propagandista incansable de la independencia absoluta, desde el 20 de marzo de 1897 alertaba sobre las intenciones de los gobiernos de Estados Unidos y los mitos anexionistas:

Desde 1848 tomó nuevo rumbo la conciencia cubana. Data de entonces la gran quimera política que ha fiado los destinos de la Isla a la acción de la diplomacia de los Estados Unidos, o que ha hecho depender la felicidad de un pueblo latino de un trastorno profundo, de la renuncia y el repudio de sus tradiciones, sus costumbres, su lengua y su espíritu, para sumergirse en un océano de hombres muy diversos en que habrán de desaparecer más o menos dolorosamente, como náufragos de un inmenso cataclismo moral.

Esa tendencia errónea implica un presupuesto –la creencia de que los americanos desean con elevación y sinceridad el bien y la independencia de los cubanos; pero los hechos significan y prueban más la realidad de las cosas que las ilusiones del corazón, o de la fantasía, –y los hechos evidencian que el gran obstáculo para la independencia de Cuba, durante la Guerra de los Diez Años fue esta nación fría y calculadora, así como durante estos dos años de nueva guerra los hechos patentizan que esta nación ha sido y continúa siendo formidable estorbo de los cubanos, y aun valioso auxiliar de España, –el gendarme de los opresores de un pueblo americano.

La tradición diplomática y la historia de este país demuestran que quieren a Cuba para sí, y mientras llegue la hora de que

<sup>21</sup>Arturo Alfonso Roselló, «Varona: el conflicto social es en todo el mundo idéntico...», en *Nuestro Siglo. Revista de Orientación Nacional*, n. 2 (20 de mayo de 1920), pp. 21-22.

suavemente caiga en su regazo la fruta madura, aparece como una tristísima verdad que no quieren la independencia los que la dificultan, cuando levantando un dedo la asegurarían en un fiat que fuese moral, y para la civilización y para el derecho y para el porvenir nueva aurora.<sup>22</sup>

Durante la primera ocupación norteamericana mantuvo una incesante denuncia de los oscuros móviles del gobierno yanqui. Resultó electo delegado a la Convención Constituyente; fue uno de los redactores de la Constitución de 1901. Se oponía a la Enmienda Platt. En la última votación lo hizo afirmativamente, porque creía que la opción menos mala era la de que el ejército norteamericano se retirara y naciera una República (aunque fuera con soberanía restringida). En las elecciones fue elegido senador.

Se opuso a las leyes de desnacionalización económica en 1903, al movilizar a la opinión pública contra la ley del Tratado de «Reciprocidad» Comercial<sup>23</sup> y a la incesante venta de tierras a propietarios extranjeros.

Encabezó un movimiento cívico y patriótico para acelerar el fin de la segunda ocupación norteamericana (1906-1909). Asumió la Secretaría de Estado del gobierno de José Miguel Gómez (1858-1921) e hizo propaganda antianexionista.<sup>24</sup> Se retiró de la política cuando censuró la reelección de Mario García-Menocal.

Arturo Alfonso Roselló decidió entrevistarle sobre los mismos temas que a Varona. Sanguily le respondió que «el socialismo ilimitadamente crece, donde, como en Rusia, la libertad apenas existe»; que este tipo de régimen equivalía al «máximun de intervención del Estado en todos los órdenes de la vida social»; que suponía una alteración súbita de un orden; que él rechazaba la anarquía; y que terminarían siendo adoptadas universalmente aquellas «conquistas

<sup>22</sup>Manuel Sanguily (sin título). [Es una opinión para saludar la aparición de la revista.] Cuba y América, n. 1, Nueva York, 20 de marzo de 1897, p. 8.

<sup>23</sup>Manuel Sanguily, «Discurso contra el Tratado de Reciprocidad Comercial», en Hortensia Pichardo, Documentos para la Historia de Cuba, t. 2, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1976, pp. 220-224.

<sup>24</sup>Manuel Sanguily, «La anexión de Cuba a los Estados Unidos» (carta fechada el 6 de marzo de 1907), en La múltiple voz de Manuel Sanguily, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1988, pp. 146-157.



saludables» para una mejor organización social. Sobre la problemática nacional, pensaba que:

En Cuba el problema es distinto. El socialismo no será aquí, en todas sus manifestaciones sino un reflejo fiel de lo que ocurra en los otros países del continente. Cuba es susceptible por su pequeñez territorial y por su situación geográfica a las perturbaciones continentales de la América. Y quiero así indicar que toda evolución trascendente, que provoque alguna crisis, que propenda a desarmonizar nuestra vida política, nuestra estabilidad republicana, nuestro sistema de coordinación constitucional y jurídica, vendrá del exterior, por esa ley ineludible del contagio que ha extendido en tan extraordinaria magnitud la teoría bolchevista por el mundo. Si la crisis social, el radicalismo, la fuerza «sovietista» hace conquistas perturbadoras en la América, hasta el punto de alterar sustancialmente en su esencia las constituciones republicanas de la misma, entonces en Cuba, naturalmente, ese movimiento de renovación se extenderá más o menos violento, desenvolviéndose a compás según sus fuerzas y éxitos.<sup>25</sup>

Varona y Sanguily eran venerados<sup>26</sup> como los paradigmas del civismo patriótico y público entre los intelectuales que habían emergido a la vida cultural con la instauración de la república, la generación de Fernando Ortiz (1881-1969), Ramiro Guerra (1880-1970) o Emilio Roig de Leuchsenring (1889-1964); o con el crac bancario (10 de octubre de 1920), la generación de Julio Antonio Mella (1903-1926), Rubén Martínez Villena (1899-1934), o Antonio Guiteras (1906-1935).

<sup>25</sup>Arturo Alfonso Roselló, [Sanguily], «El socialismo ilimitadamente crece, donde como en Rusia, la libertad apenas existe», en *Nuestro Siglo. Revista de Orientación Nacional*, n. 3 (30 de mayo de 1920), pp. 37, 48.

<sup>26</sup>«Manifiesto de los intelectuales cubanos prohomenaje a Enrique José Varona y Manuel Sanguily» (mayo de 1924), en Ana Cairo, *El Grupo Minorista y su tiempo*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, pp. 318-321.

Sanguily falleció meses antes del inicio de la satrapía del general Gerardo Machado (1873-1939). Varona asistió muy lúcido a la irrupción de una situación revolucionaria. El 2 de diciembre de 1926 escribió en una carta a Félix Lizaso (1891-1967) y a José Antonio Fernández de Castro (1897-1951), compiladores de la primera antología de La poesía moderna en Cuba (1926):

Ustedes saben que nada hay tan personal, nada que arranque tan de dentro, como el gusto estético. Formado el mío hace tantísimo tiempo, en ambiente del todo diverso, se ha endurecido en su molde. Me tengo por dúctil, pero es en el campo de las ideas. En este, no me asusta ninguna novedad. Estoy a prueba de teorías. Hay horas en que socializo y, hasta anarquizo, desde luego sin dinamita.<sup>27</sup>

No obstante, en los días finales de marzo de 1927, al comenzar el debate público sobre la prórroga de poderes machadista y la reforma de la Constitución de 1901, optó por aconsejar la insurgencia a los estudiantes e intelectuales. Por último, se decidió a encarnar la resistencia al dictador. Aguantó los atropellos de la policía, cuando esta invadió su casa para golpear estudiantes. Precisamente, por ser ya un símbolo patriótico, se creó un comité conjunto de intelectuales y de miembros del Directorio Estudiantil Universitario –en los primeros meses de 1930– para conmemorar el cincuentenario de su primer curso de filosofía. Se esperaba publicar un libro y realizar –el 3 de octubre– una velada solemne en el Aula Magna de la Universidad de la Habana.

Varona recibió una ofrenda insospechada y más trascendente que la programada:<sup>28</sup> la gran manifestación estudiantil del 30 de septiembre. Rafael Trejo (1910-1930), estudiante de Derecho, se convirtió en sujeto de su propia profecía; había dicho en broma que se necesitaba un mártir y le tocó serlo.

<sup>27</sup>Ana Cairo, *El Grupo Minorista y su tiempo*, ob. cit., pp. 330-332. (Los subrayados son de la autora.)

<sup>28</sup>El 19 de noviembre de 1933 falleció Varona y en la despedida del duelo se pronunciaron los discursos postergados.

## Ser liberal o conservador en el nacionalismo de manicomio

Ser liberal significa sostener la tendencia a la reorganización de la República, sin trabas, sin ampliación de la Enmienda Platt, y hasta con la revocación de esta.

Ser conservador expresa desear que renazca el gobierno propio, republicano con la participación y responsabilidad del gobierno de los Estados Unidos en su mantenimiento ordenado. (1907)<sup>29</sup>

**RAIMUNDO CABRERA (1852-1923)**

Recobra sus matices alucinantes la fe en el prodigio de la intervención; ceden a sus delicias imaginativas los patriotas, porque patriotismo e intervención de este modo confunden sus principios; y encarna y razona «el intervencionismo nacionalista» que es un nacionalismo de manicomio. (1920)<sup>30</sup>

**MANUEL MÁRQUEZ STERLING (1872-1934)**

Entre septiembre de 1906 y el 28 de enero de 1909 transcurrió la segunda ocupación norteamericana, en que se publicaron interesantes reflexiones políticas sobre el fracaso del primer gobierno. Hubo condena, unánime, al procedimiento de Tomás Estrada Palma (1835-1908) y se estimaba que era el momento para «arreglar» la nación.

Mientras Varona alertaba sobre la desnacionalización económica en los textos de Mirando en torno, José de Armas y Cárdenas, Justo de Lara (1866-1916), proponía en el folleto Los dos protectores (1906), redefinir las obligaciones de los Estados Unidos para enseñar a los cubanos a gobernarse. Francisco Figueras reinsistía en las ideas anexionistas en La intervención y su política (1906), y la argumentaba mejor con la monografía Cuba y su evolución colonial (1907). Y Sanguily la refutaba en la carta pública «La anexión de Cuba a los Estados Unidos» (1907).

<sup>29</sup>Raimundo Cabrera, «La Semana», en Cuba y América, La Habana, 16 de marzo de 1907, p. 162. (Los subrayados son de la autora.)

<sup>30</sup>Manuel Márquez Sterling, «La puerta secreta», en Nuestro Siglo. Revista de Orientación Nacional, n. 1, La Habana, 10 de mayo de 1920, pp. 4-5. (Los subrayados son de la autora.)

El general José Miguel Gómez, caudillo del Partido Liberal, negociaba con Charles Magoon (gobernador provisional) la aceleración del proceso electoral para una vez elegidas las nuevas autoridades, entregarles el mando y que concluyera la jefatura de Magoon.

Un grupo de intelectuales –liderado por el profesor universitario José González Lanuza (1865-1917)– realizaba proselitismo para fundar el Partido Conservador (20 de mayo de 1907). Le entregaron la presidencia a Varona. No obstante, el general Mario García-Menocal ingresó con su equipo de politiqueros y logró convertirse en el caudillo.

De acuerdo con lo pactado con Magoon, Gómez ocupó la presidencia. A su vez, este la entregó a García-Menocal (mayo de 1913). La nueva crisis política se desencadenó en las elecciones de noviembre de 1916. Menocal organizó una modalidad de golpe de Estado para reelegirse, con el apoyo expreso del embajador William González.

Una parte de los conservadores se opuso al escándalo. Los liberales se alzaron al compás de La Chambelona para negociar sus derechos. Menocal y su camarilla los reprimieron a todos.

El debate se trasladó a Nueva York y Washington. Menocal tenía un presupuesto para sufragar aliados en la prensa norteamericana. Los liberales enviaron al político y diplomático Orestes Ferrara (1876-1972), acompañado de Raimundo Cabrera, para que contratara apoyo en la prensa, cabildeara en el Congreso una revisión de las elecciones y presionara en el Departamento de Estado la retirada de González. Las gestiones resultaron infructuosas, como explicó Raimundo Cabrera en el relato *Mis malos tiempos* (1921).

Menocal prosiguió la violenta persecución de sus enemigos. Como había entrado en la Primera Guerra Mundial (1914-1918) al ser aliado de los Estados Unidos, los declaró «germanófilos».

En octubre de 1920 estalló una moratoria bancaria; a la crisis política se le agregaba la económica. El descontento creció. El Departamento de Estado le envió a Enoch Crowder (enero de 1921) para que lo ayudara. Llegó en el barco «Minnesota», el cual se ancló en el puerto habanero. Allí vivía, daba audiencias y ordenaba acciones gubernamentales.

Menocal negoció con Alfredo Zayas (1861-1934), cacique de una fracción de liberales, que asumiera la presidencia en mayo

de 1921. A partir de entonces, Zayas y Crowder protagonizaron un vodevil político (público además), que facilitó la creencia colectiva de que Cuba estaba en bancarrota económica, política, social y moral. Se necesitaban movimientos regeneracionistas o reformistas.

En 1918, José Antonio Ramos (1885-1946), narrador dramaturgo y diplomático, publicó la monografía *Manual del perfecto fulanista*, en la que –con un excelente humor– exponía el sistema de personajes asociados a la empresa de la politiquería.

El 20 de abril de 1908, Fernando Ortiz (1881-1969) defendió la tesis «Factores políticos del pueblo cubano», con la que obtuvo el doctorado en Derecho Público, y la posibilidad de ingresar al claustro profesoral de la Escuela de Derecho (al que perteneció ocho años).

Ortiz decidió mantener abierta la investigación relacionada con dicha tesis. De este modo, aseguraba un conocimiento suficiente sobre el acontecer diario; se orientaba mejor como político joven con aspiraciones de llegar al Congreso; y preparaba lentamente una monografía, cuyo título provisional era *El pueblo cubano*.<sup>31</sup>

En las elecciones generales de 1916 ganó un escaño en la Cámara de Representantes por el Partido Liberal. Las amplias relaciones políticas de Raimundo Cabrera, su suegro, le facilitaron el camino. (De acuerdo con la ley, tuvo que renunciar a su puesto de profesor.)

Con un oportuno deslinde metodológico, fragmentó los materiales de *El pueblo cubano* en libros diferentes. Publicó *Entre cubanos. Psicología tropical* (1913), dedicado a las mentalidades; *La reconquista de América* (1911), consagrado a la crítica del panhispanismo, como ideología colonialista influyente en posiciones políticas y de antropología cultural; y *Los negros esclavos* (1916), primera monografía como historiador social.

Todavía conservaba un remanente de datos sobre la actualidad política, social y económica, que le permitía orientarse como miembro de la Cámara y liderar un pequeño grupo (autodenominado Izquierda Liberal), que aspiraba a implantar una modernización en los modos de hacer política.

<sup>31</sup>Fernando Ortiz, *El pueblo cubano*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1997.

Ortiz perteneció a la Cámara hasta las elecciones generales de 1924. Anunció que se retiraba a la vida privada para dedicar un mayor tiempo a sus libros y a la promoción cultural desde la presidencia de la Sociedad Económica de Amigos del País (asumió en 1923).

El general Gerardo Machado le pidió una tarea de excepción: que preparara con un equipo de abogados el primer Código criminal cubano, concluido en 1926.

Como antagonista de la reelección de García-Menocal y víctima de algunas de sus represalias, Ortiz preparó la conferencia La crisis política cubana. Sus causas y remedios. (Resumen de un libro que ya no se escribirá) (marzo de 1919). Se trataba de una monografía breve en la que se aplicaban los métodos de la sociología positivista a un análisis político concreto. Se estructuraban dos tipos de variables: las causas correlacionadas entre sí (lo denominó «concausas») y los remedios.

Ortiz utilizaba –de hecho– una metáfora médica. La nación cubana estaba enferma: había que establecer el diagnóstico y proponerle un tratamiento en dos niveles: el inmediato (para recuperar funciones) y a mediano plazo (para regenerar o reformar funciones).

El folleto estaba dedicado al presidente norteamericano Woodrow W. Wilson, «cuyos supremos ideales de democrática justicia, hoy de mundial consagración, aprendí un día como estudiante, expliqué después como profesor, admiré siempre como liberal y reclamo hoy como cubano».<sup>32</sup>

Las causas se dividieron –de acuerdo a una jerarquía cualitativa expresada en las letras del alfabeto– en epígrafes y subepígrafes, con espacios muy desiguales de desarrollo. Se clasifican en:

- A sociológicas (siete puntos)
- B políticas (cinco)
- C históricas contemporáneas (catorce)
- D internacionales (dos)
- E proletarias (tres)
- F demopsicológicas (dos)

<sup>32</sup>Fernando Ortiz, La crisis política cubana. Sus causas y remedios, Imprenta La Universal, La Habana, 1919.

Las causas políticas constituyeron un inventario muy completo. Se evaluaron los siguientes tópicos:

- Excesos de la modalidad de gobierno presidencialista, que favorecía el estilo despótico o dictatorial.
- Ausencia de fiscalización a las responsabilidades del equipo de gobierno y a las del Congreso.
- Ausencia de control a la hacienda pública
- Corrupción del Poder Judicial, al no ser independiente del Poder Ejecutivo y del Legislativo.
- Carencia de leyes complementarias a la Constitución, que garanticen el respeto al ejercicio práctico de los derechos individuales y colectivos. Urgencia de una ley de orden público.
- Los partidos políticos respondían a camarillas de poder. No existían instrumentos legales para impedir los excesos en las estructuras de caciques a todos los niveles. Irrespetos y atropellos a los grupos sin poder.
- Vicios del sistema bipartidista en el Congreso dominado cada uno por camarillas en pugna.
- Falta de renovación de las camarillas dirigentes en los partidos. Desgastes de las mismas por el desprestigio público.
- Imagen pública de corrupción y despotismos permanentes. Repudio social a la politiquería.
- Sueldos desproporcionados de los congresistas.
- En el aparato de poder en el Congreso no estaban los más calificados por el conocimiento y el sentido de la responsabilidad.
- Gastos públicos del Poder Ejecutivo excesivos y sin fiscalización.
- Las reelecciones suponían fraudes electorales y violaciones a los derechos políticos y sociales.
- Insuficiencias de la ley electoral.

En las causas históricas contemporáneas, ilustró con ejemplos del gobierno de García-Menocal los tópicos anteriores y se detuvo ante la escandalosa complicidad del embajador González.

Los remedios se conformaron en respuesta lineal a los distintos indicadores comentados en las causas. Las propuestas constituían un programa regeneracionista y reformista. Las medidas eran:

- Reformas a la Constitución de 1901. Leyes complementarias.
- Modificaciones para impedir las reelecciones.
- Control del gobierno, del Congreso, de la hacienda, y del Sistema Judicial (a partir de una ley de responsabilidad pública).
- Avanzar hacia un estilo parlamentario de gobierno y recortar los excesivos poderes del presidencialista.
- Creación del Tribunal de Cuentas.
- Reorganización de la hacienda pública y fiscalización.
- Independencia absoluta del Poder Judicial.
- Sistema de dietas por labores, en vez de pago de salarios a los congresistas.
- Nueva ley electoral. Garantías al derecho de las minorías. Voto obligatorio. Escrutinio primario público. Combate al fraude.
- Supresión de la lotería nacional.
- Reorganización y reducción de los gastos del ejército. Restauración de la guardia civil.
- Creación de un consejo nacional de trabajo. Legalización de los derechos cívicos, sociales (huelgas, sindicatos), labores (jornadas de ocho horas, salario mínimo, el trabajo de la mujer, derecho de maternidad, retiro, seguro contra accidentes de trabajo).
- Construcción de viviendas populares (baratas).
- Fragmentación de los latifundios. Principios de democracia agraria (los derechos de los campesinos y aparceros).
- Plan general de carreteras.
- Reorganización de la educación. Mejoramiento económico de maestros y profesores.
- Auge de la cultura para fortalecer la confianza en el esfuerzo propio y para crearla en cuanto al colectivo como nación.
- Lucha contra el pesimismo.
- Incentivación del sentimiento nacionalista frente a una «anemia cívica».



- Promoción de una cultura del trabajo en que se prefirieran las labores agrarias, industriales, mercantiles y disminuyeran los oficios burocráticos, o las profesiones universitarias.

Ortiz propuso en los «remedios internacionales», una estrategia cuidadosa en la diplomacia con los Estados Unidos para evitar la reiteración de embajadores en la modalidad de González. Quería que:

Abramos las ventanas hacia el Norte, aspiremos a todo pulmón las brisas culturales que de allá nos llegan. Americanicemos nuestra cultura, si no queremos americanizar nuestra bandera. Americanicemos, para no ser americanos.<sup>33</sup>

Ortiz creía que el sentimiento nacionalista no debía practicarse con «quijotismos santamente ilusos», «sin xenofobias anacrónicas». Si la relación preponderante con los Estados Unidos era un hecho inobjetable y sin solución previsible, lo sensato era aprovechar las ventajas para modernizar el país, para reformar el Estado y la sociedad con el conocimiento de buenas experiencias: «La mejor garantía de la independencia cubana es un gobierno culto, honrado y justo, basado en las aspiraciones populares y en cordial intimidad recíproca con los Estados Unidos».

Por último, Ortiz exaltaba su fe en los jóvenes, quienes debían ayudar en la empresa de salvar a un pueblo, labor que solo podía realizarse con el esfuerzo propio. Proponía como lema: «tenemos que rejuvenecerlo todo en Cuba».

La crisis política... constituyó uno de los programas más completos del regeneracionismo y del reformismo político desde las doctrinas del liberalismo decimonónico. Se trataba de un diseño integrativo, con un talón de Aquiles muy obvio: la carencia de análisis sobre la desnacionalización económica, que Sanguily y Varona habían examinado en las primeras décadas del siglo xx. Tampoco manejaba suficientemente los análisis sobre teoría de los imperialismos y los territorios coloniales, que los dos pensadores

<sup>33</sup>Fernando Ortiz, *La crisis política cubana...*, ob. cit., p. 20. (Los subrayados son del autor.)

mencionados conocían desde los debates ideológicos contra el colonialismo español.

Ortiz se inscribía entre los ideólogos de la «virtud doméstica»,<sup>34</sup> de la lucha contra la corrupción política, administrativa, social y moral, de los enemigos del intervencionismo diplomático yanqui.

Manuel Márquez Sterling fundó el Partido Nacionalista (1919), para crear una conciencia pública en favor de la «virtud doméstica» y contra la «filosofía plattista», que erosionaba el nacionalismo patriótico.

Desde la segunda ocupación norteamericana se debatía sobre cuáles eran los límites de las atribuciones que tenían los Estados Unidos con la Enmienda Platt. Pensaba que, desde entonces, los dirigentes políticos se habían acostumbrado a negociar en Washington la presidencia de la República y todo tipo de asuntos de política externa o interna. Se había instituido una correlación de antípodas, porque «el intervencionismo y la República se excluyen». Así se sintetizaba como metáfora un nacionalismo de manicomio,<sup>35</sup> ya enajenado del nacionalismo histórico, que se tornaba imprescindible recuperar.

El crac bancario de octubre de 1920 aceleró la conciencia de una sociedad enferma. Alfredo Zayas, como político hábil, trazó una estrategia de ruptura acelerada con las modalidades más represivas de García-Menocal. Si con la crisis económica la obtención de la subsistencia se hacía difícil, entonces, la apertura de las válvulas de la protesta pública resultaba sensato.

En el gobierno corrupto de Zayas irrumpieron con especial fuerza los movimientos políticos y sociales.<sup>36</sup> Los estudiantes se opusieron a la entrega del doctorado honoris causa a Enoch Crowder, constituyeron la Federación Estudiantil Universitaria, organizaron un congreso nacional y coordinaron acciones con el movimiento

<sup>34</sup>Manuel Márquez Sterling, «A la ingerencia extranjera la virtud doméstica», en *Doctrina de la República*, Ediciones de la Dirección de Cultura, La Habana, 1937, pp. 145-150.

<sup>35</sup>Manuel Márquez Sterling, «La puerta secreta», *ibidem*.

<sup>36</sup>Ver: Ana Cairo, *El Movimiento de Veteranos y Patriotas*, Ed. Arte y Literatura, La Habana, 1976.

obrero, con el de intelectuales y con el feminista entre 1921 y el fin del zayato.

La insurgencia cívica y política crecía rápidamente. Los intelectuales jóvenes afines a las posiciones del reformismo pro «virtud doméstica», «anti-intervencionistas» reiteraban en nuevos textos las tesis de La crisis...

Rubén Martínez Villena (1899-1934), secretario particular de Fernando Ortiz y miembro del Consejo Supremo del Movimiento de Veteranos y Patriotas, publicó «La Revolución de 1923», cuyo subtítulo precisaba «(Apuntes que acaso no sean inútiles en el futuro, para la historia del presente)». Explicaba que el texto estaba dedicado: «A los que nos llaman líricos y a los que nos llaman delincuentes van por igual estas líneas, que no son ni pretenden ser, definitivas y completas, pero que tienen el valor del razonamiento y la verdad».<sup>37</sup>

Rubén establecía que existían dos grandes males: la ignorancia popular y la impunidad de los corruptos. Siguió una metodología deudora de La crisis..., porque diseñó tres grupos de causas: históricas antiguas, históricas contemporáneas, provocadoras inmediatas. No propuso remedios, sino dos variables nuevas: antecedentes y factores favorables, y los mismos pero adversos para la acción.

Además, testimoniaba sobre el doble carácter de su condición de agente del cambio social reformista:

El historiador observa y apunta. El luchador confía, optimista, en la victoria del autoesfuerzo magno. El cubano se limpia la conciencia de impurezas y egoísmos, y se siente así, dispuesto y digno «para los sacrificios de hoy y de mañana».

Rubén había compilado textos de Ortiz en los dos tomos de En la tribuna (1923) y había escrito un hermoso prefacio sobre a quien consideraba uno de sus maestros. Era lógico que reflexionara con los métodos de análisis, que juzgaba eficientes. De ahí el parentesco entre «La crisis...» y «La revolución...».

El 23 de febrero de 1924, Ortiz pronunció la conferencia «La decadencia cubana», en la sede de la Sociedad Económica de

<sup>37</sup>Rubén Martínez Villena, «La revolución de 1923», en su Poesía y prosa, t. 2, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1978, pp. 20-30.

Amigos del País. Su objetivo central radicaba en contribuir a la conciencia pública de la bancarrota nacional y a propugnar la protesta pública en busca de reformas.

Se apoyaba en los análisis previos de los historiadores Ramiro Guerra (1880-1970) y Carlos M. Trelles (1866-1951). Guerra reclamaba «un programa nacional de acción pedagógica» (1922), en nombre de la Asociación Pedagógica:

Nuestra honda y finísima convicción es que si Cuba no levanta el nivel de su educación, todos nuestros males públicos se agravarán, viviremos en perpetua crisis y al fin llegaremos a la quiebra y a la liquidación final de las instituciones nacionales.<sup>38</sup>

Carlos M. Trelles acudía al método cuantitativo en El progreso (1902-1905) y el retroceso (1906-1922) de la República de Cuba<sup>39</sup> (14 de abril de 1923). Las cifras abarcaban los rubros económicos (la desnacionalización de las riquezas), la educación, el sistema judicial, etcétera.

Ortiz resumía: «La sociedad cubana se está disgregando. Cuba se está precipitando rápidamente en la barbarie».<sup>40</sup>

La cruzada de renovación patriótica ya no podía esperar; había que empujar los cambios. La decadencia... se leía como la legitimación objetiva de factores sociales que debía impulsar un giro cualitativo. Podría ser un anuncio de conmociones políticas próximas.

Entre marzo y abril de 1924 se esperaba el estallido del movimiento insurreccional de los veteranos y patriotas. Rubén Martínez Villena y algunos amigos se entrenaban como pilotos en Estados Unidos para bombardear el Palacio Presidencial. En Las Villas ya estaban listos los puntos de sublevación.

<sup>38</sup>Ramiro Guerra, Un programa nacional de acción pedagógica, Imprenta La Prueba, La Habana, 1922.

<sup>39</sup>Carlos M. Trelles, El progreso (1902-1905) y el retroceso (1906-1922) de la República de Cuba, Imprenta de Tomás González, Matanzas, 1923.

<sup>40</sup>Fernando Ortiz, La decadencia cubana, Imprenta La Universal, La Habana, 1924, p. 9. (Los subrayados son de la autora.)

Zayas pidió a las autoridades norteamericanas que encarcelaran a los aprendices de pilotos. Viajó a Las Villas. Según varias fuentes orales, pagó una fuerte suma de dinero a Federico Laredo Bru para que desistiera de alzarse. En un vergonzoso fracaso terminó el proyecto insurreccional de los veteranos y patriotas.

## Gigante de hoy, sembraste el mañana

Gigante de hoy, sembraste el mañana,  
tu impetuoso ardor conmovió el mundo,  
robaste el rayo de lo más profundo  
para rasgar la hipocresía humana.

Tu titánica labor acaso humana  
de aquella otra que Martí creara  
fundó los cimientos donde se apoyará  
un nuevo avance de crear profundo.

Troncharon tu vida, mas no importa.  
¿Podrán acaso aniquilar tu idea?  
El árbol retoña cuanto más se corta.

No hay freno posible a la juventud que crea.  
Tu obra a su tiempo será cierta,  
las puertas del futuro están abiertas.<sup>41</sup>

**PABLO DE LA TORRIENTE BRAU (1901-1936)**

Julio Antonio Mella lideraba la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), la reforma universitaria y la coordinación de un frente nacional de estudiantes, con la creación de asociaciones en los institutos de segunda enseñanza y escuelas normales en las seis provincias. También promovía las interrelaciones con el movimiento obrero y con otros grupos, como las agrupaciones de intelectuales.

<sup>41</sup>Diana Abad, «Un soneto de Pablo a Julio Antonio Mella», en Santiago, n. 23, Santiago de Cuba, septiembre de 1976, p. 62.

Él y algunos de sus cercanos colaboradores y amigos, desde 1922, se habían pronunciado por la ideología marxista. Ingresaron en la Agrupación Comunista de La Habana y participaron en la fundación del Partido Comunista.

Alfonso Bernal del Riesgo (1902-1975) escribió «Los fundamentos, la táctica y los fines de la revolución universitaria», que se debatió en el Primer Congreso Nacional de Estudiantes (octubre de 1923). Mella prefirió temas generales, como el folleto Cuba, un pueblo que jamás ha sido libre (1925). Desarrolló los siguientes tópicos: la desnacionalización económica, el capital yanqui funcionaba como un enemigo de la sociedad cubana; desde las premisas del derecho político, Cuba era un protectorado, los puntos de la Enmienda Platt así lo ilustraban; la solución a la dependencia radicaba en:

La hora es de lucha, de lucha ardorosa, quien no tome las armas y se lance al combate pretextando pequeñas diferencias, puede calificarse de traidor o de cobarde. Mañana se podrá discutir, hoy solo es honrado luchar.

[...]

Luchar por la revolución social en América, no es una utopía de locos o fanáticos, es luchar por el próximo paso de avance en la historia.<sup>42</sup>

Mella retomó una línea discursiva de independentismo latinoamericanista del siglo XIX: la legitimidad de las revoluciones para producir los cambios impostergables. Su marxismo privilegiaba la acción consciente y transformadora. Revitalizó como principio movilizador la correspondencia entre ideología y praxis. En Cuba habían aparecido nuevos sujetos sociales (obreros, estudiantes, intelectuales) que encarnaban y realizarían los nuevos ideales emancipatorios; eran –en consecuencia– los nuevos libertadores.

En enero de 1926, Mella tuvo que abandonar Cuba. Su vida corría peligro. Residió en México. En los primeros meses de 1928 fundó la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC), con el objetivo de coordinar acciones con todas las fuerzas antimachadistas (sin sectarismos ideológicos).

<sup>42</sup>Julio Antonio Mella, «Cuba, un pueblo que jamás ha sido libre», en sus Documentos y artículos, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 174-183.

Desde su llegada a México, había polemizado con Víctor Raúl Haya de la Torre (político peruano, fundador del partido APRA), a propósito del oportunismo y la demagogia confusionista, que apreciaba en su plataforma ideológica. En abril de 1928 publicó el folleto *Qué es el ARPA*, en el que amplió sus objeciones y realizó una defensa teórica del marxismo y de su continuación: el leninismo.

Entre abril y junio de 1928 se implementó una reforma constitucional para facilitar la prórroga de poderes y la reelección automática. Mella se preocupó por mantenerse bien informado. Mientras los machadistas violaban la Constitución de 1901, Mella escribía «¿Hacia dónde va Cuba?», cuyo objetivo teórico devino un modelo de análisis político concreto.

En una deconstrucción el texto funcionaba así:

Primero. El incremento de la dependencia económica (el capital extranjero tenía inversiones por más de mil millones).

Segundo. La satrapía de Machado representaba al capital extranjero. Su función era proteger esos intereses y los suyos propios. En consecuencia, recrudecía el terror contra todo tipo de opositores (contemplativos o prácticos).

Tercero. Se apreciaban síntomas de desintegración, porque sectores afines al gobierno se distanciaban o gestaban organizaciones opositoras.

Cuarto. La nación iba:

hacia la condición de colonia formal de los Estados Unidos, hacia la destrucción de todos los elementos constitutivos de una nacionalidad propia. Tal es el camino de la Asamblea Constituyente y de la prórroga o reelección.

Pero hay fuerzas capaces de llevarla por el camino de una necesaria revolución, democrática, liberal y nacionalista, ya latente en los hechos. Si esta no se da en los dos o tres años próximos Cuba caerá, absolutamente, bajo el yugo del imperialismo hasta la época de las revoluciones proletarias en el continente, ora sea en la llamada parte sajona, ora en la llamada parte latina.<sup>43</sup>

<sup>43</sup>Julio Antonio Mella, «¿Hacia dónde va Cuba?», en sus *Documentos y artículos*, ob. cit., pp. 403-410, y «¿Qué es el ARPA?», ibídem, pp. 370-402.

Mella utilizaba el marxismo como un método de conocimiento de una realidad específica y no como una ideología dogmática de recetas abstractas. En una comparación entre la categoría de revolución que definía en Cuba, un pueblo... y la que propugnaba en «¿Hacia dónde...?», se apreciaba que el concepto en 1928 ya estaba connotado por rasgos específicos: sería «nacionalista» y antiautoritaria («democrática») en la medida en que surgiría del combate contra una satrapía, primer objetivo movilizador de agentes sociales (la mayoría no socialistas).

Mella fue asesinado el 10 de enero de 1929. Sus últimas palabras fueron «muero por la revolución». Gracias a las fuentes orales (los relatos de amigos y colaboradores) se difundió su pensamiento y, sobre todo, emergió como el primer héroe mítico del combate antimachadista. Se erigió en un canon de virtudes: fuerza carismática, audacia, valentía personal, amor al riesgo, a la transgresión innovadora, y capacidad para pensar y actuar con criterio propio.

Rubén Martínez Villena sufrió una depresión moral con el fracaso del alzamiento de los veteranos y patriotas. Se consagró al trabajo en la Comisión Nacional Codificadora, donde se preparaba el Código criminal cubano, bajo la dirección de Ortiz. Asesoraba jurídicamente a los sindicatos obreros y ejercía como maestro y dirigente de la Universidad Popular José Martí (1923-1927).

Acompañó a Mella en la fundación de la Liga Antimperialista (filial cubana junio de 1925). Desde una praxis política más intensa que en la fase de los veteranos y patriotas, comenzó a identificarse con el marxismo. Decidió esperar un tiempo antes de ingresar al Partido Comunista. Lo hizo en septiembre de 1927. Tenía un prestigio tan reconocido que –de inmediato– por coptación sería miembro del Comité Central.

En febrero de 1927 se celebraba en Bruselas el Congreso Mundial contra el Imperialismo y la Opresión Colonial. Debía enviarse una ponencia cubana, Rubén asumió el encargo de hacerla en una redacción de equipo.

No podía realizarse de otro modo, por el volumen de informaciones a manejar y la dispersión de las fuentes; sin olvidar los conocimientos especializados que ya debían poseerse. Jorge Vivó, abogado, y José Antonio Guerra (uno de los hijos de Ramiro



Guerra) fueron coautores de Cuba, factoría yanqui<sup>44</sup> (escrito a finales de 1926 e inicios de 1927).

Leonardo Fernández Sánchez (amigo de Mella y miembro del Partido) recibió la misión de leerla en Bruselas. El texto se estructuró en un «preámbulo» (escrito por Rubén) y doce epígrafes autónomos correspondientes a rubros económicos, los cuales eran: empréstitos (al Estado y a particulares), comercio exterior, tierra, minas, comunicaciones (teléfonos, ferrocarriles, tranvías), plantas eléctricas, bancos, comercio, industrias varias, industria tabacalera e industria azucarera.

En el resumen final, privilegiaron los indicadores del comercio exterior, industria azucarera, el monto total de las inversiones yanquis en Cuba, como «verdades numéricas», «irrefutables» de la dependencia absoluta.

Las «afirmaciones matemáticas» en Cuba, factoría yanqui se alineaban con la tendencia expositiva de La decadencia cubana, solo que en la parte de conclusiones (además de coincidir en la denuncia de nuestros males) se aspiraba a identificar a los responsables directos e indirectos; y se pretendía influir en el cese del avance irresistible de la fuerza opresora del capital extranjero.

Cuba, factoría yanqui se conoció muy parcialmente. Algunos fragmentos (como el «preámbulo» se incluyeron en los dos números de América Libre (abril y mayo de 1927). Esta revista tuvo tiradas muy reducidas y fue secuestrada por la policía durante las persecuciones del llamado proceso judicial comunista (mayo-agosto de 1927).

Ortiz también evolucionó en las interacciones con otros historiadores. El profesor norteamericano Leland Jenks publicó Nuestra colonia de Cuba (1927), en el que aportaba las cifras oficiales sobre el capital invertido en Cuba. Ortiz escribió «La responsabilidad de los Estados Unidos» (1929), en la que actualizaba el valor de las inversiones por rubros económicos.

Entre 1923 y 1929 el ensayo económico, ya fundado en una metodología positivista (Guerra, Jenks, Ortiz), ya en una metodología marxista (Rubén), estableció premisas incuestionables para otras esferas reflexivas. Se había alcanzado una ganancia

<sup>44</sup>Rubén Martínez Villena, «Cuba, factoría yanqui», en su Poesía y prosa, ob. cit., pp. 105-164.

cognoscitiva: estaba validada la existencia de una neocolonia económica.

Con este hecho real inobjetable había que presentar opciones políticas. El impacto de la crisis económica mundial de 1929, que afectó a los Estados Unidos, tuvo efectos devastadores en la sociedad cubana. Una hambruna amenazaba, y la satrapía machadista aumentaba el terror político y social.

El embajador yanqui Harry Guggenheim repetía con Machado, el estilo de González con García-Menocal: un apoyo irrestricto. La política se modernizaba al incorporar los saberes de la esfera económica. A partir de 1930 ya se vivía en tiempos de revolución y todos los intelectuales (reformistas o revolucionarios, de derecha o de izquierda) estaban convencidos de la necesidad de afiliación política y de acciones concretas.

Ortiz, a modo de ejemplo, se autoexilió en Estados Unidos. Residió, alternativamente, en Washington y Nueva York. Se dedicó al cabildeo con miembros del Congreso e intelectuales para favorecer un cambio de estrategia gubernamental: retirar al embajador Guggenheim y exigirle a Machado que se fuera.

El 10 de diciembre de 1930 hizo circular, en La Habana, el manifiesto Bases para una efectiva solución cubana:

No pertenezco hoy a ningún partido político; no ya a uno de esos tres, que forman el monstruo cancerbero guardador de los infiernos cubanos, sino a ninguno de los grupos más o menos organizados, nacionalistas, menocalistas, zayistas, estudiantiles, radicales y demás que hoy traducen la protesta nacional. Desde que el código Crowder, en cuya obra tanto trabajé fue roto y la reorganización bienal de los partidos fue burlada y después suprimida, comprendí que todo esfuerzo habría de ser inútil mientras la inconciencia política no recorriera fatalmente todo su ciclo de incivildades hasta caer en el colapso definitivo por sus propios excesos. Y ya estamos en él. [...]

Como coautor del código Crowder, fui yo quien propuso y obtuvo la inclusión en el mismo de todos los preceptos referentes a la reorganización forzosa y bienal de los partidos políticos, [...]. Aquella iniciativa mía, de cubanísima originalidad, es el único perdonable orgullo de mi modesta

vida parlamentaria. Pero a pocos políticos les agradó la reforma salvadora de la democracia verdadera y apenas Crowder volvió las espaldas, y aún antes de comenzar a regir en pleno su maltrecho Código Electoral, ya fue este modificado, y después, en una serie de reformas, primero cautelosas y después precipitadas y descubiertas, se suprimieron todas las garantías de legalidad en el funcionamiento de los partidos, llegando a impedir inconstitucionalmente la posible representación de las minorías en el Congreso. Y de ahí ha venido todo. Las camarillas de todos los partidos, han ido engranando sus dientes, y han prohibido que ningún nuevo partido les interrumpa su labor trituradora y han retorcido la Constitución y las leyes para perpetuarse en el monopolio del poder. El pueblo, al fin, se ha rebelado y ahora estamos todos en la encrucijada, unos con las manos en la cabeza, otros con las manos en las armas y otros con las suyas todavía en el botín.<sup>45</sup>

## Los revolucionarios de marathon: adelante, mirando más allá

Debemos recordar en todo momento que nosotros somos los revolucionarios de marathon y no de los cien metros, lo que no quiere decir que cuando haya que hacer un arranque violento, lo que se llama en track un «sprint» no lo hagamos también.<sup>46</sup>

**PABLO DE LA TORRIENTE BRAU**

Ir adelante, mirando más allá. Lema del que piensa y quiere actuar.<sup>47</sup>

**ENRIQUE JOSÉ VARONA**

<sup>45</sup>Fernando Ortiz, Bases para una efectiva solución cubana, colección Elías Entralgo, n. 5, Biblioteca Nacional José Martí. (Los subrayados son de la autora.)

<sup>46</sup>Pablo de la Torriente Brau, «A Raúl Roa y Gustavo Aldereguía» (28 de abril de 1936), en sus Cartas cruzadas (selec., pról. y notas de Víctor Casaus), Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1981, p. 305. (Los subrayados son de la autora.)

<sup>47</sup>Enrique José Varona, Con el eslabón, ob. cit., p. 264. (Los subrayados son de la autora.)

Cuando Rubén Martínez Villena concluyó los estudios de abogado en 1922, decidió que debía encontrar un nuevo espacio laboral, con mejor salario y posibilidades de ejercer la profesión. Demoró en encontrar alguna opción favorable hasta 1923. Ayudó a entrenarse al sustituto, al joven atleta y narrador Pablo de la Torriente Brau.

Fernando Ortiz consideraba que Pablo era «una joya de muchacho» y paulatinamente le fue entregando responsabilidades organizativas de su plan diario. El jefe iba al bufete por la tarde. En la mañana investigaba. Traía fichas, apuntes o borradores para que se los mecanografiaran. Si el doctor viajaba había que controlarlo todo e informarle con detalles.

Gracias a la curiosidad de Juan Marinello (1898-1969), amigo de ambos, se ha conocido una carta reveladora del vínculo laboral y humano. El 28 de noviembre de 1929, Pablo le escribió al jefe, en viaje de trabajo a Nueva York.

Primero, le comunicó las noticias de la casa de Ortiz. A continuación le enumeró las visitas al bufete y las coordinaciones realizadas con otras instituciones, donde el científico colaboraba. Y por último, le narró sucesos interesantes:

Anoche tuve que ir «a la fiesta de los Estudiantes». Anunciando el acto para las 9 en punto, el Auditorium empezó a llenarse desde las ocho. A las 10 ya el público estaba impaciente, y como si se tratara de una función de circo, rompió a aplaudir y a protestar por la hora. Uno dijo: «¿Será que esperan a que resuciten los Estudiantes? Por fin a las ¡10 y 20! Un muchacho asustado abrió el acto... ¡Pero de qué manera! No le salían las palabras al pobre, y después de varios intentos inútiles, ya rodeado de risas, sacó su cuartilla y la leyó imperceptiblemente. [...] Un estudiante de apellido Cañizares ocupó el turno anual. Expuso su concepto de la historia, algo de Filosofía comparada, de Geodesia, de Trigonometría esférica, de Lenguas Aglutinadas y de no sé cuántas cosas más. El caso es que por ninguna parte aparecía nada que pudiera indicar que allí estaba un joven de 20 años hablando de otros 8 que habían sido asesinados. Decía «inicuos» con la misma entonación que pudiera emplear para decir «pan» o chocolate. Nació con 50 años y nunca será hombre. El público está violento no,

porque eso es demasiado pedirlo aquí, pero sí burlón lo que es mucho más fácil, y en un momento en que paró para tomar agua le tributó una oración espesa... pero cuando, agradecido, iba a continuar otra aún más triunfal le impidió seguir y otra vez y otra vez. Acabó rápidamente sin tirarle el vaso al público, sin una violencia, pidiendo casi llorando, y con mucha razón, «que los cubanos tuviéramos más respeto». Después Salazar, con ademanes de candidato a representante, levantó un gran framboyán de palabras. Y menos mal que levantó algo el espíritu de aquel pobre muchacho. Pero hubo una cosa mejor que todo esto, por fortuna. Se arrojaron unos manifiestos que traía el retrato de Mella y alrededor de los fusilados en el 71. Se comparaban los dos asesinatos y se decía que en espera de encontrar un calificativo menos débil y más exacto, continuarían llamando al Presidente de Cuba: «¡Asesino!». Yo creo que tanto Ud. como yo conocemos bien al redactor. No pude obtener ninguno. Prendieron a tres personas. Me cuentan que por la mañana el Alcalde hizo bajar de la tribuna a un estudiante que habló en el Cementerio sobre el estado actual de las cosas. Me dicen también, que toda la mañana estuvo el Gran Oficiante, Barraqué, en conferencia con Fors.<sup>48</sup>

En la misiva, Pablo aludía admirativamente a Rubén, como el autor del manifiesto contra Machado (asesino de Mella). Ese afecto se acrecentó aún más, porque Rubén organizó la huelga exitosa del 20 de marzo de 1930. Estaba enfermo, gravemente, de tuberculosis. Se le ordenó exiliarse, para salvar su vida. Residió en Nueva York, mientras esperaba viajar a la Unión Soviética para recibir atención médica.

Rubén, como Mella, tenía cualidades carismáticas y su ejemplaridad como dirigente revolucionario le asignaba rasgos de héroe mítico. No obstante, Rubén no incitó a Pablo a incorporarse a la acción política. Mantenían un diálogo lúdico, humorístico, como se ilustró en el poema «Mensaje prenupcial anticatólico». (Al riente Torriente y a Teté riente), que les envió de regalo de bodas desde Nueva York (30 de julio de 1930).

<sup>48</sup>Juan Marinello, «De las cartas entre el narrador y el sociólogo», en *Bohemia*, 18 de abril de 1969, p. 56.

Dos acontecimientos –posiblemente– sensibilizaron a Pablo y lo empujaron hacia la acción pública. Por órdenes de Ortiz atendió a las gestiones del comité organizador del homenaje a Varona. Tuvo que coordinar con los miembros del Directorio Estudiantil Universitario y se enteró de los preparativos de la manifestación estudiantil del 30 de septiembre.

Decidió asistir como deber cívico y solidario. Quizás también como narrador intuía que había materia prima para un buen relato. La intensidad de la represión machadista le sorprendió. El balazo mortal a Rafael Trejo, su condición de herido ingresado en el hospital (junto con el obrero Isidro Figueroa) le cambiaron los proyectos de vida.

En diciembre de 1930 ya pertenecía al Directorio Estudiantil Universitario. En enero de 1931 se convertía en uno de los fundadores del Ala Izquierda Estudiantil, cuya membresía era de antimperialistas y de marxistas (afiliados o no al Partido Comunista). En las dos estancias en las cárceles (enero-abril de 1931 y septiembre de 1931-abril de 1933) se esmeró en participar disciplinadamente en las numerosas academias, que funcionaban como la universidad política de los revolucionarios.

Pablo ayudaba a Gabriel Barceló a traducir El materialismo histórico de Nicolás Bujarin. Adquiría conocimientos generales de filosofía, historia y política. Redactaba cartas. Aprendía a hablar ante un público. Buscaba informaciones para el libro Presidio Modelo. Fabricaba pulsos para las mujeres de la familia, jugaba pelota.

En los casi dos años de cárcel ganó hermanos espirituales como Raúl Roa (1907-1982). Roa publicaba desde antes de los veinte años. Maestro en la Universidad Popular José Martí había intimado con Rubén. Escribía con una facilidad asombrosa y poseía una amplia cultura literaria y en ciencias sociales.

El 8 de noviembre de 1931, enfermo en el hospital militar de Columbia, Roa estructuró un ensayo muy original en forma de carta pública a Jorge Mañach (1898-1961). A posteriori, se le tituló «Reacción versus revolución» y constituía una defensa del marxismo, en la misma dirección que lo había hecho el pensador y político peruano José Carlos Mariátegui (1894-1930).

Roa elogiaba al peruano; lo citaba extensamente, para validar argumentos en torno a las características de los intelectuales como

grupo social; reconocía que él había sido el más audaz y original de los pensadores marxistas latinoamericanos en la década de 1920.

La reflexión más atractiva de Roa se centraba en la descripción de cómo cada marxista ejercía el criterio. Para el joven estudiante el marxismo no era un «dogma» y tal afirmación solo evidenciaba ignorancia cultural:

Empero nuestro marxismo, ninguno de nosotros ha renunciado al libre examen como ligeramente presumes, lo que –resulta obvio aclararlo– no entraña una adhesión al libre albedrío. Pensamos que es facultad soberana del individuo el decidirse mentalmente en un sentido o en otro, a la izquierda o a la derecha, a la revolución o a la reacción. Aceptar el marxismo como instrumento eficaz y único de redención social y humana en el período histórico en que vivimos, nos parece, desde el punto de vista especulativo, tan natural como rechazarlo por ineficaz y haber otros más idóneos, a condición, eso sí, de no trastocar deliberadamente la valoración intrínseca de las cosas. Esa trastocación la haces tú al calificar al marxismo de dogma, sin que, para justificarla, puedas alegar ignorancia de esa zona tan importante de la cultura, ya que, aun aceptándola, tu dedicación filosófica te obliga, por propio decoro, a tener siquiera una visión panorámica del pensamiento filosófico universal y de la posición de los sistemas que concurren a su integración. Desde luego, tú puedes seguir considerando y sosteniendo que el marxismo es un dogma, y confundiendo deplorablemente a Carlos Marx con el Papa. Pero lo evidente, amigo Mañach, es que, aun para los círculos intelectuales menos sospechosos de radicalismo, el marxismo es, en su contenido histórico, una interpretación dialéctica de los procesos sociales, una verdadera sociología y, en su contenido filosófico, una visión peculiar de la vida y de sus problemas, una explicación materialista del mundo, que aspira también a transformarlo.

[...]

Si la salvación del mundo no está en manos cubanas, sí lo está la de Cuba, ligada naturalmente a aquella a través de los que luchamos por lograrla. Esperar con las manos cruzadas a que nos caiga de Estados Unidos sí sería «aplazar la causa de Cuba

para las kalendas griegas»; pero organizarse y prepararse teórica y prácticamente, minar con la propaganda y con actos revolucionarios, la estructura colonial cubana, proyectando la lucha en un sentido antimperialista, es hacerse acreedor a merecerla.

Roa resumió la historia de Cuba desde Colón como espacio de dominación económica y política. En 1931, la nación era:

no obstante su forma política republicana y su constitución liberal, Cuba sigue siendo colonia y no precisamente por la Enmienda Platt, que es un hecho posterior a ella; por así decirlo su cristalización jurídica. Colonia, por su estructura económica, en la que el latifundio azucarero y la servidumbre son sus más firmes soportes; colonia, porque su economía, fundada sobre relaciones feudales de propiedad y de trabajo, están casi íntegramente en manos norteamericanas.<sup>49</sup>

El plan de acción lo sintetizaba así:

- Organizar y concientizar a las fuerzas antimperialistas.
- Promover acciones de masas en la lucha contra Machado y su camarilla, quienes representaban el dominio extranjero imperialista.
- Alentar una insurrección popular.
- Impulsar una revolución agraria antimperialista, que cumpliera las tareas de la etapa democrático-burguesa. Con posterioridad, ocurriría un proceso de avance hacia el socialismo.

Roa, además, caracterizaba a su agrupación el Ala Izquierda Estudiantil «vanguardia de los estudiantes pobres y medios de Cuba», que ocupaba un puesto en la lucha contra la dictadura y el imperialismo; que no aspiraba a «usufructuar el poder», porque no era un partido político. El Ala reconocía la hegemonía del proletariado, como clase dirigente y acepta la línea del Partido Comunista.

<sup>49</sup>Raúl Roa, «Carta a Jorge Mañach», en Bufa subversiva, Edición Cultural, La Habana, 1935, pp. 183-199. (Los subrayados son de la autora.)



No obstante, no pertenecía a este; tenía autonomía como organización estudiantil antimperialista.

Roa demostró capacidad para el análisis teórico general y el específico sobre Cuba. Su ensayo sobrepasaba los alcances reflexivos desde las Verdades socialistas de Baliño hasta los textos de Mella y Rubén. El ensayo político marxista ingresaba en la escritura literaria. Un joven de veinticuatro años aportaba un texto de obligada referencia en la historia del marxismo y de la ensayística política cubana.

En los inicios de 1933, Rubén supo el dictamen definitivo de los médicos soviéticos: su enfermedad no tenía cura, moriría en meses. Decidió regresar. Permaneció en Nueva York, mientras se preparaba su ingreso clandestino. Allí escribió un artículo y un ensayo, que después conformarían un diálogo con el ensayo de Roa.

En el artículo «Qué significa la transformación del ABC y cuál es el propósito de esta maniobra» (revista Mundo Obrero, marzo-abril de 1933), Rubén explicaba los orígenes y la trayectoria de la agrupación terrorista. Expresó críticas a esa modalidad de la acción política y reiteró la adhesión a las tácticas de concientizar a las masas y promover empresas colectivas, no espontáneas.

Aludió a los nexos racistas del ABC con el Ku-Klux-Klan (KKK) en la Florida; de ahí, el rumor difundido de que «Machado estaba apoyado por los negros».

Ante la inminencia del proceso intervencionista diplomático de la Mediación, los jefes del ABC decidieron transformarse en un partido. Se anticipaban para estar en mejores posiciones de acceder al poder, cuando cayera Machado. Se ofrecían como «presuntos criados de Wall Street».

Rubén examinó el programa del ABC con similar ironía a la empleada por Mella en ¿Qué es el ARPA? Identificó los tópicos de demagogia confusionista y precisó que se trataba de una organización de la oposición burguesa, signada por un reformismo nacionalista.

Por último, exponía que el Partido Comunista operaba con la Liga Juvenil Comunista, la Confederación Nacional Obrera de Cuba

y la Liga Antimperialista, y que todas las organizaciones tenían avances en su labor revolucionaria.<sup>50</sup>

En el ensayo «Las contradicciones internas del imperialismo yanqui en Cuba y el alza del movimiento revolucionario», Rubén recapitulaba el desarrollo del trabajo organizativo con los obreros desde 1929; lo ilustraba con la articulación de las huelgas en los centrales azucareros, que consideraba la vía idónea para arribar a la añorada insurrección general contra la satrapía.

La fuerza movilizativa obrera se había acelerado por la compleja situación económica y las contradicciones internas del imperialismo yanqui.

Rubén proponía el esquema reflexivo siguiente:

- El dominio económico de los norteamericanos no tenía competidores dentro de Cuba. No existían imperialismos rivales.
- La burguesía nacional era débil y se había aliado mayoritariamente a las empresas extranjeras. De todos modos algunos grupos intentaban producir en sectores no invadidos por los norteamericanos.
- La gran crisis económica mundial ya impactaba en los Estados Unidos y, por supuesto, exacerbaba las contradicciones internas de la dominación yanqui en Cuba.
- El conflicto principal radicaba en el diferendo entre propietarios norteamericanos que producían azúcar en esa nación y los propietarios que lo hacían aquí.

Rubén sintetizaba:

El problema principal para el imperialismo yanqui en Cuba es el conflicto con sus propias dificultades internas, dificultades de un régimen de explotación y dominación ya consolidado en la penetración casi exclusiva de los sectores básicos de la economía de un país.

Por último, anunciaba que:

Las huelgas de los obreros azucareros en Cuba son así el anuncio de luchas más altas. Las banderas rojas, izadas a hurtadillas

<sup>50</sup>Rubén Martínez Villena, «Qué significa la transformación del ABC y cuál es el propósito de esta maniobra», en su Poesía y prosa, t. 2, ob. cit., pp. 217-230.

y en la noche sobre las chimeneas de los centrales y de la Armow Co., son los heraldos de otra bandera igual que será izada a pleno sol y flotará en definitiva sobre las torres de todos los centrales.

Los ojos de hoy no serán viejos cuando contemplen esa maravilla.<sup>51</sup>

Sin lugar a dudas, «Las contradicciones...» constituyó el mejor de los ensayos y artículos políticos de Rubén. Resaltaba la calidad expositiva de las argumentaciones y cerraba con frases poéticas. Él suscribía honestamente sus ideas. Soñaba con la insurrección general que derribaría a Machado (sicario del capital yanqui), dentro del esquema aprobado por la Internacional Comunista de «clase contra clase».

Mella, Rubén y Roa, entre 1925 y 1933, creían en el boceto de una revolución proletaria, porque la clase obrera se suponía destinada a detentar el control del poder en la revolución, cuyo primer paso sería liquidar la satrapía de Machado.

El 7 de agosto de 1933, Rubén publicó «La aventura del artículo de un comunista y sus enseñanzas» (revista cubana El Trabajador). Relató que su texto sobre el programa del ABC se había reproducido –con mutilaciones– en el periódico machadista Heraldo de Cuba; y que en el periódico Denuncia, vocero del ABC, y en Oposición, órgano de Unión Nacionalista, habían escrito insinuando complicidad suya con la dictadura.

Rubén aclaró los fines precisos del análisis clasista sobre el ABC: la denuncia pública de cómo funcionaba la camarilla burguesa dirigente, de cuáles intereses políticos defendía; que él respetaba a las personas honestas, luchadores anónimos de filas. Con respecto a la conexión entre Unión Nacionalista y el ABC, reiteraba los juicios sobre los cabecillas politiqueros y evocaba con respeto el ejemplo del general Francisco Peraza, que había sabido cumplir con su deber hasta la muerte en agosto de 1931.

En la réplica del periódico Denuncia se mencionaba el juicio de Mañach, a propósito de que «el comunismo es un dogma: se le

<sup>51</sup>Rubén Martínez Villena, «Las contradicciones internas del imperialismo yanqui en Cuba y el alza del movimiento revolucionario», en su Poesía y prosa, t. 2, ob. cit., pp. 231- 250. (Los subrayados son del texto.)

acepta o se le rechaza: con él no cabe discusión». Rubén coincidía con lo dicho por Roa en «Reacción vs. revolución» y esclarecía –de nuevo– la esencia del marxismo como un método para orientar el pensamiento y la acción. Afirmaba –por último– que en este incidente se ilustraba «la indigencia ideológica de todos los grupos y sectores políticos en el país ante la firmeza convincente y la realidad irrefutable del más ligero análisis marxista».<sup>52</sup>

El 12 de agosto de 1933 Machado huyó de Cuba. Previamente había ejecutado las acciones pactadas con Sumner Welles para ceder el poder. Carlos Manuel de Céspedes (hijo) era designado presidente.

Pablo estaba exiliado en Nueva York. Regresó con rapidez. Por sus amistades en el Directorio Estudiantil conoció las interioridades de lo sucedido en Columbia el 4 de septiembre. Le interesaba el gobierno de Ramón Grau San Martín, como experimento político.

El 10 de octubre se fundó la cooperativa de trabajadores del periódico *Ahora*. Pablo ingresó como uno de los redactores. Cultivó todos los géneros periodísticos y siguió incrementando las experiencias políticas. Inmerso también en la vida universitaria, combatió la dictadura de Batista y asistió a la fase preparatoria de la huelga de marzo de 1935.

Se autojuzgaba un cronista hábil y un combatiente de filas. Pensaba que para el mejor cumplimiento de sus funciones debía llevar un Diario. Esa obligación escritural suponía dos cualidades: constancia (disciplina para anotar con regularidad), y amor a la verdad, porque: «La primera condición que necesita un revolucionario es la de no ser mentiroso. Sobre todo consigo mismo».<sup>53</sup>

Las fallas organizativas de la huelga y la fortísima fuerza represiva de Batista y el ejército rebasaron en un primer momento su capacidad para entender el proceso de los acontecimientos. Tuvo que exiliarse en horas, y ya de regreso a Nueva York intentó una primera ronda evaluativa de lo acontecido.

Después de escasos meses para reorganizar su vida, como exiliado, se encontró ante una situación insospechada antes de

<sup>52</sup>Rubén Martínez Villena, «La aventura del artículo de un comunista y sus enseñanzas», en su *Poesía y prosa*, t. 2, ob. cit., pp. 251-258.

<sup>53</sup>Pablo de la Torriente Brau, «A Raúl Roa» (20 de abril de 1936), en sus *Cartas cruzadas*, ob. cit., p. 300.

septiembre de 1930. Pablo estaba en el grupo fundador de la Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista (ORCA), que se proponía continuar el proyecto de Mella con la ANERC en 1928. Lo insólito radicaba en que había sido elegido el secretario general.

El liderazgo, aunque fuera dentro de una organización pequeña, constituía un acto de servicio cualitativamente diferente. Pablo había admirado en Mella el carisma con que ejercía la dirección. Había podido apreciarlo en Rubén; sobre todo, en los meses finales mientras esperaba la muerte trabajando incansablemente y sonriendo.

No había tenido amistad con Antonio Guiteras (1906-1935), ese líder político que descubrió en el efímero gobierno de Ramón Grau San Martín, y cuyas audacias en 1934 y 1935, al frente de la Joven Cuba, se interesó por coleccionar.

El cumplimiento exitoso de su misión al frente de ORCA se convirtió en un reto personal. Llevaba un archivo minucioso. Se preocupaba por el autoexamen de sus métodos de trabajo e incorporaba esta dimensión introspectiva a los autorretratos.

En su trayectoria como narrador varias veces se había incluido como personaje. Podría ilustrarse con «Páginas de la alegre juventud» en los cuentos de Batey (1930), o con «La mordaza», en la sección de «Escenas para el cinematógrafo» de Presido Modelo (1935).

En numerosas cartas (escritas entre 1935 y 1936), Pablo se autorrecreó con fina burla:

Yo he decidido no quejarme del cargo de Mulo General. Creo que de todas maneras seré el primer mulo fecundo del mundo. Y bien vale el esfuerzo.<sup>54</sup>

[...] las actividades revolucionarias que ciertamente, apasionan tanto, que acaba uno por parecer un protagonista de libro. Creo que dentro de poco voy a andar en busca de autor yo también.

[...] Sólo me hará falta en su día, un balazo bien dramático, si es posible, el día del triunfo y en el mismo centro de la frente. Y todo ello, además, antes de que me quede calvo.<sup>55</sup>

<sup>54</sup>Pablo de la Torriente Brau, «A Raúl Roa» (9 de marzo de 1936), en sus Cartas cruzadas, ob. cit., p. 260. (Los subrayados son de la autora.)

<sup>55</sup>Pablo de la Torriente Brau, «A Jorge Icaza» (14 de marzo de 1936), Cartas cruzadas, ob. cit., p. 267. (Los subrayados son de la autora.)

Inventaba narraciones con legitimaciones irónicas de la pasión laboral. Con la afirmación: «Sigo con los cojones hinchados», se podía pensar en una alusión erótica rutinaria; pero transgredía, de inmediato, con la aparición del asombro, porque la razón se hallaba en la teoría de la «neurosis revolucionaria positiva del desierto». Ocurría que «se le hinchan al paciente los cojones y se pone a trabajar, a trabajar, aunque sea como la hormiga que no encuentra el agujero».<sup>56</sup>

Los métodos de trabajo, bien definidos, facilitaban el ejercicio reflexivo y la praxis bien orientada. En los años de intimidad laboral con Ortiz había estudiado sus excelentes resultados. ¿Cómo se podía argumentar, pensar y actuar?: «Sólo te argumento basado en principios generales y hechos que veo. Lo único que puedo hacer es no darle descanso a la imaginación. En definitiva pienso: cuando tengo una duda <sup>57</sup>no actúo, cuando tengo vacilaciones. Eso debe ser una consigna».

En el análisis no solo importaba el punto de vista propio: «Hay que ponerse a pensar como pensarían los otros; hay que adivinar sus calibres y tratar de resolver los problemas con los datos y capacidad que suponemos en ellos para orientarnos».<sup>58</sup>

## La revolución es un ajiaco

[...] la revolución no es un vaso de cristal lalík sino una sopa de vegetales, un ajiaco en donde entra todo.<sup>59</sup>

El 20 de abril de 1936 Pablo escribió una extensa carta a Raúl Roa en la que le narra sucesos hilarantes ocurridos en el Club Martí de Nueva York y le confesaba:

<sup>56</sup>Pablo de la Torriente Brau, «A Raúl Roa» (4 de abril de 1936), Cartas cruzadas, ob. cit., p. 280.

<sup>57</sup>Pablo de la Torriente Brau, «A Raúl Roa» (20 de abril de 1936), Cartas cruzadas, ob. cit., p. 299. (Los subrayados son de la autora.)

<sup>58</sup>Pablo de la Torriente Brau, «A Raúl Roa», Cartas cruzadas, ob. cit., p. 289.

<sup>59</sup>Pablo de la Torriente Brau, «A Miguel de Unamuno Gener» (22 de mayo de 1935), Cartas cruzadas, ob. cit., p. 76. (Los subrayados son de la autora.)

[...] lo que a mi juicio es razón fundamental de nuestras agonías: la revolución está lejos y se aleja; por eso la gente no se acerca a nuestra obra, y por eso nuestros esfuerzos son heroicos pero infructuosos hasta ahora. Como no están cercanos los momentos culminantes, nuestra obra se ve rodeada de indiferencia, [...] Y eso es lo que sucede en definitiva: la revolución está palúdica y los aspirantes a revolucionarios han sido atacados, casi en su mayoría por el mal depauperador. ¡Los revolucionarios están palúdicos!<sup>60</sup>

El 28 de julio de 1936, en una misiva a Carlos Martínez le reiteraba:

¿Mas que hace, qué puede hacer la revolución? La revolución está en «el punto muerto»; está como esas ruedas de los camiones atascados, que giran en el aire inútilmente, porque no encuentra el punto de apoyo. Por ello no debemos hacernos ilusiones. Todo el aparato de la revolución es falso y mientras exista, en falso arrancará. Claro que todos los esfuerzos que hacemos han sido precisamente para cambiar su estructura, pero, impotente para arrancar de por sí, es todavía lo suficientemente recio como para resistir todo intento de reforma o modificación. En definitiva es una impotencia más con que nos encontramos en esta encrucijada de impotencias que es el actual panorama político nuestro [...]

Por lo demás, ahora me consuelo con la revolución española. Nosotros hemos cometido una pifia al no irnos para allá hace algún tiempo. Nuestra experiencia hubiera sido riquísima en todo sentido...<sup>61</sup>

Durante tres meses, Pablo meditó sobre una verdad inobjetable:

- La revolución se alejaba como opción real de producirse una insurrección.

<sup>60</sup>Pablo de la Torriente Brau, «A Raúl Roa» (20 de abril de 1936), Cartas cruzadas, ob. cit., pp. 283-284. (Los subrayados son de la autora.)

<sup>61</sup>Pablo de la Torriente Brau, «A Carlos Martínez» (28 de julio de 1936), Cartas cruzadas, ob. cit., p. 399. (Los subrayados son de la autora.)

- La revolución se había enfermado de paludismo.
- La revolución se encontraba en «punto muerto».
- La revolución se convertía en «una encrucijada de impotencias».
- Una opción nueva de ilusiones personales podía ser la revolución española.

El 22 de abril de 1936, Pablo exaltaba a Antonio Guiteras y a Carlos Aponte, de un modo similar al utilizado por Mella para rendirle tributo al líder obrero asesinado Alfredo López. Mella evocaba «El grito de los mártires» (1926). Pablo recordaba a los Hombres de la revolución; a esos ciudadanos «que se llaman héroes y mártires», dignidades que alcanzaron con «el sacrificio, el valor, el desinterés y la constancia»; y después de haber ofrendado la vida.<sup>62</sup>

La revolución del 30 había gestado una épica propia. Los acontecimientos cotidianos se redimensionaban con las dignidades del heroísmo o del martirologio. Con rapidez, se conformaban los mitos sobre personalidades. Él había conocido ya a Mella como mito y había visto conformarse el de Rubén.

Pablo estimaba que la fascinación mayor de los héroes y mártires se concentraba en el principio de mantenerlos fundidos con sus contextos plurales, en exaltarlos conociendo los actos benéficos o deplorables que habían ejecutado. En los retratos no debían cercenarse las facetas contradictorias, que eran las más atrayentes.

Como amigo del revolucionario venezolano Carlos Aponte, compilaba testimonios para escribir una narración de las aventuras en su patria, Cuba, México y Nicaragua. Hasta julio de 1936 mantuvo la ilusión de que conseguiría el dinero para trasladarse a México y comenzar el libro de Aponte.

Antonio Guiteras había irrumpido como un rayo inesperado en el movimiento revolucionario antimachadista. Posiblemente se enteró de la relevancia de sus acciones cuando fue nombrado Secretario de Gobernación, Guerra y Marina del gobierno de Ramón Grau San Martín. Le agradecía el favor personal de otorgarle

<sup>62</sup>Pablo de la Torriente Brau, «Hombres de la revolución», en Pablo. Páginas escogidas (pról. de Fernando Martínez; selec. y notas de Diana Abad), Impresora Universitaria André Voisin, La Habana, 1973, pp. 331-335.



el permiso para entrar al Presido Modelo y revisar libremente los archivos.

Después del golpe de Estado en enero de 1934, Guiteras había organizado Joven Cuba, una de las fuerzas indiscutidas contra la dictadura de Batista-Caffery-Mendieta.

Guiteras era siempre noticia. Se dedicó a oír relatos, aportadores de claves disímiles para intentar una racionalización de la atracción emotiva que le inspiraba Guiteras.

En Hombres de la revolución construyó el retrato armonizando elementos antitéticos. Lo imaginaba –en técnica de secuencia cinematográfica– apasionado, siempre febril, soñador, visionario; no conocía el perdón; imantaba a sus hombres; actuaba con una fe mística en su habilidad para hacer la revolución antimperialista; era audaz hasta la imprudencia; y a veces, confiaba demasiado; sacrificó proyectos personales y familia.

La humanidad entrañable de Guiteras se expresaba en la admiración unánime por su ejecutoria, aun en aquellos que discrepaban de sus métodos.

Pablo no mencionó haber leído textos como «Septembrismo», o «Programa de la Joven Cuba» (1934). El retrato lo construyó con datos de fuentes testimoniales e impresiones personales. Hizo prevalecer la seducción curiosa por un hombre-misterio, ya nuevo mito.

Pablo no comentó la ideología de Guiteras y ese fue el tópico más endeble de la semblanza; porque en Guiteras resaltaba una profunda coherencia entre pensamiento y actos.

Guiteras conformó el ensayo «Programa de la Joven Cuba» en dos partes desiguales. La primera –muy sintética– constituía una reflexión teórica sobre la historia de la sociedad cubana; y la segunda, una enumeración de propuestas específicas con fines movilizativos inmediatos.

En la primera parte (cualitativamente mejor), Guiteras argumentó la condición de colonia y la necesidad de una revolución nacionalista y antimperialista, cuyo destino –por fases– sería el socialismo:

Cuba reúne los elementos indispensables para integrar una nación, pero no es aún NACIÓN. [...] Desde la «colonización», Cuba posee unidad en sus tradiciones, y el destino

sustancialmente común vivido por todas sus regiones afirma su unidad histórica. [...]

Y sin embargo, Cuba no es Nación aún, carece de aquella unidad funcional en su economía, necesaria para presentarse como un todo capaz de bastarse a sí misma. En una palabra, Cuba permanece en estado colonial. Supeditada al capital extranjero, la estructura económica cubana es un aparato que no sirve a necesidades colectivas de dentro, sino a rendimientos calculados por y para los de fuera. [...]

De ahí la idea polar de nuestra orientación: para que la ordenación orgánica de Cuba en Nación alcance estabilidad, precisa que el Estado cubano se estructure, que el Estado se estructure conforme a los postulados del Socialismo. Mientras, Cuba estará abierta a la voracidad del imperialismo financiero.

[...] ¿Es posible pasar del «colonialismo» al nuevo molde con la rapidez que opera una mutación en el teatro? La sinceridad obliga a decir que el cambio no es fácil; en ningún caso, podría ser repentino. [...]

[...] Al Estado socialista nos acercaremos por sucesivas etapas preparatorias. Fijada la gran meta a la que dirigimos la marcha, nuestro programa debe interpretarse como el trazado de la primera etapa.<sup>63</sup>

La opción socialista, preconizada por Guiteras en el «Programa de la Joven Cuba», indicaba una riqueza en el desarrollo de las ideologías políticas.

Mella, Rubén, Roa, Pablo, estaban adscritos al marxismo y al leninismo. Interactuaban con las orientaciones de la Tercera Internacional Comunista. En acuerdo o en discrepancia, operaban con sus tesis.

Roa y Pablo se consideraban marxistas orgánicos. No obstante, ejercían el derecho al criterio personal. No compartían algunos matices de las posiciones tácticas del Partido Comunista. Por lo mismo, no se les ocurría ingresar en sus filas y defendían el

<sup>63</sup>Antonio Guiteras, «Programa de la Joven Cuba», en Hortensia Pichardo, Documentos para la Historia de Cuba, t. 4 (primera parte), Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1980.

derecho de ORCA a sostener una modalidad marxista propia. Como secretario general, Pablo envió una «Carta al Comité Central del Partido Comunista de Cuba»<sup>64</sup> (fecha el 23 de octubre de 1935), en la que le comunicaba los puntos de asentimiento y los de rechazo en torno a los modos de preparar una insurrección desde las tesis del frente único de las organizaciones antibatistianas.

Blas Roca (1908-1987) dirigía al Partido Comunista desde el segundo congreso (abril de 1934). Él había asistido como delegado al séptimo Congreso de la Internacional Comunista, donde se aprobó el viraje de la tesis de «clases contra clases» a la de los frentes populares.

El 21 y 22 de octubre de 1935, Roca informó al sexto Pleno del Comité Central. Su discurso se publicó, en folleto, bajo el título de Por la unidad de acción de todo el pueblo de Cuba (1935). Las líneas de trabajo que propuso eran:

- Lograr una central sindical unida.
- Luchar contra la discriminación de los obreros cubanos y favorecer la fraternidad con los extranjeros.
- Atención a los jóvenes, los campesinos, las mujeres y a las reivindicaciones de la población negra. Combate al racismo.
- Interesarse por contactar con los soldados.
- Reanudar los intercambios con las organizaciones antibatistianas, interrumpidos por la represión violenta desde los días de la huelga de marzo.<sup>65</sup>

El Partido Comunista no solo contactó con ORCA, sino con Joven Cuba, el Partido Auténtico y el Partido Agrario, solicitando opiniones. Entonces se sabía y se consideraba lógico que en todas las organizaciones convivían distintos tipos de socialistas. Por ejemplo, mientras estudiaba en la Unión Soviética, Sandalio Junco se había identificado con el trotskismo. A su regreso a La Habana,

<sup>64</sup>Pablo de la Torriente Brau, «Carta al Comité Central del Partido Comunista de Cuba», en Pablo. Páginas escogidas, ob. cit., pp. 323-324.

<sup>65</sup>Blas Roca, Por la unidad de acción de todo el pueblo de Cuba, La Habana, 1935.

había nucleado un grupo. En septiembre de 1933 fundó el Partido Bolchevique Leninista de Cuba. Después se asoció al Partido Auténtico.

Dentro de Joven Cuba, participaban antimperialistas, asociados o no al socialismo de Guiteras y marxistas como Aureliano Sánchez Arango (que había pertenecido al Partido Comunista).

En el Partido Auténtico (fundado en febrero de 1934) pugnarón siempre distintas fracciones. Había miembros del Directorio Estudiantil que eran anticomunistas. También, se adscribía el grupo de Ramón Grau San Martín. No obstante, el médico Enrique Henríquez (1902-19?), miembro del comité ejecutivo central, se consideraba un socialista. Desde esa ideología, comentaba la evolución de ese Partido.

Henríquez escribió, en septiembre de 1936, «El nacionalismo revolucionario y la revolución socialista», como fundamento teórico de la «doctrina Auténtica», que debía inspirar las acciones unitarias (acordadas con Joven Cuba en el Pacto de México) para producir la ansiada insurrección.

La «doctrina auténtica» había surgido como exigencia programática del brazo militar, la Organización Auténtica (OA), que lideraba Emilio Laurent (1902-1946).

Henríquez relató una versión de lo ocurrido entre 1934 y 1941 en el folleto Problemas del nacionalismo revolucionario en Cuba (1941). Pensaba que en el Partido Auténtico no se había logrado imponer una estructura que desarrollara la militancia revolucionaria. Estaba dominando el ala reaccionaria que deseaba acogerse a la legalidad y participaba en las elecciones. El ala revolucionaria (encarnada por Laurent) seguía trabajando por la insurrección en alianza con Joven Cuba, la cual sufría un proceso desintegrativo.

Como socialista, entendía que:

Para luchar es imprescindible sentar las bases de una forma de acción política y revolucionaria capaz de protegernos verdaderamente, de hacernos avanzar, de permitirnos tomar un día el poder. No llamamos a ciegas y a ultranza a la insurrección: Llamamos a la creación de una militancia. Y la militancia ¿qué es? Es para una organización, la posibilidad de actuar eficazmente en todo momento y en cualquier plano de la actividad política y social: propaganda, agitación, proyección

en los planos funcionales, teoría y capacidad polémica, idoneidad en la jefatura, disciplina en las filas, posibilidades de oponer, llegado el caso, la violencia a la violencia. Tales son las cualidades requeridas.<sup>66</sup>

Emilio Laurent, militar de carrera, dirigió el desembarco y la toma de Gibara en agosto de 1931. En las cárceles hizo amistad con algunos socialistas. Dentro del Partido Auténtico dirigía la OA y se le consideraba el militar más capacitado para coordinar la insurrección. En sus memorias, Laurent evocó estas imágenes de los comunistas:

El extremismo de entonces del Partido Comunista Cubano lo condujo a una táctica agresiva contra todos los que no participábamos de sus ideas, y esto trajo como consecuencia, la división de los presos políticos en derechas e izquierdas, aun en lo material pues en evitación de incidentes se nos alojó en locales diferentes.

[...]

Yo meditaba entonces en el enorme parecido que tiene el comunismo con las religiones: dogmas, espíritu sectario, organización semejante, con la única diferencia de que los marxistas ofrecen el Paraíso en la tierra, lo que hace variar totalmente la aplicación del esfuerzo humano para obtener la felicidad.

[...]

¿Acaso los miembros del Partido Comunista Cubano ya se habían transformado en los nuevos hombres marxistas? ¿No tienen las mentes, por lo menos, parecidas a las nuestras?

[...]

El objetivo comunista estaba colocado en lo más remoto, y eso hacía salirse de la realidad a los comunistas y ser injustos; puro extremismo.

[...]

Éramos honrados y honradamente creíamos que para ser comunista había que ser fanático, estar resuelto a todo por

<sup>66</sup>Enrique C. Henríquez, Problemas del nacionalismo revolucionario en Cuba, La Habana, 1941, p. 32.

la causa y hacer dejación de la voluntad propia. Los hombres que habiendo aceptado un credo no se permitían la más ligera duda sobre él. Únicamente los problemas orgánicos y de táctica los podrían dividir: no los dogmas doctrinales.<sup>67</sup>

Laurent apreciaba profundamente las riquezas en los debates entre nacionalistas revolucionarios, antimperialistas, socialistas, marxistas, o anticomunistas. Todos ganaban en las polémicas y podían conocerse mejor. Por otra parte, no excluía la contradicción, los consideraba «fanáticos», pero admiraba el sistema de organización partidista. Reconocía que se podía sacar provecho de la larga experiencia de lucha que atesoraban los comunistas.

Pablo creía que la revolución era un «ajijaco» porque entraba de todo. Las fuerzas de la derecha también la conformaban. Había que acopiar datos sobre los abecedarios; sobre los grupos en Unión Nacionalista; sobre la reestructuración del Partido Liberal. Había que preocuparse por las personalidades y cómo actuaban. Cuando Miguel Mariano Gómez fue electo presidente en enero de 1936, le dedicó el artículo «El muñeco de turno».<sup>68</sup> Creía que debía intentar otra aproximación para aprehender matices no captados.

Desde el 4 de septiembre de 1933, en que emergió a la vida política, Fulgencio Batista era una figura digna de atención, hasta como posible personaje literario. Pablo le dedicó el artículo «Este es Fulgencio Batista»<sup>69</sup> (en 1935). No le satisfacía. Había que lograr un retrato más contradictorio.

Entre abril y julio de 1936, Pablo se convenció de que la revolución se alejaba, que se estaba en «un punto muerto», en una «encrucijada de impotencia». Necesitaba una reflexión extensa, en profundidad, para aclararse las ideas y enfrentar decisiones trascendentes en su vida personal.

<sup>67</sup>Emilio Laurent, *De oficial a revolucionario*, Imprenta Úcar, García y Cía., La Habana, 1941, pp. 106-111. (Los subrayados son de la autora.)

<sup>68</sup>Pablo de la Torriente Brau, «El muñeco de turno», en Pablo. Páginas escogidas, ob. cit., pp. 325-326.

<sup>69</sup>Pablo de la Torriente Brau, «Este es Fulgencio Batista», en Pablo. Páginas escogidas, ob. cit., pp. 311-314.

Cuando entregó sus funciones de secretario general a Gustavo Aldereguía, ya había anunciado que dejaba Nueva York antes del próximo invierno. Teté Casuso regresaría –con seguridad– a La Habana. Él se iría a México (en función del libro de Aponte); o a La Habana para ver de cerca lo que pasaba, aunque tuviera que moverse un tiempo con normas de clandestinidad; o a España, cuya situación política le interesaba.

## La angustia constante de sufrir la visión de la realidad

[...] ¿cuál es la realidad revolucionaria y cuáles son sus posibilidades verdaderas? ¿No estamos, por el contrario, frente a una situación en que, si el imperialismo maniobra con habilidad e inteligencia, por lo menos una posibilidad de periodo de calma puede ser propiciado en Cuba?

[...] Me persigue la angustia constante de ver nuestra impotencia de soluciones, de comprobar que nuestra relativamente superior capacidad, sólo nos sirve en la práctica, para sufrir antes que otros la visión de la realidad.<sup>70</sup>

Pablo tenía que pensar sobre la realidad revolucionaria. Había que hacerse preguntas y responderlas con sinceridad, para actuar, en consecuencia, sin dudas ni vacilaciones.

El sábado 13 de junio de 1936 se sentó ante la máquina portátil a escribir un original y dos copias. Siguió el domingo 14. El lunes 15 se fue al trabajo y al regreso concluyó el mecanuscrito ya en la madrugada.

El original estaba destinado a Raúl Roa, con quien imaginaba una conversación epistolar. Una copia era para Ramiro Valdés Daussá, afiliado a Izquierda Revolucionaria y uno de sus amigos más íntimos. La otra copia formaba parte de su archivo personal. Así nació «Álgebra y política», título otorgado por Roa al publicar el mejor texto político de Pablo, anexo a una reedición de la

<sup>70</sup>Pablo de la Torriente Brau, «A Aureliano Sánchez Arango» (26 de marzo de 1936), en sus Cartas cruzadas, ob.cit., p. 277. (Los subrayados son de la autora.)

novela Aventuras del soldado desconocido cubano y otros relatos en 1968.

La introducción del ensayo se dedicó a tres tópicos: la legitimidad del uso de los sistemas de ecuaciones para ordenar una información política caótica; la presentación del narrador y personaje Pablo; y la exposición de los cuatro sistemas que analizaría.

El narrador y personaje Pablo desempeñó funciones protagónicas. Estructuró los bloques expositivos. Introducía distintas formas de digresiones: la retrospectiva a la infancia (el relato de «el cometa» en Santiago de Cuba); las acotaciones temporales o de estados anímicos; la legitimidad de los placeres en el ejercicio especulativo, en el descubrimiento y en el acto de la imaginación:

Yo no trato de predecir sino de plantear, de relacionar, de darle algún sentido cabal a todo eso de la «correlación de las fuerzas» y no me negarás que hay poesía, intuición (los factores muchas veces hay que resolverlos por intuición en álgebra), imaginación, especulación en el método, y, desde luego, ciencia, seguridad en los pasos<sup>71</sup>

El primer sistema de ecuaciones se dedicó al imperialismo yanqui. No se ha podido establecer si Pablo conocía el ensayo «Las contradicciones internas del imperialismo yanqui en Cuba y el alza del movimiento revolucionario», escrito por Rubén; no obstante recurrió a un diseño analítico similar.

La primera ecuación se conformó con las opciones del presidente Franklin Delano Roosevelt (1882-1945). Las variables fueron:

### **Primer sistema**

- ❖ La política general del buen vecino para América Latina y el Caribe:
  - La prioridad del trabajo diplomático y el uso al mínimo de la fuerza militar.

<sup>71</sup>Pablo de la Torriente Brau, «A Raúl Roa» (13 de junio de 1936), en sus Cartas cruzadas, ob. cit., pp. 346-391. (Los subrayados son de la autora.)



- Mejorar los negocios, las inversiones, el comercio.
  - Extensión de medidas económicas de política interna al subcontinente.
- ❖ La inmediatez: las tácticas electorales en 1936:
    - Mantener la tranquilidad en la región.
    - La táctica de ganar tiempo (hasta después de las elecciones) ante cualquier problema.
    - Evidenciar las distancias con las propuestas draconianas del ex presidente Hoover (candidato del Partido Republicano).
      - ▲ Digresión sobre la similitud de posiciones con algunos estados fascistas.
- ❖ Roosevelt, un político moderno de excepción, un renovador del capitalismo en el siglo xx:
    - Símil con otros políticos antiguos, poco inteligentes.
  - ❖ La política del Departamento de Estado hacia Cuba:
    - Sumner Welles y sus criterios personales sobre la idoneidad de los políticos que necesitaba para Cuba.
    - Welles y Batista: necesidad y chantaje, éxito diplomático versus animadversión personal.
    - Welles: los estímulos a Miguel Mariano para tratar de salir de Batista.
    - El profesionalismo diplomático de Welles.
  - ❖ La política de la Embajada en La Habana:
    - Jefferson Caffery, el sostén de Batista y el incitador a la brutalidad represiva de José Eleuterio Pedraza.
      - ▲ Digresión irónica sobre la sexualidad de Caffery.
      - ▲ Alusión al término de la misión de Caffery en Cuba.
  - ❖ El movimiento revolucionario latinoamericano y Roosevelt.
    - Mantener el estatus de «tranquilidad» en Cuba.
    - Neutralizar protestas con la extensión del New Deal.

## Segundo sistema

El segundo sistema de ecuaciones lo conformaron las contradicciones de la politiquería cubana, los «hijos del imperialismo».

- ❖ Miguel Mariano Gómez y el auge del civilismo contra Batista:
  - Análisis de la personalidad de Miguel Mariano. Las ventajas de educación, riqueza y vínculos políticos.
    - ▲ Digresión para reconocer que el artículo «El muñeco de turno» era muy esquemático.
    - ▲ Su grupo político, ¿lo traicionará frente a Batista?
- ❖ Digresión sobre la valentía (tener «cojones» en las pericias de la lucha contra Machado de los miembros de Unión Nacionalista). Alusiones a Mendieta y a Menocal. Tributo al general Peraza, a Arturo del Pino y a otros mártires (en genérico).
- ❖ El movimiento popular:
  - Presión a Miguel Mariano con las demandas de: civilismo, amnistía, derechos individuales y constitucionales, convención constituyente.
  - Odio a Batista y a Pedraza.
- ❖ Digresión sobre la metáfora del «reparto» como representativa de la politiquería:

No hay que olvidar que esto del «reparto» tiene en Cuba la fuerza tradicional de la Nochebuena; es algo anhelado siempre y glorioso y ahora, después de tantos años, es como el ansia nerviosa de una novia que se puso vieja, histérica y puta y que brama ya porque llegue la hora del desvirgamiento. Muchos de estos padres de la patria han temblado ante la idea de tener que morir honrados, por falta de oportunidad. Y hay que calcular lo que para toda esta gente significa comer ancho, robar, aunque sea planear los robos [...].<sup>72</sup>

- ❖ Fulgencio Batista, siempre con signo negativo para la revolución y el pueblo de Cuba:
  - Retrato psicológico y moral.
    - ▲ Condiciones de líder; no tiene valor personal; «tiene imaginación de taquígrafo»; condiciones de orador y

<sup>72</sup>Pablo de la Torriente Brau, «A Raúl Roa» (13 de julio de 1936), en sus Cartas cruzadas, ob. cit., p. 362.

«proyectista» (sabe usar la demagogia); «construye, roba y se pule»; inteligente y astuto; sabe apoyarse en reglas generales.

- ▲ Digresión profética: «En caso de una revolución, si le dan tiempo, pertenece a los que tendrían preparado el avión para huir».<sup>73</sup>
- Estrategias y tácticas políticas de Batista:
  - ▲ Utiliza en su provecho las contradicciones de los yanquis (de modo implícito, se remite al primer sistema).
  - ▲ Reiteración de que chantajea a los americanos «uno de los servidores que mejor tienen que pagar».
- Batista, el Ejército y José Eleuterio Pedraza:
  - ▲ Se apoya, pero teme a su propio ejército.
  - ▲ Las ventajas y privilegios que les ha dado.
  - ▲ Pedraza y sus ambiciones; pero es «estúpido y brutal».
  - ▲ Pedraza y Batista: un equilibrio inestable.
  - ▲ Batista necesita a Pedraza para el terror, y para que atraiga el odio popular más feroz.
- Batista y el ABC:
  - ▲ Relaciones de Caín y Abel: «El ABC odia a Batista porque le quitó la posibilidad de ser más vil que él».
  - ▲ Joaquín Martínez Sáenz (jefe del ABC) cabildeaba con Welles para quitar a Batista.
- Batista y el movimiento popular:
  - ▲ Batista en busca de una coyuntura favorable para mejorar su imagen pública.

El tercer sistema lo consagró al campo revolucionario. Partía de la premisa de dos bandos rivales, cuyos desacuerdos se expresaban en distintas variantes:

- ❖ Revolucionarios exiliados:
  - regresar a Cuba para la lucha en el movimiento popular y en preparación de condiciones para la insurrección, o

<sup>73</sup>Pablo de la Torriente Brau, «A Raúl Roa» (13 de julio de 1936), en sus Cartas cruzadas, ob. cit., p. 363.

- permanecer en el exilio, atrincherados en un estatismo irrealista.
- ❖ Revolucionarios:
  - por «un concepto dialéctico de la revolución» programa, preparación, acción de masas, o
  - espontaneísmo, insurrección sin trabajo previo.
- ❖ Revolucionarios:
  - por una revolución «en marcha hacia el socialismo»; por el frente único, o
  - antisocialistas; contrarios al frente único.
- ❖ «Las incógnitas personales»:
  - sin ambiciones personales, o
  - en desacuerdo con el frente único;
  - quieren el frente único, o
  - en desacuerdo con la preparación insurreccional.
- ❖ [Las paradojas]
  - por la lucha antimperialista, o
  - en desacuerdo con la evolución socialista.

Después de esta introducción, explicaba el sistema.

### Tercer sistema

- ❖ Digresión irónica sobre el liderazgo:

En Cuba todos somos «líderes» en principio. [...] Dentro de poco, en Cuba habrá más «líderes» que «masa». Esto es un reflejo de todo. Acuérdate que hemos conocido muchos más generales, jefes y oficiales del ejército libertador, que soldados. [...]. Por eso es un axioma, o, por lo menos un postulado, que, mientras no se demuestre lo contrario, todos somos líderes. Inclusive nosotros.

- ❖ La revolución con proyección al socialismo:
  - El Partido Comunista y los grupos asociados de estudiantes y profesionales (casi siempre de la pequeña burguesía):
    - ▲ hay diferencias de meta entre ellos;
    - ▲ algunos hacen énfasis en la problemática agraria y en la social;

- ▲ más o menos avanzan en el mismo rumbo, pero no hay unidad revolucionaria;
  - ▲ tópicos coincidentes en los programas;
  - ▲ hay dificultades porque no existen «líderes nacionales»;
  - ▲ como fuerza política tienden a crecer.
- Digresión irónica sobre los viejos políticos que «resucitan»; «son eternos e inmortales», como García-Menocal y Mendieta.
- ❖ La revolución hasta la meta de «Cuba para la burguesía»:
  - Digresión personal sobre las complejidades del análisis:
    - ▲ Capacidad subjetiva para deslindar los verdaderos fines, ocultos por la demagogia de consignas populistas.
  - Contradicciones coyunturales con el imperialismo yanqui; lo ataca buscando espacio político, en espera de recibir concesiones futuras.
  - Digresión metafórica sobre el viaje de La Habana a Santiago. La capital oriental equivaldría al socialismo; los de este grupo quieren bajarse en Matanzas:
    - ▲ Conveniencia de aceptar el acuerdo de un viaje hasta Matanzas, como táctica política.
  - Los auténticos y Joven Cuba:
    - ▲ aliados coyunturales (símil del perro y el gato que comen en el mismo plato).
  - Joven Cuba (ya sin Guiteras):
    - ▲ Subdividida en cuatro fracciones:
      - ◆ Norte: quieren el frente único;
      - ◆ Sur: en contra del frente único;
      - ◆ Este: quieren la insurrección inmediata;
      - ◆ Oeste: piden dilucidar los problemas internos, primero.
    - ▲ El uso del dinero para la insurrección era un problema moral y de credibilidad pública.<sup>74</sup> Las personas involucradas en el escándalo.
    - ▲ Los riesgos de extinción ante la crisis interna.

<sup>74</sup>Se trata del dinero proveniente del secuestro al millonario Eutimio Falla Bonet. La historia terminó con la muerte de Pedro Pablo Torrado (1937), quien respondía por esos fondos.

- El Partido Auténtico:
  - ▲ Sus fracciones:
    - ◆ La Organización Auténtica (OA).
    - ◆ Grau San Martín y su grupo.
    - ◆ La OA subdividida y el Bloque de La Habana.
  - ▲ El uso del dinero para la insurrección era un problema moral y de credibilidad política.<sup>75</sup>
  - ▲ La OA aliada con Joven Cuba desde el Pacto de México en la preparación de la insurrección. Criterios diversos dentro de la OA: a favor del regreso, o de seguir con la insurrección.
  - ▲ Alusiones irónicas al proyecto de insurrección planeado por OA y Joven Cuba. En «Hombres de la revolución», ya había aludido a la ausencia de gestión eficiente después de la muerte de Guiterras.
  - ▲ Comentario elogioso a Emilio Laurent, jefe militar de la OA, y su tesis del regreso a Cuba para luchar en el movimiento popular.
  - ▲ Ramón Grau San Martín y su grupo:
    - ◆ opuesto indirectamente al Pacto de México;
    - ◆ digresión irónica sobre la «mecánica celeste» Grau el cacique del Partido, el astro centro;
    - ◆ retrato del político: sus habilidades; conciencia de su poder;
    - ◆ favorecer el ingreso al Partido de todas las agrupaciones debilitadas;
    - ◆ el Partido una variante personalista del «frente único» en función de su grupo;
    - ◆ Grau favorecía el auge del Bloque de La Habana, grupo que preparaba el tránsito hacia un partido de oposición legal, participante en el juego político tradicional.

Ante el cansancio de tres días de labor en el ensayo, Pablo desistió de desarrollar el cuarto sistema, destinado al examen de la situación política internacional. Se limitó a comentar las victorias

<sup>75</sup>Se trataba del dinero recaudado por el Ayuntamiento de La Habana. En las sesiones de la Asamblea Constituyente de 1940, Carlos Prío dedicó un discurso a ofrecer su versión de los usos del dinero en acciones políticas del partido.

de los frentes populares en Europa y por cuánto tiempo estos éxitos podrían frenar el avance de Mussolini y los otros fascistas.

En el transcurso de la exposición de los tres sistemas de ecuaciones, Pablo se fue convenciendo de la originalidad reflexiva, de la complejidad de subsistemas que involucró, de las altas cifras de pronósticos inherentes a sus juicios. Se sentía eufórico, complacido consigo mismo en este autoexamen, para evaluar sus capacidades de jerarquizar una información caótica y dispersa.

Insistió en la validación del «mamotreto algebraico», al recordar que «si las soluciones no son correctas, ello solo quiere decir que habré planteado mal las ecuaciones, o que habré olvidado cantidades, mas no que el procedimiento sea falso».<sup>76</sup>

Uno de los aspectos fascinantes del ensayo radicó en los pronósticos acertados que realizó Pablo. Asombraba la capacidad intuitiva para develar las claves de una personalidad. Los retratos de Batista, Grau San Martín y Miguel Mariano (en orden de calidades) fueron magistrales y de obligada consulta en la historiografía política y social.

Por otra parte, el ingenio asociativo favoreció un mayor aprecio por las posibilidades de la aproximación psicológica a la caracterización política. Pocas veces un analista político alcanzó las excelencias de esta propuesta introspectiva sobre Batista:

Yo he hecho dos o tres artículos sobre él. De todo ello se le podría sacar un nombre como este: «El coronel tira la piedra y esconde la mano». No se conoce la historia heroica de ningún taquígrafo profesional. A lo mejor se podría escribir un ensayo sobre esto. Pero no debe olvidarse que la taquigrafía es una de las artes en que hace más falta una rápida y potente imaginación. Si le negamos eso que se llama valor personal, no le podremos negar a Batista otras condiciones de leader: tiene imaginación de taquígrafo, es decir, descifra con rapidez un signo confuso, un párrafo sin sentido –valga, una situación difícil–; sabe apoyarse en reglas generales; tiene por otro lado, condiciones de demagogo: es orador y proyectista: conoce el secreto de la sonrisa y del brazo en alto: construye,

<sup>76</sup>Pablo de la Torriente Brau, «A Raúl Roa» (13 de junio de 1936), en sus Cartas cruzadas, ob. cit., p. 390.

roba y se pule. Desde otro ángulo es inteligente y astuto, probablemente, tiene complejo de superioridad con respecto a sus otros coroneles y con respecto a los revolucionarios que ha tratado. En caso de una revolución, si le dan tiempo, pertenece a los que tendrían preparado el avión para huir. [...] Sin duda que este taquígrafo sabe algo de álgebra. Él se apoya, principalmente, en las contradicciones del imperialismo. A su calor se ha hecho grande, y, en cierto sentido lo explota, como puede explotar un hijo corrompido los vicios de un padre disoluto.<sup>77</sup>

Pablo reivindicó –como Roa– el derecho a ejercer un criterio personal imaginativo al asociar la política con el álgebra, la psicología, algunos aspectos de la producción de ideología y de la evaluación de los elementos afines a las mentalidades (en relación con las costumbres).

Transgredió las convenciones del análisis marxista hasta la primera mitad del siglo xx, por el empleo libérrimo de la fantasía, la creación de personajes (al ficcionalizar personalidades reales, como él mismo), el dialogismo, la alta cifra de referencias literarias e históricas, la irreverencia a la convención lingüística de las malas palabras, el gusto por legitimar expresiones populares y los múltiples usos de las digresiones y de las acotaciones espacio-temporales.

A diferencia de Roa, que mantuvo una devoción vital por José Carlos Mariátegui, no hay constancia de que Pablo tuviera un trato familiar con las obras del peruano. No obstante, Pablo pudiera ser admitido en su familia espiritual cubana. Pablo y Mariátegui pertenecieron a la dinastía de los marxistas audaces de América Latina.

«Álgebra y política» se publicó treinta y dos años después de haber sido escrito. No ha recibido la atención de la crítica y de la historiografía política y cultural. Quizás, con motivo del centenario del natalicio de Pablo, ocasión que debe propiciar una meditación integradora, comience a recibir la alta estima que merece.

En los años treinta, los estudios sobre Carlos Marx alertaron sobre la zona de sus obras conectadas con las matemáticas. Pablo

<sup>77</sup>Pablo de la Torriente Brau, «A Raúl Roa» (13 de junio de 1936), en sus *Cartas cruzadas*, ob. cit., pp. 363-365.



no se enteró de que su hallazgo en el «mamotreto algebraico» pudiera ser una intuición que lo vinculaba, por insospechada coincidencia, con las búsquedas de Marx.

Pablo y Roa le aportaron a la reflexión marxista en Cuba un hilarante sentido del humor y de la eficacia irónica metafórica o paródica.

Según el diccionario, la palabra réquiem tiene dos acepciones: «Oración o misa de difuntos». «Composición musical mixta de instrumentos y voces, con que se acompaña la misa de difuntos».<sup>78</sup>

«Álgebra y política» pudiera pensarse como un réquiem marxista de la Revolución del 30, entendida como estructura polifónica que anunciaba el desenlace del ciclo revolucionario, el «punto muerto», «la encrucijada de impotencias», que detectó entre abril y julio de 1936.

Su réquiem contenía también una dimensión irónica, de legítimo choteo cubano (piénsese en metáforas como la del «reparto», o la de la «mecánica celeste» en cuanto al caciquismo político). Este modo de sufrir, anticipadamente, lo que otros tardarían mucho más tiempo en aprehender, aportaba la ventaja de amortiguar el impacto de la recepción de la derrota con las armas de la sátira, de la burla oportuna ahuyentadora del pesimismo. Roa contribuyó al réquiem satírico con la graciosa y ambivalente metáfora de que la Revolución del 30 se fue a bolina.<sup>79</sup>

Rubén dijo que Torriente estaba «riente», en el poema cómico que le hizo como regalo de bodas. La imagen ha mantenido exactitud, porque Pablo ilustró con «Álgebra y política» que no había que ser conceptualmente aburrido para ser eficaz y divertido, como también lo consiguió Marx en algunos fragmentos del Dieciocho brumario de Luis Bonaparte.

«Álgebra y política» puede ilustrar la estética vanguardista del mestizaje entre la política y la literatura; puede juzgarse una portentosa transgresión de lo insólito (lo maravilloso) real, cotidiano, en cuanto a la reconstrucción imaginaria de la actualidad política

<sup>78</sup>Diccionario de la Lengua, Alianza Editorial, Madrid, 1984, p. 1993.

<sup>79</sup>Raúl Roa, La Revolución del 30 se fue a bolina, Instituto del Libro, La Habana, 1969.

de un grupo humano. Pablo deconstruyó situaciones reales y propuso un reordenamiento de ideologemas que propiciaba una reapropiación nueva: cuando se pensaba a Batista actuando con «mentalidad de taquígrafo», se estaban enriqueciendo los universos de percepción en la esfera política.

Por otra parte, no habría que descartar la intencionalidad subsumida en el trazo de una caricatura con palabras, porque no se debería olvidar la habilidad de Pablo para el dibujo. Él se consideraba un alumno voluntario de Víctor Manuel, cuando coincidían en los cafés habaneros.

«Álgebra y política», junto a Aventuras del soldado desconocido cubano y Presidio Modelo, integra el canon de sus aportes a la literatura vanguardista cubana.

El ensayo forma parte de otras series culturales. En cuanto a la producción de ideología política sobre la Revolución del 30, culminó la línea reflexiva que se perfiló desde «La Revolución de 1923» de Rubén, «La decadencia cubana» de Ortiz y Cuba, un pueblo que jamás ha sido libre de Mella.

Además, pertenece a la serie temática sobre las imágenes del socialismo que, involuntariamente, abrió Pierra y sí conscientemente Tejera. Dentro de la reflexión marxista, Baliño inauguró una modalidad discursiva que se acrecentó en los años veinte y treinta. Mella, Rubén, Roa y Pablo le aportaron un esplendor que no debería olvidarse.

Rubén con «Las contradicciones...», Roa con «Reacción versus revolución», y Pablo con «Álgebra y política» crearon un referente de escritura literaria que debería ser más estudiado por los intelectuales marxistas actuales, porque la calidad artística refuerza la calidad de las ideas.

Por último, «Álgebra y política», así como «Reacción versus revolución» podrían contrastarse con el «Programa de la Joven Cuba», así se ayudaría a destruir algunas invenciones maniqueas en torno a que el ideal socialista solo debería buscarse en los intelectuales afiliados al Partido Comunista.

¡Ojalá infinitos lectores se aproximen a «Álgebra y política»!, ya por curiosidad, ya por interés profesional, y queden atrapados en la fascinación de la exuberancia imaginativa de Pablo, uno de los escritores trascendentes de la cultura vanguardista en Cuba.

ANA CAIRO  
agosto de 2001

## «CARTA A JUSTINA ÁLVAREZ»

8 de Octubre de 1965

Querida Justina:

Me complace que te hayan agradado tanto las palabras que en el acto de mi despedida del periódico dijera el compañero Fidel.

Para mí, ya sabes lo que ellas significan: un reconocimiento público, que agradezco profundamente, de la actitud que ha determinado mi conducta. Sabes que siempre he rehusado elogios y honores; que nunca he sentido atracción por cargos, títulos o puestos de mayor o menor relieve, pues mi única aspiración, la aspiración a la que he consagrado toda mi vida, y a la que lo he subordinado todo, ha sido la de contribuir en la mayor medida de mis fuerzas y capacidades a la causa del proletariado, a la causa del socialismo y del comunismo. Agradezco que el reconocimiento a esa actitud esté implícito en las palabras de Fidel.

No me importa el que esa gente de que me hablaste me acusen de haber disuelto al viejo Partido antes de tiempo, ni que aseguren que soy culpable de los desmanes cometidos por los oportunistas contra viejos miembros del partido. Estoy seguro de haber obrado bien, de haber hecho lo que más convenía a la causa del socialismo y del comunismo en nuestro país y ello me basta. Lo que hemos hecho ha impuesto sacrificios personales y no pocas amarguras a muchos buenos compañeros, pero si son, como creo, verdaderos comunistas que a todo anteponen el triunfo y el avance de nuestra sagrada causa, tendrán como buenos sacrificios y amarguras, hechos y pasadas, en interés de la marcha adelante de la Revolución.

¿Qué verdadero comunista no se sentirá recompensado de todos los sacrificios que haya podido hacer y de todas las amarguras que haya podido pasar ante el hecho de todo [ilegible] del socialismo, de todo cuanto ha avanzado en la conciencia de las masas

nuestras ideas, las ideas luminosas de Marx y Lenin, las ideas del comunismo?

Si uno se preocupa de su persona, de su gloria y su prestigio personal, de su posición y de su cargo, le parecen intolerables ciertos hechos, inadmisibles ciertos sacrificios, insoportables ciertas amarguras. Si uno considera su gloria mayor la del triunfo del comunismo, entonces solo apreciará aquel cargo desde el que pueda dar la máxima contribución a ese triunfo y dejará cualquier cargo y declinará cualquier honor o gloria personal si con ello ayuda más a la victoria. Esa es mi convicción y así procedo.

Y no es que lo haga ahora. Cuando pudimos enviar compañeros al Senado, propuse a otros y me quedé en la Cámara y los cargos oficiales en este cuerpo legislativo los ocuparon otros y no yo. Tú puedes recordar aquellas circunstancias, porque fuiste testigo, más de una vez, de las discusiones, de los celos y aspiraciones de algunos.

En 1959, hacia sus finales, se abrían ante nosotros varios caminos.

Ya entonces había dado sus frutos nuestra consigna de «defender la Revolución, hacerla avanzar», habíamos contribuido a derrotar, paso a paso, todas las fuerzas organizadas que se oponían a la Revolución (la última, la Iglesia Católica cuyo postrer gran esfuerzo, en noviembre, demostró su impotencia), habíamos ayudado a derrotar a la derecha dentro de la Revolución y se habían creado las condiciones para pasar a una nueva etapa en nuestra política de colaboración y unidad con Fidel, con las fuerzas revolucionarias triunfantes dentro del 26 de Julio y con todas las fuerzas revolucionarias que quisieran marchar adelante.

¿Qué camino tomar entonces? ¿El del frente único de partidos revolucionarios o el de la fusión en un solo partido revolucionario que llevara como divisa el socialismo y como guía el marxismo-leninismo?

Mi orientación fue la fusión.

Creía que las condiciones estaban maduras para ello.

Veía las ventajas del frente único en el único aspecto de que podía prolongar la existencia de una opinión independiente organizada. En cambio, sus desventajas, a mis ojos, eran muchas: tendía a prolongar la existencia de grupos separados en los cuales podían predominar las tendencias nacionalistas y social reformistas

(burguesas en su misma raíz) dificultando el paso de amplios sectores de la población a las posiciones del socialismo; haría más duraderas y peligrosas las diferencias inevitables entre organizaciones separadas; podía promover una competencia de ganar miembros, entre las organizaciones; hacía más difícil el paso del compañero Fidel a las posiciones marxista-leninistas.

En nuestras condiciones particulares, con un imperialismo, el más agresivo y brutal, en nuestra cercanía geográfica inmediata y separados por miles de kilómetros del campo socialista, la mayor unidad posible era urgente e imprescindible. Por eso consideramos necesaria la fusión con la disolución sincera de todas las organizaciones.

A eso tendimos en el proceso de integración que corrió a lo largo de todo el año 60 y la primera mitad de 1961.

Proclamado el carácter socialista de la Revolución en abril de 1961, fundidas de hecho nuestras fuerzas, proclamamos en junio de ese mismo año la disolución del Partido, para dar paso al Partido Unido de la Revolución Socialista.

No sé exactamente cómo surgió entonces el nombre de ORI, lo que sé era el propósito anunciado y aceptado.

La fusión propuesta fue estorbada por los métodos y procedimientos puestos en práctica por Aníbal Escalante, más ganoso de representación y poder, que de llevar adelante el proceso por los métodos acordados. Esos, sus métodos y procedimientos, fueron los que en verdad nos trajeron amarguras y dolores innecesarios, dificultades y retrasos que ciertamente pudieron evitarse.

«Con las fuerzas revolucionarias integradas –dije el 24 de junio– con el Partido Unido de la Revolución Socialista nos (nosotros) entramos a cumplir las complejas tareas del período de transición, del período de construcción del socialismo».

Esta línea se ha demostrado correcta en los hechos y en la historia, digan lo que digan quienes la tergiversaron con sus procedimientos.

Hemos avanzado tremendamente en la construcción del socialismo: ese es el saldo histórico de esa línea.

Hemos presentado una unidad inquebrantable frente al imperialismo yanqui, gracias a lo cual ninguna de sus agresiones, ninguna de sus conspiraciones, ninguna de sus intenciones ha tenido éxito. Ese es otro saldo histórico de esa línea.

Fidel se ha crecido como portador del socialismo y del comunismo por la vía marxista-leninista. Ese es otro saldo histórico de esa línea.

El daño hecho por Aníbal Escalante a ese proceso fue enorme, pero no impidió –no podía impedir– que marchara adelante.

Porque en marzo de 1962 hizo falta toda nuestra autoridad para mantener el rumbo trazado en medio de aquella tormenta de desconfianza y de asaltos de los arribistas, [ilegible] las filas, de los amigos y los enemigos, que se desató.

Más tormentas y dificultades nos vinieron de la división del movimiento comunista internacional y de nuestras indispensables relaciones con el campo socialista, en medio de los trastornos atormentadores de estos años.

Pero la unidad lograda, la fusión hecha, nos ha permitido conducir mejor las cosas que si nos hubiéramos mantenido, desde entonces, en organizaciones separadas, unidas tan solo por el frente único.

Hay quienes se duelen hoy de no verme a mí, como expresión o símbolo de una tradición, en el Buró Político.

Yo no me duelo de ello.

No estoy entre los que conservan, inconscientemente y sin quererlo, el espíritu de grupo o de tendencias.

Creo que la composición actual del Buró Político responde a un proceso doloroso y complejo de transición hacia una dirección colectiva que se había eclipsado en los últimos tiempos.

Creo que mi exclusión de él contribuye a su integración y funcionamiento [ilegible] y a la larga producirá mejores resultados para todos. Si se crea una institución de dirección colectiva y esta funciona, ello tiene mayor trascendencia que el problema de si fulano o mengano están en ella, no importa lo que fulano o mengano pudieran aportar a esa dirección, bien sea en el sentido político de su prestigio o en el sentido de lo que pudieran contribuir con su experiencia y sus ideas.

Y aquí termino esta que quiso ser breve y que se alargó tanto que me impide desarrollar algunos temas planteados. Espero hacerlo en otra.

BLAS ROCA



